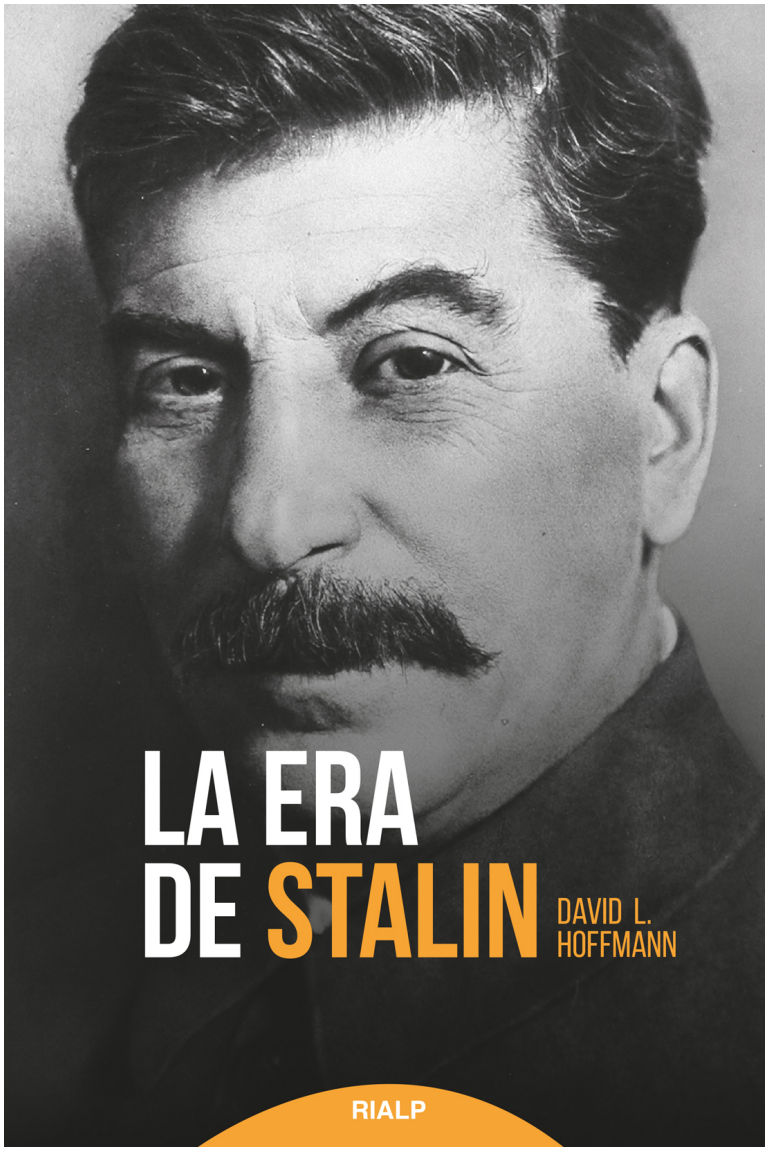
LA ERA
DE STALIN
DAVID L.
HOFFMANN
RIALP

DAVID L. HOFFMANN

La era de Stalin

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID

Título original: *The Stalinist Era*

© 2018 *by* Cambridge University Press
© 2019 de la versión española traducida por David Cerdá
by EDICIONES RIALP, S. A.,
Colombia, 63, 8.º A, 28016 Madrid
(www.rialp.com)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Realización ePub: produccioneditorial.com

ISBN (versión impresa): 978-84-321-5208-5
ISBN (versión digital): 978-84-321-5209-2
Depósito legal: M-37386-2019

Para mis hermanas Jill y Karen

SUMARIO

PORTADA

PORTADA INTERIOR

CRÉDITOS

DEDICATORIA

ABREVIATURAS

INTRODUCCIÓN

1. Preludio al estalinismo

- Rusia en vísperas de una guerra y una revolución
- El movimiento revolucionario
- La Primera Guerra Mundial
- La Revolución rusa
- La guerra civil
- La nueva política económica
- Socialismo en un solo país

2. Construyendo el socialismo (1928-1933)

- Colectivización
- La eliminación de los kulaks
- Industrialización
- Urbanización
- Revolución cultural
- Políticas de la nacionalidad soviética

Políticas soviéticas sobre las nacionalidades
Culturas nacionales y conflicto étnico
La hambruna de 1932-1933

3. La consecución del socialismo (1934-1938)

Realismo socialista
Cultura nacional rusa
El culto a Stalin
Los estajanovistas como nuevo modelo del hombre soviético
La mujer en el ámbito laboral
Política familiar y maternidad
La Gran Purga
Las operaciones masivas del NKVD
Las operaciones nacionales

4. La Segunda Guerra Mundial (1939-1945)

Diplomacia prebélica
La invasión alemana y la batalla de Moscú
El sitio de Leningrado
Propaganda, represión, movilización industrial
Los papeles de ambos sexos en tiempo de guerra
La batalla de Stalingrado
De Kursk a Berlín
El legado de la guerra

5. Los años de la posguerra (1946-1953)

Los orígenes de la Guerra Fría
La dominación soviética de Europa del Este
Reconstrucción económica
La Guerra Fría en Asia
Reconstrucción económica
La represión política y la ausencia de reformas
El zhdánovismo en la cultura
El Complot de los Médicos y la muerte de Stalin

Conclusión

LISTA DE ILUSTRACIONES

AGRADECIMIENTOS

AUTOR

ABREVIATURAS

GARF Gosudarstvennyi Arkhiv Rossiiskoi Federatsii (Archivo Estatal de la Federación Rusa)

RGAE Rossiiskii Gosudarstvennyi Arkhiv Ekonomiki (Archivo Estatal Ruso de Economía)

RGASPI Rossiiskii Gosudarstvennyi Arkhiv Sotsial'noi i Politicheskoi Istorii (Archivo Estatal Ruso de Historia Social y Política)

TsMAM Tsentral'nyi Munitsipal'nyi Arkhiv Moskvy (Archivo Municipal Central de Moscú)

INTRODUCCIÓN

EN 2010, LOS MIEMBROS DEL PARTIDO COMUNISTA de Zaporiyia, una ciudad del sudeste de Ucrania, erigieron una estatua de Iósif Stalin. Unas mil personas asistieron a la inauguración del monumento, entre ellos muchos veteranos de la Segunda Guerra Mundial cargados de medallas. Tras la interpretación del himno nacional soviético, uno de los organizadores del evento gritó «¡Larga vida a Stalin!», y la audiencia le respondió con vítores. No todos los residentes de la ciudad dieron la bienvenida al monumento de Stalin con tanto entusiasmo. Algunos meses después, unos encapuchados usaron una sierra para decapitar la estatua. Pocos días más tarde, la estatua decapitada fue completamente destruida mediante una bomba casera. Allá donde estuvo la estatua de Stalin hoy solo queda un pedestal vacío.

Pocos personajes históricos inspiran tanta adoración y aversión como Iósif Stalin, dictador de la Unión Soviética desde 1928 a su muerte en 1953. Bajo su mandato, la Unión Soviética pasó de ser un país agrario y subdesarrollado a una superpotencia militar que derrotó a la Alemania nazi y rivalizó con Estados Unidos por la dominación mundial. Pero esta transformación tuvo lugar mientras se aplicaba una violencia de Estado masiva, un verdadero baño de sangre. Los métodos estalinistas incluían deportaciones, encarcelaciones y ejecuciones. Literalmente millones de ciudadanos soviéticos sufrieron arrestos, pasaron hambre o murieron como resultado de las políticas estalinistas. Aunque Stalin modernizase la Unión Soviética y cambiase el curso de la historia mundial, lo hizo a un coste humano exorbitante.

Para quienes estudian la historia soviética, no hay problema más intrincado que el del estalinismo. ¿Cómo es que la Revolución de Octubre de 1917, que parecía prometer la igualdad y la liberación de los seres humanos, desembocó no en una utopía comunista, sino en una dictadura estalinista? ¿Cómo se pasó de este intento de crear una sociedad perfecta a los campos de prisioneros del Gulag, a las purgas sangrientas y a una represión estatal sin precedentes? Para responder a

estas cuestiones, es imperativo estudiar los orígenes de los métodos estalinistas y examinar la combinación de fuerzas que llevó al establecimiento de semejante sistema político represivo. También es importante discutir las consecuencias del estalinismo; el impacto que tuvo en las vidas de los soviéticos y el sufrimiento que les infligió.

Antes de empezar a explicar qué causó el estalinismo, detengámonos un momento a definirlo. El estalinismo fue un conjunto de doctrinas, políticas y prácticas propias del gobierno soviético durante los años en que Stalin estuvo en el poder (1928-53), políticas caracterizadas por una coerción extrema empleada con el fin de la transformación económica y social. Entre los aspectos particulares del estalinismo estuvieron la abolición de la propiedad privada y el libre comercio; la colectivización de la agricultura; una economía planificada por el Estado y una industrialización rápida; la completa aniquilación de las llamadas clases explotadoras, mediante expropiaciones y encarcelamientos; una amplia represión de los considerados enemigos, incluyendo a los del propio Partido Comunista; un culto a la personalidad que deificaba a Stalin; y un poder dictatorial de Stalin virtualmente ilimitado sobre todo el país.

¿Qué causó el estalinismo? La explicación más simple es que fue el propio Iósif Stalin, su propia sed de venganza, su habilidad en las luchas intestinas, el modo en que acumuló poder y su excesivo recurso a las coerciones. Stalin fue un dictador implacable, alguien que firmó personalmente las condenas a muerte de miles de personas y que ordenó operaciones de la policía secreta que resultaron en innumerables arrestos y ejecuciones. Nadie pone en cuestión la culpa o la responsabilidad de Stalin en la violencia de Estado de su época. Y no cabe duda de que como dictador disfrutó de una autoridad indisputada dentro de la Unión Soviética. Como explicación histórica, no obstante, culpar solamente a Stalin de los crímenes del estalinismo resulta incompleto. El Estado soviético fue un colosal aparato burocrático supervisado por el Partido Comunista, que tenía más de un millón de miembros. Los otros líderes, los compañeros de Stalin en el Partido, compartían no solo sus creencias marxistas-leninistas, sino la mayor parte de su visión del mundo, en la que se subrayaba la lucha de clases y la necesidad de combatir a los enemigos internos. Si bien Stalin desempeñó un papel crucial en el sistema que lleva su nombre, una comprensión suficiente del estalinismo ha de ir más allá de los pensamientos y las acciones de una sola persona[1].

Otra posible explicación es que el estalinismo derivó de las tradiciones autocráticas rusas, en la medida en que tanto el gobierno zarista prerrevolucionario como la dictadura estalinista se caracterizaron por su dominio autoritario, el uso extensivo de los poderes policiales, el desprecio por los derechos individuales y el control estatal de la

información[2]. Es cierto que la autocracia zarista fue una monarquía absoluta que negaba a sus súbditos derechos y libertades básicas. Los siglos de dominio autocrático no ayudaron al establecimiento de tradiciones democráticas y por lo tanto no existía una base para el desarrollo de instituciones representativas. Este legado contribuyó al autoritarismo del Estado soviético. Al mismo tiempo, cualquier tipo de ecuación fácil que relacionase el zarismo con el socialismo soviético resultaría muy engañosa. No es solo que ambos sistemas se basasen en ideologías diametralmente opuestas, sino que su grado de intervención en la sociedad fue drásticamente distinto. Mientras la policía zarista envió a unos pocos miles de prisioneros políticos a un exilio administrativo (durante el cual vivieron mezclados con la población de Siberia), la policía secreta soviética bajo el mandato de Stalin encarceló a varios millones de «enemigos de clase» y «enemigos del pueblo» en campos de prisioneros del Gulag. El gobierno zarista no ambicionaba reconfigurar a la población o moldear a sus individuos, como fue el caso del gobierno soviético, y en consecuencia su intervención social fue limitada. Así pues, junto a la personalidad de Stalin, las tradiciones políticas rusas contribuyeron al estalinismo, pero tampoco lo explican del todo.

Para entender el estalinismo, es importante considerar el contexto geopolítico en el que surgió. En 1900, el Imperio ruso había quedado muy atrás respecto a los países más desarrollados de Europa occidental. Rusia era un país desproporcionadamente agrario al que le faltaban las factorías, las florecientes ciudades y el extenso trazado del ferrocarril que caracterizaban al Reino Unido, Francia y Alemania. La mayoría de la población rusa era pobre y analfabeta. Su ejército carecía de una artillería adecuada, de municiones y buques de guerra. Para poder competir económica y militarmente, Rusia necesitaba industrializarse rápidamente[3]. ¿Pero cómo podría realizarse esto? En Europa occidental, este proceso se desarrolló durante un siglo y estuvo basado en un capitalismo de libre mercado. Así pues, un enfoque gradual no permitiría a Rusia alcanzar niveles similares, y además muchos observadores rusos sentían repulsa por la explotación y el antagonismo de clase que acompañó a la industrialización capitalista.

El hecho de que Rusia fuese un país de desarrollo tardío significó que su *intelligentsia* pudo apoyarse en una crítica preexistente del capitalismo industrial[4]. Los izquierdistas de Europa occidental habían condenado las desigualdades capitalistas y habían propuesto varias alternativas etiquetadas como «socialismo», que en general perseguían la igualdad económica y política de los trabajadores. Una rama del pensamiento socialista era el marxismo, basado en los escritos del filósofo alemán Karl Marx. Marx consideraba que la revolución proletaria violenta era el medio para acabar con el sistema capitalista y establecer el socialismo. Muchos intelectuales rusos se sentían atraídos por el marxismo por su

crítica científica del capitalismo y su convicción de que el socialismo era inevitable. El ala más radical de los marxistas rusos, los llamados en su día bolcheviques, luego comunistas, terminó haciéndose con el poder en la Revolución rusa de 1917.

Aquí tenemos, pues, otra posible explicación para el estalinismo: la ideología marxista[5]. Lenin, Stalin y otros líderes soviéticos eran marxistas —empleaban categorías marxistas y contemplaban el mundo en términos de la lucha de clases[6]—. Creían que la historia progresaba según la línea temporal marxista y que desembocaría en el socialismo y finalmente en el comunismo. Y pensaban que, en tanto vanguardia del proletariado, el Partido Comunista podía impulsar a la Unión Soviética en un proceso de transformación económica y social. El sentido de progreso histórico de los líderes soviéticos guiaba sus políticas culturales y nacionales[7]. En este sentido, el marxismo permeó el pensamiento de los líderes comunistas y desempeñó un papel crucial en el sistema soviético.

No obstante, las ideas marxistas no explican por sí solas la génesis del estalinismo. El marxismo carecía de un proyecto para construir un Estado socialista. De hecho, los escritos de Marx solo aportaban una vaga descripción de cómo sería la vida bajo el socialismo. Es cierto que Marx consideró que la revolución proletaria violenta era el medio de acabar con el viejo orden, pero no abordó en ningún lugar la escala o el tipo de violencia que tendría que emplearse. Además, ninguna de las instituciones o los métodos del Estado estalinista provinieron de la ideología marxista. Aspectos del estalinismo como la economía planificada, las deportaciones y los campos del Gulag tuvieron su origen en otros sitios. Debemos pues mirar más allá para entender la intervención social extrema que caracterizó al sistema estalinista.

Para aportar una nueva perspectiva del estalinismo, este libro lo situará en un contexto internacional, comparativo. Aunque suela ser considerada anómala, en realidad la historia soviética tiene sorprendentes paralelismos, al tiempo que importantes diferencias, con las historias de otros países. En el siglo XX se produjo un agudo incremento de la intervención estatal, y no solamente en la Unión Soviética, sino en otros países de Europa y de otras partes del mundo. En un tiempo de trabajo industrial y un masivo esfuerzo bélico, los gobiernos intensificaron sus intentos de manejar y movilizar a sus poblaciones. En este sentido, el estalinismo representó una encarnación particularmente violenta de prácticas estatales que se habían ido desarrollando durante siglos y alcanzaron su culminación durante la Primera Guerra Mundial y posteriormente.

Este empeño de moldear a la población comenzó ya en los siglos XVII y XVIII con el pensamiento de los cameralistas, que argumentaron la necesidad de que el papel del Estado fuese mayor para promover una sociedad más productiva. El testigo de los particulares intereses fiscales

de estos cameralistas fue tomado por unos ideales más amplios en torno a la mejora del bienestar de las poblaciones. En el siglo XIX, las disciplinas en torno a las ciencias sociales y la medicina moderna ofrecieron nuevos modos de identificar y resolver problemas sociales. Un amplio espectro de profesionales —trabajadores sociales, urbanistas, inspectores de salud pública— intervinieron en las vidas de las personas para salvaguardar su salud y su bienestar. Algunos reformistas eran altruistas y perseguían aliviar el sufrimiento de los pobres de las ciudades, mientras que a otros les interesaba más la productividad económica y el orden público. En sí mismos los esfuerzos reformistas sociales fueron por lo general benevolentes e hicieron mucho por reducir la enfermedad y la pobreza. Pero a la altura del siglo XX, algunos gobiernos emprendieron intentos de transformación social más coercitivos y de mayor envergadura[8].

La Primera Guerra Mundial marcó un dramático incremento de la intervención estatal coercitiva. Muchas prácticas «estalinistas» —la economía dirigida por el Estado, la intervención estatal generalizada, las campañas de propaganda, las deportaciones a gran escala y el uso de los campos de concentración— no se originaron con Stalin y ni siquiera en Rusia, sino que fueron en cambio herramientas de gobierno que se extendieron por toda Europa durante la Primera Guerra Mundial. La economía planificada estalinista tomó como molde la economía alemana durante la Primera Guerra Mundial, en la que el gobierno estableció un extenso control sobre la producción y distribución de las mercancías. El sistema del bienestar soviético, que incluía pleno empleo, sanidad pública universal y pensiones por jubilación y discapacidad, reflejaba una tendencia paneuropea hacia las obligaciones mutuas entre el Estado y sus ciudadanos. El uso soviético de la vigilancia era una continuación de las prácticas establecidas por los gobiernos de todos los combatientes principales en la guerra[9]. El establecimiento de campos de concentración soviéticos —lo que se convertiría en el Gulag— estaba basado en un método de las guerras coloniales europeas que emplearon en esta Primera Guerra Mundial (bajo la forma de campos de internamiento) el Reino Unido, Francia, Alemania, Austria-Hungría y los Estados Unidos[10].

El sistema soviético se formó en un momento de guerra total —el momento en que confluían la Primera Guerra Mundial y la Guerra civil rusa—, de modo que las instituciones y las prácticas bélicas se convirtieron en los bloques con los que se construyó el nuevo orden político. Aunque el gobierno soviético, una vez en el poder, canceló la participación rusa en la contienda mundial, comenzó casi de inmediato a movilizar a la población para la guerra civil, y muchas de las prácticas de la guerra fueron prolongadas. Las burocracias y agencias estatales, incluida la policía secreta soviética, fueron establecidas para promulgar estas medidas, y no tardaron en convertirse en medios permanentes de

sometimiento. El origen revolucionario del Estado soviético también implicó que sus líderes podían actuar sin límites tradicionales o legales a su autoridad. Aunque el intervencionismo se incrementó a lo largo de Europa en este tiempo, asumió una forma particularmente virulenta en el caso del estalinismo.

Entender el estalinismo como una particular versión de las prácticas estatales modernas no conlleva exonerar a Stalin y sus secuaces de la muerte y el sufrimiento que causaron. Las prácticas bélicas como las deportaciones y los encarcelamientos eran herramientas de control social que los líderes podían elegir usar o no. La actualización de la violencia de Estado estalinista fue el resultado del tipo de gobierno de la Unión Soviética y de las decisiones de sus mandatarios. El gobierno soviético era una dictadura sin restricciones constitucionales a su poder. Stalin y el resto de los mandatarios escogieron el uso de instrumentos de violencia de Estado para perseguir su agenda de industrialización rápida y transformación social.

Ningún factor aislado causó el estalinismo. Como en cualquier otro fenómeno histórico complejo, una serie de factores contribuyó al conjunto de políticas coercitivas promulgadas bajo el mandato de Stalin. A pesar de que el furor homicida de Stalin, las tradiciones políticas autoritarias rusas y la ideología marxista desempeñaron un papel, también hemos de considerar el contexto internacional más amplio en que el estalinismo tomó cuerpo. La Unión Soviética, como otros países subdesarrollados, necesitaba industrializarse rápidamente por una mera cuestión de defensa nacional. La escalada bélica de esta época también llevó a otros líderes políticos de Europa a implementar nuevas prácticas de movilización e intervención social. Entre ellas se dieron prácticas positivas (programas de bienestar y medidas de salud pública) e intervenciones negativas (vigilancia, deportaciones y encarcelamientos). Este libro explorará estas causas del estalinismo, y también describirá sus consecuencias sociales. Entre dichas consecuencias estuvo la muerte y el sufrimiento de millones de personas.

Resumen de los capítulos

Para examinar las raíces del estalinismo, el capítulo primero comienza con la descripción del imperio zarista en los albores de la Primera Guerra Mundial. En aquel tiempo, Rusia era un país subdesarrollado con un gobierno que frustraba las reformas que se necesitaban. Fue solo a partir de las enormes demandas de la Primera Guerra Mundial que la autocracia zarista se ocupó de las necesidades sociales y dio curso a algunas iniciativas de salud pública. Presagiando lo que luego ocurría en la época estalinista, el gobierno zarista también puso en marcha durante la contienda medidas coercitivas de control económico y social. El

capítulo trata después la Revolución rusa en sus dos etapas: la primera, el colapso de la autocracia zarista y su remplazo por el Gobierno provisional; y la segunda, la Revolución de Octubre en la que los bolcheviques se alzaron con el poder. El capítulo continúa con el análisis de la Guerra civil rusa y la década de 1920, el periodo de la Nueva Política Económica.

El segundo capítulo describe el primer periodo de mandato estalinista, 1928-1933, lo que los líderes del Partido Comunista llamaron «la era de construcción del socialismo». En esos años, el gobierno soviético eliminó el capitalismo y lanzó un plan de industrialización de choque con la intención de situar al país al nivel de las naciones más industrializadas de Europa. Estas políticas económicas desencadenaron agitaciones sociales masivas. Millones de campesinos se desplazaron a las ciudades para encontrar trabajo en la construcción de las nuevas factorías, y una ingente cantidad de mujeres de la ciudad pasó a trabajar en la industria pesada. Muchos trabajadores accedieron a oportunidades educativas cuando los dirigentes estalinistas, que desconfiaban de los «especialistas burgueses», trataron de crear una nueva élite técnica a partir del proletariado. La industrialización rápida fue posible gracias al control estatal de la economía y el encauzamiento de todos los recursos a la construcción de acerías y plantas de fabricación de maquinaria. El final de la agricultura privada forzó dio paso a la agricultura colectivizada, una política estalinista extremadamente coercitiva que significó la desposesión y deportación de varios millones de campesinos calificados como kulaks. En conjunto fue un periodo de tiempo caracterizado por severas privaciones económicas; el gobierno soviético introdujo el racionamiento, los niveles de vida se desplomaron y el hambre en la campiña dejó cerca de seis millones de muertos.

El capítulo tercero cubre el periodo posterior a que Stalin declarase que los cimientos del socialismo habían sido establecidos, 1934-1938. Con el fin del capitalismo y el establecimiento de una economía conducida por el Estado, los líderes soviéticos creyeron haber inaugurado una nueva era en la historia del mundo, la era del socialismo. En tanto marxistas, creyeron que una nueva base económica debía dictar una nueva superestructura política y cultural. Consecuentemente, aprobaron una nueva constitución, la Constitución de Stalin de 1936, y reorientaron la cultura oficial soviética, forzando un giro desde el arte de vanguardia iconoclasta al realismo socialista. Una vez eliminados aquellos que fueron considerados enemigos de clase —los kulaks y los pequeños capitalistas—, los líderes soviéticos pensaron que el tiempo de la lucha de clases abierta había terminado. No obstante, los funcionarios de la policía secreta advirtieron que seguían existiendo enemigos ocultos que tratarían de sabotear el Estado soviético. A finales de los años treinta, con la creciente amenaza de la Alemania nazi y el Japón fascista, Stalin desató una enorme ola de

violencia de Estado para encarcelar o ejecutar a potenciales traidores, en particular a antiguos opositores en el seno del Partido Comunista, criminales de poca monta y antiguos kulaks, y miembros de la diáspora de las minorías nacionales.

El capítulo cuarto cubre la Segunda Guerra Mundial, y arranca con el Pacto de no agresión Germano-Soviético. Tras la firma de este tratado, Alemania invadió Polonia desde el oeste, mientras la Unión Soviética lo hacía desde el este, invadiendo también los países bálticos y Finlandia. El capítulo continúa con la invasión nazi de la Unión Soviética en junio de 1941, a la que el país sobrevivió a duras penas. El ejército alemán se adentró profundamente en territorio soviético y en pocos meses ya había llegado a las afueras de Leningrado y Moscú. Para movilizar los esfuerzos bélicos necesarios, los líderes soviéticos se apoyaron en las mismas prácticas estatales que habían usado durante la Guerra civil y los años treinta: control estatal de los recursos económicos, vigilancia y propaganda para asegurarse la lealtad de la población, y arrestos de la policía secreta para neutralizar cualquier potencial disidencia. Aunque la Unión Soviética terminó derrotando a la Alemania nazi, veintisiete millones de ciudadanos soviéticos perdieron sus vidas durante la guerra. Para el pueblo soviético, la historia de la Segunda Guerra Mundial no significó solamente una victoria, sino también represión, sacrificio y muerte.

El quinto capítulo analiza los años posteriores a Stalin, 1946-1953. Como resultado de la victoria en la guerra, la Unión Soviética alcanzó el estatus de superpotencia en el sistema internacional, rivalizando con los Estados Unidos por el dominio del planeta. Esta prominencia internacional afectó profundamente tanto a la política exterior soviética como a la doméstica. La Unión Soviética impuso gobiernos comunistas en las naciones del este de Europa, y estas acciones produjeron tensiones que cuajaron en la Guerra Fría con los Estados Unidos y sus aliados. En la política doméstica, la mastodóntica tarea de reconstruir un país en el que millones de personas estaban sin hogar y pasaban hambre, fue completada a través de un férreo y coercitivo control estatal. A pesar de las esperanzas que el pueblo albergaba de una liberalización política tras la guerra, el régimen estalinista siguió siendo igual de represivo. La victoria bélica pareció ser un refrendo del sistema estalinista, y la Guerra Fría exigió una vigilancia continua.

La conclusión aborda el legado del estalinismo, un legado que arroja una larga sombra sobre el resto del periodo soviético y más allá aún. Nikita Kruschev, el sucesor de Stalin, se embarcó en una polémica campaña de desestalinización, denunciando el culto a la personalidad de Stalin y su uso de la violencia contra los miembros del Partido. Pero con la destitución de Kruschev en 1964 cesó la discusión sobre las represiones estalinistas, que solo sería reavivada a finales de los ochenta bajo el mandato de Mijaíl Gorbachov. En ese momento, la completa

revelación de las represiones estalinistas desacreditó al gobierno soviético, lo cual, junto a una serie de descontentos étnicos y económicos, produjo el rápido colapso del sistema soviético. El final de la Unión Soviética, sin embargo, no acabó con el debate sobre el estalinismo, que sigue desatando agrias discusiones incluso en la Rusia de nuestros días.

El estalinismo tiene una importancia central en nuestra comprensión de la historia del siglo XX. Durante la era estalinista, la Unión Soviética se convirtió en una superpotencia militar e industrial, capaz de ganar la Segunda Guerra Mundial y de rivalizar con los Estados Unidos durante la Guerra Fría. Pero el estalinismo no es simplemente un relato sobre la modernización industrial y el triunfo militar. Aunque el sistema estalinista representó un modelo alternativo de desarrollo y un serio desafío ideológico a la democracia liberal y al capitalismo, también se cobró un precio descomunal en términos humanos. Nuestra obligación de estudiar la era estalinista proviene no solo de su importancia, sino también de nuestra responsabilidad en cuanto a dar a conocer una de las páginas más negras de la historia de la humanidad.

[1] Aquellos que deseen saber más sobre el papel personal que tuvo Stalin tienen a su disposición muchas biografías, entre ellas Isaac Deutscher, *Stalin: A Political Biography*. New York, NY, 1967; Adam Ulam, *Stalin: The Man and His Era*. New York, NY, 1973; Dmitrii Volkogonov, *Stalin: Triumph and Tragedy*. New York, NY, 1988; Robert H. McNeal, *Stalin: Man and Ruler*. New York, NY, 1988; Robert Service, *Stalin, A Biography*. Cambridge, MA, 2004; Hiroaki Kuromiya, *Stalin*. New York, NY, 2005; Kevin McDermott, *Stalin*. New York, NY, 2006; Sarah Davies y James Harris, *Stalin, A New History*. Cambridge, UK, 2005; Oleg V. Khlevniuk, *Stalin: New Biography of a Dictator*. New Haven, CT, 2015; Stephen Kotkin. *Stalin: Waiting for Hitler, 1929–1941*. New York, NY, 2017.

[2] Richard Pipes apunta que se dieron «inconfundibles afinidades» entre el mandato zarista y el soviético; Pipes, *A Concise History of the Russian Revolution*. New York, NY, 1996, pp. 397–99.

[3] Theodore von Laue, *Why Lenin? Why Stalin? Why Gorbachev? The Rise and Fall of the Soviet System.* New York, NY, 1993.

[4] Laura Engelstein, "Combined Underdevelopment: Discipline and the Law in Imperial and Soviet Russia". *American Historical Review* 98: 2 (April 1993), p. 344.

[5] Para una explicación del estalinismo centrada en la ideología, véase Martin Malia, *The Soviet Tragedy: A History of Socialism in Russia, 1917–1991*. New York, NY, 1994. Para una interpretación diferente del estalinismo, véase Chris Ward, Stalin's Russia. London, UK, 1993.

[6] Véase Erik van Ree, *The Political Thought of Joseph Stalin.* New York, NY, 2002.

[7] Sobre el «evolucionismo promovido por el Estado» y las políticas nacionales soviéticas, véase Francine Hirsch, *Empire of Nations: Ethnographic Knowledge and the Making of the Soviet Union.* Ithaca, NY, 2005, pp. 7–8.

[8] Para abundar en este tema, véase David L. Hoffmann, *Cultivating the Masses: Modern State Practices and Soviet Socialism, 1914–1939.* Ithaca, NY, 2011, pp. 19–29.

[9] Peter Holquist, "'Information is the Alpha and Omega of Our Work': Bolshevik Surveillance in its Pan-European Context". *The Journal of Modern History* 69: 3 (1997).

[10] Eric Lohr, *Nationalizing the Russian Empire: The Campaign against Enemy Aliens during World War I.* Cambridge, MA, 2003, p. 178.

1. Preludio al estalinismo

EN SU LIBRO DE 1835, *La democracia en América*, el pensador político francés Alexis de Tocqueville predijo que Rusia y Estados Unidos llegarían a convertirse en los dos países más poderosos del mundo. Escribió: «Hay ahora mismos dos naciones en el mundo […] los rusos y los norteamericanos […] Unos y otros parecen predestinados por el cielo para ser quienes mezan la cuna de la mitad del globo»[1]. A mediados del siglo XX, su predicción se hizo realidad. Los Estados Unidos y Rusia, por entonces llamada Unión Soviética, habían emergido como las dos grandes superpotencias planetarias, y andaban enzarzadas en una Guerra Fría en la que se disputaban la dominación mundial. Pero cincuenta años antes, en los albores del siglo XX, pocos observadores pudieron preverlo. Ciertamente, Rusia era un inmenso imperio en términos de tierras y era considerada una de las grandes potencias europeas. Pero su poderío económico y militar parecía estar menguando en comparación al Reino Unido, Francia, Alemania y los Estados Unidos. Mientras estas naciones estaban inmersas en un rápido proceso de industrialización, Rusia seguía siendo un país agrario, todavía en las primeras etapas de su desarrollo industrial. Militarmente también era un país de segunda fila. En 1905, Rusia encajó pérdidas humillantes en la Guerra ruso-japonesa. Un decenio más tarde, el ejército ruso sufrió una devastadora derrota a manos del ejército alemán durante la Primera Guerra Mundial. ¿Cómo iba Rusia a defenderse en una era en la que mandaba la producción industrial a gran escala? ¿Cómo iba a movilizar sus vastos recursos humanos y naturales para componer un ejército moderno capaz de preservar su soberanía nacional?

El estalinismo no fue inevitable. Tenemos que explicar cómo y por qué se desarrolló. Pero parte de esa explicación implica entender el contexto internacional en el que Rusia operaba a principios del siglo XX. La Primera Guerra Mundial tuvo lugar en una nueva era de rivalidad internacional en la que se estaba produciendo una carrera armamentística, y la falta de desarrollo industrial en Rusia la condenaba

a la vulnerabilidad militar. Las crecientes tensiones internacionales se vieron acompañadas de intervenciones cada vez más frecuentes por parte de los líderes políticos para para garantizar la capacidad económica y la preparación bélica de sus poblaciones. Aquí también se quedó atrás la monarquía rusa respecto a otros gobiernos europeos. Pero una vez que se desató la Primera Guerra Mundial, el Estado zarista extendió ampliamente sus tentáculos sobre la sociedad. Tras la llegada al poder de los bolcheviques durante la Revolución de Octubre, hubo un segundo incremento del control y la coerción estatales mientras se dirimía una sangrienta guerra civil. La burocracia soviética y la policía secreta se formaron durante esta Guerra civil rusa, y luego continuaron siendo componentes fundamentales del Estado estalinista. Los orígenes del estalinismo son complejos, y para entenderlos debemos considerar el preludio a la era estalinista.

Rusia en vísperas de una guerra y una revolución

A principios del siglo XX, Rusia era un vasto y subdesarrollado imperio. Era la nación más extensa de la tierra; abarcaba cerca de quince mil kilómetros de oeste a este, más de un tercio del orbe. Se extendía a lo largo de Eurasia, del Mar Báltico al Océano Pacífico. Al norte, Siberia era una extensión aparentemente inacabable de congelada tundra, mientras la parte de Asia Central del Imperio ruso era una estepa árida y desértica. Solo el catorce por ciento de los ciento veinticinco millones de habitantes vivía en las ciudades, de modo que la gran mayoría vivía en el sinfín de pueblos y aldeas de sus enormes regiones. El transporte y las comunicaciones seguían siendo muy precarios, y así pues muchas de estas localidades, incluso las de la Rusia europea, estaban conectadas con el ancho mundo solo a través de sucias calzadas que rápidamente mutaban en lodazales y resultaban intransitables cuando arreciaban las lluvias primaverales. Un decreto promulgado por el zar, el monarca hereditario del país, podía tardar semanas o meses en llegar a sus súbditos.

Los habitantes del imperio tenían procedencias étnicas y religiosas muy diversas. Los rusos eran aproximadamente el cuarenta por ciento de la población; junto a otros pueblos eslavos —bielorrusos, ucranianos y polacos— llegaban al setenta. Aunque el Estado zarista había incorporado algunas élites étnicas, muchas nacionalidades se sentían oprimidas por el dominio ruso. Entre los polacos, los fineses, los estonios, los letones y los lituanos había una gran deseo de independencia, incluidos pueblos del Cáucaso como los georgianos y los armenios, ambos con sus propias y distintivas herencias políticas y culturales. La mayoría de los habitantes del imperio eran cristianos, incluidos los rusos, en su inmensa mayoría miembros de la Iglesia

Ortodoxa Oriental, aunque también había poblaciones judías y musulmanas. Los judíos se sentían oprimidos por el régimen zarista, pues sus leyes restringían tanto su lugar de residencia como las ocupaciones a las que podían acceder. Los numerosos musulmanes del imperio, incluidos los tártaros del río Volga, los grupos étnicos del Cáucaso y los pueblos turcos y persas de Asia Central, veían frecuentemente a los rusos como imperialistas. En teoría, el zar estaba por encima de todas las nacionalidades, pero a finales del siglo XIX el régimen zarista se hizo cada vez más nacionalista. Los intentos del gobierno de rusificar a los grupos minoritarios, enseñándoles la lengua rusa y tratando de convertirlos al cristianismo ortodoxo, solo confirmaron en las mentes de los súbditos no rusos que el Estado zarista era opresivo e imperialista[2].

En torno a 1900, las partes occidentales del imperio se estaban desarrollando económicamente. Las provincias polacas del Estado báltico, como la propia San Petersburgo, contaban con un buen número de factorías y niveles de vida ligeramente superiores. Pero la mayoría del imperio seguía siendo pobre y subdesarrollado. En la Rusia europea provincial y en Ucrania la mayoría de los campesinos se dedicaban a la agricultura de subsistencia. Las nacionalidades de la región del Cáucaso, quitando a las pocas que vivían en los escasos núcleos urbanos, habitaban en remotos pueblos de montaña. Algunos residentes de Asia Central eran nómadas dedicados al pastoreo, mientras otros dependían de la agricultura, en condiciones de aridez que estaban lejos de ser idóneas. Dada la escasez de tierras en la Rusia europea y Ucrania, cada vez más campesinos emigraban a Siberia occidental para instalarse en granjas, porque la breve temporada de crecimiento hacía que las condiciones para la agricultura fueran mucho mejores. En el extremo septentrional de la Rusia europea y Siberia, los chukchis y otros «pequeños pueblos del norte» vivían en condiciones climáticas aún peores y subsistían principalmente a base de la caza y los rebaños de renos[3].

Más allá de las profundas divisiones étnicas y religiosas existentes, el Imperio ruso padeció una severa estratificación social. En la cima de su sociedad jerárquica de castas estaba la nobleza, que comprendía menos del dos por ciento de la población, y aun así controlaba la mayoría del poder y la riqueza del país. En la Rusia europea, la nobleza provincial era dueña y señora de la categoría social más nutrida, el campesinado, que comprendía más del ochenta por ciento de la población. La mayoría de los campesinos rusos trabajaban las tierras comunalmente; la comuna campesina era la institución a través de la cual los campesinos de más edad repartían tanto las tierras como las obligaciones impositivas entre los miembros de la población local. Pero la mayoría de las tierras del campo ruso eran propiedad de la nobleza, y los campesinos tenían que arrendarlas o trabajar como aparceros para alimentar a sus familias. Los

campesinos creían por lo general que las tierras debían pertenecer a quienes las trabajaban, y en consecuencia sentían una gran antipatía hacia los nobles terratenientes. Aunque algunos de estos campesinos se dedicaban al comercio, la artesanía y al trabajo temporal en las ciudades a finales del siglo XIX, otros siguieron dedicados a la agricultura de subsistencia, comiéndose sus cosechas bajo la amenaza periódica de la climatología y las consiguientes hambrunas[4].

A Rusia le faltaba una nutrida clase media como la que se había desarrollado para entonces en muchas naciones europeas. Los comerciantes y los industriales representaban solamente una fracción diminuta de la población, y Rusia carecía de una tradición emprendedora consolidada; de hecho, la mayoría de los rusos detestaba el afán de lucro y la acumulación de riquezas[5]. Escaso de capital privado y emprendimiento, buena parte del pequeño desarrollo industrial que se produjo fue el resultado de la inversión estatal. En las décadas de 1880 y 1890, el gobierno zarista se embarcó en un programa de construcción de ferrocarriles y de industrialización. Aunque todavía era un esfuerzo limitado en proporción al tamaño de Rusia, la producción aumentó. Las industrias del carbón, el hierro y el acero emergieron junto a las ya existentes factorías textiles, y el número de trabajadores industriales creció sustancialmente.

Aunque este emergente crecimiento industrial impulsó la economía del país, hizo poco por aliviar las tensiones sociales. De hecho, las primeras etapas de la industrialización y la urbanización agudizaron más si cabe las diferencias en estatus y riqueza. Si bien los campesinos habían vivido en la pobreza durante siglos, habían experimentado su miseria dispersos entre enormes extensiones rurales. En cambio, los trabajadores industriales que se hacinaban en chabolas y destartalados edificios urbanos resultaban mucho más visibles, y el contraste entre la pobreza de los obreros y la riqueza de los nobles urbanos y los comerciantes subrayaba la polarización social del país. Las peligrosas condiciones de trabajo en las fábricas, las interminables jornadas y los salarios bajos abundaron en el descontento de los trabajadores[6]. La proximidad entre los trabajadores también ofrecía mayores posibilidades de organización colectiva para la acción política. El gobierno zarista veía cada vez más a la creciente clase obrera no solo como un problema social, sino como una amenaza política.

El sistema político ruso no ofrecía desahogo alguno para los agravios sociales y carecía igualmente de una base democrática para resolver las tensiones. Hasta 1905 fue una monarquía absoluta, lo que significaba que la gente no decidía su gobierno y todo el poder estaba en manos del zar. También era una monarquía hereditaria; el hijo mayor del zar heredaba el trono, fuese o no competente para dirigir el imperio. El último zar de Rusia, Nicolás II, que reinó entre 1894 y 1917, fue un mandatario débil (véase ilustración 1.1). Estaba volcado en su familia y

era conocido por su destreza en la equitación y por ser un bailarín excelso. Pero carecía por completo de la voluntad y las cualidades necesarias para gobernar. Tras heredar el trono, confesó a su cuñado: «No estoy preparado para ser zar. Nunca quise serlo. No sé nada sobre el oficio de gobernar. No tengo la menor idea de cómo hablar a los ministros»[7]. Los ministros del gobierno descubrieron pronto que Nicolás II cambiaba constantemente de parecer, asumiendo el de quien le hubiese hablado en último término. Tardo e indeciso, Nicolás II no aportaba liderazgo alguno a un imperio que lo necesitaba desesperadamente. Solo se mostró resolutivo en su resistencia a las reformas políticas, a pesar de que las instituciones monárquicas se estaban quedando obsoletas.

El zar gobernaba el país por medio de una inmensa burocracia, que había crecido hasta emplear a cuatrocientos mil funcionarios a principios del siglo XX. La mayoría de los burócratas zaristas trabajaban en San Petersburgo, la capital situada en la esquina noroccidental del país. Por lo general tenían un escaso conocimiento de las condiciones locales de las dispares gentes del imperio, muchas de las cuales vivían a miles de kilómetros de distancia. De etnia rusa, los burócratas centrales tendían a desdeñar las minorías étnicas y sus costumbres, contribuyendo a la naturaleza imperialista del gobierno del zar. Además, los administradores zaristas eran notoriamente incompetentes y corruptos, y quien se dirigía a ellos ya contaba con su ineficiencia y su disposición al soborno cuando debía tratar con estos funcionarios.

Ilustración 1.1 El zar Nicholas II, ca. 1900

La *intelligentsia*, el número relativamente pequeño de personas altamente preparadas en Rusia, despreciaba la autocracia zarista y ambicionaba reformas políticas y sociales. A principios del siglo XIX la mayoría de los miembros de esta *intelligentsia* provenía de la nobleza, pero en 1900 cada vez se incorporaban más profesionales capacitados —médicos, abogados, profesores, ingenieros, expertos en agronomía— que no eran de noble cuna. Algunos eran hijos e hijas del clero, mientras otros habían llegado desde grupos menos privilegiados que se las habían arreglado para acceder a una educación universitaria. Estas personas se sentían a menudo alienadas tanto frente al gobierno como frente a las clases más bajas. Con todo, no faltaban quienes en la *intelligentsia* se sentían obligados a ayudar a los campesinos y los obreros. Estaban al tanto de las precarias condiciones de vida, la malnutrición rampante y las altas tasas de enfermedades infecciosas que abundaban entre las clases desfavorecidas.

En 1887, la esperanza de vida en el Imperio ruso era solo de 32 años,

y la tasa de mortalidad infantil era la más alta de Europa —uno de cada cuatro niños moría antes del primer año de vida—. Casi tres de cada cuatro campesinos eran analfabetos, aunque con la creación de nuevas escuelas las tasas de alfabetización crecieron a finales de la era zarista[8]. En los enclaves agrícolas se malvivía, y la pobreza era endémica; cabañas frías y húmedas, suelos cochambrosos y humo por todas partes, animales de granja conviviendo con las personas, enjambres de moscas en verano, frío y oscuridad en invierno. El alcoholismo era una constante entre el campesinado, como lo eran la superstición y la violencia doméstica. Los rusos educados esperaban poder elevar a las masas y mejorar sus vidas y sus condiciones materiales[9].

Los esfuerzos de mejora social de la *intelligentsia* reflejaban los movimientos de reforma de Europa occidental, donde los especialistas en salud pública, los trabajadores sociales y los educadores trataban de enseñar higiene y sobriedad y alfabetizar a la creciente masa de trabajadores industriales urbanos. No obstante, también querían evitar muchos de los inconvenientes de la modernización en occidente. El hecho de que Rusia se industrializase con posterioridad a los países de Europa occidental llevó a que sus intelectuales estuvieran al tanto de los problemas asociados a la industrialización y la urbanización, incluidos la masificación, la explotación, el crimen y el conflicto social. La industrialización había destruido aparentemente la unidad orgánica de las sociedades tradicionales. Los rusos preparados podían recurrir al pensamiento socialista, que proponía una alternativa al capitalismo industrial y al antagonismo de clase. Los intelectuales, así pues, estaban ávidos de una modernización, pero querían que Rusia tuviera su propia senda hacia el progreso, una que esquivase la disrupción social y la alienación del capitalismo industrial. Querían modernizar el país no solo para apuntalar la defensa nacional, sino para mejorar la vida de las personas y acabar con las altas tasas de analfabetismo y enfermedades infecciosas de la población[10].

Los intelectuales rusos tenían mucho en común con los reformadores de otros países recientemente desarrollados, como el Imperio otomano, Persia, Japón y México. También en aquellos países los profesionales cualificados sabían de la «situación retrógrada» de la población y deseaban modernizarla. También ellos miraban «a Occidente» con una mezcla de admiración y aprensión. Aunque esperaban que sus sociedades emulasen a Occidente en progreso material y educación, querían evitar la explotación capitalista de la que eran testigos en Europa occidental. Los intelectuales rusos y sus homólogos en otros países en vías de desarrollo ponían su fe en los poderes transformativos de la ciencia y la cultura como los medios para elevar al pueblo. Y puesto que en todos estos países faltaban sociedades e instituciones civiles bien desarrolladas, la mayor parte de la élite cualificada contaba

con usar el poder del Estado para que las oportunas normas en favor de esta transformación social fuesen promulgadas. En el caso de los intelectuales rusos, no dirigieron su vista hacia la aristocracia de su país, sino más bien hacia cierto futuro, hacia un Estado progresista que les otorgase un papel destacado en el desarrollo de Rusia.

El movimiento revolucionario

Algunos miembros de la *intelligentsia* fueron más allá de la petición de reformas y se decantaron por promover la revolución, por deponer violentamente el orden zarista. Los orígenes del movimiento revolucionario ruso pueden rastrearse en el surgimiento del pensamiento utópico en Europa. La idea de restructurar radicalmente la sociedad había sido inconcebible en la visión tradicional que consideraba a Dios el único árbitro de los asuntos mundanos. Pero los pensadores de la Ilustración francesa comenzaron a cuestionar tanto la existencia de Dios como la santidad de la tradición. Y si no había un Dios que se ocupase de los asuntos de la sociedad, ¿no debía entonces la humanidad construir su propio orden social racional? Si no había un cielo allá arriba, ¿no debía la gente tratar de que hubiese un cielo sobre la tierra, una sociedad perfecta, en la que hubiese libertad, igualdad y prosperidad para todos?

A la altura del siglo XIX, los pensadores sociales de Europa occidental habían desarrollado ideas utópicas, ideas que empezaron a diseminarse por Rusia. Algunos intelectuales rusos encontraban estas ideas seductoras, al tiempo que se percataban del inmenso abismo que se abría entre sus aspiraciones y su realidad circundante. Aunque tenían la esperanza de crear una sociedad perfecta, veían por todas partes pobreza, enfermedad y analfabetismo, auspiciadas todas por la tiránica y corrupta burocracia zarista. Para tender un puente sobre ese abismo y dar el salto al utópico futuro, los pequeños avances incrementales parecían insuficientes. De modo que los más radicales entre ellos soñaron con una acción extremista y dramática, algo que lograse instaurar un momento apocalíptico que barriese todas las injusticias del viejo mundo y crease uno enteramente nuevo. Si la revolución iba a alcanzar su utópico objetivo, en el que todas las generaciones convivirían armónicamente, entonces cualquier acción que comportase violencia parecía justificada si contribuía a semejante objetivo.

Los radicales rusos de la década de 1870 crearon una organización terrorista llamada Naródnaya Volia (Voluntad del Pueblo). Sus miembros planearon el asesinato del entonces zar Alejandro II, con la esperanza de producir un levantamiento político. En 1881, un miembro de Naródnaya Volia lanzó una bomba bajo el carruaje del zar en las calles de San Petersburgo. La explosión hirió a varios miembros de su

escolta, pero el zar logro abandonar el carruaje sin sufrir daños. Mientras daba las gracias a Dios por haberse salvado, otro terrorista se dirigió a él gritando «Demasiado pronto agradeciste a Dios» y le lanzó una segunda bomba. Esta estalló a sus pies y lo mató[11]. El asesinato de Alejandro II, sin embargo, no dio paso a la revolución. En lugar de eso, los dos zares siguientes, Alejandro III y Nicolás II, trataron de reforzar la monarquía con políticas conservadoras y represivas. La policía zarista arrestó a cientos de sospechosos de ser revolucionarios y colgó a los implicados en actividades terroristas. No obstante, algunos grupos revolucionarios siguieron luchando para derrocar la autocracia.

Algunos radicales rusos abrazaron las ideas de Karl Marx. Como otros pensadores socialistas, Marx tenía la esperanza de acabar con la estratificación social y con el antagonismo que surgió a raíz del auge del capitalismo industrial en Europa occidental. Creía que la senda a la igualdad y a la armonía social podría encontrarse en la revolución proletaria que concluiría con la era socialista. Marx desarrolló una teoría de la historia según la cual la humanidad avanzaba a través de una serie de etapas: del feudalismo al capitalismo, de ahí al socialismo y finalmente al comunismo, la utópica etapa final en la que todo el mundo viviría prósperamente en armonía. Muchos izquierdistas rusos se inclinaron al marxismo por el énfasis que este ponía en los factores ambientales en la determinación de la conciencia humana. Culpaban de las pésimas condiciones de las masas no a los propios campesinos y obreros, sino al escenario socioeconómicamente opresivo instrumentado por el Imperio. Marx prometía remplazar el viejo orden con la libertad y la igualdad bajo el socialismo. El contexto particular en que el marxismo se originó era pues muy similar al que combatían los intelectuales rusos en su intento de desbancar a la autocracia zarista, soliviantando a las masas. Contemplar el marxismo como una ideología artificialmente impuesta en Rusia es ignorar tanto las razones por las que se adoptó como el hecho de que muchos intelectuales que no eran marxistas compartían el deseo de un cambio revolucionario.

Los marxistas rusos se dividían en dos facciones; las más radical era la de los bolcheviques, luego renombrados comunistas. Vladimir Lenin, su líder, era intransigente en su determinación de propiciar una revolución socialista en Rusia. A diferencia del partido marxista, más moderado, Lenin y los bolcheviques no veían la necesidad de que Rusia pasase por la etapa intermedia del capitalismo. Vanagloriándose de seguir las doctrinas de Marx, que vio las revoluciones proletarias empezando primero en los países industrializados de Europa occidental, Lenin opinaba que las clases obreras en los países desarrollados podían convertirse en la vanguardia de la revolución mundial. En su artículo «Imperialismo, el momento álgido del capitalismo», Lenin afirmaba que al ser el capitalismo más explotador en los enclaves coloniales (incluida Rusia), los trabajadores de allí serían los primeros en alzarse en su

contra[12].

Muchos bolcheviques pertenecían a las minorías no rusas del imperio, entre las que se contaban los georgianos, los letones y los judíos. No es de extrañar que esos grupos estuviesen desproporcionadamente representados en este partido político revolucionario, dado que se les excluía de las posiciones de poder y privilegio bajo el régimen zarista. La discriminación hacia las minorías nacionales y religiosas suscitó una oposición natural en estos grupos. Entre los miembros del partido bolchevique había un joven georgiano llamado Iósif Djugashvili, alias Iósif Stalin. Stalin provenía de una familia pobre de clase trabajadora. Su madre quería que se hiciese sacerdote, y fue a un seminario ortodoxo. Allí recibió una educación y se expuso a las ideas marxistas. Tras dejar el seminario, se afilió al partido bolchevique y se convirtió en un agitador revolucionario que organizaba huelgas y manifestaciones. Como muchos bolcheviques, sufrió el arresto y el exilio a Siberia en varias ocasiones, pero la persecución por la policía zarista solo avivó su compromiso con la revolución violenta[13].

Si la autocracia zarista hubiera aportado los medios para la defensa nacional y para que la prosperidad se extendiese, los bolcheviques y otros grupos radicales rusos tal vez no hubiesen tenido nunca la oportunidad de lograr que la revolución prendiese. Sin embargo, los fallos militares, combinados con la privación general, minaron la fe de la gente en la capacidad del zar para dirigir el país. En la Guerra rusojaponesa de 1904-1905, Rusia fue duramente derrotada por un país que todavía no era considerado una potencia militar. La flota del Báltico —el orgullo de la Armada rusa— recorrió medio mundo para encontrarse con los japoneses, y fue aniquilada en la batalla de Tsushima. Los relatos de la incompetencia del gobierno fueron de las mano con las derrotas militares hasta erosionar la confianza del pueblo en su gobierno.

La Revolución de 1905 se desencadenó durante esta Guerra ruso-japonesa. El 9 de enero de dicho año —el Domingo sangriento, tal y como se conoce ese día— una multitud de manifestantes marcharon hasta el palacio real para entregar una petición al zar. Demandaban mejores condiciones laborales, mejores sueldos y el final de la guerra con Japón. Algunos de los manifestantes portaban retratos del zar para poner de manifiesto su lealtad hacia él, a quien pedían ayuda. Para impedir que los manifestantes provocasen el caos generalizado, los soldados zaristas dispararon contra la multitud, hiriendo y matando a cientos de personas. Esta masacre de manifestantes pacíficos fue la que desató el caos, y los obreros a lo largo y ancho del país organizaron huelgas y manifestaciones como respuesta. A medida que la tensión escalaba, los funcionarios zaristas se mostraron paralizados e incapaces de calmar los disturbios. Hubo motines en el ejército. Algunos campesinos empezaron a hacerse con las tierras y a expulsar a los nobles

del campo. Unida a la general antipatía hacia la monarquía, la Revolución de 1905 reveló el profundo antagonismo social existente entre las clases altas y bajas del país. Finalmente, en octubre de 1905, Nicolás II promulgó el Manifiesto de Octubre, que prometía crear un parlamento nacional (la Duma)[14].

El Manifiesto de Octubre dividió a las fuerzas revolucionarias y permitió que la autocracia perviviese, pero no dio paso a una monarquía constitucional estable. Nicolas II y sus asesores limitaron posteriormente los poderes de la Duma, y, tras disolverla dos veces, decretaron nuevas regulaciones electorales que garantizaban a los nobles terratenientes conservadores la mayoría. Este cambio trajo consigo que, mientras existió, el parlamento ruso tuvo una autoridad limitada y no representó democráticamente al pueblo. Mientras el gobierno zarista aplicaba duras medidas represivas contra los revolucionarios, el descontento social siguió creciendo, en particular entre los obreros tras la matanza de las minas de oro de Lena en 1912 —un nuevo fusilamiento a gran escala de manifestantes pacíficos por parte de los soldados zaristas—.

Por si fuera poco el descrédito de la autoridad del zar, este cayó bajo la influencia de un autoproclamado hombre santo de Siberia llamado Grigori Rasputin (véase ilustración 1.2). Rasputin, que se había ganado una reputación como sanador místico, fue llevado al palacio real en 1907 para ayudar al hijo del zar. Alekséi, el hijo único de Nicolás II y heredero al trono, padecía hemofilia, una grave enfermedad en la que la sangre no se coagula apropiadamente. Como otros hemofílicos, Alekséi era propenso a las hemorragias externas e internas, y los médicos de aquel tiempo poco podían hacer para ayudarle. Rasputin parecía ser la única persona capaz de aliviar y curar al chico, y de este modo pudo influir primero sobre la mujer del zar, Alejandra, y después sobre el propio Nicolás II. Rasputin usó esta influencia para medrar políticamente y alterar las decisiones del zar.

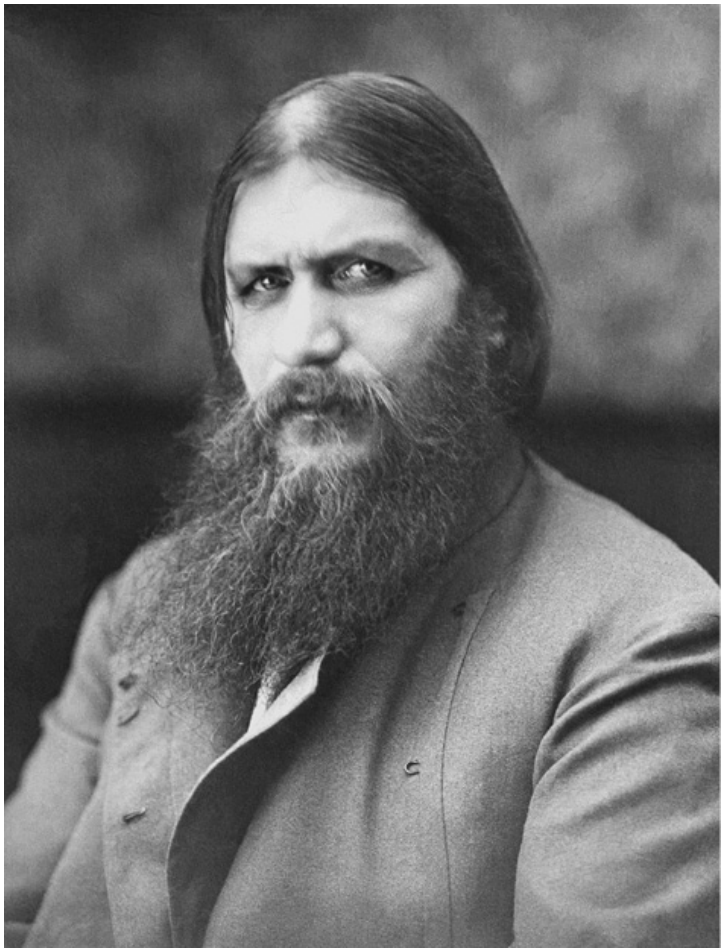

Ilustración 1.2 Grigori Rasputin, 1916

El primer ministro Piotr Stolypin advirtió al zar de que la presencia de Rasputin en el palacio estaba desacreditando a la monarquía. Le enseñó incluso informes policiales en los que se decía que había participado en orgías con prostitutas, y al final accedió a tener un careo con el propio Rasputin. Stolypin describió posteriormente el encuentro: «Rasputin puso sus ojos en blanco apuntando hacia mí. Murmuró algunas palabras misteriosas, inarticuladas, de las Escrituras e hizo unos movimientos extraños con las manos». Stolypin pensó que Rasputin estaba tratando de hipnotizarle, pero amenazó «a aquel gusano» y le prohibió volver a la capital[15]. Nicolás II prometió no volver a ver a Rasputin, pero la zarina Alejandra defendió al que llamaba «nuestro amigo» y Rasputin no tardó en volver a palacio. A veces, Rasputin sufría arrebatos religiosos en los que se retorcía por el suelo y hablaba como un poseso. Nicolás II y Alejandra interpretaban sus palabras como la voz de Dios, y acataban sus consejos.

Incluso entre la nobleza, muchos empezaron a dudar de la capacidad del zar para dirigir la nación. El hecho de que un aventurero disoluto como Rasputin pudiese amasar toda esa influencia sobre el zar revelaba que algo esencial no marchaba en el gobierno monárquico de Rusia. El poder concentrado en las manos de una sola persona —alguien escogido no por sus méritos, sino por herencia— significaba que las decisiones más cruciales podían tomarse caprichosamente. Los oportunistas y los charlatanes manipulaban al zar y sus políticas de maneras capciosas. La monarquía rusa no solo era poco democrática, también era arbitraria y corrupta, y claramente no estaba a la altura de la tarea de gobernar un vasto imperio.

Resumiendo, Rusia en la inminencia de la Primera Guerra Mundial era el país más grande del mundo y albergaba multitud de nacionalidades y etnias distintas. Era principalmente un país agrario, con una enorme población campesina y tasas muy altas de analfabetismo y enfermedades infecciosas. Comparada con las naciones de Europa occidental, estaba subdesarrollada, con carencias significativas en la industria, las infraestructuras, el transporte y las redes de comunicación. Como consecuencia, Rusia se había quedado atrás respecto a Alemania y otros países en términos militares. Políticamente, Rusia también parecía atrasada, basada como estaba en una monarquía con instituciones civiles apenas desarrolladas. Las tensiones étnicas, la conflictividad social y un creciente movimiento revolucionario amenazaba cada vez más el orden político y social existente. En conjunto, el país estaba mal preparado para el cataclismo de la Primera Guerra Mundial, una guerra a la que no sobreviviría el régimen zarista.

La Primera Guerra Mundial

Nunca en la historia se había producido una confrontación de la escala de esta Primera Guerra Mundial. Casi setenta millones de soldados lucharon en la contienda, más de nueve millones perdieron la vida y veinte millones fueron heridos. Tradicionalmente, las guerras europeas habían sido asunto de los ejércitos profesionales, y la población civil evitó en su mayoría las consecuencias. Pero el reclutamiento de millones de jóvenes en los ejércitos durante la Primera Guerra Mundial, y la movilización de civiles para producir armas para la guerra, cambió la faz tanto de la guerra como de la política. La masiva fabricación de armamento espoleó la politización de las masas. Los gobiernos ya no podían seguir peleando sus guerras sin mantener la moral y recabar el apoyo de sus poblaciones. En ningún sitio quedó esto más claro que en Rusia, donde la Primera Guerra Mundial resultó en la deposición del zar y finalmente en el establecimiento del régimen soviético.

Adicionalmente, las demandas de movilización de la guerra desembocaron en un mayor control del gobierno sobre la economía y la población. La Primera Guerra Mundial, por lo tanto, no solo propició la Revolución rusa, sino que instauró además un conjunto de prácticas intervencionistas que sería uno de los aspectos prominentes del estalinismo.

Las imágenes más icónicas de la Primera Guerra Mundial llegaron desde el frente occidental, donde los soldados estaban atrapados en las trincheras y las líneas de batalla cambiaron muy poco en cuatro años de contienda. Las cargas de la infantería eran repelidas una y otra vez por descargas de fusiles y artillerías que producían masacres. En el frente oriental también hubo matanzas causadas por ametralladoras y bombardeos de la artillería, pero el enfrentamiento tuvo un carácter distinto. Las líneas de batalla eran mucho más fluidas, y vastas franjas de territorio cambiaron de manos en el curso de la guerra. Desgraciadamente para el ejército ruso, la mayoría de sus movimientos fueron retiradas. A comienzos de la guerra el ejército ruso invadió el territorio alemán, sufriendo una catastrófica derrota en la batalla de Tannenberg. Aunque el ejército ruso tuvo cierto éxito contra el ejército austrohúngaro en el sur, no fue rival para los alemanes. Alemania estaba mucho más industrializada que Rusia; su artillería y sus municiones eran muy superiores. Además, la red de ferrocarriles rusa estaba menos desarrollada, y por tanto al ejército ruso empezaron a faltarle rifles y municiones, y en 1915 uno de cada cuatro soldados rusos iba al frente desarmado.

Estaba claro que la autocracia zarista no estaba a la altura de la tarea de movilizar los vastos recursos humanos y materiales que la Gran Guerra requería. De hecho, esta movilización sin precedentes constituyó un enorme desafío para todos los países, afectando profundamente a gobiernos y sociedades de toda Europa. Todos los principales combatientes en la guerra extendieron el alcance de la autoridad estatal. Los gobiernos empezaron a establecer controles económicos, mecanismos de vigilancia, campos de internamiento, programas de atención social y medidas de sanidad pública. La expansión del control estatal venía dictada por las demandas de un masivo esfuerzo bélico; los líderes políticos trataban de proteger «el capital social» y «la fuerza militar de trabajo». Surgieron igualmente nuevos programas gubernamentales en respuesta a los desafíos a la seguridad y los problemas sociales causados por la guerra.

Rusia se había quedado atrás respecto al resto de países europeos en cuanto a los programas sociales estatales. Pero las movilizaciones bélicas, la proliferación de las epidemias y los desplazamientos sociales masivos que se produjeron obligaron a una mayor intervención estatal del gobierno ruso. Las políticas gubernamentales incluyeron una serie de medidas de salud pública y bienestar de las poblaciones. Cuando, por

ejemplo, los médicos locales fueron insuficientes para ocuparse de los millones de heridos y la difusión de las enfermedades infecciosas, el zar accedió finalmente a la creación de un Ministerio de Salud Pública en 1916 similar al desarrollado en los países de toda Europa a comienzos de la Primera Guerra Mundial[16]. Para ocuparse de las necesidades de los soldados incapacitados, las viudas de guerra y los refugiados, el gobierno ruso remplazó la caridad privada con organizaciones paraestatales (cuerpos nominalmente independientes conectados con el Estado). Estas organizaciones ofrecían ayuda médica, alimento y protección a cientos de miles de ciudadanos necesitados durante la guerra[17].

Los países involucrados en la Primera Guerra Mundial pasaron a controlar más férreamente sus economías. Alemania fue la que llegó más lejos, ocupándose el gobierno de planificar la producción industrial y, a finales de 1916, del reclutamiento universal. La Ley de Defensa del Reino del Reino Unido otorgó al gobierno el poder de gestionar sectores clave de la economía. Rusia también viró hacia el control centralizado de la economía mediante la creación de los Comités de la Industria Bélica, organizaciones de industriales que trabajaban hombro con hombro con el gobierno para encauzar la economía rusa al esfuerzo bélico[18]. Los gobiernos también intervinieron para gestionar los suministros alimentarios, tanto mediante el racionamiento como requisando el grano. En Alemania, Austria-Hungría y el Imperio otomano (y después en Rusia bajo el Gobierno Provisional), los líderes políticos remplazaron las economías de libre mercado con monopolios estatales para los cereales, burocracias estatales para el suministro de alimentos y el uso de unidades militares para requisar el grano.

Los gobiernos de toda Europa aumentaron también a gran escala la vigilancia sobre sus poblaciones durante la Primera Guerra Mundial. Previamente, la policía de muchos países, incluido Rusia, habían monitorizado las actividades de pequeños grupos de personas, sospechosas de ser revolucionarias u opositoras al régimen. Durante la Primera Guerra Mundial, los gobiernos de los países combatientes empezaron a monitorizar las «inclinaciones políticas» de toda la población revisando sus cartas, haciendo uso de informantes y mediante informes de los servicios de inteligencia. En 1915, el gobierno francés introdujo la censura militar postal, de modo que los censores empezaron a abrir en secreto las cartas de los soldados. Al inicio, estas medidas se establecieron simplemente para impedir que los soldados revelasen información militar sensible, pero pronto los censores compilaron y analizaron información sobre los sentimientos hacia el ejército francés. Otros países, entre ellos Rusia, también empezaron a abrir las cartas, a utilizar informantes y a hacer informes sobre las tendencias políticas de su gente. La vigilancia fue mucho más allá de un esfuerzo de mantener a raya a ciertos elementos subversivos. Se convirtió en cambio en un

decidido intento de analizar y moldear el pensamiento de la gente[19].

De la mano de la vigilancia vino una propaganda gubernamental masiva. Durante la Primera Guerra Mundial, los líderes políticos y militares de toda Europa llegaron a la conclusión de que la voluntad nacional era decisiva para la victoria. Para mantener alta la moral de los civiles y la capacidad de lucha de los soldados, los gobiernos formaron burocracias estatales u organizaciones paraestatales para producir carteles propagandísticos, panfletos y películas. El Gabinete de Guerra Británico creó el Comité Nacional para Propósitos Bélicos, el Alto Mando Austrohúngaro creó la Agencia de Defensa contra la Propaganda Enemiga, y el gobierno italiano estableció el Comisariado para la Asistencia Civil y la Propaganda. En Rusia, el Comité Skóbelev, una organización paraestatal estrechamente ligada al gobierno zarista, produjo películas y carteles para promover el patriotismo y la sumisión al zar[20].

Los gobiernos también hicieron uso de la violencia de Estado contra la población civil, en particular mediante deportaciones y campos de concentración. El encarcelamiento de civiles en campos de concentración ocurrió en primer lugar durante las guerras coloniales en torno al 1900, en Cuba durante la guerra entre España y Estados Unidos y en Sudáfrica durante la Guerra de los Boers. Todos los principales contendientes de la Primera Guerra Mundial usaron campos de concentración. Los comandantes militares alemanes crearon una red de campos de trabajo civiles en Bélgica y el norte de Francia, mientras Rusia, Alemania, el Reino Unido, Francia, Canadá y los Estados Unidos establecieron campos de internamiento para los «enemigos extranjeros» (ciudadanos de los países rivales) que residían en su suelo[21]. Los gobiernos de los imperios multinacionales —Rusia, Austria-Hungría y el Imperio otomano— también deportaron e internaron a segmentos de sus propias poblaciones, sobre todo minorías religiosas y étnicas de las que no se fiaban. El gobierno zarista deportó a cerca de un millón de sus súbditos —de etnia germana, judía o musulmana— desde regiones cercanas al frente[22].

Como otras naciones combatientes, Rusia se subió al carro de las medidas intervencionistas de guerra —controles económicos, requisamiento de grano, programas estatales de bienestar y salud pública, vigilancia, deportaciones y campos de concentración—. Todas estas prácticas se convertirían en aspectos institucionalizados del sistema soviético y elementos clave del estalinismo. El hecho de que surgieran fuera de Rusia y antes de 1917 indica que los orígenes del estalinismo iban más allá de la ideología marxista y del propio Stalin. A su vez, el estalinismo representó un sistema de movilización y represión estatal basado en prácticas bélicas. Como veremos, lo que distinguió al estalinismo es que Stalin y sus secuaces continuaron estas prácticas de guerra total durante el tiempo de paz y los emplearon para seguir su

propia agenda ideológica.

La Primera Guerra Mundial en Rusia también produjo una creciente politización de las masas. Aunque los trabajadores industriales ya eran políticamente activos, el campesinado se sumó a la actividad política. Especialmente los cerca de quince millones de campesinos que entraron en el ejército en el curso de la guerra. Pero incluso los que se quedaron en el campo elevaron el grado de concienciación política; muchos se juntaban en torno a lectores de periódicos para conocer el curso de la contienda[23]. A medida que la guerra se recrudecía y las bajas rusas aumentaban, la moral de las tropas comenzó a caer. Hacia finales de 1916, el ejército ruso había perdido 5,7 millones de hombres, 3,6 millones muertos o seriamente heridos y el resto prisioneros de guerra. La politización de los soldados desembocó en comentarios sobre los fallos del gobierno zarista y en que la autoridad de los mandos cada vez estuviese más cuestionada. Algunos soldados empezaron a desertar, mientras otros desafiaron a sus mandos y se amotinaron. Los soldados acuartelados en las ciudades rusas estaban expuestos a la propaganda de los agitadores socialistas que denunciaban el empeño bélico y llamaban a la revolución. Mientras en 1905 el ejército había desempeñado un papel decisivo en el aplastamiento de las rebeliones, en 1917 ya no se podía contar con que los soldados disparasen a los manifestantes. Por el contrario, muchos soldados pasaron a engrosar las filas revolucionarias, desertando del ejército y llevándose sus armas consigo a sus localidades[24].

Entre la población la tensión también iba en aumento. El continuado esfuerzo bélico causó severas restricciones de combustible y comida, de modo que los residentes en las ciudades pasaban frío y hambre. Los obreros hacían huelga reiteradamente; hubo literalmente miles de ellas en 1917. Sus peticiones ya no eran solo económicas, también eran políticas. Los campesinos, que durante décadas había deseado más tierras, empezaron a hacerse con las de los terratenientes. Algunas nacionalidades no rusas comenzaron a rebelarse contra la autoridad del zar. En Asia Central se produjo una revuelta a gran escala cuando el gobierno zarista intentó reclutar a musulmanes para el ejército ruso en 1916[25]. Cuando la autocracia zarista colapsó finalmente en febrero de 1917, Rusia entró en un periodo de revolución y guerra civil, y fue entonces cuando vio la luz el Estado soviético.

La Revolución rusa

El derrocamiento de la monarquía no se produjo de la mano de los grupos revolucionarios, sino que fue más bien el resultado de manifestaciones espontáneas. A principios de 1917, las manifestaciones se habían convertido en algo común en la capital rusa, Petrogrado (antes

llamada San Petersburgo). En el Día Internacional de la Mujer en febrero de 1917, un grupo de trabajadoras llamaron a la huelga y empezaron a marchar por las calles pidiendo pan y el final de la guerra. Su protesta en el contexto de la militancia obrera desencadenó una revolución política. Al pasar por las factorías, más y más obreros se les unían. Al final de aquel día, unos cien mil obreros (un tercio de la fuerza laboral de la ciudad) estaba en huelga. Durante los siguientes días, las huelgas se convirtieron en manifestaciones masivas contra el esfuerzo bélico y el régimen zarista. Nicolás II ordenó a las autoridades que dispersasen a los manifestantes, pero, tras algunos derramamientos de sangre iniciales, los soldados se negaron a disparar a la multitud y se pasaron a la revolución. El alto mando militar rechazó posteriormente la orden del zar de trasladar más tropas a la capital. Habiendo perdido toda su autoridad, Nicolás II abdicó del trono, y la monarquía rusa llegó a su fin[26].

Cuando se derrumbó la autocracia zarista, se produjo en Rusia un vacío de poder. Si la Duma hubiese sido un parlamento verdaderamente democrático, se podría haber formado un gobierno que contase con la legitimidad popular. Miembros de la Duma formaron el Gobierno Provisional, con la idea de gobernar hasta que pudieran celebrarse elecciones nacionales y promulgarse una constitución. Pero el Gobierno Provisional nunca tuvo ni la legitimidad popular ni un control administrativo completo del país. Las clases bajas no confiaban en el Gobierno Provisional, y los obreros y los soldados elegían delegados para sus propios órganos representativos, los soviets. Los historiadores han denominado a esta difícil coexistencia del Gobierno Provisional y los soviets «poder dual», puesto que el poder político estaba dividido. Estas divisiones políticas reflejaban las profundas divisiones sociales de Rusia, particularmente entre las clases altas, de un lado, y las masas de campesinos, soldados y obreros de otra[27].

El Gobierno Provisional continuó la tendencia propia de la guerra de expandir las responsabilidades del Estado sobre el bienestar del pueblo. Estableció ministerios de salud, de asuntos sociales y de aprovisionamiento de alimentos, y situó a muchos profesionales en las posiciones de liderazgo por las que tanto habían suspirado. Políticamente, sin embargo, el Gobierno Provisional fracasó en su intento de recabar un amplio apoyo. Las clases bajas del país tenían sus propias agendas revolucionarias que incluían el final de la guerra, la inmediata redistribución de la tierra y el control obrero de las factorías, y el Gobierno Provisional no facilitó ninguna de esas cosas. A media que los soldados desertaban, los campesinos ocupaban más tierras y los obreros declaraban su lealtad a los soviets, los funcionarios del Gobierno Provisional se desilusionaban con las masas por rechazar la oportunidad de materializar los ideales liberales del patriotismo y la conciencia cívica. Cada día que pasaba el Gobierno Provisional recurría más a

medidas coercitivas, por ejemplo, al uso de la fuerza militar para requisar cereales.

El asunto más candente que hubo de encarar el Gobierno Provisional fue la guerra. Tras tres años de conflicto internacional y literalmente millones de bajas, tanto los soldados como los civiles querían poner fin al enfrentamiento. Pero los líderes del Gobierno Provisional se empeñaron en proseguir el esfuerzo bélico. El líder de los liberales, Pavel Miliukov, aseguró a los aliados de Rusia que su país continuaría en la lucha hasta la victoria final[28]. Alexander Kérenski, un miembro moderado del Partido Socialista Revolucionario y el líder del Gobierno Provisional, lanzó en junio una nueva ofensiva militar que resultó ser un nuevo desastre para el ejército ruso. Muchos soldados desertaron y volvieron a sus aldeas de origen, en donde se dedicaron a promover la revolución[29]. El Gobierno Provisional tampoco accedió a las demandas de redistribución de la tierra de los campesinos. Los líderes del gobierno pospusieron su actuación sobre este asunto, y en verano de 1917 los campesinos se encargaron ellos mismos de la cuestión y se hicieron con muchas tierras de la nobleza.

Los socialistas moderados, incluidos los mencheviques y el Partido Social-Revolucionario, participaron en el Gobierno Provisional, y a medida que la hostilidad hacia el gobierno crecía, su popularidad declinaba. Pero los bolcheviques, tras el retorno en abril de Lenin del exilio, adoptaron una actitud beligerante contra el Gobierno Provisional. Empezaron a reclamar «¡Todo el poder para los soviets!». Los bolcheviques acuñaron también otro eslogan, «Paz, Tierra y Pan». Este eslogan prometía a las clases bajas lo que querían: el inmediato cese de la guerra; la redistribución de la tierra de los nobles a los campesinos; y el final de las restricciones de alimentos en las ciudades. El desencanto con el Gobierno Provisional siguió creciendo, al ritmo que lo hacía la popularidad de los bolcheviques entre soldados y obreros[30].

Los bolcheviques supieron también dar respuesta a las demandas de las nacionalidades no rusas del imperio. El colapso del régimen zarista ofreció a estas nacionalidades la oportunidad de articular sus aspiraciones de autogobierno. Mientras la mayoría de los políticos rusos insistía en mantener un Estado fuerte y centralizado, Lenin apoyó las demandas de los no rusos de obtener una mayor autonomía. A instancias de Lenin, Stalin había escrito un tratado sobre marxismo y nacionalismo en el que argumentaba que las minorías nacionales debían tener, en el seno de una estructura estatal más amplia, autonomía regional, incluyendo el derecho a usar su propia lengua y a administrar sus propias escuelas. No abogaba por la independencia nacional, pues explicaba que el nacionalismo era solo una fase temporal bajo el capitalismo que se extinguiría con el socialismo. Pero a diferencia de muchos líderes políticos en 1917, Lenin y Stalin reconocían que el chovinismo ruso existía y que los intentos de suprimir las minorías

nacionales solo inflamarían el separatismo nacionalista.

En una atmósfera de crisis y polarización política, la autoridad del Gobierno Provisional se erosionó rápidamente. En septiembre, un general del ala derecha llamado Lavr Kornílov trató de dar un golpe de Estado. Para defender la revolución, los trabajadores ferroviarios se negaron a transportar las tropas de Kornílov a Petrogrado, y agitadores bolcheviques convencieron rápidamente a las tropas de no obedecer las órdenes de sus oficiales. A raíz del destacado papel representado en desbaratar el golpe de Estado de Kornílov, los bolcheviques ganaron más adeptos entre obreros y soldados. Se hicieron con la mayoría en el soviet de Petrogrado y Lev Trotski, uno de los principales líderes bolcheviques, fue elegido presidente. «Todo el poder para los soviets» significó entonces que efectivamente todo el poder fue a parar a los bolcheviques. En Octubre, la mayoría de los soldados del acuartelamiento de Petrogrado apoyaban a los bolcheviques. Aunque el Gobierno Provisional continuó gobernando nominalmente, el poder político y militar real en la capital estaba ahora en manos de los bolcheviques.

A finales de octubre, Lenin decidió que había llegado la hora de derrocar al Gobierno Provisional. El Segundo Congreso de los Soviets —un encuentro de los representantes de todos los soviets del país— tenía que reunirse el 25 de octubre. Lenin trató de recabar apoyos en vísperas de esta asamblea. En la noche del 24 de octubre, unidades paramilitares bolcheviques conocidas como la Guardia Roja empezaron a tomar el control de puntos clave de Petrogrado: estaciones de tren, oficinas de telégrafos y edificios gubernamentales[31]. A la tarde siguiente, los bolcheviques controlaban la capital rusa a excepción del Palacio de Invierno, la sede del Gobierno Provisional. Aquella noche, la Guardia Roja bolchevique «asaltó» el Palacio de Invierno y expulsó al Gobierno Provisional. En realidad, el palacio estaba virtualmente indefenso y la Guardia Roja entró, junto a otros rebeldes, sin oposición alguna. En aquel crítico momento no había casi tropas dispuestas a defender al Gobierno Provisional. La tan esperada revolución socialista finalmente se había producido, pero en un vacío de poder, en un país quebrado por la guerra y la creciente anarquía[32].

Al día siguiente, Lenin se subió al estrado del Segundo Congreso de los Soviets y proclamó: «¡Ahora debemos construir un orden socialista!»[33]. Pero ¿qué aspecto tendría un orden socialista? Nunca en la historia del mundo había existido un Estado socialista, y el marxismo no ofrecía guía alguna sobre cómo hacerlo. Marx había escrito poco acerca de lo que ocurriría tras una revolución proletaria que llegase a buen puerto; la mayoría de su atención la había dedicado a la insostenibilidad del capitalismo y la inevitabilidad de la revolución. Lenin y otros bolcheviques también se habían volcado en que la revolución se produjera, no en lo que harían después. Una vez conquistado el poder, los bolcheviques tenían que gobernar el país, un

país que, en parte a causa de sus propias acciones, se encaminaba rápidamente a la guerra civil[34]. Las medidas que emprendieron y las instituciones estatales que crearon no solo estaban conformadas por su ideología, sino también por las desesperadas circunstancias a las que se enfrentaban y por las prácticas estatales ya establecidas durante la Primera Guerra Mundial.

Cuando los bolcheviques anunciaron al Segundo Congreso de los Soviets que habían tomado el poder los socialistas moderados —los mencheviques y el Partido Socialista Revolucionario— salieron a protestar contra lo que interpretaban como un golpe de Estado bolchevique. Lenin había luchado desde hacía tiempo con otras facciones del socialismo, y no mostró intención alguna de trabajar con ellos entonces. El hecho de que no esperase al Segundo Congreso de los Soviets para una acción coordinada para hacerse con el poder confirma que prefería el gobierno de un partido único. No todos los líderes bolcheviques tenían este carácter partisano; Grigori Zinóviev y Lev Kámenev se habían opuesto abiertamente a la toma de poder unilateral de los bolcheviques. Pero Stalin apoyaba incondicionalmente a Lenin, pues él mismo había vivido sus batallas internas contra los mencheviques desde que se había convertido en un marxista revolucionario (véase ilustración 1.3). Lenin conformó un comité ejecutivo de gobierno, el Consejo de Comisarios del Pueblo, compuesto casi por entero de bolcheviques, aunque permitió que lo integraran algunos miembros del Partido Socialrevolucionario de Izquierda. Dos meses después, cuando las elecciones a la Asamblea Constituyente (la asamblea que iba a escribir una constitución para Rusia), previstas desde hacía tiempo, tuvieron lugar y los bolcheviques quedaron segundos tras el Partido Socialrevolucionario de Izquierda, Lenin abandonó rápidamente la Asamblea y retuvo el poder para los bolcheviques. No está claro que la Asamblea Constituyente hubiese sido capaz de establecer un orden democrático funcional en un imperio ruso aquejado de tan profundas divisiones. Pero las acciones de los bolcheviques ciertamente elevaron el nivel de polarización social y eliminaron cualquier opción de que una democracia liberal se estableciese.

Ilustración 1.3 Iósif Stalin y Vladimir Lenin, 1919

Una vez en el poder, los bolcheviques tenían que hacer realidad sus promesas de paz, tierra y pan. Se ocuparon de la redistribución de la tierra en su primer decreto, mediante el que entregaron todas las tierras a los campesinos. Realmente, este decreto solo legalizó la toma de las tierras que el campesinado ya había realizado, pero fue una prueba en cualquier caso de que los bolcheviques tenían la intención de tomar acciones inmediatas en favor de las clases más desfavorecidas. Los alemanes, que se habían adentrado bastante en terreno ruso, pidieron unas condiciones de rendición tan humillantes que Trotski abandonó en primera instancia las negociaciones de paz. Finalmente, los bolcheviques asumieron grandes pérdidas territoriales y firmaron el Tratado de Brest-Litovsk para poner fin a la guerra. Sus únicos socios de coalición, el Partido Socialrevolucionario de Izquierda, rompieron con ellos a propósito de este asunto y renunciaron a participar en el gobierno. Desde ese momento en adelante, el Estado soviético fue una dictadura unipartidista[35].

La guerra civil

Aunque los bolcheviques sacaron a Rusia de la Primera Guerra Mundial, el país se vio pronto inmerso en una sangrienta guerra civil en la que más de un millón de personas murieron combatiendo y varios millones más sucumbieron al hambre y las enfermedades. La guerra civil resultó ser un suceso «formativo» para el sistema soviético; moldeó las instituciones estatales y la cultura política y la mentalidad de los líderes bolcheviques. Para ganar en dominio administrativo sobre el país y combatir en la guerra civil, se apoyaron en prácticas bélicas como el

control económico centralizado, la vigilancia masiva y el uso de la violencia de Estado. El sistema soviético se fundó no solo sobre la ausencia de límites institucionales tradicionales (parlamentos, cortes y derechos de propiedad), sino contra el telón de fondo de la movilización bélica y un conflicto partisano viciado. Significativamente, los oponentes a los bolcheviques se apoyaron en similares prácticas —requisas de grano, vigilancia, campos de concentración y ejecuciones sumarias— para establecer un control y eliminar a la oposición.

Tanto los bolcheviques (Rojos) como los antibolcheviques (Blancos) veían la guerra civil como una lucha a vida o muerte. En sus discursos, Lenin afirmaba sin ambages que las alternativas a las que se enfrentaban los bolcheviques eran victoria o muerte. Un observador ruso recordaba que la guerra civil «carecía por completo de reglas. Cada uno tenía que buscarse la vida; cada batalla era un lance personal entre la vida y la muerte. Nadie tomaba prisioneros. Los heridos eran rematados sobre el terreno […] La amabilidad, la piedad, la compasión y la justicia habían sido abandonadas, remplazadas por la crueldad, el odio y la ira»[36]. La guerra civil fue un conflicto militar, pero para muchos fue también una lucha por la supervivencia. A medida que el país se sumía en la anarquía, bandas armadas deambulaban por el campo, saqueando las poblaciones que hallaban a su paso. El colapso económico de las ciudades dejó a sus habitantes sin comida, sin calor, sin agua limpia y sin jabón. Las ciudades quedaron parcialmente deshabitadas y miles huyeron al campo. Junto al avance del hambre, los refugiados cubiertos de piojos eran vehículos perfectos para las epidemias. En su novela sobre la guerra civil, *Doctor Zhivago*, Boris Pasternak describe vagones de tren abandonados enterrados en la nieve que servían como «fortalezas de las bandas armadas de ladrones de caminos, un refugio y escondite para los fugitivos criminales y políticos, los involuntarios vagabundos de aquel tiempo, pero sobre todo como fosas comunes para enterramientos colectivos para quienes morían de frío y de tifus, que se agolpaban a la largo de las líneas ferroviarias»[37]. Para ganar la guerra civil, los bolcheviques debían vencer no solo al Ejército Blanco, sino a los anarquistas, la intervención extranjera, la epidemia de tifus y el desmoronamiento económico.

El desafío más inmediato para los bolcheviques vino del Ejército Blanco, comandado por los antiguos oficiales zaristas que no aceptaban el nuevo gobierno soviético. Estos oficiales, apoyados por otros grupos que se oponían a la toma de poder de los bolcheviques, trataron de hacerse con el control del país por la fuerza. Un Ejército Blanco de unos veinticinco mil soldados que estaba en el noroeste atacó Petrogrado, que solo meses antes había vivido la amenaza del ejército alemán. En 1918, los bolcheviques trasladaron la capital a Moscú, de posición más central y por lo tanto menos vulnerable. Ejércitos Blancos más numerosos se formaron en Siberia y en el sur. El almirante Alexander Kolchak,

comandante en jefe del Ejército Blanco en Siberia, se declaró Mandatario Supremo de toda Rusia, mientras el general Anton Denikin, jefe de los Blancos en el sur, tenía ciento cincuenta mil soldados bajo su mando. En octubre de 1919, el ejército de Denikin avanzó hasta trescientos kilómetros de Moscú, y hasta que el Ejército Rojo pudo contratacar no estuvo claro si el régimen soviético sobreviviría[38].

Los bolcheviques también tenían que enfrentarse a la intervención extranjera, incluida la de los británicos, los franceses, los americanos, los checos y las tropas japonesas en suelo ruso. El propósito inicial de la intervención de los aliados era reavivar el frente oriental contra Alemania, pero incluso después de que esta fuese derrotada en el frente occidental en noviembre 1918, las tropas aliadas permanecieron para ayudar a los Blancos contra los bolcheviques. Aunque la intervención extranjera no supuso una gran diferencia en términos militares, definitivamente contribuyó a la mentalidad de asedio de los bolcheviques. El duradero legado de la intervención aliada fue inscribir en la memoria de los líderes bolcheviques que en estos primeros compases del Estado soviético los países capitalistas habían intervenido militarmente poniéndose del lado de sus enemigos.

El nombre «bolcheviques» estaba fuertemente asociado a la clase obrera, y para agrandar la base de sus apoyos entre el campesinado los líderes del partido se renombraron «comunistas». Para combatir en la guerra civil, los comunistas formaron el Ejército Rojo, al que concebían como un ejército de voluntarios cuyos mandos eran elegidos democráticamente. No obstante, el número de voluntarios era bastante pequeño, y los comunistas no tardaron en pasar al reclutamiento forzoso. Trotski, Comisario de Guerra y máxima autoridad del Ejército Rojo, también abandonó las elecciones de los mandos y fortaleció la jerarquía y la disciplina militar. Tuvo que afrontar una escasez de militares expertos; reclutó finalmente a algunos de los antiguos oficiales zaristas (los que no había ido a parar a las filas de los Blancos). Lenin reconoció que el nuevo Estado soviético necesitaba especialistas técnicos, burocráticos y militares. Tanto él como Trotski estaban dispuestos a nombrar a antiguos oficiales zaristas como comandantes, siempre y cuando fuesen supervisados por comisarios políticos. Stalin y los demás comunistas, sin embargo, siguieron sospechando largamente de los representantes del antiguo régimen y chocaron una y otra vez con ellos[39].

Los comunistas también establecieron un sistema de vigilancia generalizada durante la guerra civil. Si monitorizar las «tendencias políticas» de la población había sido importante durante la Primera Guerra Mundial, todavía fue más vital durante la guerra civil. Tanto los comunistas como los Blancos se servían de la vigilancia para discernir las lealtades del pueblo y reprimir a los opositores. Las técnicas de vigilancia soviéticas replicaban las utilizadas por los gobiernos durante

la Primera Guerra Mundial e incluían la revisión del correo, el ejército de informantes y la recogida de informes sobre las opiniones del pueblo[40]. Los controles postales y telegráficos soviéticos empleaban a muchos de los mismos burócratas que habían leído cartas y escrito informes para el régimen zarista y el Gobierno Provisional. Los líderes soviéticos no buscaban conocer las opiniones del pueblo para acomodarse a ellas; querían localizar a quienes se oponían a sus políticas y etiquetarlos como «contrarrevolucionarios». Pero conocer los sentimientos de los soldados y los civiles sí les sirvió de guía para sus campañas de propaganda, con las que trataban de recabar adeptos al régimen soviético.

Con el tiempo la vigilancia fue pasando a la recién fundada policía secreta soviética. Los comunistas no tenían planeado crear una fuerza de policía secreta, pero dado el crecimiento de la disidencia política, la anarquía y el contrabando que se dio en la Revolución de Octubre crearon la Cheka (después llamada OGPU, NKVD y finalmente KGB). Concebida como una organización temporal con unas cuantas docenas de empleados, la policía secreta terminó convertida en una entidad permanente del sistema soviético con unos sesenta mil miembros en 1921. Durante la guerra civil, la policía secreta gestionó tribunales que dictaban sentencias extrajudiciales —entre sus medidas, el encarcelamiento y la ejecución— contra oponentes y sospechosos de ser enemigos. En 1918, el gobierno soviético decretó: «Es esencial para proteger la república soviética contra sus enemigos de clase aislar a estos elementos en campos de concentración»[41]. La policía secreta creó una red de campos de concentración que ya albergaba a dieciséis mil personas en 1919, y a más de setenta mil en 1921. Los Blancos también llevaron a cabo ejecuciones sumarias y encarcelamientos masivos contra aquellos a quienes consideraban sus enemigos. El uso de campos de concentración para recluir a civiles considerados una amenaza se convirtió en un elemento fijo del gobierno soviético, un elemento que continuaría mucho después de que la guerra civil hubiese terminado.

Cuando la guerra civil tocaba a su fin, los comunistas hubieron de afrontar una ola de revueltas campesinas contra las requisas de grano, incluido un levantamiento a gran escala en la provincia de Tambov. El general Mijaíl Tujachevski, el comandante del Ejército Rojo encargado de aplastar la revuelta, se sirvió de las deportaciones y los internamientos en campos de concentración para derrotar a los campesinos rebeldes. No solo deportó a familias, también a pueblos y aldeas completos sospechosos de ayudar a los insurgentes. Al suprimir la revuelta, las autoridades soviéticas ejecutaron sumariamente a quince mil personas y encarcelaron o deportaron a otras cien mil. Posteriormente, Tujachevski escribió que las operaciones contra la insurgencia debían enfocarse en toda la población, antes que en los

individuos, y que aquellos segmentos de la población considerados no fiables debían ser eliminados físicamente de la sociedad, ya fuese enviándolos a campos de concentración o deportándolos de la región por completo. Así pues, para Tujachevski, el antiguo oficial zarista y comandante de la guerra civil, las claves para establecer el control soviético sobre una región eran técnicas de extirpación social violenta cuyo fin era erradicar esos segmentos hostiles de la población[42]. Una sección entera del Partido Comunista, oficiales del ejército, funcionarios del gobierno y agentes de la policía secreta estuvieron implicados en las deportaciones, los encarcelamientos y las ejecuciones sumarias durante este periodo de guerra total. Estas prácticas continuarían informando su comportamiento, incluyendo la disposición a emplear la violencia de Estado en futuros periodos de crisis, particularmente durante la colectivización estalinista.

Para movilizar recursos para la guerra civil y gobernar un vasto país en anarquía, los comunistas construyeron un formidable aparato. Emplearon a burócratas del extinto régimen zarista o del Gobierno Provisional, y también contrataron a profesionales no comunistas. El Comisariado de Salud, por ejemplo, se convirtió en una gran burocracia gubernamental. A falta de ideas propias y experiencia en esta área, los líderes comunistas permitieron a los médicos liberales desempeñar un papel estableciendo el Comisariado y sus políticas. Con tantas epidemias diezmando a la población, los burócratas-médicos instauraron agresivas medidas de salud pública y centralizaron en el Estado la sanidad pública[43]. Similarmente, el Comisariado de Seguridad Social del gobierno soviético, que remplazó al Ministerio de Cuidado Estatal del Gobierno Provisional, empleó a profesionales no comunistas. Estos funcionarios centralizaron las medidas que perseguían aliviar los padecimientos de millones de heridos durante la guerra, las viudas y los refugiados.

El control gubernamental se expandió también en el ámbito económico, a medida que los comunistas adoptaban políticas que fueron conocidas como «comunismo de guerra». Instauraron el Consejo Económico Supremo, un cuerpo que tenía autoridad sobre toda la economía del Estado. Todos los intereses económicos, incluidos los de los trabajadores, estaban pues subordinados a la burocracia estatal. Como hemos visto, el control centralizado sobre la economía fue común a muchos países durante la Primera Guerra Mundial, y no es de extrañar que los comunistas tratasen de aglutinar recursos económicos durante la guerra civil. El Consejo Económico Supremo quedó institucionalizado como un elemento permanente del Estado soviético, uno que continuaría supervisando la economía soviética durante toda su existencia. La centralización económica acabó con el control obrero de las factorías. En 1917, los obreros se habían hecho con dicho control en muchos casos, y el gobierno soviético dio validez a los comités obreros en uno de sus

primeros decretos. Pero en 1918, los comunistas establecieron una gestión estatal de las fábricas y subordinaron los salarios y los horarios de los obreros a lo que dispusieran los sindicatos dirigidos por el gobierno[44].

Los comunistas también continuaron con el monopolio gubernamental del grano que en su día instituyó el régimen zarista durante la Gran Guerra. Cuando la escasez de alimentos empeoró, desplegaron destacamentos armados para cosechar los cereales, como el Gobierno Provisional había hecho anteriormente[45]. Por lo tanto, a pesar de que los comunistas dejaron que los campesinos tuviesen las tierras, no les permitieron obtener beneficios con la venta de sus cosechas. Incluso con las requisas de grano las ciudades siguieron sufriendo escasez de alimentos, y el gobierno soviético tuvo que racionarlos a partir de 1916. Los Comisarios de aprovisionamiento de alimentos en los pueblos y ciudades establecieron raciones de pan de menos de un cuarto de kilo al día en base a las menguantes existencias de alimentos[46]. El control gubernamental de la economía en todas estas formas —planificación central, industria dirigida por el Estado, requisas de grano y racionamiento— se convertiría también en una faceta central del estalinismo.

Incluso antes de que llegase la Revolución de Octubre, los bolcheviques/comunistas habían esperado el conflicto armado con los «enemigos de clase», y de hecho su toma del poder les ayudó a precipitar la guerra civil. Pero la experiencia de la guerra civil reforzó en ellos una mentalidad de asedio que los llevaba a ver enemigos por todas partes. Después de que Lenin resultase seriamente herido en un intento de asesinato llevado a cabo por los Socialistas Revolucionarios (SR) en 1918, él y otros comunistas pasaron a ser casi fanáticos del uso del terror contra los opositores. Zinóviev declaró: «Camaradas, hay que golpear al SR sin piedad, sin atisbo de misericordia; no hacen falta ni cortes ni tribunales […] Que corra la sangre de los miembros del SR y la Guardia Blanca. Exterminad a los enemigos físicamente»[47]. Los comunistas también llegaron a ver la combinación de enemigos internos y externos como un particular peligro. En 1920, Polonia invadió Ucrania, y Trotski tuvo que redirigir las tropas que combatían a los Blancos para detener al ejército polaco. El Ejército Rojo consiguió frenar a los polacos, pero la breve guerra con Polonia permitió reagruparse al Ejército Blanco del sur. Aunque el Ejército Rojo siguió hasta acabar con los Blancos, el espectro de una combinación de enemigos externos e internos siguió obsesionando a los líderes comunistas.

Los comunistas fueron capaces de ganar la guerra civil construyendo un ejército y un Estado. Partiendo de una fuerza de unos pocos miles de efectivos de la Guardia Roja al principio de la guerra, armaron un Ejército Rojo con cinco millones de soldados[48]. La mayoría de sus reclutas provenían del campesinado, el grupo social más numeroso en el

país, y las tasas de deserción eran muy altas. No obstante, aunque los campesinos desarrollaron una aversión frente a los soviéticos por las requisas de grano y las levas forzosas, seguían siendo más hostiles al Ejército Blanco, que amenazaba con quitarles sus tierras y devolvérselas a los nobles terratenientes[49]. Las promesas soviéticas de autonomía nacional también les granjearon el apoyo de las nacionalidades no rusas, que tampoco gustaban del eslogan de los Blancos «Rusia, una e indivisible». Para la movilización bélica, los líderes comunistas reclutaron a trabajadores y soldados del Ejército Rojo para que ingresasen en el Partido y nombraron a muchos para puestos de gobierno. Algunos liberales profesionales y antiguos funcionarios zaristas también sirvieron en el nuevo gobierno soviético a pesar de su hostilidad hacia los comunistas, en parte a causa de la anarquía general que reinaba en el país. Con bandas armadas dando vueltas por el campo, el hambre y las epidemias rampantes, y la pérdida de servicios básicos en las ciudades, muchos liberales e incluso conservadores concluyeron que los comunistas eran los únicos que podían sostener a Rusia en pie y restablecer el orden[50].

¿Así pues, en qué sentido fue la guerra civil un periodo formativo para el sistema soviético y el estalinismo? Para ganar la guerra civil, los comunistas establecieron un aparato estatal centralizado, controles económicos gubernamentales, una nutrida fuerza de policía secreta, la vigilancia generalizada y una red de campos de concentración. Todas estas medidas quedaron institucionalizadas como aspectos permanentes del sistema soviético. La guerra civil, como parte de la experiencia vivida por los líderes soviéticos y los funcionarios, creó también una tradición militante dentro del Partido Comunista. La guerra civil había sido una desesperada lucha para derrotar al Ejército Blanco, la injerencia extranjera y la anarquía, pero cuando los comunistas vencieron, pudieron mirar atrás hacia un tiempo glorioso en el que habían dado su vida por defender la revolución. Esta tradición heroica incluía un culto a la voluntad y la violencia, la sensación de que si los comunistas eran suficientemente despiadados podían lograr cualquier cosa. Como veremos, Stalin y sus colegas del Partido se apoyaron en estas tradiciones e instituciones para llevar a término la brutal transformación del país acaecida durante la década de 1930.

La nueva política económica

Tras su victoria en la guerra civil, los comunistas hubieron de afrontar la tarea de reconstruir un país devastado por la guerra y económicamente en ruinas. Rusia había estado en guerra casi continuamente desde 1914 a 1920. Muchos sectores de la industria estaban en punto muerto, y la producción industrial solo había crecido un veinte por ciento respecto a

sus niveles anteriores a la Gran Guerra. Las grandes ciudades habían perdido cerca de la mitad de sus habitantes por las muertes y la emigración forzada por el hambre. La producción agrícola había caído también catastróficamente, y entre 1921 y 1922 una terrible hambruna barrió la región del Volga. En el periodo que va de 1914 a 1922 casi catorce millones de personas habían perecido a causa de la guerra, el hambre y las enfermedades. Tantos niños habían perdido a sus padres que había unos siete millones de huérfanos en el país, muchos de ellos sin hogar y forzados a mendigar o robar para sobrevivir (véase ilustración 1.4)[51].

Ilustración 1.4 Huérfanos hambrientos en Samara, 1921

Además de a la devastación económica, los comunistas se enfrentaban a una nueva crisis política al final de la guerra civil. Una vez derrotado el Ejército Blanco, los campesinos ya no contemplaban la posibilidad de un retorno de los terratenientes, y en muchas localidades se rebelaron contra las requisas de grano de los comunistas. El alzamiento de los campesinos de la provincia de Tambov solo fue la mayor de una serie de levantamientos que hubieron de ser sofocados por los militares. En marzo de 1921, marineros de la base naval de Kronstadt, en las afueras de Petrogrado, se rebelaron contra el gobierno comunista. Muchos de ellos procedían de familias campesinas y se oponían a los controles económicos soviéticos. Los marineros plantearon demandas políticas y económicas, entre ellas el fin de la dictadura comunista y la supresión de las requisas de grano[52]. Unidades del Ejército Rojo desarticularon sangrientamente la revuelta, pero los líderes comunistas quedaron muy señalados. Durante la revolución y la guerra civil, los marineros de Kronstadt se habían contado entre los seguidores

más fervientes, de modo que la rebelión empujó a los comunistas a repensar sus políticas económicas.

Puesto que no existía un modelo para una economía socialista, los líderes del Partido Comunista debatieron qué curso seguir. Compartían el objetivo de eliminar el capitalismo e industrializar el país, pero ¿cómo lo harían y a qué ritmo? Varias facciones del partido propusieron programas para crear y administrar la nueva sociedad socialista. La llamada Oposición Obrera abogaba por una democracia participativa que hiciera que representantes electos se ocupasen de la economía. Una facción comandada por Trotski proponía una transformación revolucionaria basada en la jerarquía, la disciplina y la militarización del trabajo. Lenin rechazó ambos modelos en favor de una aproximación gradual con una cantidad limitada de capitalismo. En el Décimo Congreso del Partido Comunista, que tuvo lugar durante el alzamiento de Kronstadt, presentó la Nueva Política Económica (NPE), una política con la que acabaría con las requisas de grano. Los campesinos tenían ahora simplemente que pagar un impuesto sobre lo que produjesen, y podían quedarse con los excedentes de grano para venderlos obteniendo un beneficio. Así pues, a regañadientes, Lenin permitió cierta recuperación de la economía libre de mercado. El gobierno soviético también abandonó la completa nacionalización de la industria; aunque retuvo el control de la industria a gran escala y de la banca, permitió operar a las pequeñas empresas capitalistas. Pese a las fuertes reservas, los miembros del Partido Comunista aceptaron la NPE como un paso atrás necesario dada la devastación y el desasosiego económico del país.

Al mismo tiempo que Lenin impulsaba esta liberalización económica, ni él ni otros miembros del partido permitieron una relajación política. Por el contrario, mantuvieron la vigilancia y perpetuaron la dominación del Partido Comunista sobre el altamente centralizado aparato del Estado. Lenin instituyó incluso la prohibición de que hubiera facciones en el seno del partido, y justificó seguidamente este esfuerzo por endurecer todavía más la disciplina del partido declarando: «Cuando un ejército se retira, necesita cien veces más disciplina que cuando está avanzando»[53]. Instituciones como la policía secreta siguieron operando, y las prácticas que incluían la censura y la vigilancia se convirtieron en aspectos permanentes del Estado soviético[54]. Mientras los otros Estados combatientes de la Primera Guerra Mundial abandonaron las prácticas bélicas al concluir la contienda, el gobierno soviético no lo hizo. Los líderes del Partido Comunista podrían haber decidido la disolución de la policía secreta, levantar la censura y descentralizar la autoridad política. Pero no solo estaban tales instituciones y prácticas firmemente enraizadas; los dirigentes comunistas decidieron mantenerlas. Por ser una clase obrera que dirigía un país mayoritariamente compuesto de campesinos y rodeado de poderes capitalistas hostiles, siguieron sintiéndose asediados incluso tras

vencer en la guerra civil.

Aunque el periodo de la NPE no fue ni de lejos tan violento como la era estalinista que le siguió, los líderes del partido siguieron haciendo uso de la violencia de Estado en la década de 1920. Fue en este tiempo cuando institucionalizaron los campos de trabajo en el sistema soviético. Ya durante la guerra civil, el jefe de la policía secreta, Félix Dzerzhinski, había introducido los trabajos forzados para los recluidos en campos de concentración. A principios de los años veinte, él y otros oficiales soviéticos promovieron los campos de trabajo no solo para aislar a los enemigos de clase, sino también para aglutinar trabajadores para proyectos económicos que tenían lugar en regiones remotas. En 1922 establecieron un campo de trabajo en las Islas Solovetsky, en el extremo norte, un campo que se convirtió en modelo para el enorme sistema de campos de internamiento del Gulag en los años treinta. Los prisioneros eran allí forzados a realizar trabajos muy penosos, inicialmente como vía para ser reeducados, aunque a principios de 1926 aquello ya era un fuente de ingresos para el Estado[55].

Los oficiales soviéticos también siguieron utilizando otras formas de violencia de Estado durante los años veinte, particularmente en la periferia del país. De 1923 a 1927, el gobierno soviético emprendió operaciones militares a gran escala en Asia Central y en el Cáucaso para consolidar su control sobre estas regiones. Tanto unidades del Ejército Rojo como tropas de la policía secreta realizaron programas de pacificación que incluyeron ejecuciones sumarias, encarcelamientos y deportaciones. En Asia Central, el comandante del Ejército Rojo Mijaíl Frunze llevó a cabo la «completa aniquilación» de los grupos rebeldes aislándolos de las poblaciones locales[56]. Al norte del Cáucaso, algunos de los mismos oficiales que después organizarían las represiones de los años treinta supervisaron tribunales de la policía secreta que dictaron miles de sentencias de muerte en la década de 1920[57]. Así pues, existió una significativa continuidad entre la era de la guerra civil y la de los años treinta tanto en lo que respecta al personal empleado en la policía secreta como a sus prácticas represivas.

La incorporación de nacionalidades no rusas a la Unión Soviética no solo se logró a través de la violencia de Estado. Como se apuntó anteriormente, Lenin creía que los no rusos debían tener el derecho de la autodeterminación nacional, pues pensaba que la opresión de las minorías nacionales solo inflamaría el separatismo nacionalista. Quería retener tanto territorio como fuera posible bajo el poder soviético, pero aceptaba el hecho de que Polonia, Finlandia, Estonia, Letonia y Lituania —todas ellas naciones anteriormente englobadas en el Imperio zarista— se convirtiesen en naciones independientes. Lenin creía que si a las minorías nacionales dentro del Estado soviético se les permitía cierta autonomía su nacionalismo terminaría desvaneciéndose. No todos los líderes comunistas estaban de acuerdo con Lenin; no faltaban quienes

deseaban aplastar toda forma de nacionalismo y sustituirlo por conciencia proletaria. Stalin, como Comisario de las Nacionalidades, siguió la política general de Lenin de crear unidades territoriales no rusas dentro del país, aunque se mantuvo receloso del separatismo nacionalista y persiguió un mayor control central. A finales de 1922, el Comité Central del Partido Comunista aprobó la propuesta de Lenin de crear la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, en la que las principales nacionalidades tenían su propia unidad territorial, convirtiéndose en parte de un sistema federal en pie de igualdad con los rusos. En la práctica, las repúblicas no rusas no gozaron de autonomía política, pero se les permitió desarrollar, dentro de unos límites, sus propias culturas nacionales[58].

Lenin murió a principios de 1924 tras una serie de infartos que lo habían debilitado. Tradicionalmente, los líderes comunistas eran incinerados al morir, pero los miembros del partido decidieron en cambio que el cuerpo de Lenin debía ser preservado. Se estableció una Comisión para la Inmortalización de la Memoria de Lenin, que recibió este encargo. En unas declaraciones para esta comisión, Avel Enukidze dijo: «Es de suprema importancia preservar la apariencia física de este extraordinario líder para la siguiente generación y las futuras que sigan a esa»[59]. Científicos soviéticos desarrollaron métodos de embalsamamiento especiales para que el cadáver de Lenin se manutuviese mucho tiempo; fue exhibido en un mausoleo en la Plaza Roja. El poeta Vladimir Mayakovski escribió: «¡Lenin vivió, Lenin vive, Lenin vivirá!». La supuesta inmortalidad de Lenin fue la base del culto a su persona; retratos y estatuas suyos surgieron por doquier y Petrogrado cambió su nombre a Leningrado[60]. El culto a Lenin sentó un precedente para el posterior culto a Stalin, que fue una deificación similar del líder, aunque en este último caso mientras Stalin aún vivía y dirigía el país.

Con el tiempo, la Nueva Política Económica logró revitalizar el país económicamente. Para mediados de los años veinte, la agricultura y la industria se habían recuperado hasta alcanzar niveles prebélicos. Algunos académicos han sostenido que la NPE representó una alternativa moderada al estalinismo, una «vía de mercado hacia el socialismo» que no hubiese requerido una coerción estatal masiva ni tanto control económico[61]. De hecho, el líder del partido Nikolái Bujarin y sus seguidores deseaban continuar con la NPE durante mucho tiempo para mantener la paz con los campesinos y para generar riqueza para la futura sociedad socialista. Pero el sistema de la NPE era muy impopular entre los miembros del partido y los trabajadores. Estaban resentidos con los capitalistas —conocidos como «los hombres de la NPE»— que se hacían ricos con sus pequeñas fábricas y tiendas. Algunos de ellos alardeaban de su riqueza, vistiendo a la moda y patrocinando caros restaurantes y clubs nocturnos. Algunos miembros del partido se

preguntaban para qué habían derramado su sangre durante la revolución y la guerra civil si ahora tenían que ver a los capitalistas explotando a los obreros de nuevo.

El periodo de la Nueva Política Económica también acarreó muchos problemas sociales. Los obreros se enfrentaban a altas tasas de desempleo, pues la industria se recuperaba desigualmente[62]. El desempleo golpeaba especialmente a las mujeres trabajadoras, algunas de las cuales terminaron prostituyéndose para poder alimentar a sus familias. El abuso de las drogas se disparó, con la cocaína campando a sus anchas entre los jóvenes y tasas de adicción cada vez más altas. La criminalidad también crecía, a consecuencia de la adicción a las drogas, el desempleo y la desigual distribución de la riqueza. La delincuencia juvenil estaba en auge, en parte a causa de la multitud de huérfanos sin casa que existía[63]. En el campo, las tensiones generacionales se desataron entre los mayores de las aldeas y los pueblos y los campesinos más jóvenes, particularmente aquellos que habían pasado tiempo en la ciudad sirviendo en el Ejército Rojo. Los dirigentes comunistas pensaban que los «kulaks» —los campesinos adinerados— estaban explotando a los campesinos pobres y especulando con el grano. Se suponía que la revolución había sido hecha para eliminar los problemas sociales de la era zarista, pero la realidad era que los problemas persistían, y en algunos casos agravados. Muchos miembros del partido echaron la culpa de estos males sociales al capitalismo de la NPE, de modo que empezó a extenderse la idea de que había que acabar con la Nueva Política Económica.

Socialismo en un solo país

Los líderes soviéticos creyeron inicialmente que su régimen revolucionario solo podría sobrevivir si la revolución socialista se extendía a otros países. Antes de 1917, Lenin había afirmado que «la Revolución rusa puede alcanzar la victoria por sus propios medios, pero posiblemente no pueda sostenerse y consolidar sus conquistas con sus solas fuerzas. No puede hacerlo si no se produce una revolución socialista en Occidente»[64]. No era solo que la teoría marxista hubiera resaltado la importancia de una revolución internacional del proletariado; la realidad geopolítica estaba claramente en contra de las posibilidades de Lenin y sus compañeros de partido. Todos estaban muy al tanto de que su país era mucho más débil militarmente que los países industrialmente avanzados del mundo. Además, estos países —el Reino Unido, Francia y los Estados Unidos— eran abiertamente hostiles al gobierno soviético.

Los líderes del Partido Comunista contaban con que las revoluciones obreras se desataran en otros países. El avance del socialismo serviría

tanto a sus intereses ideológicos como a sus necesidades de seguridad. Si dichas revoluciones lograban el predominio socialista la Unión Soviética ya no sería el único y solitario Estado socialista del mundo, rodeado de enemigos capitalistas. A tal fin, en 1919 los líderes del partido crearon la Internacional Comunista (Comintern), una organización que apoyaba los esfuerzos comunistas extranjeros para que materializasen sus propias revoluciones. Estas no eran esperanzas en modo alguno infundadas tal y como terminó la Primera Guerra Mundial. Tras cuatro años de brutal carnicería en los que millones perdieron la vida, nadie podía ofrecer una buena razón por la que dicha guerra se había combatido. Entre la clase trabajadora europea existía cierto sentimiento de que los únicos beneficiados con la contienda habían sido los industriales, que se habían enriquecido mientras los hombres de a pie eran masacrados en las trincheras. El malestar generalizado, incluidos los motines de los soldados en 1918 y una ola de huelgas en 1919, caracterizaron el periodo que siguió a la guerra. De hecho, los disturbios en Alemania y Hungría (estos últimos con la asistencia del Comintern) dieron la impresión de que las revoluciones socialistas se extendían como una mancha de aceite por Europa. Estas revueltas, no obstante, resultaron tener un corto recorrido, y los líderes soviéticos pronto tuvieron que enfrentarse al hecho de que no podían contar con la ayuda de los revolucionarios en el extranjero.

A medida que las esperanzas puestas en una revolución proletaria internacional se apagaban, Stalin comenzó a sostener que la Unión Soviética solo podría construir el socialismo por sí sola. Desde mediados de los años veinte proclamó su doctrina del «Socialismo en un solo país», según la cual los comunistas soviéticos no necesitarían apoyo externo. Trotski y Zinóviev desdeñaron la idea de Stalin por considerarla una distorsión del marxismo, y continuaron priorizando la difusión de la revolución por Europa occidental. Pero la postura de Stalin ganó el apoyo de las bases del partido, muchas de las cuales no estaban especialmente versadas en teoría marxista, de modo que abrazaron la idea de que podrían vencer por sí solos. Stalin y sus seguidores creían que algún día la revolución se expandiría, pero se volcaron cada vez más en reforzar su propio país como la mejor forma de realizar el socialismo.

La doctrina de Stalin (Socialismo en un solo país) le ayudó en la batalla sucesoria que siguió a la muerte de Lenin. Lenin no había designado un sucesor. En un documento conocido como su «Testamento» había alabado a las figuras prominentes del partido, pero igualmente había visto defectos en todos ellos. Lo que siguió al fallecimiento de Lenin en 1924 fue un periodo de liderazgo colectivo mientras los líderes del partido forcejeaban por el poder. Trotski parecía el heredero más probable de Lenin. Era un orador y un teórico brillante; su papel fue inmediatamente después en importancia al de Lenin en la Revolución de Octubre; y había creado el Ejército Rojo, ganando la guerra civil. Pero

había quienes no confiaban en él, e hicieron piña en su contra. Advertidos del ejemplo histórico de la Revolución francesa, veían en Trotski a un dictador militar en potencia, al estilo de Napoleón. Zinóviev y Kámenev se aliaron con Stalin, al que no consideraban una amenaza.

A Stalin le faltaban las dotes oratorias y la brillantez teórica de Trotski. Sobresalía en cambio en tareas organizativas y servía como Secretario General encargado de personal en el Partido Comunista. Ese puesto le permitía nombrar a quienes le eran leales para puestos clave en el partido. En 1926, dos de sus principales acólitos, Viacheslav Mólotov y Kliment Voroshílov, se convirtieron en miembros del Politburó (el órgano ejecutivo del partido). Ese mismo año, su protegido Serguéi Kírov se convirtió en jefe de la organización del partido en Leningrado. Stalin también se benefició de los cambios en la composición del Partido Comunista. El partido se había expandido enormemente durante la guerra civil, y muchos soldados del Ejército rojo se habían ganado ser miembros. Tras la muerte de Lenin, más de cuatrocientos mil obreros fueron reclutados en el partido para garantizar su carácter proletario. Estas nuevas incorporaciones de personas con una educación inferior a la de los intelectuales del partido inclinaba la balanza hacia el tosco estilo de Stalin, y asimismo hacia sus ideas[65].

Cuando ya era tarde, Zinóviev y Kámenev reconocieron la excesiva preponderancia de Stalin, y formaron la Oposición Unida junto a Trotski en 1926. Pero Stalin les ganó por la mano tildándolos de desviacionistas. Aunque la prohibición de Lenin a establecer facciones en 1921 no había acabado con estas en el partido, Stalin supo utilizar el mito de la unidad para condenar la oposición de Trotski, Zinóviev y Kámenev al movimiento. Consiguió con los expulsaran a los tres del Partido Comunista en 1927, y que Trotski fuese deportado dos años más tarde. Para entonces, Stalin era ya el líder indiscutible de la Unión Soviética y gobernaba en alianza con Bujarin, el principal adalid de continuar con la Nueva Política Económica. Sea como fuere, ni la alianza de Stalin con Bujarin ni el apoyo de aquel a la NPE durarían demasiado.

Desde su fundación, el Estado soviético se había enfrentado a una considerable hostilidad internacional. Los Estados Unidos, por ejemplo, se habían negado a reconocer a los líderes comunistas como mandatarios legítimos de Rusia, y no establecieron relaciones diplomáticas con la Unión Soviética hasta 1933. El Reino Unido sí firmó un tratado comercial con la Unión Soviética en 1921, pero en 1927 los conservadores británicos en el poder denunciaron a los soviéticos por espionaje y rompieron relaciones diplomáticas. Esta acción produjo una «alarma bélica», pues muchos en la Unión Soviética creyeron entonces en una inminente invasión de los países capitalistas[66]. Ese mismo año, la política soviética en China sufrió un duro revés. Tras fracasar en su intento de difusión de las revoluciones socialistas en Europa occidental, el Comintern concentró gran parte de sus esfuerzos en China. Líderes

soviéticos instruyeron a comunistas chinos para que se aliaran con el Partido Nacionalista, el Guomidang, en el convencimiento de que los comunistas eran por sí solos muy débiles para tomar el poder. Pero en 1927, el líder nacionalista Chiang Kai-shek se desembarazó de los comunistas, arrestando y asesinando a muchos de ellos y aplastando sangrientamente la rebelión de los obreros en Shanghái. Los asesores soviéticos abandonaron China y volvieron a casa, mientras los nacionalistas chinos rompían relaciones diplomáticas con la Unión Soviética[67].

Las tensiones internacionales y los reveses hicieron que fuera todavía más urgente para los líderes soviéticos industrializar el país. Cada vez se confirmaba más que la construcción y defensa del socialismo requeriría de una industrialización rápida. Durante los años centrales de la década de 1920 la economía soviética había ido creciendo gradualmente de la mano de la Nueva Política Económica, a medida que el país se recuperaba de la devastación de la guerra civil. Pero el posterior crecimiento industrial a finales de la década requería de inversiones de capital. Cortado el acceso a los préstamos extranjeros, sin colonias más allá de sus fronteras y sin aliados que prestasen ayuda, los líderes soviéticos verdaderamente tuvieron que construir el socialismo «en un solo país». Puesto que la economía de la Unión Soviética seguía siendo desproporcionadamente agraria, la única fuente sustancial de capital estaba en el patrimonio agrícola. Puesto que dicho capital estaba extraordinariamente repartido entre los cien millones de campesinos del país, no había un modo sencillo de redirigir esos recursos a la industria. Los dirigentes comunistas tendrían que posponer la industrialización o bien abandonar la economía de mercado de la NPE, pues esta era en esencia incompatible con el intento de una dictadura de partido único de industrializar a toda velocidad el país[68].

Aunque los líderes del partido debatían la senda precisa que había de tomar este desarrollo, todos coincidían en la necesidad de acelerar la industrialización[69]. En el 15º Congreso del Partido Comunista en 1927, resolvieron diseñar un plan económico quinquenal que pretendía generar tasas de crecimiento en la industria pesada que no podían alcanzarse en el marco de una economía de mercado. Para acumular capital para la industrialización, el gobierno soviético subió los precios de los productos manufacturados y mantuvo los precios agrícolas artificialmente bajos. Los campesinos reaccionaron sustrayendo los cereales del mercado a la espera de que los precios agrícolas subieran. Mientras Bujarin era partidario de ajustar los precios para que hubiese un equilibrio de mercado, Stalin y la mayoría de los miembros del Politburó estaban preparados para avanzar con determinación en la senda de la industrialización rápida, aunque significase destruir la economía de mercado. Stalin rompió con Bujarin a raíz de este asunto, denunciándolo como un desviacionista de derechas. Como veremos en el

siguiente capítulo, Stalin y sus seguidores pronto adoptaron prácticas de confrontación total —requisas de grano, deportaciones y control estatal de la economía— para implementar la colectivización y la industrialización.

La Nueva Política Económica ayudó a la nación a recuperarse de los años de la guerra y la destrucción. Para muchos campesinos fueron buenos años, pues en ellos pudieron recibir el beneficio de trabajar la tierra que se habían ganado haciendo la revolución. También fue un periodo de coerción reducida, aunque tanto las instituciones como las prácticas de la violencia de Estado siguieron desarrollándose en los años veinte. La NPE, sin embargo, también se caracterizó por una serie de tensiones que no fue capaz de resolver. La revolución había llegado, pero no se había alcanzado un socialismo completo. Un «Estado de la clase obrera» se había establecido, pero muchos trabajadores estaban en paro. El Partido Comunista tenía el monopolio del poder político, pero no controlaba el sector capitalista de la economía, en el que los hombres de la NPE y los kulaks parecían prosperar. Los miembros del partido detestaban la NPE y estaban más que dispuestos a emprender la industrialización, tanto para servir a los intereses de los trabajadores como para fortalecer el país. Los líderes comunistas seguían siendo dolorosamente conscientes de que el país estaba rodeado de países capitalistas hostiles. La Unión Soviética era una nación subdesarrollada y militarmente débil con una población campesina desproporcionada. Los líderes del partido necesitaban de algún modo construir esa defensa nacional en una era de tensiones internacionales y carrera armamentística. El destino del primer Estado socialista del mundo parecía suspendido sobre el filo de un precipicio.

[1] Alexis de Tocqueville, *Democracy in America,* vol. 1. New York, NY, 1954, p. 452 [*La democracia en América.* Madrid, Trotta, 2018. Para una introducción abreviada, véase *La democracia en América (selección).* Madrid, Rialp, 2019].

[2] Andreas Kappeler, *The Russian Empire: A Multi-Ethnic History*. Oklahoma City, OK, 2001

[3] Geoffrey Hosking, *Russia: People and Empire, 1552–1917*. Cambridge, MA, 1998; Jane Burbank, Mark von Hagen y Anatoly Remnev, eds. *Russian Empire: Space, People, Power, 1700–1917*. Bloomington, IN, 2007.

[4] Christine Worobec, *Peasant Russia: Family and Community in the Post-Emancipation Period.* Princeton, NJ, 1991; Esther Kingston-Mann y Timothy Mixter, eds. *Peasant Economy, Culture, and Politics of European Russia.* Princeton, NJ, 1991.

[5] Alfred Rieber, *Merchants and Entrepreneurs in Imperial Russia.* Oxford, UK, 1982.

[6] Daniel Kaiser, ed., *The Workers' Revolution in Russia,* 1917. Cambridge, UK, 1987; Diane Koenker, *Moscow Workers and the 1917 Revolution. Princeton,* NJ, 1981; Reginald Zelnik, *A Radical Worker in Tsarist Russia.* Stanford, CA, 1986; Charters Wynn, *Workers, Strikes, and Pogroms: The Donbass-Dnepr Bend in Late Imperial Russia.* Princeton, NJ, 1992; Heather Hogan, *Forging Revolution: Metalworkers, Managers, and the State in St. Petersburg, 1905–1914*. Bloomington, IN, 1993.

[7] Robert K. Massie, *Nicholas and Alexandra.* New York, NY, 1967, p. 43.

[8] Ben Eklof, *Russian Peasant Schools: Officialdom, Village Culture, and Popular Pedagogy, 1861–1914*. Berkeley, CA, 1986.

[9] Sobre los profesionales en los últimos estadios de la Rusia imperial, véase Christine Ruane, *Gender, Class, and the Professionalization of Russian City Teachers, 1860–1914*. Pittsburgh, PA, 1994; Nancy Frieden, *Russian Physicians in an Era of Reform and Revolution.* Princeton, NJ, 1981; Joseph Bradley, *Muzhik and Muscovite: Urbanization in Late Imperial Russia.* Berkeley, CA, 1985; Joan Neuberger, *Hooliganism: Crime, Culture, and Power in St. Petersburg, 1900–1914*. Berkeley, CA, 1993; Yanni Kotsonis, *Making Peasants Backwards: Managing Populations in Russian Agricultural Cooperatives*. New York, NY, 1999.

[10] Michael David-Fox, "The Intelligentsia, the Masses, and the West". En *Crossing Borders: Modernity, Ideology, and Culture in Russia and the Soviet Union.* Pittsburgh, PA, 2015. Véase también Daniel Beer, *Renovating Russia: The Human Sciences and the Fate of Liberal Modernity, 1880–1930*. Ithaca, NY, 2008; Kenneth Pinnow, *Lost to the Collective: Suicide and the Promise of Soviet Socialism, 1921–1929*. Ithaca, NY, 2010.

[11] Massie, *Nicholas and Alexandra,* p. 16.

[12] Vladimir Ilyich Lenin, "Imperialism, the Highest Stage of Capitalism". En *The Lenin Anthology,* ed. Robert C. Tucker. New York, NY, 1975.

[13] Para una biografía colorista de Stalin centrada en sus primeros años, véase Simon Sebag Montefiore, *Young Stalin.* New York, NY, 2007.

[14] Abraham Ascher, *The Revolution of 1905: Russia in Disarray*. Stanford, CA, 1988.

[15] Citado en Simon Sebag Montefiore, *The Romanovs, 1613–1918*. New York, NY, 2016, p. 547.

[16] Susan Gross Solomon, "The Expert and the State in Russian Public Health: Continuities and Changes Across the Revolutionary Divide". En Dorothy Porter (ed.), *The History of Public Health and the Modern State*. Amsterdam, NL, 1994; John Hutchinson, *Politics and Public Health in Revolutionary Russia, 1890–1918*. Baltimore, MD, 1990.

[17] Peter Gatrell, *A Whole Empire Walking: Refugees in Russia during World War I*. Bloomington, IN, 2005.

[18] Lewis H. Siegelbaum, *The Politics of Industrial Mobilization in Russia, 1914–1917: A Study of the War-Industries Committees*. London, UK, 1983.

[19] Peter Holquist, *Making War, Forging Revolution: Russia's Continuum of Crisis, 1914–1921*. Cambridge, MA, 2002.

[20] Hubertus Jahn, *Patriotic Culture in Russia during World War I.* Ithaca, NY, 1995. Para saber más sobre el auge de la política de masas en Rusia, véase Joshua

Sanborn, *Drafting the Russian Nation: Military Conscription, Total War, and Mass Politics, 1905–1925*. DeKalb, IL, 2003.

[21] Eric Lohr, *Nationalizing the Russian Empire: The Campaign against Enemy Aliens during World War I*. Cambridge, MA, 2003, p. 178.

[22] Lohr, *Nationalizing the Russian Empire, pp. 137–39;* Sanborn, *Drafting the Russian Nation,* pp. 119–21.

[23] Scott Seregny, "Zemstvos, Peasants, and Citizenship: The Russian Adult Education Movement and World War I". *Slavic Review* 59: 2, Summer 2000.

[24] Allan K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army: The Old Army and the Soldiers' Revolt.* March–April 1917. Princeton, NJ, 1979.

[25] Joshua Sanborn, *Imperial Apocalypse: The Great War and the Destruction of the Russian Empire.* Oxford, UK, 2014.

[26] Para una descripción detallada de la Revolución de Febrero, véase Rex Wade, *The Russian Revolution, 1917*. 2ª ed. New York, NY, 2005, Capítulo 2; Tsuyoshi Hasegawa, *The February Revolution, Petrograd, 1917*. Seattle, WA, 1981.

[27] Leopold Haimson, "The Problem of Social Stability in Urban Russia, 1905–1917". *Slavic Review* 23: 4. December 1964.

[28] Para abundar en esta cuestión, véase William Rosenberg, *Liberals in the Russian Revolution.* Princeton, NJ, 1974.

[29] Allan K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army: The Road to Soviet Power and Peace.* Princeton, NJ, 1987.

[30] Orlando Figes y Boris Kolonitskii, *Interpreting the Russian Revolution: The Language and Symbols of 1917*. New Haven, CT, 1999.

[31] S. A. Smith, *Russia in Revolution.* Oxford, UK, 2017.

[32] Para saber más sobre cómo la gente vivió estos sucesos, véase Mark Steinberg, *The Russian Revolution, 1905–1917*. Oxford, UK, 2017. Sobre la memoria de la Revolución de Octubre, véase Frederick Corney, *Telling October: Memory and the Making of the Bolshevik Revolution.* Ithaca, NY, 2004.

[33] John Reed, *Ten Days that Shook the World.* New York, NY, 1977, p. 129 [*Diez días que estremecieron el mundo.* Akal, Madrid, 2004].

[34] Laura Engelstein, *Russia in Flames: War, Revolution, Civil War, 1914–1921*. Oxford, UK, 2017.

[35] Alexander Rabinowitch, *The Bolsheviks in Power*. Bloomington, IN, 2007.

[36] Zinaida Zhemchuzhnaia, "The Road to Exile". En Sheila Fitzpatrick y Yuri Slezkine (eds.), *In the Shadow of Revolution: Life Stories of Russian Women from 1917 to the Second World War*. Princeton, NJ, 2000, pp. 89–91.

[37] Boris Pasternak, *Doctor Zhivago.* Trad. Max Hayward y Manya Harari. London, UK, 1958, p. 448 [*El doctor Zhivago.* Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2016].

[38] Sobre la historia militar de la Guerra civil rusa, véase Evan Mawdsley, *The Russian Civil War*. Boston, MA, 1987.

[39] Francesco Benvenuti, *The Bolsheviks and the Red Army, 1918–1922.* Trad. Christopher Woodall. Cambridge, UK, 1988.

[40] Holquist, *Making War,* Capítulo 7.

[41] George Leggett, *The Cheka: Lenin's Political Police.* New York, NY, 1981, pp. 109–10.

[42] Peter Holquist, "To Count, to Extract, to Exterminate: Population Statistics in Late Imperial and Soviet Russia". En Ronald Grigor Suny y Terry Martin (eds.), *A State of Nations.* Oxford, UK, 2001, p. 131.

[43] Entre 1918 y 1920, los funcionarios soviéticos registraron unos cinco millones de casos de tifus (aunque se estima que los casos reales fueron muchos más), y también se dieron epidemias de cólera, fiebres tifoideas y malaria; Tricia Starks, *The Body Soviet: Propaganda, Hygiene, and the Revolutionary State.* Madison, WI, 2008, pp. 48–49. Véase también Susan Gross Solomon y John Hutchinson, eds., *Health and Society in*

Revolutionary Russia. Bloomington, IN, 1993.

[44] Diane P. Koenker, *Republic of Labor: Russian Printers and Soviet Socialism, 1918–1930.* Ithaca, NY, 2005.

[45] Para saber más sobre los suministros de grano y la política alimentaria, véase Lars Lih, *Bread and Authority in Russia, 1914–1921.* Berkeley, CA, 1990.

[46] Sobre los requisamientos y el racionamiento, véase Donald J. Raleigh, *Experiencing Russia's Civil War: Politics, Society, and Revolutionary Culture in Saratov, 1917–1922.* Princeton, NJ, 2002, Capítulo 9.

[47] Citado en Ronald Grigor Suny. *The Soviet Experiment: Russia, the USSR, and the Successor States.* Oxford, UK, 1998, p. 70.

[48] Mark von Hagen, *Soldiers in the Proletarian Dictatorship: The Red Army and the Soviet Socialist State, 1917–1930.* Ithaca, NY, 1990.

[49] Para saber más sobre el campesinado durante la Guerra civil, véase Aaron Retish, *Russia's Peasants in Revolution and Civil War.* Cambridge, UK, 2008; Orlando Figes, Peasant Russia, Civil War. Oxford, UK, 1989; Sarah Babcock, *Politics and the People in Revolutionary Russia: A Provincial History.* New York, NY, 2007.

[50] Evan Mawdsley, *The Russian Civil War.* Boston, MA, 1987; Diane Koenker, William Rosenberg y Ronald Grigor Suny, eds., *Party, State, and Society in the Russian Civil War.* Bloomington, IN, 1989.

[51] Alan Ball, *And Now My Soul Has Hardened: Abandoned Children in Soviet Russia, 1918–1930.* Berkeley, CA, 1994.

[52] Paul Avrich, *Kronstadt, 1921.* New York, NY, 1970.

[53] V. I. Lenin, "Political Report of the Central Committee to the Eleventh Party Congress" (1922). *Collected Works* (Moscow, 1966), xxxiii, p. 282, citado en Sheila Fitzpatrick, *The Russian Revolution.* 3ª ed., Oxford, UK, 1994, p. 97.

[54] Sobre las instituciones censoras, véase Arlen V. Blium, *Za kulisami "ministerstva pravdy": Tainaia istoriia sovetskoi tzenzury 1917–1929.* St. Petersburg, 1994.

[55] G. M. Ivanova, *Labor Camp Socialism: The Gulag in the Soviet Totalitarian System.* Armonk, NY, 2000.

[56] Alexander Marshall, "Turkfront: Frunze and the Development of Soviet Counter-Insurgency in Central Asia". En Tom Everett-Heath (ed.), *Central Asia: Aspects of Transition.* London, UK, 2003.

[57] Stephen G. Wheatcroft, "Agency and Terror: Evdokimov and Mass Killing in Stalin's Great Terror". *Australian Journal of Politics and History* 53: 1 (2007), pp. 23–32.

[58] Terry Martin, *The Affirmative Action Empire.* Ithaca, NY, 2001.

[59] Citado en Alexéi Yurchak, "Bodies of Lenin: The Hidden Science of Communist Sovereignty". *Representations* 129: 1 (Winter 2015), p. 127.

[60] Nina Tumarkin, *Lenin Lives! The Lenin Cult in Soviet Russia.* Cambridge, MA, 1997.

[61] Stephen F. Cohen, *Bukharin and the Bolshevik Revolution.* Oxford, UK, 1980.

[62] William Chase, *Workers, Society, and the Soviet State: Labor and Life in Moscow, 1918–1929.* Urbana, IL, 1987.

[63] Anne Gorsuch, *Youth in Revolutionary Russia: Enthusiasts, Bohemians, Delinquents.* Bloomington, IN, 2000. Véase también Catriona Kelly, Children's World: Growing Up in Russia, 1890–1991. New Haven, CT, 2007.

[64] Citado en Jonathan Haslam, *Russia's Cold War: From the October R evolution to the Fall of the Wall.* New Haven, CT, 2011, p. 3.

[65] John B. Hatch, "The 'Lenin Levy' and the Social Origins of Stalinism". *Slavic Review* 48: 4, December 1989.

[66] Olga Velikanova, *Popular Perceptions of Soviet Politics in the 1920s.* New York, NY, 2013, pp. 45–81.

[67] S. A. Smith, *A Road is Made: Communism in Shanghai, 1920–1927.* Honolulu,

HI, 2000; Martin Wilbur and Julie Lien-Ying How, *Missionaries of Revolution: Soviet Advisers and Nationalist China, 1920–1927*. Cambridge, MA, 1989.

[68] Alec Nove, *An Economic History of the USSR*. New York, NY, 1969.

[69] Para ahondar en este asunto, véase Alexander Ehrlich, *The Soviet Industrialization Debate, 1924–1928*. Cambridge, MA, 1960.

2. Construyendo el socialismo (1928-1933)

LA ERA ESTALINISTA COMENZÓ A FINALES de los años veinte. En este tiempo, Stalin consolidó su poder y puso en marcha la colectivización y la industrialización rápida, dos aspectos centrales del estalinismo. Tras abandonar la Nueva Política Económica, Stalin y sus seguidores abolieron el mercado libre y la agricultura privada. Los negocios privados fueron cerrados y los campesinos fueron obligados a unirse a granjas colectivas. El gobierno soviético se hizo cargo de toda la economía y estableció normas férreas para el desarrollo de la industria. Stalin llamó a 1929 «el año de la gran ruptura». Quería decir con ello que ese año rompía definitivamente con el pasado capitalista y lo remplazaba con una economía socialista, una en la que cada persona trabajaría por el bien común. Se suponía que esta nueva sociedad sería moderna y miraría hacia adelante. Los dirigentes comunistas afirmaban que la colectivización y la industrialización terminarían con el retraso del país. Su «ofensiva socialista» incluía un asalto a la religiosidad y a las tradiciones de los campesinos. Al entrar en esta nueva época, al Unión Soviética se catapultaría por encima de los países industrializados y conduciría al mundo hacia el socialismo.

¿Cómo implementó este programa el gobierno soviético? Stalin y los otros dirigentes del partido recurrieron a técnicas y a una retórica desarrolladas durante la guerra civil. Establecieron en esencia una economía de guerra, en la que los funcionarios del Estado controlaban la asignación de los recursos y la distribución de los bienes. Reinstituyeron las requisas de grano y el racionamiento. En el «frente» de la industrialización nacionalizaron toda la industria y movilizaron recursos humanos y materiales para la producción de acero y armamentos. Desplegaron «brigadas» de colectivización y a la policía secreta para que obligase a los campesinos a unirse a las granjas colectivas. Aquellos a quienes se consideraba enemigos de clase —los kulaks y los hombres de la NPE— fueron físicamente eliminados de la sociedad e internados en colonias especiales o en campos de trabajo del Gulag. Los líderes del

partido también atacaron a las élites culturales y técnicas existentes. Mientras perseguían a los «especialistas burgueses», promovían simultáneamente a miles de obreros a puestos de autoridad.

Las políticas estalinistas tuvieron enormes consecuencias para la población soviética. La colectivización forzó a los campesinos del país a abandonar sus tierras gestionadas privadamente y sus animales para convertirse en miembros de granjas colectivas dirigidas por el Estado. A varios millones de campesinos etiquetados como kulaks se les impidió unirse a estas granjas; en vez de eso fueron desposeídos de cuanto tenían y muchos fueron deportados de sus aldeas y pueblos. Además de los muchos que fueron forzados a irse, millones se trasladaron voluntariamente a las ciudades para convertirse en trabajadores industriales. La población urbana se duplicó durante los años treinta, a media que los antiguos campesinos engrosaban la fuerza de trabajo que se incorporaba a las miles de nuevas fábricas que se construían. Las mujeres fueron masivamente reclutadas para trabajar en la industria pesada; los papeles desempeñados por ambos sexos sufrieron un vuelco dramático. Y muchos no rusos también se vieron atrapados en la transformación económica del país, algunos empleándose como obreros industriales, mientras que otros perecieron en la horrenda hambruna de 1932-1933. La colectivización y la industrialización estalinista transformó la nación mediante exhortaciones, coerciones y violencia.

Colectivización

Cuando el periodista Maurice Hindus volvió a visitar su aldea natal en Rusia en los albores de la colectivización de 1929 quedó sorprendido por los cambios que estaban teniendo lugar allí. Por primera vez en la historia, en su aldea había una escuela, una guardería y una estación de bomberos. Los chicos del campo estaban aprendiendo a leer. Los jóvenes adultos hablaban de marcharse a la ciudad. Las mujeres estaban interesadas en la moda urbana y daban muestras de una independencia recién conquistada. Los modos tradicionales parecían estar desmoronándose. La joven generación del campo ya no era dirigida por los mayores. La iglesia del lugar, anteriormente un bastión de la vida de la aldea, había sido relegada, e incluso los domingos por la mañana estaba prácticamente vacía. La agricultura también estaba cambiando merced a la introducción de nuevos fertilizantes y nueva maquinaria. Y lo que era más significativo: los agitadores comunistas estaban presionando a los campesinos para que abandonasen sus granjas y se unieran a la granja colectiva[1].

La sociedad campesina rusa llevaba mucho tiempo siendo gobernada por las tradiciones. Durante siglos, la comuna campesina, que repartía la tierra, fue dirigida por los mayores, los cabezas de familia de los

hogares. Su autoridad descansaba no solo en el control de esos hogares, sino también en la memoria de cómo las cosas debían hacerse. Pero a principios del siglo XX la difusión de las escuelas y la alfabetización erosionó la autoridad de la memoria de los mayores e hizo que los campesinos se cuestionasen los modos tradicionales de hacer las cosas. La revolución trajo cambios políticos al campo a medida que los terratenientes huían y el gobierno soviético establecía soviets rurales, delegaciones locales del gobierno que rivalizaban con el poder de las comunas campesinas. Las escuelas soviéticas, las guarderías, las clínicas y los programas agronómicos proveían recursos de conocimiento que puenteaban a las tradiciones. En muchas localidades, la presencia del Partido Comunista siguió siendo débil, pero especialistas que no eran del partido entraron a formar parte de las nuevas instituciones y enseñaron a los campesinos las vías modernas.

Los cambios demográficos también alteraron el tradicional equilibrio de poder en el campo. Millones de jóvenes campesinos sirvieron en el ejército durante la Primera Guerra Mundial y la Guerra civil rusa, y, puesto que habían visto mundo, ya no aceptaban la autoridad de sus mayores. Además, el colapso económico durante la guerra civil conllevó que muchos campesinos que se habían ido a trabajar a las ciudades volvieran a sus localidades de origen. Cada día más, los campesinos que volvían del ejército o la ciudad se negaban a vivir con sus familias extendidas, como era la costumbre en Rusia. En vez de eso, fundaban sus propios y separados hogares. Estos jóvenes cabezas de familia tenían el derecho de acudir a la asamblea del lugar, en la que contendían la autoridad de sus mayores. En algunos casos, las jóvenes también se sentaban en la asamblea de los mayores, desafiando tanto la jerarquía de los sexos como la generacional. La sociedad campesina en los años veinte todavía era tradicional, pero algo nuevo se estaba gestando con todas estas corrientes de cambio[2].

Los líderes del Partido Comunista querían modernizar el campo, pero carecían de una comprensión suficiente de la sociedad campesina. Veían al campesinado en rígidos términos marxistas y pensaban que los conflictos del campo se daban entre los campesinos ricos (los kulaks) y los pobres. Cuando lanzaron la colectivización, todo aquel que se resistió fue considerado un kulak. En realidad, las categorías de clase no eran plenamente aplicables a la sociedad campesina, porque las divisiones eran principalmente generacionales y entre quienes habían pasado tiempo fuera del campo y quienes no. Al visitar su localidad natal, Hindus se dio cuenta de que los campesinos jóvenes estaban mucho más abiertos a la idea de las granjas colectivas que sus mayores. Hasta cierto punto, las divisiones generacionales abrieron la puerta a los cambios socioeconómicos en la campiña. Pero dada la cruda visión que los líderes estalinistas tenían del campesinado, y dada su inclinación a hacer uso de la fuerza, la colectivización resultó en una violenta confrontación

entre los campesinos y el régimen soviético.

La colectivización vino precipitada por una crisis en la cosecha de los cereales a finales de los años veinte, y por las decisiones de los líderes del Partido al tratar de manejar la situación. En 1927-1928, las adquisiciones estatales de grano cayeron por debajo de la cantidad marcada como objetivo. Esta escasez desbarataba los planes para acelerar la industrialización, porque significaba un menor aporte de alimentos para los trabajadores urbanos y menos cantidad de cereales para la exportación, necesaria para comprar tecnología industrial extranjera. Durante los debates del Politburó de 1928, Bujarin y sus aliados, Alekséi Rýkov y Mijaíl Tomski, propusieron desacelerar la industrialización y subir los precios de los cereales para inducir a los campesinos a vender más grano y mantener la economía de mercado de la NPE. Pero la mayoría de los miembros del Politburó, incluidos los aliados más cercanos de Stalin, Mólotov, Anastás Mikoyán y Lázar Kaganóvich, se decantaban en cambio por volver a la práctica bélica de las requisas de grano. Las brigadas para confiscar los cereales fueron al campo a forzar a los campesinos a que soltaran su grano a cambio de un precio fijo y reducido. En 1929, el Politbiró ordenó a los oficiales de todo el país que utilizasen el llamado método ural-siberiano de cosecha de grano mediante el cual se asignaban unas cuotas a cada hogar campesino, cuotas que eran especialmente elevadas en el caso de los kulaks. Los campesinos que no lograsen llegar a dichas cuotas podían ser perseguidos según las leyes contra la especulación y ser multados o arrestados.

Las requisas de grano lograron incrementar los suministros estatales de alimentos, pero destruyeron la economía de mercado. Sin tener oportunidad alguna de obtener beneficios de sus ventas, los campesinos ya no tenían un incentivo para incrementar sus cosechas. Enfrentados a las altas cuotas y a los impuestos, algunos campesinos pudientes vendieron sus animales y redujeron las tierras que cultivaban para dejar de ser considerados «kulaks». No solo se resistieron a estos métodos los campesinos prósperos, también los medianos y los pobres intentaron burlar las requisas escondiendo el grano o vendiéndolo ilegalmente. Debido a esta resistencia, los funcionarios del partido intentaron con mayor ahínco acabar con la agricultura privada y avanzar en el camino de la colectivización. Bajo la colectivización, la tierra, el equipamiento y la mayoría de los animales eran supuestamente de propiedad colectiva, aunque en realidad eran controlados por quienes dirigían las granjas colectivas. Los campesinos trabajaban como empleados en estas granjas y recibían su paga en grano, con lo que quedaba una vez el Estado se quedaba con su parte.

La colectivización cumplía las expectativas tanto de la agenda ideológica como de las necesidades prácticas de los dirigentes comunistas. Eliminando la agricultura privada se abolía el capitalismo

en el campo. Y el establecimiento de granjas colectivas dirigidas estatalmente proporcionaba al gobierno autoridad sobre la tierra, el ganado y las cosechas. En las granjas colectivas, los funcionarios soviéticos controlaban directamente los suministros de cereales y no tenían por qué forzar a los campesinos o investigar en los graneros para hacerse con los cereales. A principios de los años veinte ya hubo algunos campesinos que voluntariamente se unieron a estas granjas colectivas, aunque fue la colectivización la que forzó a la mayoría a unirse a este empeño. En noviembre de 1929, en una reunión del Comité Central del partido, Mólotov anunció la voluntad de la cúpula de implantar la colectivización a escala nacional. Los líderes del partido no precisaron unas fechas concretas, dejando el asunto al albur de los funcionarios locales, pero el objetivo claramente era que la colectivización fuese rápida[3].

Los funcionarios locales del partido se pusieron manos a la obra a toda velocidad. Respaldados por brigadas de activistas urbanos y por destacamentos de la policía secreta, persuadieron y amenazaron a los campesinos para que se incorporasen a las granjas colectivas (véase ilustración 2.1). Los campesinos que se resistiesen podían ser tomados por kulaks y deportados. En apenas tres meses, el sesenta por ciento de las familias campesinas de todo el país habían sido colectivizadas. Pero esta cifra no quiere decir que los campesinos estuviesen comprometidos con las granjas colectivas. Presionados, la mayoría se habían unido sin entender cómo dichas granjas funcionarían. Muchos campesinos mataron y se comieron a su ganado antes de entregarlo a las granjas colectivas. Otros campesinos se resistieron o incluso atacaron a los funcionarios soviéticos. En 1930 se produjeron cerca de catorce mil disturbios masivos como reacción a la colectivización, disturbios en los que estuvieron implicados más de dos millones de campesinos, revueltas que debieron ser sofocadas por fuerzas de la policía secreta[4].

Ilustración 2.1 Activistas de la colectivización hablando con campesinos en Ucrania, 1929

Dado el creciente caos en el campo, a los líderes del partido les empezó a preocupar que la campaña de la colectivización perturbase la siembra de primavera. El 2 de marzo, Stalin publicó un artículo titulado «Mareados por el éxito: problemas del movimiento de las granjas colectivas». Allí afirmaba que se esperaba que los campesinos se sumasen a la colectivización de manera voluntaria, y culpaba a los miembros del partido local de exceso de celo, aunque por supuesto el ímpetu para la colectivización total provenía del propio Stalin. Los campesinos respondieron abandonando las granjas colectivas en tropel. En junio solo uno de cada cuatro hogares campesinos estaba colectivizado. Pero a los campesinos que abandonaban no necesariamente se les devolvían sus tierras, y las granjas colectivas solían quedarse con la parte más fértil y con la mayoría de los animales y el equipamiento. Durante los dos años siguientes, los funcionarios soviéticos redoblaron la presión sobre los campesinos para que engrosasen las granjas colectivas. Como concesión les permitieron quedarse con algunos animales (una vaca y algunas gallinas) y con pequeñas parcelas en las que podían producir para sí mismos. En 1933, dos tercios de los hogares campesinos estaban colectivizados, y a finales de la década virtualmente todos lo estaban[5].

El control ideológico y administrativo explica la decisión de los dirigentes comunistas de colectivizar la agricultura, pero no cómo pusieron la colectivización en marcha. Los funcionarios del partido podían haber optado por una colectivización gradual, induciendo mediante incentivos y castigos a que los campesinos adoptasen la medida. En vez de eso, afrontaron el empeño como si de una campaña militar se tratase, con brigadas cayendo sobre aldeas y poblados.

Coherentemente con esta mentalidad militar, los «kulaks» fueron considerados enemigos que sabotearían las granjas colectivas si no eran físicamente apartados del campo. Como ocurrió durante la Primera Guerra Mundial y la Guerra civil rusa, las deportaciones y los campos de concentración fueron las herramientas empleadas para aislar a estos «enemigos de clase». Los líderes del partido se tomaron esta parte como una fase inherente a la colectivización, a la que llamaron deskulakización; la eliminación de una categoría completa de campesinos, mediante la desposesión, la deportación y en algunos casos incluso la ejecución.

La eliminación de los kulaks

Antes incluso de que los líderes del partido formulasen la política de deskulakización, algunos funcionarios regionales empezaron a desposeer y enviar al exilio a los kulaks como parte del proceso de colectivización. Entonces, en diciembre de 1929, Stalin anunció «la liquidación de los kulaks como clase». Afirmó que «la deskulakización representa una parte esencial de la formación y el desarrollo de las granjas colectivas. Cuando se corta una cabeza, nadie llora por los pelos»[6]. Apoyándose en el discurso de Stalin, Guénrij Yagoda, cabeza visible de la policía secreta, ordenó la eliminación de los «elementos kulaks» del campo, avisando de que estos podían instigar levantamientos contra la colectivización. El Politburó clasificó a continuación a los kulaks en tres categorías. Los de la primera, considerados los más peligrosos, debían ser arrestados por la policía secreta y enviados a campos de prisioneros del Gulag o ser ejecutados. Los kulaks de segunda categoría debían ser desposeídos de todo salvo sus enseres personales y deportados a asentamientos especiales. A los kulaks de la tercera categoría había que desposeerlos de su tierra y su ganado y enviarlos a algún lugar más allá de las fronteras de la granja colectiva.

El proceso real de deskulakización fue extremadamente violento. En 1930 y 1931, la policía secreta ejecutó a unas treinta mil personas y encarceló y deportó a entre 1,6 y 1,8 millones más (los kulaks de segunda y tercera categoría). N. N. Pavlov describió la deportación de su familia como sigue:

> Aquella mañana, padre, madre y nosotros, los dos pequeños, nos preparamos para ser exiliados como kulaks […] Solo se nos permitió llevar las ropas cargándolas a nuestras espaldas y una pequeña cantidad de comida. Nos pusieron a los cuatro […] en un carro con dos policías armados como guardias. Y así, sin más, nos fuimos. Todo el mundo de quejaba, gritaba a nuestro lado durante el camino. El carro se detuvo y una multitud de aldeanos nos acompañó más allá de las afueras [de la aldea]

[7].

Pavlov y su familia, como otros deportados, fueron después subidos a un tren que los transportaría a un asentamiento especial. Apiñados en un vagón abarrotado en el que un cubo hacía las veces de letrina viajaron durante días, recibiendo solo ocasionalmente algo de pan y de agua.

Además de estos deportados, unos tres millones y medio de kulaks de tercera categoría fueron desposeídos por los activistas locales y expulsados de sus localidades; la mayoría se dirigió a las ciudades. A veces la desposesión asumía la forma de un pillaje por parte de los colectivistas, que se bebían el alcohol que encontraban en casas de los kulaks y los humillaban. A. T. Shokhireva tenía quince años cuando su familia fue deskulakizada. «Vinieron y destruyeron todos los edificios», recordaba. «Se llevaron todo lo que pudieron […] Nuestra casa quedó devastada»[8]. La designación de los kulaks era en sí misma bastante arbitraria. Por más que las autoridades de Moscú tratasen de definir, categorizar y enumerar a los kulaks con gran precisión, los activistas locales carecían a menudo de una clara idea de qué campesinos eran kulaks. Con frecuencia cualquiera que se resistiese a la colectivización era considerado un kulak, e incluso los informes del partido reconocían que algunos campesinos que no eran precisamente prósperos habían sido incorrectamente clasificados como kulaks y desposeídos[9].

La deskulakización expandió enormemente el sistema de campos de trabajo soviéticos, ahora llamado el Gulag —un acrónimo de la policía secreta que significaba Administración Principal de Campos de Trabajo Correctivos—. A partir de los miles de arrestos durante la deskulakización, el Gulag se multiplicó hasta formar un gigantesco complejo de campos, la mayoría de ellos localizados en zonas remotas de Siberia, en las que se necesitaba mano de obra para la minería y la explotación forestal[10]. En teoría, el trabajo forzado en el Gulag servía para transformar la mentalidad de los «explotadores burgueses» e instalar en ellos una conciencia proletaria. Muchos administradores de los campos, sin embargo, estaban más preocupados por usar el trabajo de los convictos para alcanzar los objetivos de producción. Mientras la práctica de aislar a segmentos de la población en campos de concentración hundía sus raíces en la guerra colonial y la Primera Guerra Mundial, la idea de aplicar la técnica de movilizar trabajo y reeducar a la población era algo nuevo. Los líderes soviéticos tomaban así una práctica bélica prexistente y la aplicaba en tiempos de paz a un programa de transformación económica y social[11].

Más allá de los miles de kulaks de primera categoría enviados a los campos del Gulag, más de millón y medio de kulaks de segunda categoría fueron deportados a asentamientos especiales. Estos enclaves eran similares al Gulag en el sentido de que aislaban a los kulaks y explotaban su fuerza de trabajo, aunque no eran formalmente campos de

prisioneros con guardias y alambradas. El jefe de la policía secreta, Yagoda, fue quien impulsó la idea de crear asentamientos especiales y mandar a los kulaks a hacer trabajos forzados en Siberia, los Urales, Kazajistán y más al norte. Sostenía que los kulaks deportados a esos sitios podían mantenerse a sí mismos practicando la agricultura allí mientras simultáneamente conformaban una fuerza de trabajo permanente para los trabajos forestales, mineros y similares en otras industrias en las que se les requería. Los burócratas del gobierno empezaron a trazar planes para el despliegue de dichos asentamientos. Pero no había tiempo para construirlos antes de que los deportados llegasen, pues ya había cientos de miles de campesinos en camino hacia lugares en los que apenas había comida o cobijo. En algunos casos, los campesinos deskulakizados eran llevados a sitios industriales y hacinados en barracones, viejas iglesias o tiendas de campaña. En otros casos, eran deportados a remotos bosques en el lejano norte y se les decía que debían construirse sus propias viviendas.

Por increíble que parezca, la policía secreta deportó a familias enteras, entre las que había niños y mayores, a los bosques del norte en pleno invierno. Varvara Stepanovna Sidorova recordaba posteriormente cómo una chica como ella, entonces una niña, y su familia fueron apeadas del tren en el norte en un lugar donde solo se veían árboles. Junto a otros deportados, sus padres y sus hermanos mayores trabajaron con nieve hasta las rodillas cortando madera para alcanzar las cuotas que se les pedían mientras construían desesperadamente un improvisado refugio durante su tiempo libre. En un mes, el padre de Varvara Stepanovna había muerto. Tanto ella como sus hermanos pequeños caminaban kilómetros y kilómetros hasta la aldea más cercana para suplicar algo de comida con la que sobrevivir[12]. Incluso algunos funcionarios soviéticos quedaron consternados por la falta de comida y cobijo suficiente para los deportados. Vladimir Tolmachev, el Comisario de Asuntos Internos de la República Rusa, informó que en los asentamientos especiales establecidos en los costados de la línea ferroviaria del extremo norte:

> La gente es alojada en barracones de hasta setecientas cincuenta personas, y a toda prisa se los asigna a equipos de tala. El hacinamiento es increíble; hay sitios donde cada persona no tiene más que la décima parte de un metro cuadrado y debe tenderse en una de las literas allí apiladas, donde tiene menos espacio que el que hay en un ataúd. No hay suelo en los barracones, los techos están confeccionados con postes, heno simplemente esparcido y barro agrietado. Por lo general, la temperatura no sube por encima de los cuatro grados. Todo está cubierto de hielo. Junto a las míseras raciones de comida, que para muchos se reducen a casi nada, todo esto crea colosales [tasas de] enfermedades y mortalidad infantil[13].

Miles de kulaks deportados murieron por la exposición a la climatología,

el hambre y las enfermedades. Dado el hacinamiento imperante, la falta de higiene, el frío extremo y la falta de víveres, pronto proliferaron las epidemias de escarlatina, sarampión, difteria y tifus. La deportación de los kulaks fue una de las políticas más letales e inhumanas de Stalin.

La colectivización y deskulakización cumplió los objetivos de los líderes del partido; abolió la agricultura privada y otorgó al gobierno el control de la oferta de cereales. Pero esta transformación económica y social fue realizada a costa de una extrema violencia y un sinfín de coerciones. La violencia de Estado empleada para llevar a cabo la colectivización reflejaba una de las características fundamentales del estalinismo: el hecho de apoyarse en prácticas bélicas para alcanzar objetivos ideológicos y administrativos. Al hacer uso de las deportaciones y los campos de concentración, ahora llamados campos de trabajo, los funcionarios soviéticos eliminaban físicamente a los «enemigos de clase» de la sociedad. La mentalidad bélica que sustentaba estos movimientos iba más allá de Stalin, como lo atestiguan que funcionarios del partido empezasen a exiliar kulaks de sus localidades antes incluso de que Stalin declarase que la deskulakización era una política oficial. Los dirigentes comunistas y los funcionarios de menor rango asumieron que los kulaks no podían reconciliarse con las granjas colectivas. En vez de ofrecer incentivos para promover una colectivización gradual, asaltaron las aldeas y los pueblos y reprimieron a los campesinos que se resistían.

La colectivización dio muestras de ser inmensamente destructiva, particularmente para aquellos que fueron ejecutados o deportados durante la deskulakización, pero también para los campesinos que se quedaron en sus localidades. Las granjas colectivas destruyeron los modos rurales tradicionales y su cultura. Desprovistos de su tierra y de sus animales los campesinos quedaron silenciados y amargados. Los jóvenes campesinos adultos estaban más abiertos a los cambios, pero a principios de los años treinta muchos de ellos se habían mudado a la ciudad para trabajar. Este éxodo, combinado con la deportación de los kulaks, significó que quedaron muchos menos campesinos para trabajar la tierra. Aquellos que se quedaron tenían menos incentivos para producir, dado que ya no eran propietarios de los cereales que cosechaban. La producción agrícola declinó, aunque las requisas de grano realmente aumentaron. En 1932-1933 se produciría una terrible hambruna que añadió más horror al debe de la colectivización.

Industrialización

Otra de las piezas centrales del estalinismo fue la industrialización por la vía rápida. A finales de los años veinte, el liderazgo estalinista lanzó esta medida para industrializar el país en una década. El empeño se basaba

en un particular modelo de desarrollo: una economía no capitalista enfocada en la industria pesada (minería, metalurgia y fabricación de maquinaria). Stalin y el resto de los dirigentes comunistas acordaron abolir la economía de mercado de la NPE y tomar el control de todos los recursos económicos. Una economía dirigida por el Estado casaba igualmente con la ideología anticapitalista del partido y con su deseo de canalizar los recursos humanos y materiales a la rápida construcción de plantas siderúrgicas. El esfuerzo industrial subsiguiente comportó ingentes cantidades de residuos, disturbios y sufrimiento humano, pero logró que se construyesen cientos de nuevas factorías. Con todo el dolor que trajo, la economía estatalmente dirigida transformó la Unión Soviética de un país agrario y subdesarrollado en una potencia industrial y militar.

Stalin fue quien sentó las bases de esta industrialización rápida. En un discurso de 1931 afirmó que la industrialización era necesaria para acabar con el atraso de Rusia:

> Uno de los aspectos históricos de la vieja Rusia fue las constantes palizas que recibió por culpa de su nivel de atraso. Fue golpeada por los kanes mongoles. Fue golpeada por los beyes turcos. Fue golpeada por los regentes suecos feudales. Fue golpeada por la nobleza polaca y lituana. Fue golpeada por los capitalistas británicos y franceses. Fue golpeada por los barones japoneses. Todos la golpearon a causa de su atraso [...] Estamos cincuenta o cien años atrás respecto a los países avanzados. Tenemos que eliminar esta distancia en diez años. O lo hacemos o seremos sometidos[14].

Las palabras de Stalin resultaron ser proféticas. Diez años después, los nazis llevaban a cabo una masiva invasión de la Unión Soviética. Sin acerías, tanques, artillería y armas, la Unión Soviética jamás habría sobrevivido.

Dado el hostil ambiente internacional, había motivos racionales para emprender una industrialización rápida. Pero con esto no quiere decirse que la industrialización estalinista se implementase con criterios racionales. Los mandatarios estalinistas mostraron un fanatismo palmario en su empeño de modernizar el país. Aumentaban continuamente los objetivos de producción y exhortaban a los obreros y a quienes los dirigían a que superasen las cuotas. El Primer Plan Quinquenal de Desarrollo Económico tenía previsto triplicar la producción de carbón, hierro y acero, lo cual habría constituido un salto alucinante. La planificación estalinista reflejaba un deseo prometeico de dar un gran salto adelante, trascendiendo incluso los límites del tiempo: «¡Completad el Plan Quinquenal en cuatro años!» era el eslogan.

La industrialización en Europa occidental había tardado un siglo en completarse. ¿Qué hacía a los líderes del partido pensar que podrían

lograr lo mismo en solo una década? Antes que nada, su confianza parecía provenir de un culto a la fuerza de la voluntad. En el mismo discurso antes citado, Stalin proclamó: «No hay fortalezas que los bolcheviques no puedan asaltar». Aludiendo a los días heroicos de la guerra civil, cuando los comunistas triunfaron contra todo pronóstico, Stalin y sus camaradas del partido creían que no había obstáculos que pudieran apartarles de su objetivo, la creación de un Estado socialista moderno y militarmente poderoso. También creían en la superioridad de la economía socialista. A su parecer, los obreros soviéticos habían sido liberados de los grilletes de la explotación capitalista y por lo tanto la productividad laboral crecería dramáticamente. Además, los líderes del partido pensaban que una economía dirigida por el Estado sería más eficiente que una capitalista. A diferencia de las economías capitalistas, que sufrían el desempleo, las quiebras empresariales, los males de la competencia y la avaricia, la economía soviética se caracterizaría por un resuelto despliegue de recursos humanos y materiales, todos los cuales funcionarían coordinadamente por el bien común.

Para completar esta tarea, los dirigentes comunistas establecieron una economía planificada. La idea de una economía planificada no era únicamente soviética, ni siquiera necesariamente socialista. Todos los principales combatientes de la Primera Guerra Mundial habían intensificado el control estatal sobre la economía para planificar la producción bélica. La planificación estatal soviética se basó en el modelo económico alemán durante la guerra. Ya en los años veinte el gobierno soviético había constituido la Agencia Estatal de Planificación (Gosplán[15]). Gosplán redactó los Planes Quinquenales, que asignaban las materias primas y marcaban los objetivos de producción para todas las empresas industriales del país. Muchos economistas progresistas de Europa occidental y Estados Unidos compartían el entusiasmo de los funcionarios soviéticos por la planificación estatal. Los americanos Stuart Chase y Rexford Tugwell, el último un futuro miembro del grupo de expertos del New Deal de Franklin Roosevelt, viajaron a Moscú en 1927 y alabaron la economía planificada soviética[16]. Tras la Gran Depresión hubo incluso más observadores que contemplaron el sistema soviético como una alternativa atractiva. En un tiempo en que los países capitalistas sufrían un estancamiento económico y altas tasas de desempleo, la Unión Soviética experimentó un notable crecimiento económico y pleno empleo. Parecía que el modelo soviético podría verdaderamente ofrecer un modo industrial de producir más eficiente y equitativo.

En la práctica, la economía soviética demostró estar muy lejos de ser eficiente. Las mermas, la escasez y las averías se convirtieron en la regla[17]. Los diseños racionales de los economistas de Gosplán fueron sustituidos por objetivos manifiestamente irrealistas que eran más exhortaciones políticas que verdaderos planes económicos. La

productividad laboral descendió realmente por las prisas por contratar a nuevos trabajadores y enseñarles a realizar sus trabajos. Los dirigentes de las factorías se las veían y se las deseaban para encontrar las materias primas con las que cumplir sus cuotas de producción. Se suponía que los planificadores estatales distribuirían los materiales que se necesitaban, pero el inadecuado sistema ferroviario soviético creaba cuellos de botella ligados al transporte. Los comisariados industriales, y las distintas ramas que dependían de ellos, competían entre sí por los escasos recursos. Los dirigentes de las factoría recurrían al engaño o directamente al robo para hacerse con las materias primas que necesitaban. Algunos de ellos enviaban a agentes para interceptar envíos destinados a otras plantas industriales, sobornando a los transportistas para que les reservasen la mercancía. Lejos del ideal de la maquinaria burocrática bien engrasada, el Estado soviético de los años treinta se caracterizó por las disputas internas, la corrupción y la ineficiencia.

Pese a estos graves problemas, la economía soviética creció tremendamente. Se construían nuevos complejos metalúrgicos en los Urales y en Siberia occidental. La minería del carbón y el hierro se expandía al ritmo al que lo hacía la industria siderúrgica, y los campos petrolíferos de Bakú y Grozni también experimentaron un auge. Se construían nuevas y enormes fábricas de tractores en Stalingrado, Cheliábinsk, Járkov y Rostov. Una planta hidroeléctrica gigantesca era erigida en el río Dniéper. Una pujante y nueva factoría automovilística abría sus puertas en Gorki. Las plantas de fabricación de maquinaria de Moscú y Leningrado crecían dramáticamente. En total, el número de empresas industriales del país se incrementó de las nueve mil de 1929 a sesenta y cuatro mil en 1938. La producción de acero se duplicó ya en el Primer Plan Quinquenal, y en cuanto a la década al completo, la producción industrial se triplicó. Los armamentos y la producción para la defensa se multiplicaron en los años treinta por veintiocho. La industrialización estalinista produjo tasas de crecimiento raramente alcanzadas antes y después de entonces[18].

¿Qué explicaba estas increíbles cifras de crecimiento? La clave del éxito de la economía estalinista no fue la eficiencia, sino la movilización. Los líderes del partido canalizaron los recursos humanos y materiales del país para que se construyeran las nuevas factorías. La colectivización les dio el control sobre la oferta de cereales. La eliminación de las tiendas y las empresas privadas les dio el control de los bienes y los materiales urbanos. Una economía completamente diseñada por el Estado permitía a los funcionarios perseguir sus prioridades industriales a expensas del consumismo. Encauzar los recursos a la industria pesada causó una aguda caída en la calidad de vida. La comida estaba racionada en las ciudades, y en el campo los campesinos pasaban hambre. Los trabajadores vivían en barracones atestados y a la gente le costaba un mundo agenciarse ropa con la que vestir. Pero cientos de nuevas fábricas

fueron construidas, y la Unión Soviética se convirtió en una potencia industrial de su tiempo.

Para acelerar la industrialización, los líderes soviéticos también importaron tecnología de Occidente. Pagaron por esas importaciones exportando grano. Como nación que se había quedado atrás en términos industriales, la Unión Soviética podía progresar más rápidamente usando un equipamiento industrial que ya hubiese sido desarrollado en países más avanzados[19]. Dando de lado el consumo, los planificadores soviéticos también fueron capaces de crear un ciclo de producción en la industria pesada —el acero producido fue empleado en la construcción de más plantas siderúrgicas y fábricas— que permitió a este sector de la economía crecer exponencialmente. Adicionalmente, el gobierno soviético contrató a cientos de especialistas extranjeros, especialmente ingenieros alemanes y americanos que supervisaron la construcción de las nuevas factorías[20]. Que este empuje industrial soviético coincidiese con la Gran Depresión significó que había muchos especialistas técnicos desempleados en Europa occidental y en los Estados Unidos dispuestos a trabajar en la Unión Soviética. Sus habilidades demostraron ser especialmente valiosas en la construcción de nuevas plantas y en la instalación de la tecnología importada.

URBANIZACIÓN

La industrialización estalinista se vio acompañada por una rápida urbanización. Las nuevas factorías requerían millones de nuevos trabajadores; el número de trabajadores industriales en la Unión Soviética se duplicó solo durante el Primer Plan Quinquenal. La inmensa mayoría de estos nuevos trabajadores fueron anteriormente campesinos; hasta veintitrés millones de ellos se trasladaron a las ciudades soviéticas durante los años treinta, una tasa de urbanización sin precedentes en la historia mundial. Las ciudades existentes crecieron a una velocidad extraordinaria. La población de Moscú pasó de dos a cuatro millones en el curso de un decenio. Leningrado también dobló su tamaño, hasta los tres millones, mientras Gorki (anteriormente Nizhni Nóvgorod) y Sverdlovsk triplicaron su tamaño. Además, se construyeron ciudades completamente nuevas. La mayor de ellas, Karaganda, al norte de Kazajistán, no existía en 1930 y tenía una población de ciento sesenta mil habitantes en 1939. Otras ciudades surgidas de la nada fueron Magnitogorsk, en los Urales, Stalinsk, al oeste de Siberia, y Komsomolsk en el extremo oriental[21].

La colectivización, la deskulakización y las nuevas oportunidades laborales en la industria impulsaron a muchos campesinos a abandonar sus aldeas y pueblos e instalarse permanentemente en áreas urbanas. Los campesinos que fueron desposeídos como kulaks, pero no fueron

deportados, no tenían apenas otra opción que buscar trabajo en las ciudades. Otros campesinos huían de unas condiciones de vida cada día peores y del hambre en el campo y se marchaban a las ciudades. Muchos jóvenes adultos deseaban desde hacía tiempo probar suerte en las ciudades, aunque les había refrenado el alto desempleo de los años veinte. Con la industrialización en auge, estos campesinos aprovecharon los nuevos trabajos disponibles en las fábricas y abandonaron sus localidades de origen. Los dirigentes soviéticos necesitaban desesperadamente a estos obreros para que construyesen e hiciesen funcionar sus nuevas factorías, así es que contrataban a todos los que podían, sin importarles su inexperiencia.

Para preparar a los nuevos trabajadores, el gobierno soviético amplió los programas formativos, aunque no fue suficiente para asumir a los millones de campesinos que se incorporaban como nueva fuerza de trabajo. La mayoría de ellos aprendía sobre la marcha a realizar sus tareas, con todos los riesgos que ello suponía. Iván Gudov, un campesino que se convirtió en obrero, describía más tarde el impacto que le produjo la primera vez que entró en una planta de fabricación de maquinaria en Moscú:

> El suelo se movía con el retumbar de las máquinas. En el equipamiento que quedaba a mi lado estaban volcando un flujo interminable de agua y leche (pronto aprendí que no era leche, sino una emulsión) […] Trataba de no molestar a nadie, y a la vez de no quedar atrapado en ningún engranaje. Daba la impresión de que al menor movimiento en falso me engulliría una máquina[22].

La cifra de accidentes laborales se disparó, tanto por causa de las deficiencias formativas de los obreros como por las prisas por construir factorías e incrementar la producción (véase ilustración 2.2). En algunos casos, estructuras levantadas a toda velocidad se venían abajo, y en otros las máquinas, mal usadas, se rompían. Innumerables obreros resultaron heridos o incluso muertos en accidentes de la industria y la construcción durante el Primer Plan Quinquenal[23].

La productividad laboral cayó en picado. La productividad era menos importante en la economía soviética que en las economías capitalistas; los dirigentes soviéticos se concentraban en alcanzar las cuotas planificadas, no en ser rentables. Con todo, los funcionarios del partido trataron de elevar la productividad para incrementar la producción final. En 1929 respaldaron una iniciativa llamada competición socialista propuesta por miembros del Komsomol (la organización juvenil del Partido Comunista). La competición socialista consistía en competiciones entre brigadas de trabajadores para ver quién conseguía producir más. En ciertos casos, que recibieron la oportuna publicidad, se alcanzaban producciones récord —la mayor cantidad de cemento

vertida en veinticuatro horas, la mayor cantidad de acero producida en una semana—. Estas competiciones dieron lugar a pequeñas explosiones de productividad, pero no consiguieron mejoras a largo plazo. A veces, los trabajadores más jóvenes trabajaban intensamente dos días y se perdían el resto de la semana por haber quedado exhaustos. En ocasiones, la maquinaria se rompía por exceso de uso[24].

Ilustración 2.2 Expansión de la Metalurgia de Leningrado a finales de la década de 1920

Los mandos de las factorías desdeñaban por lo general la competición socialista, porque interfería con las rutinas laborales. Pero a los obreros más jóvenes la competición socialista les ofrecía la ocasión de expresar tanto su entusiasmo como sus ambiciones personales. Al ser considerados como una fuerza de choque y participar en estas competiciones, los miembros del Komsomol podían vadear la estricta jerarquía de las fábricas. Disfrutaban, además, de un estatus especial y de algunos extras. A los mejores trabajadores de la fuerza de choque de la factoría automovilística Stalin de Moscú les dieron un coche nuevo. Por lo general, lo que recibían eran aumentos salariales o raciones especiales[25]. Con el tiempo, la competición socialista quedó subsumida en las rutinas fabriles. Los dirigentes de las fábricas, deseosos de evitar las interrupciones, dejaban que los obreros se postulasen como fuerza de choque o participantes en competiciones socialistas sin realizar trabajo adicional alguno. Llegó un momento en que Kaganóvich se quejó de que en algunas factorías todos eran fuerza de choque, de modo que el término había perdido todo su significado[26].

Desde 1931 en adelante, los líderes del partido empezaron a emplear las diferencias salariales y el trabajo a destajo para pagar a los trabajadores en función de lo que producían. Stalin culpaba a la

igualación de los sueldos de la alta rotación laboral, y afirmaba que pagar sueldos más altos a los trabajadores más hábiles ofrecería a los obreros un incentivo para quedarse e incrementar sus habilidades. Aunque eran medidas que olían a capitalismo (porque incrementaban la disparidad salarial), los obreros no se opusieron en principio a ellas. Las diferencias salariales ofrecían a los más preparados la oportunidad de ganar más, e incluso los menos duchos tenían esa oportunidad trabajando a destajo, si es que estaban dispuestos a echar horas extras. Aunque muchas factorías soviéticas tenían oficialmente una jornada de siete horas diarias y restricciones para las horas extra, los directores ignoraban regularmente esas normas en su intento de alcanzar las cuotas de producción. Los trabajadores hacían habitualmente diez horas diarias para incrementar sus ingresos, y en algunos casos se hacían turnos dobles y triples[27].

Para los millones de antiguos campesinos que se trasladaban a las ciudades, la transición a la vida urbana no siempre fue fácil. Cuando Eugeni Kostin, que contaba por entonces dieciocho años, bajó del tren en Moscú en 1931, quedó sobrecogido por la muchedumbre de gente. En su pueblo natal conocía a todo el mundo, y ahora no había un solo rostro familiar a la vista. Se quedó pasmado con la altura de los edificios, aturullado por el chirrido de los tranvías y la conmoción general de la ciudad. Pero con el tiempo su adaptación a la ciudad resultó menos traumática de lo previsto. Unos familiares lo hospedaron, antiguos vecinos de su pueblo le buscaron trabajo, y un conocido le enseñó cómo funcionaban allí las cosas[28]. Como Kostin, la mayoría de los campesinos que se mudaron a las ciudades soviéticas en los años treinta recibieron consejo y ayuda de familiares y antiguos vecinos que ahora vivían allí. Incluso quienes fueron desposeídos durante la deskulakización solían tener familiares en la ciudad y amigos que podían ayudarles. La red aldeana guiaba a los campesinos desde la misma aldea a la misma ciudad o hasta al mismo barrio. Como resultado, grupos de antiguos habitantes de la misma aldea se juntaban y asistían mutuamente para sortear las duras condiciones de la ciudad.

La urbanización rápida trajo consigo que el alojamiento escaseara. Puesto que los líderes del partido priorizaban la construcción de fábricas y acerías, se habían construido muy pocas casas nuevas. Los millones de campesinos que llegaban a la ciudad se hacinaban en apartamentos comunales, en barracones, o en chamizos que improvisaban, y los barrios de chabolas proliferaban en las afueras de las grandes urbes. Un americano que vivió en Moscú durante los años treinta describía los barracones de obreros en estos términos:

> En la habitación había unas quinientas camas estrechas, cubiertas de colchones rellenos de paja u hojas secas. No había ni almohadas ni sábanas. Los abrigos y otras prendas se usaban para cubrirse. Algunos de

> los residentes no tenían cama y dormían en el suelo o sobre cajas de madera […] No pude quedarme en los barracones mucho tiempo. No pude soportar la peste a queroseno y cuerpos sucios. No había más forma de lavarse que utilizar una bomba que estaba fuera. El aseo era un chamizo frío y desvencijado en el que no había sitio para sentarse[29].

Incluso para los antiguos campesinos, acostumbrados a vivir en atestadas cabañas, las repulsivas condiciones habitacionales resultaban un desafío. La escasez de alimentos también dificultaba la vida. Comparadas con el campo, en el que los campesinos pasaban hambre, las ciudades estaban relativamente bien aprovisionadas. Pero el gobierno soviético racionó la comida durante el Primer Plan Quinquenal, y a veces ni las tiendas podían proporcionar a los trabajadores raciones completas.

No obstante, dada la necesidad desesperada de personal que los dirigente de las fábricas tenían, los trabajadores contaban con medios para hacer presión. Si las condiciones fabriles alcanzaban niveles intolerablemente bajos, siempre podían buscar trabajo en otra parte. Los trabajadores empezaron a moverse de una obra a otra en busca de mejores condiciones de comida y alojamiento. La rotación laboral nacional se disparó hasta un 150% en 1930, es decir, de media, todo trabajador cambiaba de empleo al menos una vez al año. Los dirigentes comunistas y los directores de las fábricas se desesperaban con esta rotación, que perturbaba la producción industrial. Comentando sobre este asunto, el Comisario de la Industria Pesada Sergó Ordzhonikidze dijo sobre una factoría que parecía «un campamento gitano»[30].

Los directores de las empresas industriales captaron pronto que para retener a sus trabajadores necesitarían proveerles de alojamiento y comida. Construyeron cientos de nuevas residencias y barracones para sus ellos, edificando a toda prisa sobre el terreno de las factorías o sobre cualquier otro espacio disponible. Ni siquiera este acicate a la construcción fue suficiente para seguir el ritmo al que se incorporaba la población urbana, aunque al menos fue un intento. En 1930, los directores también empezaron a instaurar «cooperativas cerradas de trabajadores», tiendas que solo abrían para los empleados de la fábrica, establecimientos que asegurasen al menos lo básico en alimentación para dichos empleados. Los líderes del partido respaldaron este sistema de distribución de alimentos, y los directores de las fábricas crearon departamentos especiales para comprar y distribuir los alimentos[31]. Algunos directores llegaron a organizar medios agrícolas y ganaderos propios, y operaciones de pesca y criaderos de conejos, para aportar a sus trabajadores los alimentos que precisaban[32]. Las empresas estatales, por lo tanto, sirvieron no solamente como empleadoras, sino también como proveedoras para las necesidades básicas de los empleados. También en otros países, durante el siglo XX, el papel del

Estado en asuntos sociales se había expandido, aunque se limitaba casi siempre a la asistencia a los pobres, a los discapacitados y a los pensionistas. El Estado se hizo cargo de esas y de otras funciones, pues la responsabilidad estatal sobre el abastecimiento de los trabajadores se convirtió en un aspecto permanente del sistema soviético.

El empeño de la industrialización estalinista transformó la Unión Soviética, que pasó de ser un país agrario a una potencia industrial; de ser una sociedad desproporcionadamente campesina a ser una sociedad urbana. El modo en que los líderes del partido lograron esta transformación —creando una economía completamente dirigida por el Estado y enfocada en la industria pesada— causó una aguda caída en la calidad de vida y enormes privaciones. La industrialización estalinista también moldeó para siempre la economía soviética. Durante el resto de su existencia, el gobierno soviético articuló una economía estatal hipercentralizada que priorizaba los grandes proyectos industriales, pero era incapaz de producir adecuados bienes de consumo. En teoría, la economía planificada soviética tenía que ser racional y eficiente, pero en la práctica causó trastornos, escasez y adversidades. Dada la ausencia de un mercado libre, las empresas estatales tenían que ocuparse de alojar y alimentar a los trabajadores, aunque a niveles muy bajos, y la gente se volvió dependiente del Estado soviético en términos sociales. En este sentido, la Unión Soviética se convirtió en un modelo de Estado de bienestar autoritario, aunque (irónicamente) era un Estado de bienestar que no lograba salvaguardar el bienestar de su pueblo.

Revolución cultural

La colectivización y la industrialización dirigidas por el Estado fueron parte esencial del empeño de los dirigentes comunistas por construir el socialismo. Los medios de producción—factorías, materias primas, equipamiento agrícola y tierras— ya no estaban en manos privadas. Junto a estos cambios económicos, el partido trató de establecer también nuevas normas culturales. Concibieron una revolución cultural que remplazaría los valores burgueses por los nuevos valores socialistas. Los comerciantes, con su decadente avaricia, serían sustituidos por un abnegado colectivo de obreros. La educación elevaría a los trabajadores, permitiéndoles desempeñar un papel predominante en la sociedad. La ignorancia de los campesinos, su alcoholismo y su desaseo daría paso a la ilustración, la sobriedad y la higiene. La superstición y la religión serían remplazadas por la ciencia y el conocimiento. El individualismo egoísta se transformaría en sacrificado colectivismo. Las personas que habitasen este nuevo mundo socialista serían cualitativamente diferentes de las que habían vivido bajo el capitalismo.

Tras la revolución de 1917, un grupo de miembros del Partido

Comunista habían llamado a una revolución cultural que crease una cultura enteramente proletaria, que incluyese un nuevo arte, una nueva literatura y una nueva moral, y también nuevas élites culturales procedentes de la clase trabajadora[33]. Al parecer, Lenin y otros líderes comunistas rechazaban la idea de una cultura distintivamente proletaria y preferían que se conservase la alta cultura rusa, incluidos los clásicos del arte y la literatura. Pero adoptaron los fines más generales de la revolución cultural, llevando la cultura a las masas e instruyendo a los trabajadores para que fundasen una nueva élite[34]. Muchos especialistas que no pertenecían al partido compartían este objetivo de elevar a campesinos y obreros, y desempeñaron un papel destacado en la enseñanza de la higiene y la alfabetización de las clases bajas. El ideal de la revolución cultural se convirtió de hecho en un vehículo mediante el cual muchos intelectuales que no eran miembros del partido encontraron su lugar en el sistema soviético[35].

El gobierno soviético hizo de la alfabetización una de sus principales prioridades. La educación primaria obligatoria aseguró que los niños aprendieran a leer. En 1929, sin embargo, más de la mitad de todos los campesinos adultos seguían siendo analfabetos. En 1932, más de catorce millones de personas se inscribieron en clases de educación para adultos, y las tasas de alfabetización crecieron ostensiblemente; según el censo de 1939, cerca del noventa por ciento de la población rusa entre nueve y cuarenta y nueve años sabía leer y escribir[36]. La higiene era otra de las prioridades. Los funcionarios del Comisariado de Salud instruyeron a los campesinos y los obreros para que se lavasen regularmente, lavasen sus ropas y se cepillasen los dientes. Nadezhda Krúpskaya, viuda de Lenin y destacada miembro del partido, afirmaba que «enseñar a los niños y a sus padres a lavarse las manos con más frecuencia es un enorme progreso revolucionario»[37]. Empleando carteles de propaganda e inspecciones, los trabajadores culturales subrayaban la importancia del orden y la limpieza en los hogares Los higienistas laborales enseñaron a los trabajadores de las fábricas la importancia de la pulcritud, la puntualidad y la sobriedad en el trabajo[38]. Tanto para los funcionarios como para los especialistas, promover una población sana y productiva requería inculcar nuevos hábitos en la conducta diaria.

Estos esfuerzos para elevar los niveles culturales no se dieron solamente en la Unión Soviética. Empezando en Europa en el siglo xix y después en otros países del mundo, los funcionarios estatales y los reformistas sociales trataron de enseñar a las clases bajas lo esencial sobre la salud y la higiene. Dada la importancia del trabajo físico en la era industrial, la salud física de los obreros representaba un importante recurso económico que los funcionarios y los industriales trataban de preservar. Muchos reformistas actuaban también motivados por un altruista deseo de mejorar las condiciones de vida de los pobres que se

agolpaban en los suburbios de las ciudades industriales. Las campañas de productividad, las inspecciones habitacionales, los movimientos antialcoholismo y la educación primaria obligatoria sirvieron para «civilizar» a las masas. Por lo tanto, los valores soviéticos de la alfabetización, la eficiencia, la sobriedad y la higiene formaban parte de una serie de esfuerzos internacionales más amplios para la promoción de cierto orden racional y estético en la vida diaria.

Los valores soviéticos eran, con todo, distintos en varios sentidos. Mientras los reformistas de otros países invocaban a menudo a la religión para promover la sobriedad y la obediencia entre las clases bajas, los funcionarios soviéticos atacaban a la religión por tenerla, en palabras de Marx, como «el opio del pueblo». Durante la colectivización, los activistas cerraron iglesias y arrestaron a los sacerdotes. En las ciudades, los funcionarios soviéticos demolieron un buen número de iglesias, incluida la Catedral de Cristo Salvador, la más grande de Moscú (véase ilustración 2.3). En Asia Central se cerraron mezquitas y el clero musulmán fue arrestado. Además de esta represión, las autoridades soviéticas usaron la propaganda para desprestigiar la religión y promover el ateísmo. La Liga de los Militantes Sin Dios llevó a cabo acciones educativas para remplazar la religiosidad con la fe en la razón y la ciencia. La efectividad de este empeño antirreligioso fue limitada, pues muchos ciudadanos rusos siguieron manteniendo sus creencias religiosas, pero la práctica abierta de la religión estaba decididamente prohibida[39].

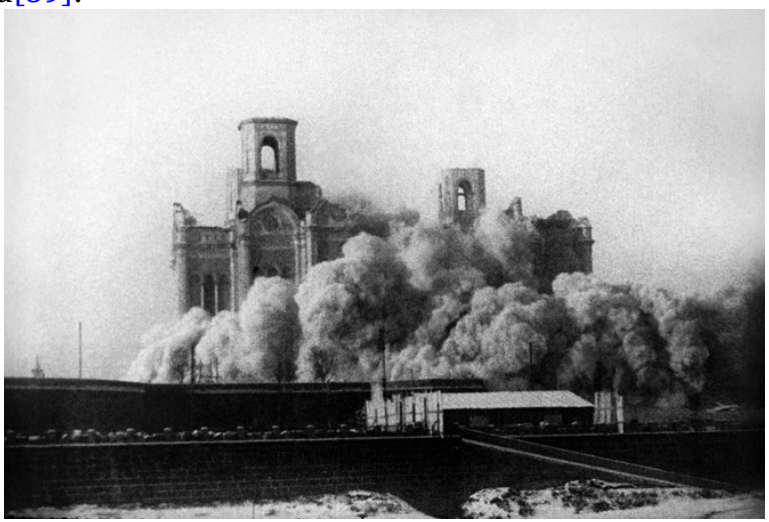

Ilustración 2.3 Demolición de la Catedral de Cristo Salvador en Moscú, 1931

La cultura soviética se burlaba de valores considerados burgueses, como el individualismo, la codicia y el afán de lucro. La violenta desposesión de los hombres de la NPE y los kulaks ya había acabado con la propiedad privada y el libre mercado. Pero los funcionarios soviéticos

también se esforzaron en inculcar el colectivismo a través de la educación, la propaganda y las asociaciones juveniles. El Komsomol y el Movimiento de Pioneros eran organizaciones de jóvenes adultos y adolescentes. Además de reunirse regularmente y de su activismo, estos grupos participaron en desfiles y demostraciones físicas y campos de verano. Las actividades del Movimiento de Pioneros eran similares a las de los Boy Scout y las Girl Scouts: se enseñaba higiene, a estar en forma, disciplina y patriotismo. Pero los ideólogos soviéticos recalcaban las diferencias, afirmando que los Boy Scouts eran individualistas centrados en sí mismos que solo buscaban colgarse medallas, mientras el Movimiento de Pioneros trabajaba por «un fin común a todos los participantes»[40]. En 1933, Kaganóvich le dijo a un líder del Movimiento: «Pregunto cuántos de nuestros niños han progresado en términos verdaderamente humanos [...] en cuanto a si se han librado ya de la mentalidad del pasado, del egoísmo, la vanidad y la egolatría». Kaganóvich continuó expresando sus dudas sobre si la población rusa había eliminado esos «vestigios del pasado», dejando muy clara la importancia de inculcar los valores colectivistas[41].

Para promover el colectivismo, los arquitectos soviéticos y los planificadores urbanos trataron de dar forma al ambiente en el que se desenvolvía la gente. Algunos de sus planes se parecían a los planes de renovación urbana de otros países: ventilación en los apartamentos, calles bien iluminadas y parques espaciosos. Para ellos, como para el resto de los urbanistas del mundo, la eliminación del caos y la congestión añadiría eficiencia y armonía a la vida de la gente. Pero los diseños de los arquitectos soviéticos diferían en cuanto a que ellos primaban los espacios para comer y convivir que eran comunales, para transmitir así el *ethos* comunal a los trabajadores[42]. Al final, virtualmente ninguno de los diseños soviéticos llegó a ser construido, por falta de inversión estatal. En vez de proyectos habitacionales aireados y modernos, los trabajadores soviéticos experimentaron un tipo diferente de vida colectiva: apartamentos comunales atestados y sucios barracones anegados de piojos. Los líderes del partido contaban con un capital limitado, que invirtieron en las factorías, no en la vivienda. Los nuevos y relucientes apartamentos que los visionarios urbanistas soviéticos esperaban que contribuyeran al colectivismo jamás se construyeron.

Como parte de este ataque a los valores burgueses, los líderes estalinistas también se lanzaron al asalto de la élite intelectual y técnica del país, los denominados especialistas burgueses. En 1928, cincuenta y tres ingenieros de minas de Shajty, una ciudad minera de la región norte del Cáucaso, fueron juzgados por sabotaje. El juicio de Shajty recibió mucha atención pública, y a pesar de la falta de evidencias concluyentes, todos los ingenieros, salvo cuatro, fueron enviados a prisión. En 1930 hubo otro juicio mediático que afectó al Partido

Industrial. Los economistas que habían trabajado en Gosplán y en el Consejo Superior Económico fueron acusados de organizar un «Partido Industrial» secreto que conspiraba con emigrantes rusos para ayudar a Francia y el Reino Unido a atacar a la Unión Soviética. Varios de los acusados eran antiguos mencheviques que, como especialistas no comunistas en Gosplán, se habían opuesto a los imposibles tiempos que marcaba el Primer Plan Quinquenal. Los acusados fueron declarados culpables y cinco de ellos recibieron sentencias de muerte, inmediatamente conmutadas por amplias penas de prisión[43].

Cuando se produjo el juicio de Shajty, se desató una ola enfervorizada contra los especialistas. La policía secreta arrestó a varios miles de burgueses especialistas, la mayoría ingenieros que se habían formado bajo el régimen zarista. Esta generación de élites técnicas, de mayor edad, fue acusada de sabotaje y culpada de los accidentes industriales y la baja producción. Los obreros y los militantes del Komsomol a veces arreglaban las cosas a su manera, denunciando o atacando a los ingenieros. El resultado fueron considerables disturbios en las factorías. Aunque a menudo se forzaba a los ingenieros a continuar trabajando en las factorías (bajo custodia) tras su arresto, el juicio de Shajty y sus consecuencias exacerbó la escasez de expertos técnicos. Además, la autoridad de los directores se vio seriamente mermada desde el momento en que los obreros se permitían desobedecer y denunciar a los ingenieros y a los capataces. En un esfuerzo para restaurar la jerarquía y el orden en las fábricas, los dirigentes comunistas hicieron finalmente un llamamiento a dejar de perseguir a los especialistas en 1931.

¿Por qué arrestaron los líderes estalinistas a los economistas y los ingenieros en el preciso momento en que más los necesitaban? Puesto que las capacidades técnicas eran esenciales para el empeño de la industrialización, la persecución de los ingenieros fue muy perjudicial para el progreso del país. Una de las razones para esta persecución fue la genuina desconfianza de Stalin hacia los especialistas burgueses. Pensaba que quienes habían sido miembros de la élite prerrevolucionaria no eran leales a la Unión Soviética, y presionó constantemente para que fuesen remplazados por nuevos especialistas de la clase obrera, algo que el Estado facilitó formando a estos obreros para que se convirtieran en ingenieros. Stalin también creía que la vieja élite mantenía vínculos con los capitalistas emigrados, que supuestamente estaban confabulados con las potencias de Europa occidental para derrocar el régimen soviético. En 1928 advertía: «Tenemos enemigos internos. Tenemos enemigos externos. No podemos olvidar esto ni por un instante»[44]. Esta declaración era la máxima expresión de la mentalidad de Stalin y otros líderes del partido, su miedo constante a ser atacados por oponentes internos y extranjeros.

El juicio de Shajty y el del Partido Industrial también alertaron a los

tecnócratas de que Stalin y su círculo más inmediato seguirían siempre al mando. Los economistas de la vieja élite técnica, algunos de los cuales tenían contactos con Bujarin y la oposición «de la derecha», favorecieron por lo general una aproximación más gradual a la industrialización. La industrialización estalinista rechazaba la perspectiva racional y tecnocrática sobre el desarrollo económico. Como se dijo anteriormente, tenía un carácter prometeico, la ambición de romper las barreras del tiempo y sobrepasar lo que parecía racionalmente posible. Cualquier cuestionamiento de los tiempos marcados por los bolcheviques era considerado una traición. Los juicios dejaron claro a los especialistas que no eran del partido que se exigía una devoción completa a la causa. Como dijo en su tiempo el jefe de Gosplán, Gleb Krzhizhanovski, «quien no está con nosotros, está en contra nuestra»[45].

Políticas de la nacionalidad soviética

El ataque a los especialistas se extendió asimismo a los campos cultural e intelectual. Los radicales del Komsomol, envalentonados por el juicio de Shajty, acosaban a los burócratas que no eran del partido en todas las instituciones en las que se los encontraban. La «caballería ligera» del Komsomol cayó incluso sobre los funcionarios del gobierno, a los que acusó de burocratismo. Los académicos de los Jóvenes Marxistas vislumbraron una oportunidad para desalojar a los académicos más antiguos en las universidades y los institutos. Grupos militantes como la Asociación Rusa de Escritores Proletarios denunciaron a figuras artísticas y literarias establecidas, incluido Maxim Gorki, a quien los líderes del partido estaban tratando de persuadir para que regresara al país. Estos actos dieron forma a un joven movimiento iconoclasta que no estaba dirigido por el Partido Comunista. En algunos casos, los funcionarios comunistas se sirvieron de las acciones de los activistas para obtener el control de instituciones culturales dirigidas por intelectuales que no eran del partido, aunque no ordenasen, o ni siquiera aprobasen, las acciones de los activistas.

En 1931, los dirigentes comunistas sosegaron sus ataques sobre los especialistas técnicos y los del mundo de la cultura. En parte, les preocupaba poder restablecer cierto sentido de la jerarquía en las factorías, por el bien de la producción industrial. Pero Stalin fue capaz de urdir una justificación ideológica para restablecer la autoridad de los especialistas. Explicó que con la supresión del capitalismo la antigua *intelligentsia* se había reconciliado con el orden soviético. Y llegó a decir que los nuevos especialistas de origen obrero —personas que eran muy leales al régimen soviético— desempeñaban ahora un papel esencial en la industria. Al proponer que «la clase obrera debe crear su propia *intelligentsia* industrial y técnica», Stalin alardeaba de que el gobierno

soviético había «abierto de par en par las puertas de las instituciones de la educación superior [...] a miembros de la clase obrera»[46]. Las palabras de Stalin no eran retórica huera. Durante el Primer Plan Quinquenal, cientos de miles de obreros recibieron formación en institutos técnicos y se convirtieron en ingenieros y directores en la pujante burocracia industrial soviética. Al menos un millón y medio de trabajadores pasaron a obtener un trabajo administrativo durante el tiempo en que duró dicho Plan Quinquenal[47]. El antiguo propósito de los líderes del partido de crear una nueva élite técnica procedente de las clases más bajas había sido alcanzado.

La promoción de obreros a puestos de dirección contribuyó al apoyo social del régimen estalinista. Antes de la revolución, un obrero jamás habría podido soñar con llegar a ingeniero o a dirigir una fábrica. Ahora cientos de miles de obreros estaban estudiando y muchos avanzaban a puestos de responsabilidad dentro de la industria soviética[48]. Otros tantos se incorporaban al Partido Comunista; algunos llegaron incluso a las posiciones más altas. Eran leales al sistema soviético porque se beneficiaban de él. De hecho, los que escalaron a posiciones altas entre el funcionariado se convirtieron en parte del sistema. El régimen estalinista no solo gobernó mediante la coerción y el miedo. Su programa de industrialización rápida y movilidad vertical para la clase obrera colmaba las expectativas de muchos trabajadores. Para los que fueron promovidos, «construir el socialismo» se tradujo en progreso personal además de en orgullo patrio por el modo en que la nación avanzaba.

Así pues, la revolución cultural fue un concepto muy amplio de transformación social y cultural diseñado para acompañar la transformación económica desde el capitalismo al socialismo. Algunas de las ideas culturales promovidas por los funcionarios soviéticos incluyeron la alfabetización, la higiene y la sobriedad, valores destinados a elevar a las masas. Profesionales no comunistas habían tratado de conseguir lo mismo mucho antes de la revolución, y muchos de ellos siguieron sirviendo a los mismos fines como profesores, médicos y trabajadores culturales durante el periodo soviético. Los esfuerzos para cultivar a una población alfabetizada, sana y eficiente fueron en paralelo a los intentos similares llevados a cabo por los funcionarios de otros países del mundo a finales del siglo XIX y principios del XX. Pero la transformación cultural en la Unión Soviética también tuvo rasgos únicos. La cultura oficial soviética promovió el ateísmo contra la religión y el colectivismo contra el individualismo. Los líderes del partido también persiguieron a los antiguos especialistas y los remplazaron cuanto pudieron con los ingenieros recién formados de origen obrero.

El gran número de nacionalidades diferentes y grupos étnicos presentes en la Unión Soviética planteaba un especial desafío a los líderes del partido. Muchos de ellos pertenecían a nacionalidades no rusas: Stalin era georgiano, como Ordzhonikidze; Mikoyán era armenio; Krzhizhanovski era polaco; Kaganóvich era judío; Nikita Kruschev era ucraniano. Incluso aquellos líderes que eran étnicamente rusos, como Mólotov, Voroshílov y Kírov habían desempeñado cargos administrativos o militares en regiones del país que no eran rusas y estaban muy concienciados de que mandaban sobre una población étnicamente diversa. Como se ha dicho anteriormente, los cimientos de las políticas soviéticas respecto a las nacionalidades fueron establecidos por Lenin, que creó un sistema de unidades territoriales y un sistema federal para las nacionalidades a finales de 1922. En los años veinte y treinta los dirigentes comunistas continuaron promulgando políticas que tuvieron enormes consecuencias para los no rusos de la Unión Soviética.

¿Era la Unión Soviética un imperio? Los historiadores han debatido extensamente sobre el tema y la mayoría han concluido que lo era. Oficialmente el país no era un imperio, sino una federación de repúblicas nacionales soberanas, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Las principales nacionalidades tenían sus propias unidades territoriales, repúblicas de la unión en el caso de las nacionalidades más importantes, y regiones o repúblicas autónomas en el caso de ciertas minorías nacionales. En teoría, las nacionalidades tenían el derecho a autogobernarse. En la práctica, los pueblos no rusos carecían de una soberanía efectiva o del derecho a separarse, pues el poder estaba en manos de los mandatarios de Moscú. En este sentido, la Unión Soviética era un imperio. Al mismo tiempo, la Unión Soviética difería considerablemente tanto del imperio zarista como de los imperios coloniales de Europa occidental[49]. A diferencia de algunos administradores zaristas, los funcionarios soviéticos no trataron de rusificar a los súbditos no rusos. Y a diferencia de los imperialistas británicos, no trataron de sojuzgar a los pueblos que gobernaban. Al contrario, el gobierno soviético fomentó el desarrollo de las lenguas y las culturas no rusas y trató integrar todas las nacionalidades en la política soviética.

El eje central de la política soviética sobre las nacionalidades fue la naturalización: la incorporación de las minorías nacionales al Partido Comunista y a la burocracia del gobierno. Las unidades territoriales de las principales nacionalidades tenían instituciones locales en las que se empleaba a las élites indígenas. Cada una de estas nacionalidades tenía derecho a una bandera nacional, un himno nacional y otros símbolos vinculados a la condición de nación. La naturalización también comportaba el derecho a desarrollar idiomas y culturas no rusas. Los

idiomas nativos se empleaban en los gobiernos locales y se enseñaban en las escuelas. Los periódicos, las revistas y las publicaciones literarias también aparecían en idiomas distintos del ruso. Algunos grupos étnicos no tenían al principio una lengua escrita o un sentido de la identidad nacional demasiado definido. En tales casos, los funcionarios del partido, con la ayuda de lingüistas y etnógrafos ajenos al partido, les ayudaban a desarrollar lenguas escritas y culturas[50].

Sobre el papel, el fomento de las culturas nacionales por parte de un gobierno abiertamente socialista parece raro. Si el objetivo final de los líderes del partido era el comunismo y la desaparición de las diferencias nacionales, ¿por qué alentaron que se significasen las distintas identidades existentes entre los ciudadanos soviéticos? La razón era que los líderes del partido consideraban que el nacionalismo era una fase por la que todo el mundo ha de pasar antes de avanzar hasta el socialismo y el comunismo. En tanto marxistas, pensaban que el sentido de identidad de las personas seguía una línea evolutiva similar a las etapas económicas de la historia (feudalismo, capitalismo socialismo, comunismo). Aquellos grupos étnicos de la Unión Soviética que carecían de una conciencia nacional tenían que desarrollarla antes de poder superarla y llegar a trascenderla. De modo que el objetivo de la política soviética sobre la nacionalidad entre las gentes menos desarrolladas era consolidar los clanes y tribus de la era feudal en nacionalidades, para después transformar esas nacionalidades en naciones de la era socialista que en última instancia se fusionarían bajo el comunismo[51].

En la práctica, estas políticas se tradujeron en la asignación de puestos a nivel nacional a personas que no tenían un claro sentido de identidad nacional. La región del Cáucaso tenía una miríada de grupos nacionales, étnicos y tribales. Los georgianos y los armenios eran nacionalidades bien definidas con lenguas y culturas nacionales que habían existido durante siglos[52]. Pero los musulmanes del sur del Cáucaso constituían un grupo étnica y lingüísticamente dispar que los funcionarios soviéticos amalgamaron en la nacionalidad azerbaiyana. En la región norte del Cáucaso, la fragmentación étnica era incluso más extrema, con muchas tribus y etnias repartidas por las montañas. Las autoridades soviéticas crearon una serie de regiones autónomas dentro de la más amplia unión de repúblicas. Incluso con todas estas designaciones nacionales, seguía sin existir una correspondencia nítida entre las unidades administrativas soviéticas y la compleja realidad étnica de la región. En algunos casos, el gobierno soviético combinó grupos étnicos similares en un mismo territorio nacional, como en el caso de la región autónoma chechena-ingusetia. Otras veces, las autoridades soviéticas combinaron pueblos de diferentes culturas y lenguas, como en el caso de la República Autónoma de Kabardia-Balkaria[53]. Por supuesto, el fin último de los funcionarios soviéticos era fusionar todos los grupos, aunque era un propósito que partía de la

discutible premisa de que con el tiempo las personas se fundirían naturalmente en nacionalidades de mayor tamaño y finalmente trascenderían todas las nacionalidades.

En Asia Central, la adscripción a las categorías nacionales también era problemática, porque la mayoría de las personas de allí no se identificaba en términos nacionales. A lo largo de la década de 1920, los etnógrafos de Asia Central encontraron que aquellos a quienes preguntaban a menudo carecían de una identidad nacional o étnica o decían poseer varias. Asignar a las personas a categorías nacionales basándose en la lengua y la cultura tampoco ofrecía soluciones claras. Las distinciones étnicas y lingüísticas no solían coincidir: por ejemplo, algunos «uzbecos» eran culturalmente turcos, pero hablaban dialectos persas. Delimitar las fronteras para las regiones nacionales resultaba aún más complicado. Algunos pueblos de Asia Central eran nómadas, de modo que los funcionarios no podían determinar con precisión dónde vivían. Incluso entre las poblaciones sedentarias, los grupos étnicos aparecían entremezclados. En el valle de Ferganá, por ejemplo, los considerados uzbecos vivían puerta con puerta con los kirguís, y algunos tayikos vivían allí también[54].

Los funcionarios soviéticos y los etnógrafos procedieron pese a todo a designar categorías nacionales y a dibujar fronteras de repúblicas nacionales. En Asia Central, decretaron la existencia de cinco grandes nacionalidades: kazajos, kirguís, uzbecos, tayikos y turcomanos, y a mediados de los años treinta cada una de estas nacionalidades tenía su propia república dentro de la Unión Soviética. En realidad, no era mucho lo que distinguía a los kazajos de los kirguís, pues hablaban virtualmente la misma lengua turca y solo se diferenciaban en que los kazajos eran esencialmente nómadas de la llanura y los kirguís residentes de las montañas. La categoría nacional uzbeca absorbía muchos pequeños pueblos turcos de la región. Los tayikos eran reconocidos como una nacionalidad distintiva a causa de que hablaban persa en vez de una lengua turca, pero algunas de sus comunidades estaban geográficamente mezcladas con los uzbecos. A resultas de ello, los tayikos que terminaban dentro de las fronteras de Uzbekistán tenían que asistir a las escuelas que impartían las clases en lengua uzbeca. Las diversas tribus nómadas que vivían en el área desértica oriental del Mar Caspio fueron amalgamadas en la nacionalidad turcomana y tuvieron que adoptar instituciones comunes y una única lengua escrita[55]. Aunque aparentemente arbitrarias, las designaciones de las identidades nacionales y las frontera de las autoridades soviéticas se basaban realmente en los considerables estudios de los etnógrafos. El problema era que la compleja realidad étnica de la población soviética se resistía a las nítidas categorizaciones que los etnógrafos y los funcionarios pretendían.

A pesar de la falta de categorías nacionales claras en Asia Central, la

creencia de los funcionarios soviéticos de que las personas al final se identificarían como miembros de una nacionalidad terminó siendo una profecía autocumplida. Puesto que la estructura administrativa soviética estaba delineada en torno a las fronteras nacionales, la gente tenía que adoptar una identidad nacional para interactuar con el gobierno. Un etnógrafo apuntó que a raíz de la creación de Uzbekistán como república soviética en 1924 algunos de quienes antes se habían autodenominado sarts empezaron a llamarse uzbekos. Cuando los funcionarios que hicieron el censo en 1926 preguntaron a las gentes de Uzbekistán su nacionalidad, seguía habiendo quien afirmaba ser sart. El cuestionario del censo, sin embargo, no incluía esa opción, así es que los registraron como uzbekos[56]. Cuando las autoridades soviéticas instituyeron un sistema de pasaporte interno en 1932, cada ciudadano que recibió el pasaporte tuvo su nacionalidad inscrita en él, se identificase o no a sí mismo con una nacionalidad determinada.

La categorización de las personas por nacionalidad no era un mero ejercicio académico. El trazado de fronteras nacionales para las repúblicas soviéticas aportaba relevancia a la nacionalidad titular de esa república y se la retiraba a las minorías nacionales. Los uzbekos de Uzbekistán podían solicitar sin más recursos hídricos y educacionales y oportunidades de trabajo, mientras que los tayikos que vivían allí no podían hacer otro tanto. La gente aprendió enseguida a reclamar en base a sus identidades nacionales, y de ese modo internalizaron dichas identidades. Los solicitantes que se identificaban como kazajos viviendo en Uzbekistán se quejaban de que los funcionarios uzbekos prestaban «un atención insuficiente» a su desarrollo económico y cultural y pedían la unificación con Kazajistán. Por su parte, los campesinos uzbekos de Kirguisia acusaban a los funcionarios kirguís por sus «políticas contra los intereses uzbekos», incluida la discriminación en el sistema de admisiones a las escuelas. Como ha dicho un académico, «los solicitantes usaban el lenguaje de la nacionalidad en sus interacciones con el Estado, y al hacerlo contribuían a que las categorías oficiales de nacionalidad se hiciesen reales»[57].

Los judíos eran tratados también como una nacionalidad. A pesar de que el judaísmo fuese una religión, las autoridades soviéticas consideraron el judaísmo una categoría nacional, y así la incluyeron en pasaportes y censos. La práctica del judaísmo como una religión estaba prohibida; la mayoría de las sinagogas, como la mayoría de las iglesias y las mezquitas, fueron cerradas por el gobierno soviético, y los rabinos, como el resto del clero, fueron perseguidos. Pero a efectos administrativos, se suponía que los judíos mantendrían una identidad secular judía que subsistiría en el mismo plano que el resto de las nacionalidades oficiales soviéticas. Puesto que los judíos no tenían un territorio nacional, en 1934 el gobierno soviético creó una Región Autónoma Judía, conocida popularmente por el nombre de su capital,

Birobidzhán. Situada cerca de la frontera china en la escasamente poblada zona oriental soviética, la región estaba a más de nueve mil kilómetros de Moscú y otros centros de población judíos en la parte europea de la Unión Soviética. En 1939, solo dieciocho mil de los tres millones de judíos de la Unión Soviética se habían ido a Birobidzhán. A pesar de esta exigua cifra, las autoridades soviéticas siguieron insistiendo en su plan de crear un territorio nacional judío. El hebreo, considerada una lengua religiosa, fue vetado, y el yidis fue decretado idioma oficial de la región. Los funcionarios soviéticos establecieron periódicos, escuelas e instituciones culturales en yidis, entre ellas el Teatro Judío Kaganóvich[58].

Para continuar con su agenda revolucionaria marxista, los líderes del partido contaban con que la ofensiva socialista de principios de los años treinta acelerase el desarrollo de las culturas nacionales. En el 16 Congreso del Partido en 1930, Stalin declaró: «El periodo de construcción del socialismo es el periodo de la cultura nacional floreciente, socialista en su contenido y nacional en su forma [...] El desarrollo de una cultura nacional debe cobrar nuevas fuerzas»[59]. El gobierno soviético expandió las oportunidades educativas para los no rusos, y en particular formó a miles de nuevos profesores que debían aumentar la alfabetización de las minorías nacionales en su propia lengua. Los lingüistas soviéticos crearon más de cuarenta lenguas escritas (dieciséis en el periodo 1932-1933 solamente) para grupos étnicos que carecían de una lengua escrita propia[60]. En 1931, funcionarios soviéticos proclamaron «la creación de nuevas nacionalidades a partir de tribus que no habrían soñado antes con tener una existencia nacional [...] y su transición en solo seis años por todas las etapas de desarrollo, que a otros pueblos les llevó miles de años»[61]. Con el tiempo, la multitud de nacionalidades en el seno del país sería consolidada en grupos nacionales de mayor tamaño que desaparecerían finalmente con el comunismo. Entretanto, lejos de suprimir a los no rusos, las políticas soviéticas sobre la nacionalidad promovieron activamente las identidades de las minorías nacionales[62].

Culturas nacionales y conflicto étnico

La fórmula de Stalin para las culturas de las nacionalidades era «nacionalista en la forma, socialista en el contenido». El gobierno soviético alentó ciertas formas de expresión nacional, entre ellas la lengua, la literatura, el folklore y los vestidos. La Casa Común del Arte

Folklórico en Moscú exponía la artesanía y los trajes tradicionales de las diferentes nacionalidades, mientras el gobierno también patrocinaba concursos de canto folklórico y festivales de arte nacional en todo el país. El folklore soviético reflejaba las culturas de las nacionalidades no tal y como existen en la vida corriente, sino en su forma colorista y superficial. Cantantes folklóricos enfundados en sus relucientes trajes nacionales cantaban entusiastas canciones sobre la abundante cosecha. La Georgia soviética, por ejemplo, era llamada «la soleada y socialista Georgia», y descrita como poseedora de un excelente clima que explicaba el «alegre» arte que se producía allí[63]. Las minorías nacionales eran presentadas como orgullosas de sus culturas, aunque también económicamente contentas y políticamente leales (véase ilustración 2.4) Hasta se componían nuevos poemas y canciones folklóricas en honor de Stalin y el gobierno soviético.

El contenido político de las culturas nacionales siguió estando férreamente controlado y siguió siendo «socialista». Algunas de las más significativas prácticas y creencias nacionales, incluidas las tradiciones económicas y la religión, fueron abolidas. El truque y otras costumbres de intercambio fueron tachadas de capitalistas, y el pastoreo nómada fue restringido por considerarse retrógrado. Los funcionarios soviéticos cerraron o incluso demolieron la mayoría de las iglesias, sinagogas y mezquitas. Las campañas de propaganda se mofaban de los días festivos religiosos, incluidos la Semana Santa y el Ramadán. A partir de 1927, las autoridades soviéticas en Uzbekistán trataron de acabar con la práctica musulmana del velo y la reclusión de las mujeres. Concebida como un medio para liberar a la mujer y modernizar la sociedad uzbeka, la campaña contra el velo desató violentos enfrentamientos entre los funcionarios y los uzbekos musulmanes que trataban de defender el velo como una tradición religiosa y cultural[64]. El peregrinaje a la Meca, considerado un deber para todo musulmán no impedido al menos una vez en la vida, fue legalmente prohibido en 1935[65]. La culturas nacionales, por más que fuesen permitidas e incluso alentadas, seguían estando firmemente circunscritas.

Los líderes del partido también estaban en guardia frente al «nacionalismo burgués», la etiqueta que ponían a los sentimientos nacionalistas —incluido el separatismo nacionalista— que privilegiaba los intereses de una nacionalidad sobre los de la Unión Soviética en su conjunto. Stalin en particular veía el nacionalismo burgués como un peligro para el control central y una amenaza para la integridad territorial del país. Cuando miembros del Partido Ucraniano pusieron objeciones a las cuotas de recolección de 1932, Stalin los denunció como ucranianos nacionalistas anticomunistas y «agentes de [el líder polaco Jozef] Piłsudski» y advirtió que la Unión Soviética podía perder Ucrania si estos «elementos podridos» no eran extirpados[66]. El gobierno soviético llevó a cabo arrestos masivos y ejecuciones entre las

nacionalidades a finales de los años treinta, pero incluso a principios de la década ya arrestaba a aquellos ucranianos, polacos, fineses, tártaros, kazajos, tayikos y al resto que fueran considerados «nacionalistas burgueses»[67]. Los líderes estalinistas ejercieron pues la represión sobre cualquier expresión independiente de los intereses nacionales y subordinó las repúblicas nacionales al centro soviético.

Ilustración 2.4 Cartel de propaganda de las nacionalidades soviéticas de Vladimir Serov, 1934

Los pueblos no rusos se vieron afectados no solo por las políticas culturales y administrativas soviéticas, sino también por las políticas económicas. La industrialización y la urbanización, en particular,

supusieron un gran impacto. Para los miles de campesinos pertenecientes a las minorías nacionales que emigraron a las ciudades de la Unión Soviética y a las zonas en obras la vida cambió para siempre; se convirtieron en residentes urbanos viviendo junto a otras nacionalidades. Aunque la población de Moscú siguió siendo predominantemente rusa, otras nacionalidades —ucranianos, tártaros, baskires— se trasladaron allí en los años treinta. La violencia étnica se desató en muchas obras de Moscú; hubo una pelea de grandes proporciones entre obreros rusos y tártaros en 1932 que resultó en numerosas detenciones[68]. El equilibrio étnico en las ciudades ucranianas cambió dramáticamente durante la industrialización estalinista. Mientras antes habían predominado las poblaciones rusas y judías en muchas ciudades ucranianas, la situación cambió cuando un gran número de campesinos ucranianos se trasladó a las ciudades durante los años treinta[69].

En Kazajistán, la construcción del ferrocarril Turquestano-Siberiano empleó a miles de kazajos. Anunciada por los funcionarios soviéticos como «la forja del proletariado kazajo», este proyecto de construcción cambió dramáticamente el estilo de muchos pastores kazajos, y también encendió muchas tensiones étnicas. Algunos rusos maltrataban a los kazajos que trabajaban con ellos. Un capataz ruso se negó a formar a los kazajos, diciendo: «¿Por qué tiene que ser especialistas los kazajos? Conducir vacas y pastorear con las ovejas, esa es su especialidad». Los trabajadores rusos insultaban a los kazajos, y, en ocasiones, les untaban los labios con grasa de cerdo, violando las escrituras musulmanas que prohíben ingerir cerdo. Otras veces, grupos de trabajadores rusos asaltaban a los kazajos recién contratados, lo que daba lugar a trifulcas y altercados[70]. La industrialización estalinista produjo cambios sociales y étnicos, y tanto una mayor integración de otras nacionalidades como un incremento de los conflictos étnicos.

Con el tiempo, las políticas soviéticas sobre las nacionalidades trataron de remplazar el nacionalismo en vez de consolidar identidades nacionales. Al requerir que todos los ciudadanos fuesen categorizados por su nacionalidad, las autoridades soviéticas reforzaron las mismas lealtades nacionales que esperaban ver desaparecer gradualmente. El sistema federado basado en unidades territoriales nacionales también preparó el escenario para una futura ruptura de la Unión Soviética por la línea de puntos que estas nacionalidades establecieron. A lo largo del periodo soviético, el poder siguió en manos de los dirigentes comunistas en Moscú, pero con la caída del gobierno comunista en 1991 la Unión Soviética se fragmentó en quince países distintos en función de la nacionalidad. Para los no rusos que vivían bajo el dominio ruso, las políticas sobre la nacionalidad tuvieron consecuencias de largo alcance. Las minorías nacionales gozaron de oportunidades educativas y profesionales, y algunos se incorporaron incluso a la estructura del

partido o se hicieron funcionarios soviéticos en sus repúblicas. Al mismo tiempo, los no rusos vieron como muchas de sus costumbres eran destruidas, puesto que la observancia religiosa fue prohibida y los modos tradicionales de subsistencia económica, obliterados[71]. La colectivización agraria, en particular, devastó un buen número de nacionalidades soviéticas, entre otras cosas porque dio paso a una mortífera hambruna al final del Primer Plan Quinquenal.

La hambruna de 1932-1933

La colectivización había impuesto un nuevo orden político y económico a los campesinos de todo el país. La autoridad en cada aldea estaba en manos del director de la granja colectiva, que recibía órdenes del partido Comunista. Los campesinos ya no poseían ni la tierra ni los animales, que había pasado a ser patrimonio de las granjas colectivas. En teoría, la agricultura colectivizada iba a ser más eficiente, porque las pequeñas franjas privadas de terreno eran consolidadas en grandes terrenos operados por tractores en vez de por carros tirados por caballos. En la práctica, los funcionarios soviéticos no fueron capaces de suministrar la maquinaria adecuada, de modo que la agricultura siguió requiriendo una gran cantidad de trabajo manual. Pero el número de campesinos y animales que quedaban para trabajar la tierra había decrecido ostensiblemente. Más de un millón y medio de campesinos habían sido deportados como kulaks, y varios millones más se habían marchado a las ciudades, y miles de caballos y reses habían sido sacrificados por los campesinos que no estaban dispuestos a entregarlos a las granjas colectivas.

La colectivización también causó severas perturbaciones en la economía rural. Un cambio tan repentino y violento no podía sino producir un caos generalizado. Toda vez que ya no venían determinadas por las tradiciones campesinas, ni la siembra ni la cosecha quedaron bajo el ámbito de decisión de los directores de las granjas colectivas, que carecían de los conocimientos y la experiencia necesaria. Las cartas que los campesinos remitían al gobierno soviético recogían sus quejas por la «completa anarquía», la «irresponsabilidad» y la ineptitud con la que se dirigían las granjas colectivas[72]. Además, los campesinos no tenían ahora incentivo alguno para trabajar duro, porque el fruto de su trabajo ya no les pertenecía. Tanto el grano como el ganado eran propiedad del Estado, y los campesinos recibían simplemente un pago en especie por su trabajo. Desmotivados y profundamente resentidos por haber sido obligados a incorporarse a las granjas colectivas, los campesinos ponían poco empeño en la tarea. La cosecha nacional, de 73 millones de toneladas métricas de cereal en 1930, cayó a 57 millones en 1931[73].

Mientras la producción agrícola cayó, la cantidad de grano recabada

por el Estado creció, por el contrario. Ahora que la cosecha estaba en manos de las granjas dirigidas por el Estado, en vez de pertenecer a los campesinos, era mucho más fácil para las autoridades soviéticas quedarse con la mayor parte. Pese a la mala cosecha de 1931, los líderes del partido exportaron una cantidad récord de grano —más de 5 millones de metros cúbicos—, importando a cambio tecnología extranjera para la empresa de la industrialización. El resultado fue que algunos campesinos se quedaron sin apenas semillas en primavera de 1932. Esta escasez, unida al general desorden en las granjas colectivas, llevó a una cosecha aún menor en aquel otoño, 55 millones de toneladas de cereal[74].

Los líderes del partido estaban al tanto de la escasez de grano y de la inminente hambruna que alcanzaría al campo. Tras una visita en Ucrania en 1932, Mólotov informó al Politburó: «Afrontamos de hecho el espectro de una hambruna que alcanzará incluso a los distritos ricos en grano»[75]. Los líderes estalinistas siguieron con su plan, decomisando el grano y exportándolo en grandes cantidades, dejando a millones de campesinos sin nada que comer. Los funcionarios locales que protestaron contra estos grandes decomisos fueron sustituidos e incluso arrestados. Los campesinos trataban de ocultar el cereal, pero las brigadas de recolección registraban las casas y se llevaban cuanto se encontraban. Lev Kópelev, por entonces un joven activista y posteriormente un disidente soviético, recordaba cómo él y otros miembros de la brigada se llevaron el último cereal que le quedaba a una familia de campesinos hambrientos: «Junto a los otros, vacié sus últimos arcones tratando de no escuchar los gritos de los niños y las súplicas de las mujeres […] En la terrible primavera de 1933, vi a gente morirse de hambre. Vi a mujeres y niños con las tripas hinchadas, con la piel azulada, personas que todavía respiraban, pero con ojos ausentes, sin vida»[76].

Una espantosa hambruna se tragó regiones enteras de la Unión Soviética, particularmente en las principales regiones cerealísticas: Ucrania, las regiones centrales y bajas del Volga, y el norte del Cáucaso. Los decomisos de grano del gobierno habían sido especialmente salvajes en esas áreas. Desprovistos de alimentos, los campesinos empezaron a pasar hambre. Un informe estatal describía cómo la gente se comía a gatos y perros, y también «carroña y basura, y un mejunje a base de semillas y mondas de patata». Se dieron incluso casos de canibalismo, gente que comía carne humana para poder sobrevivir. Millones murieron de hambre. Como se afirmaba en otro informe oficial, «los enfermos son los primeros en caer […] Los niños mueren, y la barbarie ha llegado a tal punto que los padres comen y no dan de comer a sus hijos». Los principales estudiosos estiman en 5,7 millones las personas que murieron de hambre entre 1930 y 1933, la inmensa mayoría de ellos entre 1932 y 1933[77].

Algunos historiadores han argumentado que la hambruna fue un genocidio deliberado del pueblo ucraniano por parte de Stalin, su forma de aplastar el nacionalismo ucraniano[78]. Es cierto que Stalin encabezó una fiera campaña contra los nacionalistas ucranianos. También que la hambruna mató a millones de ellos. Y que Stalin y otros líderes del partido son inexcusablemente responsables de estas muertes, pues fueron sus políticas las que las causaron. Pero el término «genocidio» denota una intención expresa de acabar con un grupo étnico al completo, y la hambruna de 1932-1933 no fue un genocidio. Por más desalmados que fueran, la hambruna supuso un gran inconveniente para los dirigentes comunistas, alarmante incluso. Por tres veces tuvieron que reducir los planes de abastecimiento de grano en Ucrania (en agosto de 1932, octubre del mismo año y enero del siguiente), y empezaron a distribuir pequeñas cantidades de semillas de cereal en abril de 1932. Con todo, las medidas eran insuficientes para aliviar el hambre de los campesinos. Si el partido hubiese detenido las exportaciones de grano y repartido todas las reservas en las regiones sometidas a la hambruna, podrían haberse salvado millones de vidas[79]. En vez de eso, su preocupación fue seguir avanzando en la senda de la industrialización, usando las reservas para las exportaciones o para alimentar a los obreros en las ciudades.

El genocidio nazi de los judíos fue una operación masiva patrocinada por el gobierno para aniquilar a todos los judíos europeos; literalmente, un intento de eliminar de la faz de la tierra el «genoma judío». En cambio, la muerte de millones de ucranianos en la hambruna de 1932-1933 no fue fruto de una intención precisa por parte de los líderes comunistas, sino la consecuencia de sus despiadadas políticas. En algunas aldeas ucranianas, el resultado fue casi tan catastrófico como un genocidio, pues virtualmente la población entera murió de hambre. Miembros de otras nacionalidades también murieron, entre ellos, rusos, tártaros y kazajos. Si calculamos las muertes de hambre como porcentaje de la población, los kazajos sufrieron proporcionalmente incluso más que los ucranianos. Se estima que un millón y medio de kazajos perdió la vida, y la población kazaja cayó en picado[80].

La hambruna fue especialmente severa en Kazajistán porque los funcionarios soviéticos habían impuesto la sedentarización junto a la colectivización en la zona. Muchos kazajos eran pastores nómadas, y además de verse obligados a entregar su ganado a las granjas colectivas, fueron forzados a asentarse en algún sitio. La estepa kazaja es sumamente árida, y pocas localidades tenían el agua suficiente para que la gente se asentase con un gran rebaño, de ahí el estilo de vida nómada de los kazajos. Pero los líderes del partido en Moscú, que apenas entendían las circunstancias locales, asumieron que el estilo de vida kazajo era un reflejo de su atraso. Para ellos, el nomadismo era una reliquia de los tiempos feudales, y la sedentarización ayudaría a

progresar a los kazajos. El Partido Comunista resolvió que la colectivización en Kazajistán solo podría salir adelante si forzaban a los kazajos a dejar de ser nómadas.

Las consecuencias de esta idea fueron desastrosas. Algunos kazajos mataron a sus ovejas y reses antes de entregarlas a las granjas colectivas. Otros atacaron a los activistas del partido; fueron arrestados y enviados a los campos del Gulag. Muchos kazajos huyeron a otras partes de Asia Central o cruzaron la frontera con China, llevándose a sus animales con ellos. De los miles de kazajos que se fueron a China, no obstante, menos de un cuarto sobrevivió al viaje. Incluso entre aquellos que se unieron a las granjas colectivas, algunos no tuvieron forma de alimentarse, porque a las nuevas granjas colectivas les faltaban semillas, equipamiento, animales y el agua suficiente para la actividad agrícola. Cerca del ochenta por ciento de los animales murieron durante este periodo, perdiéndose la principal fuente de alimento de los kazajos. Muchos de ellos huyeron del hambre en las granjas colectivas, aunque tuviesen que vagar por la estepa sin medios para alimentarse. El resultado fue una enorme pérdida de vidas humanas debida a la hambruna y las enfermedades infecciosas[81].

La colectivización también destruyó buena parte de la base animal de los «pequeños pueblos del norte», los yakutos, los nenets, los komis, los chukchis y otros grupos étnicos que vivían de pastorear renos en la región circumpolar. Algunos pastores sacrificaron a sus animales; declarando que «ya que nos van a quitar los renos, vamos a comérnoslos por lo menos». Por lo demás, los renos no solían recibir la atención adecuada en las granjas, de modo que se morían. Un tercio de la cabaña total de renos murió entre 1930 y 1934. Como en Kazajistán, los funcionarios trataron de asentar a los pastores nómadas y a los tramperos para modernizarlos, aunque su empeño solo empeorase las posibilidades de alimentarse de estas gentes. A diferencia de los ucranianos y los kazajos, estos habitantes de las zonas más al norte de la Rusia europea y Siberia no sufrieron el hambre a una escala masiva. Pero también vivieron la destrucción de su estilo de vida y consecuentemente pasaron hambre, y en algunos casos murieron por ello[82].

Una medida de emergencia que los líderes del partido adoptaron para acabar con la hambruna fue la introducción de un sistema de pasaporte interno a finales de 1932. Algunas personas asumieron que el propósito del pasaporte interno era impedir que las masas hambrientas anegaran las ciudades. El sistema de pasaporte impidió desde luego el libre movimiento de los campesinos (porque a ellos no se les entregaron pasaportes), pero el fin primordial de los burócratas comunistas era limpiar las ciudades de las que denominaban «personas superfluas no implicadas en la producción o el trabajo en las instituciones, así como kulaks, criminales y otros elementos antisociales que se esconden en las

ciudades»[83]. Lo que pensaban era que, dado el ritmo al que empeoraba la escasez de alimentos, solo los trabajadores que contribuían a la construcción socialista debían permanecer en las ciudades y ser alimentados. «Las personas no ocupadas en tareas sociales» no recibieron pasaportes o permisos de residencia, y fueron expulsados de las grandes ciudades. El sistema de pasaporte se convirtió pronto en una parte integral de las operaciones políticas soviéticas. En 1933, un decreto del Politburó instruyó a la policía secreta para «establecer el orden en las calles de Moscú y sacar la basura», y subsiguientemente la policía llevó a cabo redadas en Moscú y otras ciudades para arrestar y exiliar a los que carecían de pasaporte[84].

A pesar de estos intentos de limpiar las ciudades y garantizar a los trabajadores industriales un suministro estable de alimentos, hubo grandes estrecheces en muchas ciudades entre 1932 y 1933. A diferencia de los campesinos, los trabajadores urbanos no se morían de hambre, pero lo pasaron francamente mal. Las raciones se redujeron, y no era infrecuente que las tiendas se quedaran sin mercancías que canjear por los cupones de racionamiento. En algunos lugares, los trabajadores organizaron huelgas y manifestaciones. Las protestas fueron suprimidas en última instancia por las autoridades, pero no dejaron de pasar factura, social y políticamente[85]. La crisis de suministro de alimentos desbarató la economía por completo. Tras el espectacular crecimiento económico del Primer Plan Quinquenal (1928-1932), no hubo prácticamente avance alguno en 1933. Solo tras la superación de la hambruna en la segunda mitad de 1933 se recuperó la economía soviética, que comenzó de nuevo a crecer en 1934.

La colectivización, la deskulakización y la hambruna dejaron profundas heridas en la sociedad soviética. Esto fue particularmente cierto en las familias cuyos miembros murieron de hambre (y en las regiones que más sufrieron desaparecieron familias extensas por entero). Incluso entre los campesinos que sobrevivieron, el resentimiento contra el régimen estalinista creció más si cabe. Los campesinos seguían abandonando pueblos y aldeas, particularmente a mediados de los años treinta, cuando las oportunidades de empleo en las ciudades comenzaron a crecer de nuevo. Los que se quedaban en las granjas colectivas estaban a menudo más preocupados por sus pequeñas parcelas privadas que por la producción colectiva, y la productividad agrícola se estancó. Además, la deskulakización significó que muchos millones de personas en la Unión Soviética quedaron permanentemente fuera del sistema. No es solo que los deportados como kulaks sufrieran, es que además nunca fueron reintegrados a la sociedad soviética. Incluso al terminar de cumplir condena en los asentamientos se encontraron con un muro, porque el gobierno soviético desconfiaba de ellos y siguieron siendo discriminados y arrestados.

La hambruna dejó un legado de desconfianza que penetró incluso en

el Partido Comunista. No es de extrañar que algunos miembros del partido comenzasen a cuestionar el liderazgo y las políticas de Stalin. Un grapo de altos cargos del partido solicitó incluso que fuese depuesto. Por su parte, Stalin empezó a dudar de la lealtad y el compromiso de algunos miembros del partido. Tanto él como quienes eran más cercanos a sus ideas creían a pies juntillas que ningún límite material debía retrasar el empeño modernizador. En el curso de unos pocos años destruyeron centenares de antiguas tradiciones campesinas y las remplazaron con la agricultura colectivizada. Cuando la producción cayó y la hambruna se produjo, siguieron adelante. A sus ojos, la incapacidad para alcanzar los objetivos económicos era siempre causa de una insuficiente voluntad o del sabotaje de los enemigos internos. Stalin en particular estaba convencido de la necesidad de erradicar a los enemigos, incluso los del propio partido.

Había razones de peso para modernizar la Unión Soviética; si los miembros del partido querían proporcionar medios de defensa para el país, necesitaban que este se industrializase rápidamente. Los líderes del partido también compartían el antiguo deseo de los rusos educados de transformar un país desproporcionadamente agrícola. Pero este objetivo de modernización social no explica los violentos métodos del estalinismo. ¿Por qué arrestaron las autoridades soviéticas a ingenieros y campesinos productivos, gente a la que necesitaba para el desarrollo económico? ¿Por qué arramblaron con el grano hasta el punto de causar una hambruna que mató a millones de personas y estancó la economía? La colectivización y la industrialización revelan el fanatismo ideológico de Stalin y sus adeptos. Trataron de hacer avanzar el país hacia su visión del socialismo por medio de la industrialización no capitalista dirigida por el Estado. Y supusieron que los campesinos, las minorías nacionales y otros miembros de la población se reconvertirían en ciudadanos productivos y laicos. Creyendo que la historia estaba de su lado, los líderes comunistas descalificaron cualquier resistencia como un «sabotaje kulak» que había que aplastar en vez de escuchar las voces críticas.

La ideología, no obstante, no explica las formas de la violencia de Estado estalinista. Dichas formas provenían de las prácticas de guerra total de la Primera Guerra Mundial y la Guerra civil rusa. Las requisas de grano, las deportaciones y los campos de concentración fueron empleados por los dirigentes comunistas para seguir con sus agendas ideológicas y económicas. Afrontaron la colectivización y la industrialización como si fuesen operaciones militares, e impusieron un férreo control sobre toda la economía. Dirigirla desde el Estado tenía la ventaja de poder movilizar los recursos para la industria pesada, pero fue muy perjudicial para el sector agrícola y para el consumo. La escasez de alimentos, ropa y bienes de consumo llegó a caracterizar el sistema soviético durante toda su existencia.

Hubo un tiempo en que los académicos atribuyeron la capacidad del régimen soviético para materializar esta brutal transformación económica y social a su carácter totalitario. De acuerdo con esta teoría, el Estado soviético era una máquina burocrática bien engrasada que ejercía un control total sobre el país y su población. No obstante, aunque la burocracia se expandió enormemente durante los años treinta, el gobierno soviético fue bastante caótico. Los burócratas estatales a menudo trabajaban enfrentándose entre sí para alcanzar sus objetivos, compitiendo por las materias primas e ignorando los decretos. Los planes económicos diseñados por Gosplán eran regularmente tirados por la borda para alcanzar mayores cuotas productivas a cualquier coste. La extraordinaria velocidad de la industrialización produjo tumultos en las obras y en las factorías. La estructura administrativa del país era relativamente débil, así es que la colectivización solo pudo realizarse mediante brigadas de indisciplinados activistas apoyados por la policía secreta. La deskulakización también se produjo con gran desorden, sin definiciones claras de quién era un kulak, pese a lo cual millones de campesinos fueron desposeídos y deportados. Los deportados fueron enviados a regiones remotas sin infraestructura, y miles de ellos perecieron por las condiciones climáticas, la enfermedad y el hambre. En este sentido, la falta de un control sistemático del vasto territorio nacional por parte del gobierno soviético hizo que las políticas estalinistas fueran más letales, de igual forma que los grandes planes para eliminar o reeducar a los millones de «enemigos de clase» conllevaron espeluznantes tasas de mortalidad[86]. Añádanse a estas muertes las de los millones de ucranianos, kazajos y miembros de otras nacionalidades que cayeron en la hambruna de 1932-1933, otra consecuencia del insensato empeño del régimen estalinista de transformar el país a toda costa.

[1] Maurice Hindus, *Red Bread: Collectivization in a Russian Village*. Bloomington, IN, 1988.

[2] David L. Hoffmann, "Land, Freedom, and Discontent: Russian Peasants of the Central Industrial Region Prior to Collectivization". *Europe-Asia Studies* 46: 4 (1994). 182 Notas a las páginas 37–46.

[3] R.W. Davies, *The Socialist Offensive: The Collectivization of Soviet Agriculture, 1929–1930*. Cambridge, MA, 1980, pp. 399–408.

[4] Lynne Viola, *The Unknown Gulag*. Oxford, UK, 2009, pp. 36–37. Véase también James Hughes, *Stalinism in a Russian Province: A Study of Collectivization and Dekulakization in Siberia*. London, UK, 1996.

[5] *Sotsialisticheskoe sel'skoe khoziaistvo SSSR*. Moscow, 1939, p. 42

[6] Iósif V. Stalin, *Sochineniia*, vol. 12. Moscow, 1952, p. 170.

[7] Citado en Viola, p. 34.

[8] Citado en Viola, p. 34. Véase también Tracy McDonald. *Face to the Village: The Riazan Countryside Under Soviet Rule, 1921–1930*. Toronto, 2011, capítulo 10.

[9] R. W. Davies y S. G. Wheatcroft, *The Years of Hunger*. New York, NY, 2004, p. 492; Viola, pp. 30–32.

[10] Para profundizar en el Gulag, véase Oleg Khlevniuk *The History of the Gulag: From Collectivization to the Great Terror*. Trad. Vadim A. Staklo. New Haven, CT, 2004; Michael Jakobson. *Origins of the Gulag: The Soviet Prison Camp System,1917–1934*. Lexington, KY, 1993.

[11] Para ahondar en la cuestión de la explotación (a menudo letal) laboral de los prisioneros en el Gulag, véase Golfo Alexopoulos, *Illness and Inhumanity in Stalin's Gulag*. New Haven, CT, 2017.

[12] Viola, p. 2.

[13] Citado en Viola, p. 67.

[14] J. V. Stalin, *Works*. Moscow, 1952, vol. 13, pp. 40–41.

[15] E. H. Carr, *The Bolshevik Revolution*, pp. 361–74 [La Revolución rusa. Debolsillo, Barcelona, 2014].

[16] David Engerman, *Modernization from the Other Shore: American Intellectuals and the Romance of Russian Development*. Cambridge, MA, 2003, pp. 155– 62; Peter G. Filene, Americans and the Soviet Experiment, 1917–1933. Cambridge, MA, 1967, pp. 198–99.

[17] Paul Gregory, ed, *Behind the Façade of Stalin's Command Economy: Evidence from the Soviet State and Party Archives*. Stanford, CA, 2001.

[18] Kevin McDermott, *Stalin: Revolutionary in an Era of War. Basingstoke*, UK, 2006, p. 74. Véase también R. W. Davies, *Soviet Economic Development from Lenin to Khrushchev*. Cambridge, UK, 1998.

[19] Alexander Gerschenkron, *Economic Backwardness in Historical Perspective: A Book of Essays*. Cambridge, MA, 1962. Véase también Kurt S. Schultz, "The American Factor in Soviet Industrialization: Fordism and the First Five-Year Plan, 1928–1932". Tesis doctoral, The Ohio State University, 1992.

[20] S. V. Zhuravlev, *Malen'kie liudi i bol'shaia istoriia: Inostrantsy Moskovskogo Elektrozavoda v sovetskom obshchestve 1920–1930-kh godov*. Moscow, 2000. Véase también Zara Witkin, *An American Engineer in Stalin's Russia: The Memoirs of Zara Witkin, 1932–1934*. Ed. Michael Gelb. Berkeley, CA, 1991.

[21] Chauncy D. Harris, *Cities of the Soviet Union*. Chicago, IL, 1970.

[22] Ivan Gudov, *Sud'ba rabochego*. Moscow, 1974, p. 7.

[23] Para una descripción de primera mano de las penosas condiciones laborales en la obra de Magnitogorsk, véase John Scott, *Behind the Urals: An American Worker in Russia's City of Steel*. Bloomington, IN, 1989. Notas a las páginas 47–56.

[24] El relato clásico de ficción sobre la competición socialista está en Valentin Kataev, *Time, Forward!* Trad. Charles Malamuth, Evanston, IL, 1995. Sobre las

dimensiones políticas de la movilización laboral, véase David Priestland, *Stalinism and the Politics of Mobilization: Ideas, Power, and Terror in Inter-War Russia*. Oxford, UK, 2007.

[25] David L. Hoffmann, *Peasant Metropolis: Social Identities in Moscow, 1929–1941*. Ithaca, NY, 1994, pp. 92–93. Para profundizar en la competición socialista, véase Donald A. Filtzer, *Soviet Workers and Stalinist Industrialization: The Formation of Modern Soviet Production Relations, 1928–1941*. New York, NY, 1986.

[26] L. M. Kaganóvich, *Kontrol'nye tsifry tret'ego goda piatiletki i zadachi Moskovskoi organizatsii: Rech' na V plenume*. MOK VKP(b), 19 fevralia 1931 g. Moscow, 1931, p. 34. Véase también E. A. Rees, *"Iron Lazar": A Political Biography of Lazar Kaganóvich*. London, UK, 2012.

[27] Hoffmann, *Peasant Metropolis*, pp. 94–96. Para ahondar en esta cuestión, véase Hiroaki Kuromiya. *Stalin's Industrial Revolution: Politics and Workers, 1928–1932.* New York, NY, 1988, pp. 246–47.

[28] Hoffmann, *Peasant Metropolis*, p. 1. Véase también Kenneth Straus, *Factory and Community in Stalin's Russia: The Making of an Industrial Working Class*. Pittsburgh, PA, 1997.

[29] Andrew Smith, *I Was a Soviet Worker*. New York, NY, 1936, pp. 47–48.

[30] G. K. Ordzhonikidze, *Stat'i i rechi*. Moscow, 1957, pp. 411–12.

[31] Amy Randall, *The Soviet Dream World of Retail Trade and Consumption in the 1930s*. New York, NY, 2008, Capítulo 1; Julie Hessler, *A Social History of Soviet Trade: Trade Policy, Retail Practices, and Consumption, 1917–1953*. Princeton, NJ, 2004, pp. 178–79.

[32] Hoffmann, *Peasant Metropolis*, p. 150. Para saber más sobre los sistemas de aprovisionamiento de alimentos, véase E. A. Osokina, *Our Daily Bread: Socialist Distribution and the Art of Survival in Stalin's Russia, 1927–1941*. Trad. Kate Transchel y Greta Bucher. Armonk, NY, 2001.

[33] Lynn Mally, *Culture of the Future: The Proletkult Movement in Revolutionary Russia*. Berkeley, CA, 1990.

[34] Matthew Lenoe, *Closer to the Masses: Stalinist Culture, Social Revolution, and Soviet Newspapers*. Cambridge, MA, 2004.

[35] Michael David-Fox, "What is Cultural Revolution?". *The Russian Review* 1999, no. 2.

[36] *Izmeneniia sot'sialnoi struktury sovetskogo obshchestva, 1921-seredina '30-kh godov*. Moscow, 1979, p. 206. Véase también E. Thomas Ewing, *The Teachers of Stalinism: Policy, Practice and Power in Soviet Schools of the 1930s*. New York, NY, 2002.

[37] Citado en David L. Hoffmann, *Stalinist Values: The Cultural Norms of Soviet Modernity*. Ithaca, NY, 2003, p. 15.

[38] Sobre las campañas antialcohol, véase Kate Transchel, *Under the Influence: Working-Class Drinking, Temperance, and Cultural Revolution in Russia, 1895–1932*. Pittsburgh, PA, 2006.

[39] William Husband, *"Godless Communists": Atheism and Society in Soviet Russia, 1917–1932*. DeKalb, IL, 2000; Daniel Peris, *Storming the Heavens: The Soviet League of the Militant Godless*. Ithaca, NY, 1998.

[40] Citado en Oleg Kharkhordin, *The Collective and the Individual in Russia: A Study of Practices*. Berkeley, CA, 1999, p. 94.

[41] Citado en Lewis Siegelbaum y Andrei Sokolov, *Stalinism as a Way of Life: A Narrative in Documents*. New Haven, CT, 2000, p. 384.

[42] S. Frederick Starr, "Visionary Town Planning during the Cultural Revolution". En Sheila Fitzpatrick (ed.), *Cultural Revolution in Russia, 1928–1931*. Bloomington, IN, 1978; Anatole Kopp, *Town and Revolution: Soviet Architecture and City Planning*. Trad. Thomas E. Burton. New York, NY, 1970; Heather D. DeHaan, *Stalinist*

City Planning: Professionals, Performance, and Power. Toronto, 2013.

[43] Para profundizar en el tema, véase Kendall E. Bailes, *Technology and Society Under Lenin and Stalin: Origins of the Soviet Technical Intelligentsia, 1917–1941*. Princeton, NJ, 1978.

[44] Citado en Ronald Grigor Suny, *The Soviet Experiment*. Oxford, UK, 2011, p. 235.

[45] Citado en Davies, *Soviet Economy in Turmoil*, p. 114.

[46] Stalin, *Works*, vol. 13, p. 69.

[47] Sheila Fitzpatrick, *The Russian Revolution*. Oxford, UK, 2008, p. 145. Véase también Fitzpatrick. "Stalin and the Making of a New Elite". En *The Cultural Front*. Ithaca, NY, 1992.

[48] Sheila Fitzpatrick, *Education and Social Mobility in the Soviet Union, 1921–1934*. Cambridge, UK, 1979.

[49] Para un estudio que emplace tanto el imperio zarista como el soviético en el contexto más amplio de los imperios coloniales, véase Jeff Sahadeo, *Russian Colonial Society in Tashkent, 1865–1923*. Bloomington, IN, 2007.

[50] Francine Hirsch, *Empire of Nations: Ethnographic Knowledge and the Making of the Soviet System*. Ithaca, NY, 2005.

[51] Para ampliar este asunto, véase Hirsch.

[52] Ronald Grigor Suny, *The Making of the Georgian Nation*. 22ª ed., Bloomington, IN, 1994; Ronald Grigor Suny, *Looking Toward Ararat: Armenia in Modern History*. Bloomington, IN, 1993.

[53] Ian Lanzillotti, "Land, Community, and the State in the North Caucasus: Karbardino-Balkaria, 1763–1991". Tesis doctoral, The Ohio State University, 2014.

[54] Adeeb Khalid, *Making Uzbekistan: Nation, Empire, and Revolution in the Early USSR*. Ithaca, NY, 2015.

[55] Adrienne Lynn Edgar, *Tribal Nation: The Making of Soviet Turkmenistan*. Princeton, NJ, 2006.

[56] Hirsch, pp. 183–84.

[57] Hirsch, pp. 166-70.

[58] Robert Weinberg, *Stalin's Forgotten Zion: Birobidzhan and the Making of a Soviet Jewish Homeland: An Illustrated History, 1926–1996*. Berkeley, CA, 1998.

[59] Citado en Terry Martin, *The Affirmative Action Empire*, Ithaca, NY, 2001, p. 155.

[60] Suny, *Soviet Experiment*, pp. 285–86.

[61] Citado en Martin, pp. 155–56.

[62] Yuri Slezkine, "The USSR as a Communal Apartment, or How a Socialist State Promoted Ethnic Particularism". *Slavic Review* 53: 2 (Summer 1994).

[63] Terry Martin, "Modernization or Neo-traditionalism? Ascribed Nationality and Soviet Primordialism". En David L. Hoffmann y Yanni Kotsonis (eds.), *Russian Modernity: Politics, Knowledge, Practices*. London, UK, 2000, p. 171.

[64] Douglas Northrop, *Veiled Empire: Gender and Power in Stalinist Central Asia*. Ithaca, NY, 2004. Véase también Marianne Kamp, *The New Woman in Uzbekistan: Islam, Modernity, and Unveiling under Communism*. Seattle, WA, 2006.

[65] Geoffrey Hosking, *The First Socialist Society: A History of the Soviet Union from Within*. 2ª edición ampliada, Cambridge, MA, 1993, p. 240.

[66] Martin, *Affirmative Action Empire*, pp. 297–98.

[67] Martin, *Affirmative Action Empire*, pp. 356–62.

[68] Hoffmann, *Peasant Metropolis*, p. 124.

[69] George O. Lieber, *Soviet Nationality Policy, Urban Growth, and Identity Change in the Ukrainian SSR, 1923–1934*. New York, NY, 1992.

[70] Matthew J. Payne, *Stalin's Railroad: Turksib and the Building of Socialism*. Pittsburgh, PA, 2001, pp. 146–52, 232–41.

[71] Paula Michaels, *Curative Powers: Medicine and Empire in Stalin's Central Asia*. Pittsburgh, PA, 2003

[72] Hoffmann, *Peasant Metropolis*, p. 39.

[73] Davies y Wheatcroft, p. 448.

[74] Davies y Wheatcroft, p. 449.

[75] Hiroaki Kuromiya, *Stalin*. New York, NY, 2005, p. 102.

[76] Citado en Suny, *Soviet Experiment*, p. 227. Véase también Lev Kopelev, T*he Education of a True Believer*. Trad. Gary Kern, New York, NY, 1980.

[77] Davies y Wheatcroft, pp. 415–21 (citas en pp. 420–21).

[78] Robert Conquest, *Harvest of Sorrow: Soviet Collectivization and the Terror-Famine*. New York, NY, 1986). Para una perspectiva opuesta, véase Mark Tauger, "The 1932 Harvest and the Famine of 1933". *Slavic Review* 50: 1 (1991).

[79] Kuromiya, *Stalin*, p. 103.

[80] Martha Brill Olcott, *The Kazakhs*. 2ª ed., Stanford, CA, 1995, pp. 184–85

[81] Olcott, pp. 180–85.

[82] Yuri Slezkine, *Arctic Mirrors: Russia and the Small Peoples of the North*. Ithaca, NY, 1994, pp. 187–217 (cita en p. 203).

[83] Citado en Gijs Kessler, "The Passport System and State Control over Populations Flows in the Soviet Union, 1932–1940". *Cahiers du monde russe* 42: 2–4 (Avril-Décembre 2001), p. 482.

[84] Paul Hagenloh, "'Chekist in Essence, Chekist in Spirit': Regular and Political Police in the 1930s". *Cahiers du monde russe* 42: 2–4 (Avril-Décembre 2001), p. 470; David R. Shearer, *Policing Stalin's Socialism: Repressions and Social Order in the Soviet Union, 1924–1953*. New Haven, CT, 2009, p. 256.

[85] Jeffrey Rossman, *Worker Resistance under Stalin: Class and Revolution on the Shop Floor*. Cambridge, MA, 2005.

[86] Para ahondar en esta cuestión, véase Viola, pp. 188–90.

3. La consecución del socialismo (1934-1938)

EN ENERO DE 1934, LOS LÍDERES DEL PARTIDO Comunista y algunos funcionarios se dieron cita en el Kremlin para el 17 Congreso del Partido. Lo llamaron el Congreso de los Vencedores, celebrando su triunfo en la batalla por construir el socialismo. Uno tras otro, lo oradores ensalzaron la hazaña que había supuesto el Primer Plan Quinquenal y la colectivización de la agricultura. La industrialización rápida había aumentado considerablemente el poderío económico y militar del país, pero para los dirigentes comunistas la economía planificada significaba más que eso. La veían como una evidencia de que su país había progresado según la cronología establecida por el marxismo. El hecho de que hubiesen eliminado el libre mercado, expropiado a los burgueses y remplazado la propiedad privada de los medios de producción por una economía dirigida desde el Estado significaba que cabía dar el capitalismo por abolido y que el socialismo se había instaurado.

Para Stalin y otros líderes del partido, la consecución del socialismo significaba nada menos que una nueva época en la historia del mundo. Mientras las naciones capitalistas seguían enfangadas en la Gran Depresión, la Unión Soviética había dado un paso al frente, encabezando la marcha hacia el futuro. En su discurso ante el congreso, Stalin declaró que «la U.R.S.S. ha sido radicalmente transformada y ha terminado con el atraso y el medievalismo. De una nación agrícola hemos pasado a ser una nación industrial. De una nación de pequeños agricultores, hemos pasado a ser una nación de grandes latifundios maquinizados y colectivos. De una nación oscurantista y analfabeta hemos pasado a ser —o más bien estamos pasando a ser— una nación alfabetizada y culturizada»[1].

Como señalaba Stalin, los líderes del partido veían los logros económicos como una base para la transformación social y cultural. En términos marxistas, la nueva base económica produciría una superestructura. Los dirigentes comunistas promulgaron una nueva

constitución en 1936, una en la que ya no se arremetía contra las clases enemigas, porque ya no existían las clases burguesas[2]. La supuesta consecución del socialismo también fomentó algunos cambios en la cultura oficial soviética. Si bien anteriormente las instituciones y la cultura tradicionales habían sido escarnecidas por ser burguesas, ahora podían ser usadas para dar soporte al nuevo orden. La familia, durante mucho tiempo sospechosa de perpetuar las creencias capitalistas, era ahora un pilar para transmitir el socialismo a los niños. El arte monumentalista y la arquitectura, antes instrumentos del viejo orden, podían ahora ayudar a legitimar el nuevo orden socialista y simbolizar sus logros. La cultura vanguardista e iconoclasta de los años veinte dio paso a formas culturales más tradicionales y al realismo socialista, consagrado a mediados de los años treinta como la forma oficialmente sancionada de arte y literatura soviéticos.

Paradójicamente, la supuesta consecución del socialismo también produjo una escalada en la violencia de Estado. Los dirigentes comunistas encontraron que a pesar de haber eliminado el capitalismo y a sus agentes no todo el mundo se plegaba a las normas y las leyes soviéticas. En vez de ser llamados «enemigos de clase», a estas personas se las etiquetaba ahora de «enemigos del pueblo» o de «elementos antisoviéticos», inveterados oponentes del Estado. Debido al auge de las tensiones internacionales que tuvo lugar a finales de los años treinta, Stalin desató una mortífera ola de violencia para eliminar a estos supuestos enemigos. No solo los criminales y los antiguos kulaks, también miembros de la diáspora de las nacionalidades se convirtieron en el objetivo de la policía secreta soviética a medida que los líderes estalinistas trataban de neutralizar a los potenciales traidores en los albores de la guerra. Las élites políticas y militares tampoco estaban a salvo, pues la Gran Purga de Stalin llevó al arresto y ejecución de miles de miembros del partido y el ejército. De los cerca de dos mil delegados en el Congreso de los Vencedores de 1934, más de la mitad había sido encarcelado o ejecutado en 1938.

Realismo socialista

Durante los años veinte, la cultura de vanguardia había florecido en la Unión Soviética. Los artistas constructivistas producían pinturas abstractas. El poeta futurista Vladimir Mayakovski proclamó que toda cultura previa debía ser destruida. Quería demoler los museos para liberar al arte del pasado y permitir la creación de una cultura completamente nueva. La Revolución de 1917 sirvió para impulsar los movimientos de vanguardia y comenzó una ola de creatividad cultural. Muchos artistas y escritores apoyaban al gobierno soviético y trataban de crear un nuevo mundo bajo el socialismo. Para tal empeño, la

literatura experimental, el teatro y el arte parecían esenciales. Un artista que usase formas realistas solo podía reflejar el mundo tal y como era. Para crear un mundo nuevo, se requerían formas abstractas con las que imaginar algo que todavía no existía (véase ilustración 3.1).

Ilustración 3.1 Pavel Filónov, *Composición*, 1930

Sin embargo, este florecimiento de la cultura de vanguardia no fue duradero. En 1930, Mayakovski ya estaba desilusionado con la burocratización del sistema soviético. Se desanimó y empezó a jugar a la ruleta rusa con su vida. En tres ocasiones puso una sola bala en el tambor de su revólver, le dio vueltas, apuntó la pistola a su corazón y apretó el gatillo. La tercera vez hubo un disparo que lo mató. El suicidio de Mayakovski es visto a veces como la muerte simbólica de la vanguardia rusa. A mediados de los años treinta, la cultura vanguardista había sido prohibida. Fue remplazada por el realismo socialista.

El realismo socialista era un estilo de arte y literatura que usaba formas realistas (no abstractas) para promover los valores soviéticos oficiales. Entre dichos valores estaba la glorificación del trabajo manual, el progreso industrial y el colectivismo. Los héroes de ficción del realismo socialista encarnaban las cualidades del Nuevo Hombre Soviético: honestidad, modestia, puntualidad, sobriedad y autosacrificio por el bien del colectivo. Pensado para ser accesible a las masas, el arte realista socialista proporcionaba representaciones francas de los campesinos y los obreros trabajando en condiciones limpias e idílicas (véase ilustración 3.2). La luz del sol, los apartamentos aseados, la tecnología moderna y las escuelas eran elementos recurrentes en la representación del luminoso futuro del país bajo el socialismo. El realismo socialista compartía realmente algunos rasgos con la

vanguardia que lo precedió. Ambos movimientos se oponían a la comercialización del arte; ambos procuraban la erosión de las distinciones entre alta y baja cultura y perseguían una visión del arte totalitaria; ambos tenían propósitos políticos específicos, esto es, pretendían inculcar ciertas ideas y valores[3]. Pero mientras el arte vanguardista había sido iconoclasta en un esfuerzo por destruir el viejo mundo burgués, el realismo socialista era una forma de clasicismo que intentaba preservar el nuevo orden socialista.

¿Qué precipitó este dramático cambio en la cultura oficial soviética? Stalin les dijo a los escritores soviéticos en 1932: «El artista debe mostrar la vida verazmente. Y si la muestra verazmente no puede dejar de mostrar cómo avanza hacia el socialismo. Esto es y será el realismo socialista[4]». Una vez los vestigios del capitalismo habían sido eliminados, ya no se necesitaba la iconoclastia vanguardista para atacar la cultura burguesa. En una sociedad que ya no estaba desgarrada por los antagonismos de clase, el arte y la música discordantes ya no tenían sitio. Tampoco hacía ya falta un arte abstracto para imaginar el futuro socialista, porque los cimientos del socialismo ya habían sido construidos. El arte realista y las formas literarias eran ahora el vehículo apropiado para representar un nuevo orden socialista. El realismo socialista mostraba que la vida bajo el socialismo era moderna, ordenada, pura y armoniosa.

Ilustración 3.2 Sergey Gerasimov, *Un Festival Agrícola Colectivo*, 1937

Los dirigentes del partido establecieron instituciones que, junto con los censores del gobierno, impusieron el realismo socialista como el único género artístico aceptable. En 1932, el Comité Central decretó el establecimiento de la Unión de Escritores Soviéticos y la Unión de Artistas de la U.R.S.S. Estas organizaciones aportaban beneficios materiales a sus miembros, dirigían editoriales y periódicos, y

gestionaban institutos para enseñar a los escritores y artistas. La Unión de Compositores Soviéticos y la Academia de Arquitectura de la U.R.S.S. desempeñaron papeles análogos en sus respectivos campos. Todas las organizaciones culturales independientes fueron abolidas. Los escritores y los artistas se convirtieron de facto en empleados del Estado que debían plegarse a los dictados culturales del partido. Desde la guerra civil, la censura estatal había impedido la distribución del arte y la literatura antisoviéticos. Pero dentro de ciertos parámetros políticos, a los artistas y los escritores se les había permitido previamente experimentar con diferentes formas. Ahora el régimen soviético controlaba la cultura completamente y dictaba tanto su forma como su contenido.

El primer congreso de la Unión de Escritores Soviéticos se inauguró en agosto de 1934. Cerca de seiscientos delegados asistieron, y un buen número de invitados extranjeros. Maxim Gorki, que había retornado al país en 1932, instó a los escritores «a participar directamente en la construcción de una nueva vida». Con el nuevo mundo socialista en pleno alumbramiento, los escritores tenían un deber político que asumir: debían contribuir a este empeño heroico con su literatura. Andréi Zhdánov, el líder del partido a cargo de los asuntos culturales, también asistió al congreso y citó la descripción que hizo Stalin de los escritores como «ingenieros del alma humana». Preguntó retóricamente lo que significaba esta frase y se respondió que los escritores debían representar la vida «verazmente […] no simplemente como "la realidad objetiva", sino representar la realidad en su desarrollo revolucionario». Siguió diciendo que los escritores debían educar «al ciudadano de a pie en el espíritu del socialismo»[5].

Para algunas personas, el realismo socialista parecía albergar una contradicción; ¿cómo podían el arte y la literatura representar una utopía socialista futura usando formas realistas, que por definición solo podían retratar la realidad corriente? Pero, como se ha dicho, los líderes socialista ya no pensaban en el socialismo como una etapa futura y utópica. Creían que el socialismo ya había sido conseguido, y que el realismo socialista debía mostrar esta realidad que se estaba produciendo. Por supuesto, las pinturas de los prósperos campesinos trabajando radiantes en las granjas colectivas no se correspondían con la dura vida real que se daba en la mayoría de las localidades. En vez de una representación absoluta de la realidad, el realismo socialista empleaba formas realistas para mostrar el nuevo mundo que supuestamente estaba emergiendo desde que el capitalismo había sido abolido; como Zhdánov había dicho, «la realidad en su desarrollo revolucionario»[6].

CULTURA NACIONAL RUSA

El eclipse de la cultura de vanguardia llevó a un redescubrimiento selectivo de la cultura nacional rusa y los clásicos de la literatura rusa. La obra de Alexander Pushkin en particular recibió una enorme atención. En diciembre de 1935, el gobierno soviético anunció planes para conmemorar el centésimo aniversario de la muerte de Pushkin. Creó un Comité General Pushkin para coordinar la celebración de 1937. El Comité ordenó que todas las escuelas del país incorporasen a Pushkin en sus planes de estudio, obligando a todos los teatros a programar obras de Pushkin; también publicó diecinueve millones de copias de sus obras. Estableció igualmente un concurso para la creación de estatuas de Pushkin, y organizó por todas partes Veladas Pushkin en las que se leyeron sus obras, e incluso ordenó que se vendieran pasteles Pushkin[7].

La glorificación de Pushkin fue el reverso de las duras críticas que la vanguardia vertió sobre él como símbolo del conservadurismo cultural. Tras la revolución, Mayakovski había declarado: «¡Estamos disparando a los viejos generales! ¿Por qué no a Pushkin?»[8]. En tanto antiguo aristócrata y propietario de siervos, Pushkin difícilmente podía ser un emblema de la cultura socialista, revolucionaria. Pero la cultura oficial soviética de los años treinta reconvirtió a Pushkin en «el poeta del pueblo», alguien que fue rechazado por sus nobles padres y criado en cambio por una niñera de los sirvientes que le hizo amar a la gente común. El idealismo y el realismo crítico Pushkin también fueron pregonados como precursores esenciales del realismo socialista. Al tiempo que la propaganda soviética subrayaba la eminencia de Pushkin, también hacía hincapié en que era accesible para todos los lectores, incluidas las antiguas clases bajas y las minorías nacionales[9]. La promoción de Pushkin como icono cultural para todos los ciudadanos soviéticos cumplía tanto el viejo sueño de los intelectuales de acercar la alta cultura rusa a las masas como el objetivo soviético de crear una cultura común que fuera compartida por todos los miembros de la población[10].

El canon literario soviético también incorporó a otros escritores prerrevolucionarios, entre ellos Lev Tolstoi. Un artículo, «Lenin y Tolstoi», citó a Lenin proclamando que las grandes obras de Tolstoi merecían la más amplia atención posible. También se afirmaba en el artículo que el gobierno zarista había suprimido los escritos de Tolstoi, mientras el gobierno soviético los había puesto a disposición de todo el mundo[11]. Sorprendentemente, también las obras de Mayakovski se incorporaron al canon. Las afirmaciones iconoclastas de Mayakovski y su poesía no encajaban en el modelo del realismo socialista, pero su suicidio hizo posible que fuese elevado a los altares del socialismo. Ya no estaba vivo para generar más controversias políticas, y podía ser conducido de manera segura al panteón de los escritores rusos. Muchos otros escritores soviéticos contemporáneos entraron en conflicto con la

línea del partido en los años treinta y fueron víctimas de la Gran Purga. De los ciento un escritores seleccionados para dirigir la unión de Escritores Soviéticos en 1934, treinta habían sido arrestados en 1938[12].

Del mismo modo que los líderes del partido incorporaron selectivamente a los escritores en la cultura oficial, también rehabilitaron a líderes políticos y militares del pasado ruso. Los héroes históricos también proporcionaban una herencia común con capacidad para unir a la población. Antes de mediados de la década de 1930, los líderes del partido habían denigrado la era zarista y suprimido las expresiones de nacionalismo ruso. Creían que cualquier apariencia de chovinismo ruso agravaría el resentimiento de las minorías nacionales, reavivando su rechazo al imperialismo pasado. En 1935, Stalin declaró que este resentimiento y desconfianza ya estaban superados, por haber sido remplazados por la amistad mutua entre los pueblos soviéticos[13]. La «hermandad de todos los pueblos soviéticos» significaba que la cultura podía ahora desenterrar a los héroes nacionales rusos sin miedo a despertar antagonismos entre las minorías nacionales. La recuperación de los héroes zaristas también promovía el patriotismo, un aspecto fundamental a finales de los años treinta, con la amenaza de los nazis germanos y los imperialistas japoneses a las puertas.

En la segunda mitad de los años treinta, el gobierno soviético produjo un buen número de filmes patrióticos. Sergei Eisenstein dirigió Alexander Nevski, en donde se representa la épica batalla medieval en la que los rusos derrotaron a los caballeros teutónicos. Por esta película Eisenstein recibió el Premio Stalin, el mayor honor que un artista podía recibir de manos del gobierno soviético. Hubo otras películas patrióticas: Minin y Pozharsky, en la que salen los rusos que salvaron al país del dominio polaco en el siglo xvii, y también Yo, Pedro, sobre el zar Pedro el Grande[14]. En una recepción de 1937, Stalin explicaba la importancia de honrar a los zares; tras reconocer que habían «esclavizado a la gente», los alabó, por haber sido capaces de «levantar un Estado enorme estirando la península de Kamchatka». Como dijo, «nosotros los bolcheviques fuimos los primeros en unir y fortalecer este Estado no en interés de los terratenientes y los capitalistas sino de los esforzados trabajadores y los grandes pueblos que componen este Estado»[15].

Queda muy claro en las palabras de Stalin que no consideraba la glorificación de los héroes nacionales como algo contrario a la ideología socialista, siempre que se hiciera en interés de los obreros y los campesinos. De hecho, ahora que la sociedad soviética ya no estaba compuesta de clases antagonistas, «el pueblo» podía ser representado como un todo unitario. Esto concordaba con la idea marxista de que una revolución proletaria violenta restauraría en última instancia la unidad social orgánica que se había perdido bajo el capitalismo. Resulta

bastante dudoso que las expropiaciones violentas y las deportaciones pudieran realmente unificar a la población, pero en las mentes de los líderes del partido tales medidas habían eliminado a la burguesía y los conflictos de clase. El pueblo soviético podía ahora existir como un solo pueblo. Un canon cultural unificado, basado en la alta cultura rusa y en la glorificación del pasado ruso, fue promovido para abundar en esta unidad social.

Puede que Pedro el Grande llegase a despertar el patriotismo entre las personas de etnia rusa, pero tanto él como otros zares fueron conquistadores de minorías nacionales del imperio soviético. Invocar a estos héroes fomentaba el nacionalismo ruso en detrimento del internacionalismo soviético, y tendía a perturbar a las minorías nacionales del país[16]. Los productores de la cultura soviética intentaron mitigar este problema promoviendo también a héroes pasados de dichas minorías. Por ejemplo, Bogdán Jmelnitski, ucraniano del siglo XVII, fue celebrado como un gran líder, en parte porque su relación política con Rusia podía servir como vínculo fraternal entre rusos y ucranianos[17]. La cultura oficial también veneró a destacados poetas de nacionalidades no rusas, como Tarás Shevchenko de Ucrania, Shota Rustaveli de Georgia e Iván Kupala de Bielorrusia[18]. No está claro que los ucranianos y otras minorías nacionales aceptasen esa propaganda cultural o que la tomasen como un signo de igualdad. En cualquier caso, los héroes nacionales y los escritores de las minorías nacionales soviéticas también fueron puestos en el escaparate de la cultura oficial a finales de los años treinta.

Algunos académicos han caracterizado el respaldo a la cultura nacional rusa como un signo de la «Gran Retirada» de los líderes soviéticos de la ideología comunista[19]. Pero Stalin y sus adeptos siguieron siendo marxistas comprometidos, y siguieron viendo el mundo en términos de la cronología histórica de los marxistas. Realmente, era la sensación que tenían de estar avanzando por esa cronología hacia el socialismo la que les permitía usar la cultura tradicional para apoyar el nuevo orden socialista. Una vez eliminado el capitalismo y las clases burguesas, la alta cultura tradicional y los héroes nacionales podían pasar a ser propiedad de los campesinos y los obreros, y podían inspirar el apoyo patriótico que demandaba el Estado soviético. Así pues, la sensación que los líderes comunistas tenían del progreso histórico resultó ser crucial para los cambios en la cultura oficial soviética y la promoción de las figuras literarias y políticas del pasado zarista.

El culto a Stalin

El culto a Stalin representó otro esfuerzo oficial de unificar a la población bajo el liderazgo del partido. Comenzó en los años treinta; los

retratos y estatuas de Stalin se hicieron omnipresentes en la Unión Soviética. Los periódicos alababan el genio de Stalin, su liderazgo y su preocupación por la gente corriente. En sus discursos públicos, hablados o escritos, todo el mundo estaba obligado a alabar a Stalin. En cierta ocasión un escritor soviético concluyó su exposición con las palabras: «Te doy las gracias, poder soviético». Lev Mekhlis, uno de los lugartenientes de Stalin y el arquitecto principal del culto a Stalin, reprendió al escritor por no agradecer a Stalin, declarando que «el poder soviético es, por encima de todo, Stalin»[20]. Stalin se convirtió en un símbolo accesible del gobierno soviético, su personificación. En realidad, el gobierno soviético era una vasta e impersonal burocracia que llevaba a cabo prácticas brutales. Pero para atraerse la lealtad del pueblo, el culto se encargó de dar al régimen un rostro humano, el de alguien a quien supuestamente le importaba la gente.

El culto a Stalin comenzó con el cincuenta cumpleaños de este en 1929. Pero por aquel entonces la prensa soviética todavía era más próxima al liderazgo colectivo que el Politburó representaba, y mostraba a Stalin como un líder fuerte, pero distante. Fue solo en 1934 cuando la propaganda soviética empezó a presentar a Stalin como una figura paternal y amable. El culto a Stalin incidía no solo en su sabiduría y su benevolencia, sino también en la devoción que el pueblo le dispensaba. La letra de una canción oficial decía así:

> Ahora que ya terminó nuestro invierno,
> camarada Stalin, todos, con franqueza
> sabemos que tú nos sacaste del infierno
> y al fin nos liberaste de la pobreza[21].

Para urdir esta conexión entre el liderazgo de Stalin y el pueblo los funcionarios organizaban encuentros multitudinarios en los que miembros del partido se juntaban con obreros y campesinos. Las conferencias en el Kremlin mostraban a trabajadores expresando su aprecio a Stalin. En la Conferencia de Operadores Destacados de Cosechadoras de 1935, Stalin, Mólotov y Voroshílov ofrecieron a los delegados palabras de aprobación y ánimo. Una delegada, la camarada Petrova, se trastabilló en su discurso y dijo que estaba demasiado asustada para continuar. Stalin le dio ánimos, diciéndole: «Somos tu familia»[22]. De igual modo, un piloto invitado a una recepción en el Kremlin en 1937 olvidó lo que tenía que decir, pero entonces, de acuerdo con un relato de la velada, Stalin «lo miró con una sonrisa […] paternal, acogedora», tras lo cual su miedo se desvaneció[23]. El culto a Stalin pretendía crear una familia simbólica en la que Stalin fuese el padre. La prensa soviética empezó a referirse a Stalin como «padre», y a retratarlo frecuentemente rodeado de niños y sonriendo como un padre orgulloso. Titularon, por ejemplo, un artículo de portada de *Pravda*:

«Padre Stalin»; aparecía este junto a una sonriente muchacha tayika[24].

A menudo se asume que el culto a Stalin fue una continuación de la mitología que rodeaba a los zares, que también fueron en su día presentados como líderes paternales. Pero en un contexto internacional más amplio, el culto a Stalin emerge más bien como un fenómeno moderno, similar a los cultos a la personalidad de Hitler y Mussolini. Los cultos a la personalidad modernos fueron el producto de la política de masas, y en particular de la necesidad de movilización masiva que nació con la Primera Guerra Mundial. Mediante el uso de los periódicos de circulación masiva, los carteles, la radio y los noticiarios cinematográficos, los dictadores del siglo XX podían apelar a millones de personas y atraerse sus voluntades. Como se dijo, el culto a Lenin fue el primero profesado a un líder soviético, aunque los líderes del partido solo lo establecieron tras su muerte en 1924. El culto a Stalin, en cambio, ocurrió en vida de este, siguiendo el ejemplo de la deificación de Mussolini en Italia. Mussolini se alzó con el poder en 1922 y en unos pocos años había consolidado su dictadura fascista autorretratándose como *Il Duce* (el líder) que había unido a las masas italianas hasta conformar un poderoso cuerpo nacional. De igual modo, el culto a Stalin lo presentaba como una figura trascendente, divina, capaz de unificar al pueblo soviético (véase ilustración 3.3)[25].

Ilustración 3.3 Cartel de propaganda de Stalin y Kliment Voroshilov pasando revista a las tropas en la Plaza Roja, de Gustav Klutsis, 1935. El eslogan dice: «¡Larga vida al Ejército Rojo de los obreros y los campesinos, fiel guardián de las fronteras soviéticas!»

¿Cómo respondió la gente al culto a Stalin? Algunos de los beneficiarios del sistema soviético, incluidos los miembros del partido, los funcionarios recién promovidos y muchos oficiales militares, veneraban genuinamente a Stalin. En cartas privadas interceptadas por los órganos de vigilancia soviéticos, también algunos soldados expresaban su gratitud y su lealtad a Stalin[26]. Otros le llamaban benefactor con la esperanza de que les ayudase materialmente. Una mujer, que intentaba recibir una ayuda de dos mil rublos, escribió a los funcionarios locales

del gobierno expresando su «enorme agradecimiento a nuestro querido, amado padre y amigo y maestro, Iósif Vissarionovich (Stalin)»[27]. Pero en privado, no faltaban críticos a Stalin y al culto a su persona. Un obrero apuntó: «¿Le hace feliz a Stalin que haya muchos insensatos por ahí escribiendo "el gran Stalin" durante toda su vida?». Otro ciudadano soviético, tras asistir a un desfile oficial, se quejaba de que «los retratos de los líderes del partido se exponen ahora como solían exponerse los iconos» en las procesiones religiosas. Un tercero comentaba: «La radio solo transmite discursos elogiosos sobre los mandatarios […] Estoy harto. Hasta a los analfabetos se les enseña a leer usando frases como "querido camarada Stalin"»[28]. Muchas personas se quejaban de que Stalin y otros líderes vivían bien mientras la gente común sufría. El culto a Stalin, por lo tanto, tuvo un éxito limitado en su objetivo de crear vínculos entre los líderes y el pueblo. Movilizó el apoyo de algunos ciudadanos soviéticos bajo el régimen. Pero solo durante la Segunda Guerra Mundial una proporción considerable de la población rusa internalizó la imagen oficial de Stalin como su protector.

Según el hijo adoptivo de Stalin, Artem Sergeev, Stalin reprendió en cierta ocasión a su hijo biológico Vasili por explotar el nombre de Stalin. «Pero yo también soy un Stalin», imploró Vasili. «No, no lo eres», replicó Stalin. «Tú no eres Stalin y yo no soy Stalin. Stalin es el poder soviético. Stalin es lo que dicen los periódicos y los retratos, ¡ni tú ni yo!»[29]. El culto ciertamente aumentó la autoridad de Stalin, y está fuera de toda duda de que él estableció el culto para elevarse a sí mismo. Pero ver el culto solamente como el medio que empleó Stalin para amplificar su poder personal es perder algo importante de vista. En una era de política de masas, los cultos al líder se traducían en apoyo al régimen y sus programas. Y con la guerra en el horizonte, la devoción al líder podía inspirar tanto el patriotismo como el sacrificio.

Los estajanovistas como nuevo modelo del hombre soviético

Alekséi Stajánov fue minero en la mina de carbón Central Irmino al este de Ucrania. De origen campesino, de la provincia de Orel, Stajánov empezó en la minería en 1927, y en 1935 ya se había convertido en uno de los mejores operadores del área neumática. En agosto de aquel año, lo abordaron un funcionario local del partido y un supervisor que le preguntaron si estaría interesado en establecer un récord en la minería del carbón. Stajánov estuvo de acuerdo, y la noche siguiente, ayudado por unos compañeros que iban retirando el carbón, extrajo 102 toneladas de carbón en un solo turno de seis horas. Tras oír esta hazaña, el Comisario de la Industria Pesada Ordzhonikidze ordenó darle una amplia publicidad para hacer de Stajánov un héroe[30]. Los trabajadores de otras ramas de la industria se pusieron rápidamente a

alcanzar otros logros. Llamados estajanovistas, fueron jaleados como obreros heroicos a los que otros deberían emular.

Desde una perspectiva práctica, los dirigentes comunistas usaron los récords del estajanovismo para elevar los estándares de producción, a expensas de la animadversión de los trabajadores. Un antiguo obrero soviético se quejaba de que los administradores de la factoría daban a los estajanovistas ayudas especiales que les permitían alcanzar los récords. «Después de que esos tipos produjeran más que otros, el comité sindical solía convocar una asamblea y señalar a los que habían quedado por debajo. Usualmente, la primera reacción era decirnos "vamos a aumentar las cuotas"»[31]. De hecho, en 1936 el Comisariado de la Industria Pesada ofreció las medias de la producción de los estajanovistas y los no estajanovistas para llegar a cuotas de producción entre un treinta y un sesenta por ciento superiores a las alcanzadas con las normas previas. Por lo tanto, el estajanovismo fue una palanca que los directores utilizaron para obligar a los trabajadores a producir más.

El estajanovismo, no obstante, fue algo más que un intento de elevar la productividad laboral. Como trabajadores modélicos, los estajanovistas sirvieron como encarnación del Nuevo Hombre Soviético. Los teóricos del partido llevaban discutiendo desde hacía tiempo las nuevas cualidades que las personas tenían que desarrollar bajo el socialismo. A diferencia de la era capitalista, con su deshonesta burguesía y sus trabajadores explotados, se suponía que el socialismo permitiría a las personas alcanzar el máximo de su potencial humano, tanto en el trabajo como en la vida. Liberados de la explotación capitalista, los obreros se convertirían en trabajadores innovadores y productivos, lo cual explicaba los récords de productividad alcanzados por los estajanovistas. Además, disfrutarían del producto de su propio trabajo gozando de vidas prósperas y cultivadas. El individualismo y la codicia serían sustituidos por el colectivismo y la generosidad. La degradación y el conflicto serían remplazados por la prosperidad y la armonía social. Durante los años veinte y principios de los treinta, el Nuevo Hombre había sido un ideal abstracto, pero gracias a la supuesta consecución del socialismo en 1934 ahora podía convertirse en una realidad[32]. Los estajanovistas eran la prueba viviente de que el Nuevo Hombre Soviético se había hecho realidad.

En la Primera Conferencia Estajanovista, Stalin los llamó «el nuevo pueblo, un pueblo hecho de una madera especial»[33]. Uno tras otro, los estajanovistas describieron su transformación personal. Muchos recalcaron sus humildes raíces y la explotación que previamente habían sufrido. El propio Stajánov explicaba que había venido de una pobre aldea en la que siendo un niño trabajó de sol a sol cargando sacos de grano para un kulak que tenía un molino. Su «vida real» solo comenzó tras convertirse en minero soviético y llegar a ser un trabajador heroico. A. V. Dushenkov dijo que antes había sido «un trabajador inactivo e

inculto», pero que en tanto estajanovista estaba «asombrado por el cambio que se ha producido en mí». El movimiento estajanovista, dijo, había conseguido convertir a algunos trabajadores recalcitrantes y alcoholizados en héroes laborales, y él decía estar muy orgulloso de haber contribuido «al gran proceso de reconfiguración del pueblo que está teniendo lugar en nuestro país»[34].

Los estajanovistas también proporcionaron un ejemplo sobre cómo los obreros soviéticos debían vivir. Se los describía como residentes en nuevos y espaciosos apartamentos que estaban limpios y bien decorados. Sus bibliotecas personales, gramófonos y salidas al teatro daban fe de su gusto por la alta cultura. Las estajanovistas en particular eran representadas llevando ropas elegantes. En su autobiografía, la estajanovista A. D. Generalova, empleada en una factoría en Gorki, afirmaba: «Hace algunos años yo vivía en un barracón y no tenía nada que ponerme cuando iba a dar una vuelta». Pero tras convertirse en estajanovista, seguía, «tengo toda la ropa que necesito, y soy una chica respetable y casadera»[35]. Las finas ropas y las actividades culturales de las estajanovistas simbolizaban también la emergencia del Nuevo Hombre Soviético. Actuaban como ejemplos vivos del progreso soviético hacia una sociedad moderna, próspera y socialista. Como representación icónica del Nuevo Hombre Soviético, los estajanovistas eran algo más que trabajadores heroicos. Habían alcanzado su máximo potencial en todas las esferas, y sus vidas productivas y culturales servirían de ejemplo de lo que la gente podía alcanzar bajo el socialismo.

¿Abrazaron los obreros y campesinos el ideal del Nuevo Hombre Soviético? Algunos abrazaron desde luego la oportunidad de avanzar en el sistema soviético y participar en la construcción del socialismo. Un activista de las granjas colectivas de los años treinta, Alexander Zhelezniakov, escribía en su diario:

> No hay, no ha habido y no habrá en la historia del mundo una generación más feliz que la nuestra. ¡Participamos en la creación de una nueva época! […] Si la Revolución de Octubre no hubiese tenido lugar, ¿habría yo entendido la vida de este modo, y podría haber cambiado mi vida personal por la lucha en favor de unos objetivos comunes? ¡No! Habría permanecido siendo poco más que un animal, mientras que ahora soy feliz[36].

Está claro que algunas personas, particularmente aquellos que como Zhelezniakov habían ingresado en el Partido Comunista, internalizaron los valores oficiales soviéticos. Y puede que muchos estajanovistas sintieran una gratitud genuina por las oportunidades recibidas. También hubo ciudadanos soviéticos que escribieron cartas de agradecimiento por la «cultivada, alegre y saludable vida» concedida por el gobierno soviético, aunque no sabemos si estos sentimientos eran sinceros[37].

Otros trabajadores no internalizaron los valores oficiales, pero en

todo caso no dejaron de perseguir las recompensas materiales que se ofrecían a los estajanovistas. En la Primera Conferencia Estajanovista, de noviembre de 1935, Stalin lanzó su famosa proclama: «La vida ha mejorado, camaradas. La vida es ahora más alegre». Siguió subrayando que el sistema soviético había ofrecido a los trabajadores «beneficios materiales y la oportunidad de una vida rica y cultivada[38]». Al unísono con el eslogan de Stalin, el Politburó destinó más recursos a la vivienda y los bienes de consumo, y acabó con el racionamiento. No obstante, aunque tales medidas elevaron el nivel de vida ligeramente, no lograron sacar al grueso de la población de la pobreza. De hecho, el fracaso de la cosecha de 1936 dio paso a nuevas restricciones alimentarias en el preciso momento en que los niveles de vida se suponía que estaban mejorando.

Por más que los estajanovistas gozasen de mejores condiciones de vida, la inmensa mayoría de los trabajadores apenas sí podía soñar con llevar ropas bonitas, conducir automóviles y disfrutar de las mercancías importadas de las que hablaban los medios soviéticos. La mayoría de ellos lucharon por cubrir sus necesidades más básicas de ropa y comida a lo largo de los años treinta[39]. Seguidamente al Séptimo Congreso del Partido en 1934, cuando Stalin definió el socialismo como «no pobreza o privaciones, sino la eliminación de la pobreza y las privaciones», algunos trabajadores se quejaron en las asambleas en las fábricas de que «los discursos están muy bien, pero no hay pan»[40]. Durante una conferencia en el ámbito de una muestra sobre material infantil en 1936, miembros de la audiencia se quejaban a viva voz: «Ahora ya hemos visto que en la muestra hay todo tipo de cosas imaginables, y eso está muy bien, pero no llegan a las tiendas y no podremos acceder a ellas». Otros escribían cartas anónimas quejándose de que la vida había mejorado solo para los ricos[41]. Un buen número de trabajadores expresaba su particular desilusión con el eslogan «La vida es ahora más alegre», utilizándolo irónicamente cuando algo iba mal o cuando alguien sufría penalidades[42].

El movimiento estajanovista ilustra que los líderes soviéticos se tomaron en serio su ideal de los trabajadores disfrutando de vidas prósperas y productivas bajo el socialismo. Los récords de producción de los estajanovistas recompensaron a un pequeño número de obreros heroicos como vía para elevar las aspiraciones del pueblo. Pero para la mayoría de los ciudadanos soviéticos, la prosperidad seguía lejos de su alcance. Aunque los niveles de vida mejorasen ligeramente a mediados de los años treinta, el trabajador medio seguía residiendo en apartamentos comunales o barracones, y no disponía más que del alimento y la ropa básicos. Las historias de las «vidas ricas y cultivadas» de los estajanovistas a menudo elevaban no las aspiraciones del pueblo, sino su resentimiento.

Al mismo tiempo, las condiciones económicas mundiales permitieron

a los trabajadores soviéticos comparar su situación favorablemente con la de los trabajadores de otros países capitalistas. La Gran Depresión llevó a muchos de esos trabajadores al desempleo y al empeoramiento de sus condiciones de vida. En la Unión Soviética, por el contrario, la economía crecía, las condiciones de vida (siquiera ligeramente) mejoraban, y todo el mundo tenía trabajo. Los líderes del partido destacaban el pleno empleo soviético comparándolo con las altas tasas de desempleo de los países capitalistas. Y muchos trabajadores creían que, a pesar de todas las penurias, el socialismo les ofrecía un futuro más brillante que el capitalismo. De hecho, como se ha dicho, algunos economistas occidentales estaban de acuerdo con ellos. En este momento de la historia, la economía planificada soviética parecía estar en ascenso, y lista para (en las palabras de uno de los eslóganes soviéticos) «alcanzar y adelantar» a los países capitalistas.

La mujer en el ámbito laboral

Oficialmente, el gobierno soviético abrazó el principio de la igualdad de las mujeres. Bajo el sistema soviético, las mujeres tendrían un papel igual al de los hombres en la vida pública, también en el trabajo. Pero la mayoría de los líderes del partido no dieron prioridad a estas políticas de igualdad, y a los largo de los años veinte el desempleo de las mujeres en las ciudades siguió siendo alto. Los funcionarios soviéticos solo reclutaron gran cantidad de mujeres para la industria en los años treinta, y lo hicieron forzados por la insaciable necesidad de recursos humanos que tal esfuerzo supuso, antes que por perseguir la igualdad de ambos sexos. También hubo nuevas oportunidades en las granjas colectivas para las mujeres, que pudieron conducir tractores, aunque aquí de nuevo el interés del gobierno fue ante todo productivo, ante la escasez de efectivos en el campo.

Entre 1929 y 1935, el número de mujeres trabajando en la industria se triplicó hasta superar la cifra de 2,6 millones. Por aquel tiempo, las mujeres eran el 42% de la fuerza laboral industrial. Si incluimos sectores no industriales de la economía, el número de mujeres que trabajaban cobrando un salario creció en cerca de cuatro millones en ese periodo. En 1937, las mujeres representaban un poco más de la mitad de la fuerza laboral industrial en Moscú[43]. Muchas mujeres que se incorporaban al trabajo asumían trabajos tradicionalmente destinados a las trabajadoras, como en la industria ligera y el sector servicios. Por ejemplo, las mujeres se convirtieron en mayoría aplastante en las fábricas textiles durante los años treinta. Pero también entraron en las acerías, en las fábricas de coches y en las plantas de fabricación de tractores que estaban en el centro del empeño industrializador soviético. Para hacerse con esos trabajos, tuvieron que superar importantes

barreras que existían para el empleo femenino.

Cuando una campesina de veinte años llamada Vera Ivanova se desplazó a Moscú en 1930, se dirigió a un punto de empleo y se le ofreció un trabajo en una fábrica textil. Pero sabía que quienes trabajaban en la industria pesada recibían un mejor salario y mayores raciones. Así es que persuadió a su padre, que trabajaba en una acería, para que le encontrase un trabajo allí. El director, desesperado por encontrar nuevos trabajadores, la contrató, y Vera se convirtió en la primera mujer gruista en una planta de producción. Allí, sin embargo, hubo de enfrentarse al escarnio de sus compañeros, que la llamaban «la mujer de la granja colectiva», denigrándola tanto como mujer como en tanto campesina[44]. Otras mujeres que fueron a trabajar a sectores tradicionalmente masculinos de la economía pasaron por la misma discriminación y las mismas burlas. Las mujeres que trabajaban en la construcción del metro de Moscú, por ejemplo, tenían que oír como los hombres les pedían que «les enseñasen sus callos»[45].

También hubo más casos de acoso sexual también a medida que se incorporaban más mujeres a la fuerza laboral. En un caso, una trabajadora asignada al turno de noche se vio repetidamente acosada por sus compañeros. Cuando pidió que la cambiaran al turno de día, el capataz la despidió. En otras ocasiones las mujeres eran objeto de proposiciones deshonestas, de acercamientos sexuales indeseados, e incluso sufrieron abusos. Un funcionario de la Comisión de Control de los Trabajadores asignado a la investigación de las quejas de las mujeres concluía: «Ellas son las propias culpables. Dónde hay mujeres siempre pasa esto»[46]. El acoso sexual no era algo nuevo en las fábricas soviéticas, pero la entrada de las mujeres en sectores dominados por los hombres aumentó el número de casos, y tanto los funcionarios como los directores hicieron poco por evitarlo.

No solo hubieron de afrontar las mujeres la discriminación y el acoso, también se toparon con desigualdades salariales por más que accediesen a nuevas oportunidades laborales. En las grandes plantas industriales, muchos capataces se negaron a contratar mujeres para los trabajos especializados y asignaron reiteradamente a las mujeres los puestos de peor estatus y sueldo (véase ilustración 3.4). En las acerías, por ejemplo, la mayoría de las mujeres trabajaban en departamentos no productivos, como el transporte o la clasificación, en vez de en la forja. El Comisariado del Trabajo llegó a crear una lista en las que se designaban las posiciones aptas para ellas, siempre los trabajos de menor preparación. Las autoridades soviéticas reforzaron por lo tanto el papel de la división sexual en el trabajo, aunque reordenasen dicha división. En los puestos peor pagados en la metalurgia se cobraba más que en la industria textil, y por ahí pudieron beneficiarse las mujeres. Pero las oportunidades que se les ofrecían no llevaron a la igualdad, pues los hombres siguieron dominando los puestos directivos y los mejor

pagados entre los obreros.

En el campo, las mujeres no tenían que ser reclutadas para el trabajo, pues ya estaban trabajando en las granjas colectivas. Los funcionarios soviéticos, no obstante, trataron de asignar a las mujeres nuevas responsabilidades para utilizar mejor su trabajo. A medida que millones de campesinos emigraban a las ciudades en los años treinta, las recién formadas granjas colectivas se quedaron muchas veces sin mano de obra suficiente. Los planificadores soviéticos impulsaron tanto la mecanización de la agricultura como la promoción de las mujeres para cubrir esas necesidades. Gosplán proyectó que seiscientas mil mujeres se convertirían en conductoras de tractores, y los carteles de propaganda promocionaron la imagen de las campesinas conduciendo orgullosamente estas máquinas[47]. Un buen número de campesinas respondieron a esta llamada y tomaron cursos breves para aprender a conducir tractores. Aquí hubieron también de enfrentarse a bastantes oposiciones, tanto de los hombres del campo de su generación como de sus mayores, que no consideraban que conducir tractores fuese un trabajo femenino. Aunque el número de tractoristas mujeres pasó de catorce en 1926 a dieciocho mil en 1932, no pasaron de ser un 6% del total en el país. En 1937, la cifra aumentó a cincuenta y siete mil mujeres, un gran paso adelante pero aún muy lejos de las proyecciones oficiales[48]. A las mujeres también se les negaron los puestos de dirección en el campo, prácticamente copados en todas las aldeas y pueblos por hombres.

Ilustración 3.4 Mujeres trabajando como operadores de torno en una factoría soviética, 1940

La determinación de los roles sexuales en el lugar de trabajo soviético mantuvo así pues a las mujeres en puestos subordinados. Con todo, las campañas de reclutamiento elevaron las expectativas de muchas mejores y consiguieron que muchas sintieran que desempeñaban un papel activo en la sociedad. El movimiento Khetagurovista proporciona un buen ejemplo de esto. En 1937, un periódico nacional publicó el artículo «¡Ven con nosotros al extremo oriental! Carta de Valentina Khetagurova a las Jóvenes de la Unión Soviética». En su intento de apoyar la aportación al trabajo y la defensa de la escasamente poblada región del extremo oriental, la carta hacía el siguiente llamamiento:

> En el extremo oriental, en la taiga de Primor'e y Priamurskaia, nosotras, las mujeres, junto a nuestros maridos y hermanos, estamos reconstruyendo una tierra maravillosa […] Y necesitamos mucha más gente para pacificar la naturaleza, para que todas las riquezas de la región puedan ser explotadas por el socialismo […] Necesitamos gente que sea valiente, que se atreva y sea abnegada […] Un trabajo maravilloso, gente maravillosa y

un maravilloso futuro os aguardan[49].

Como respuesta, cerca de trescientas mil mujeres jóvenes escribieron cartas de encendido entusiasmo para presentarse como voluntarias al movimiento Khetagurovista. Veinticinco mil de ellas fueron seleccionadas y enviadas al extremo oriental.

El sistema soviético ofreció desde luego oportunidades para el empleo que las mujeres no habían tenido anteriormente. Y la propaganda sobre la igualdad de las mujeres, aunque se contradijese con las políticas reales, lograba transmitir a las mujeres que su concurso era importante para el socialismo. Por supuesto, dada la carestía alimentaria de los años treinta, muchas mujeres buscaron trabajo para ayudar a sus familias. Pero a diferencia con el periodo prerrevolucionario y con lo que ocurría en muchos países por entonces, las mujeres de la Unión Soviética pudieron acceder a nuevas oportunidades educativas y laborales. Incluso comparadas con sus homólogas en Europa y Norteamérica, las mujeres soviéticas lo tenían mucho mejor para acceder a un trabajo, y también podían votar, lo cual no estuvo al alcance de la mayoría de las mujeres al sur de Europa hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Así es que no hay duda de que el sistema soviético abrió oportunidades para las mujeres. No obstante, medido en comparación con el objetivo estatal de igualar la situación en la sociedad de ambos sexos, los logros soviéticos quedaron lejos de su propio ideal[50].

Política familiar y maternidad

La política familiar soviética también contribuyó a la igualdad entre ambos sexos. Las primeras feministas bolcheviques denunciaron la familia por considerarla una institución burguesa y llamaron a su eliminación en nombre de la liberación de las mujeres. Alexandra Kolontái propuso una alternativa a la familia, un amor liberado de los confines del matrimonio y la responsabilidad colectiva en la crianza de los niños. La legislación de 1917 facilitó de hecho el divorcio y debilitó el matrimonio. Kolontái y otras feministas predijeron que la familia desaparecería pronto. Pero en los años treinta, la cultura oficial soviética respaldó con fuerza las familias, glorificó la maternidad e hizo lo posible por aumentar la tasa de natalidad. El gobierno soviético también promulgó una legislación que hizo que el divorcio fuese más difícil y prohibió el aborto.

Algunos comentaristas han citado la política familiar estalinista como otro ejemplo de que el gobierno soviético reculó frente a los valores revolucionarios a mediados de los años treinta[51]. Un examen más preciso, no obstante, ilustra que mientras los funcionarios aireaban el

ideal familiar en realidad socavaron la autonomía familiar. La familia se convirtió en una institución al servicio del Estado en vez de en una esfera separada de la intervención estatal. A ojos de los líderes soviéticos, las familias estables servían al fin de incrementar la población. La propaganda familiar formaba parte de la enorme campaña pronatalista que emprendió el gobierno, una campaña similar a otras emprendidas en diferentes países durante el mismo periodo de entreguerras. Otro factor fue la supuesta consecución del socialismo en 1934 y su influencia sobre la mentalidad de los dirigentes. Durante los años veinte, los ideólogos soviéticos vieron la familia como una institución burguesa susceptible de inculcar valores burgueses a sus hijos. Pero una vez eliminadas la burguesía y el capitalismo, los líderes soviéticos empezaron a ver la familia como una institución que podía transmitir los valores socialistas a los niños para que estos fueran en su día leales ciudadanos soviéticos.

Como quedó claro en la Primera Guerra Mundial, los esfuerzos bélicos masivos de aquel tiempo requerían una enorme cantidad de tropas, de modo que los líderes políticos llegaron a considerar el tamaño de sus poblaciones como un aspecto militar clave. Durante los años veinte y treinta los gobiernos de toda Europa y en realidad de todo el mundo trataron de incrementar sus tasas de natalidad a través de propaganda profamiliar y políticas pronatalistas. Estas políticas incluían tanto incentivos para tener hijos como restricciones al aborto. Francia, Italia, Alemania y Rumanía, por ejemplo, criminalizaron el aborto en aquella época. La Unión Soviética también ilegalizó el aborto, promulgando un decreto en 1936 que lo prohibía salvo por causas médicas. El decreto establecía que «el aborto no es perjudicial para la salud de la mujer, pero sí es un mal social considerable, y es deber de todo ciudadano consciente combatirlo, sobre todo en el caso del personal médico»[52].

Junto a las restricciones al aborto llegaron los incentivos para que las personas tuvieran niños. Los gobiernos de Italia, Francia y Alemania ajustaron sus legislaciones fiscales para recompensar a las familias con hijos y castigar a las que no tenían ninguno, y también acordaron conceder beneficios directos a las mujeres por cada hijo que tuvieran. El gobierno soviético también ofreció incentivos; el mismo decreto que ilegalizaba el aborto ofrecía a las mujeres un pago anual de dos mil rublos para los hijos que tuvieran después del sexto, que era de cinco mil en el caso de los hijos que vinieran tras el décimo. Además, el gobierno soviético, como otros gobiernos de la época, promovió la maternidad a través de la propaganda. Se publicaron artículos en prensa en los que se presentaba la maternidad como parte de la realización de las mujeres. Un testimonio de una mujer con cinco hijos describía cuánto la querían estos, mientras otro aseguraba que los niños cuidaban unos de otros, de modo que tener muchos era más una ventaja que una

carga[53].

En sus esfuerzos por aumentar la tasa de natalidad, los legisladores de toda Europa glorificaron no solo la maternidad, sino también el matrimonio. El matrimonio y la familia eran vistos como instituciones que, en una era de urbanización y cambio social rápido, garantizarían la estabilidad y una tasa de natalidad elevada. El gobierno soviético, como los gobiernos de otros países, trató de fomentar el matrimonio como medio de incrementar la fertilidad. El decreto de 1936 que ilegalizaba el aborto también hizo que divorciarse fuera mucho más difícil. Revertió ampliamente los códigos familiares de 1918 y 1927 que había debilitado deliberadamente el matrimonio. Estos códigos previos habían facilitado el divorcio rápido y a demanda de cualquiera de los esposos. La nueva ley requería que ambos se presentasen ante el juez para solicitarlo. También aumentó las tasas que había que satisfacer para divorciarse de tres a cincuenta rublos (aumentaba a ciento cincuenta si era el segundo divorcio y a trescientos si era el tercero). Además, la ley reforzaba las obligaciones paternales, incrementando la penalización por no pagar la pensión de manutención de los hijos a dos años de prisión[54].

Los esfuerzos del gobierno soviético para promover la familia (heterosexual) coincidieron con sus ataques a la sexualidad entre personas del mismo sexo. Ya en marzo de 1934 el gobierno volvió a convertir en delito la homosexualidad. En 1936, el Comisario de Justicia Nikolái Krylenko vinculó la homosexualidad a la decadencia burguesa y a la contrarrevolución, y afirmó que no había lugar para ella en una sociedad socialista fundada en principios sanos. Llamó a los homosexuales «chusma decadente que proviene o de la escoria de la sociedad o de los restos de las clases explotadoras». Empleando un discurso heteronormativo, Krylenko declaró que los homosexuales no eran bienvenidos «en el entorno de los trabajadores, en donde deben primar las relaciones normales entre los sexos, porque ellos están construyendo su sociedad en base a principios saludables»[55]. El gobierno soviético de este tiempo también emprendió más medidas coercitivas para combatir la prostitución, encarcelando a las mujeres que se dedicaban a ello. El énfasis en la familia ha de ser visto, así pues, como parte de un esfuerzo más amplio por parte de las autoridades soviéticas para controlar la sexualidad y hacer que la heterosexualidad y la procreación fuesen obligatorias, en interés del Estado[56].

La política familiar soviética tuvo un efecto directo sobre la visión de ambos sexos. El pronatalismo devolvió a la mujer a su papel esencial de madre, y la prohibición del aborto tuvo por fin que la maternidad fuese forzosa. Junto a esta legislación se lanzaron campañas de propaganda en las que tener niños pasaba a ser el «papel natural» de la mujer. Un artículo aseguraba que «no hay una sola mujer moral y físicamente sana [en la Unión Soviética] que no quiera tener un hijo». En otro artículo se afirmaba que «una mujer sin hijos merece conmiseración, porque

desconoce la felicidad completa en esta vida»[57]. Al definir la maternidad como una parte necesaria de la vida de las mujeres e ilegalizar la terminación de los embarazos no deseados, el gobierno soviético restringió las opciones de las mujeres, asignándoles un papel social distinto al de los hombres.

¿Cómo reaccionaron las mujeres soviéticas a la campaña pronatalista soviética? Algunas de las mujeres que recibieron premios a la natalidad escribieron cartas de agradecimiento a los líderes soviéticos en las que les prometían seguir teniendo hijos. Pero lo más común fue recibir cartas en protesta por la prohibición del aborto. Una estudiante señalaba que tendría que abandonar su carrera en medicina si se quedase embarazada y no se le permitiese abortar. Algunas campesinas aducían que a las mujeres no casadas que se quedasen embarazadas o que ya tuviesen dos o tres hijos debería permitírseles el aborto. Una ingeniera escribía que la prohibición del aborto significaría «el nacimiento obligatorio de un hijo para una mujer que no lo desea», y advertía del incremento de muertes que inevitablemente acarrearían los abortos ilegales[58].

Es cierto que la prohibición del aborto llevó a un gran aumento de los abortos ilegales. Los informes del Comisariado de Salud de octubre y noviembre de 1936 citaban miles de casos de mujeres hospitalizadas tras ser sometidas a operaciones para abortar defectuosas e ilegales. De los 356 200 abortos practicados en hospitales en 1937 y los 417 600 de 1938, solo un diez por ciento habían sido autorizados, siendo el resto completamente ilegales[59]. En respuesta a este hecho, el gobierno soviético intensificó sus esfuerzos por identificar a quienes los practicaban, y en 1937 arrestó y condenó a 4.133 abortistas. Como la ley dictaba, quienes eran considerados culpables de practicar abortos eran sentenciados a un mínimo de dos años de prisión[60]. Pero a pesar de estos importantes esfuerzos, a las autoridades soviéticas les resultó difícil atrapar a los abortistas clandestinos, porque las mujeres que ingresaban en los hospitales tras estos abortos chapuceros raramente cooperaban con la policía.

La prohibición del aborto produjo un incremento de la tasa de natalidad, aunque fue un incremento temporal y limitado. Los nacimientos por millar de habitantes crecieron de 30,1 en 1935 a 33,6 en 1936 y 39,6 en 1937. Pero en 1938 la tasa volvió a declinar de nuevo, y en 1940 la fertilidad marital de la Rusia europea estaba por debajo del nivel de 1936[61]. La severa perturbación social que causaron las purgas y la movilización bélica contribuyeron en parte a ese declive desde 1938. Pero incluso antes de tales perturbaciones la natalidad no recuperó el nivel previo a la industrialización, y la evidencia de los abortos ilegales indica que las mujeres soviéticas en su conjunto no se sometieron a la prohibición estatal. Como las autoridades soviéticas habían comprobado cuando legalizaron el aborto en 1920,

aunque eligieran ignorarlo en 1936, la ilegalización del aborto solo consiguió que las mujeres optasen por la vía ilegal.

La glorificación de la maternidad y los incentivos a la natalidad tampoco consiguieron tener un gran efecto. Las mujeres que recibían las gratificaciones eran primordialmente campesinas que ya habían tenido muchos hijos antes de que se introdujesen los incentivos monetarios. Los recursos asignados a expandir la custodia maternal y el cuidado de los hijos eran insuficientes para mejorar la calidad de vida de las madres. La prioridad del gobierno seguía siendo la industria pesada, y los sistemas para el cuidado de los niños y las instalaciones comunales para alimentarlos seguían careciendo de suficientes fondos. Y dado que en el sector del consumo también faltaba de todo, a las mujeres les seguía costando un mundo hacerse con lo básico, incluido con la comida y el vestido para los niños. No se hicieron esfuerzos para reestructurar los roles de la mujer y el hombre en la esfera doméstica, de modo que las mujeres seguían cargando prácticamente solas con todas las responsabilidades caseras, cocinar, limpiar y cuidar a los niños. Estas penalidades disuadieron a las mujeres en los años treinta de tener más niños, a pesar de las exhortaciones del gobierno.

Una diferencia crucial entre el orden sexual soviético y el de otros países en aquel tiempo fue el lugar que las mujeres soviéticas tuvieron en la fuerza de trabajo industrial. Mientras las campañas pronatalistas en Francia, Italia y Alemania definían a las mujeres solo como madres, la propaganda soviética les asignaba un papel dual, como trabajadoras y madres. En ningún momento durante las campañas estatales en favor de la familia sugirieron los funcionarios soviéticos que el único lugar de la mujer estaba en el hogar. Por el contrario, el gobierno soviético subrayó la obligación de las mujeres de hacer una contribución económica en el lugar de trabajo, además de dar a luz y criar hijos.

En suma, la política familiar soviética hizo hincapié en las capacidades y las obligaciones reproductivas de las mujeres, particularmente durante el empeño pronatalista de mediados de los años treinta. El gobierno soviético ilegalizó el aborto, volvió a criminalizar la homosexualidad, y tomó medidas contra la prostitución, medidas todas que tenían por fin incrementar el control estatal sobre la sexualidad y hacer que la heterosexualidad y la procreación fuesen obligatorias en interés del Estado. La campaña pronatalista fomentó una visión de la mujer como madre que acentuó las diferencias entre ambos sexos, incluso aunque las mujeres continuasen trabajando en la agricultura y la industria. Además, los líderes soviéticos no trataron de restructurar los papeles asignados a ambos sexos en la familia. El resultado fue que las mujeres terminaron con una doble carga, dentro y fuera de sus casas, trabajando como los hombres y además asumiendo la práctica totalidad del trabajo casero no remunerado.

La Gran Purga representa uno de los episodios más extraños y sangrientos de toda la historia rusa. Entre 1936 y 1938, miles de leales miembros del Partido Comunista —incluidos luminarias como Zinóviev, Kámenev y Bujarin— fueron arrestados y ejecutados. También afectó a altos cargos militares y a algunos de los más destacados literatos y artistas del país. Fueron especialmente desconcertantes las acusaciones absurdas vertidas contra las víctimas purgadas. Eran arrestadas acusadas no solo de oposición política, sino de traición en general, de tratar de derribar al Estado, de espionaje. Más sorprendente aún es el hecho de que, tanto en los juicios públicos como en los interrogatorios de la policía secreta, las víctimas purgadas confesasen haber cometido aquello de lo que peregrinamente se les acusaba. ¿Por qué ocurrió la Gran Purga?

Para explicar la Gran Purga, algunos historiadores han hecho hincapié en la personalidad de Stalin, su conocida paranoia y su carácter sanguinario. No hay duda alguna de que Stalin era vengativo y despiadado. Y tampoco hay duda de que fue responsable de las purgas; fue él quien las inició y quien forzó a otros miembros del Politburó a aceptarlas; supervisó los arrestos a través de su jefe de la policía secreta, Nikolái Yezhov; y firmó las ejecuciones de miles de víctimas. Pero las explicaciones históricas que se concentran exclusivamente en la personalidad de Stalin pierden de vista otros factores relevantes. La severa amenaza internacional a la que Stalin y el resto del Partido Comunista se enfrentaban es crucial para entender su mentalidad, propia de un asedio. También es significativo el sistema de vigilancia soviético, que informaba continuamente a los líderes soviéticos de la desafección de la gente y de supuestas conspiraciones que amenazaban su poder. Finalmente, la policía secreta como institución tanto hizo posible como instigó la violencia de Estado soviética. La actuación independiente de la policía secreta posibilitó el arresto de los mandatarios del partido, y había un destacado grupo en dicha policía que abogaba por arrestos y ejecuciones masivas. Todos estos factores, añadidos a las pulsiones asesinas de Stalin y a su pretensión de asegurarse el poder, explican el por qué y el cómo de la Gran Purga.

El miedo a una invasión extranjera no era nuevo a finales de los años treinta. Los líderes soviéticos ciertamente nunca olvidaron la intervención extranjera en la guerra civil. Tampoco olvidaron la invasión de los polacos de 1920, la cual, aunque fuese contrarrestada, permitió en su momento que el Ejército Blanco se reagrupase. Esta experiencia enseñó a los líderes soviéticos el peligro de una invasión extranjera combinada con los levantamientos internos. En los años veinte y treinta los dirigentes comunistas siguieron siendo conscientes de la vulnerabilidad del país; la Unión Soviética era el único Estado

socialista del mundo, y estaba rodeado de naciones capitalistas hostiles. Los líderes del partido también entendían que sus políticas coercitivas, como la deskulakización, habían generado opositores internos. Así pues, siguieron vigilando tanto a sus enemigos internos como a los externos.

El ascenso de los nazis al poder en Alemania en 1933 amplificó esta amenaza de invasión externa. Hitler no escondía su intención de conquistar territorios al este. Sus acciones agresivas de finales de los años treinta, junto a la falta de disposición en británicos y franceses para pararle los pies, hizo que la guerra fuese todavía más inminente. Simultáneamente, la agresión japonesa al este de Asia (la invasión de Manchuria en 1931 y la invasión de la propia China en 1937) significó que la Unión Soviética debía estar preparada para librar una guerra en dos frentes. A partir de 1936, los líderes soviéticos prestaron especial atención al transcurso de la Guerra civil española, en la que ayudaron a las fuerzas republicanas mientras los nazis hacían lo propio con el general Franco y sus tropas sublevadas. Franco rodeó Madrid con cuatro columnas de tropas regulares y contó también con una «quinta columna» que en el interior de la ciudad debía iniciar un levantamiento y derrocar al gobierno republicano. Stalin y otros dirigentes comunistas concluyeron que, en caso de guerra, los «quintacolumnistas» en el interior de su país supondrían un peligro de la misma magnitud.

El liderazgo estalinista ya se había enfrentado a cierta oposición entre los altos cargos del Partido Comunista. En 1932, con la hambruna acechando al campo y el crecimiento industrial deteniéndose, el antiguo miembro del Comité Central Martemyan Ryutin puso en circulación un documento llamado la Plataforma Ryutin. La plataforma condenaba las políticas de Stalin y abogaba por su destitución. Ryutin fue arrestado y un buen número de sus simpatizantes fue expulsado del partido; esta rebelión contra Stalin fue rápidamente aplastada. Pero Stalin se dio cuenta de cómo, en un momento de crisis, un grupo pequeño de miembros del partido había intentado expulsarle. En términos más generales, Stalin albergaba una persistente desconfianza frente a los líderes regionales del partido desde las debacles ocurridas durante la colectivización. Culpaba a su incompetencia de muchos de los males acaecidos en el ámbito rural. En particular, durante la hambruna algunos funcionarios del partido se habían resistido a los decomisos de grano y habían criticado en privado el liderazgo de Stalin. Él veía estas críticas como muestras de deslealtad rayanas en la traición, y estaba determinado a purgar a los potenciales traidores.

Entonces, el 1 de diciembre de 1934, el líder del partido en Leningrado, Serguéi Kírov, fue asesinado. Kírov no solo era miembro del Politburó, también era amigo personal de Stalin y miembro de su círculo más inmediato. Su asesinato alarmó a Stalin y a otros miembros del partido, particularmente porque Kírov cayó por los disparos de un miembro del partido y en la sede central de este en Leningrado. Estos

hechos parecían indicar que el nivel de seguridad era inadecuado, que no cabía fiarse de los miembros del partido, y que las vidas de todos los dirigentes del partido estaban en peligro. El asesino de Kírov, Leonid Nikoláyev, era un trastornado que actuó en solitario, pero Stalin proclamó que el asesinato había sido el producto de una amplia conspiración en el interior del Partido Comunista[62]. La policía secreta interrogó a Nikoláyev y le forzó a declarar que había actuado con la complicidad de otros. Stalin por su parte remachó la idea de la conspiración y acusó a sus antiguos rivales Zinóviev y Kámenev de ser cómplices en el asesinato de Kírov.

En 1936, Stalin orquestó un juicio mediático en el que Zinóviev, Kámenev y otros dirigentes fueron acusados de conspiración. El fiscal Andréi Vyshinski los acusó no solo del asesinato de Kírov, sino de tramar planes para atentar contra la vida de Stalin, Voroshílov, Kaganóvich y otros destacados dirigentes. Declaró que seguían órdenes de Trotski, el rival exiliado de Stalin que continuaba criticándolo desde su retiro. Todos los acusados fueron declarados culpables y fusilados. En 1937 y 1938 tuvieron lugar otros dos juicios mediáticos en los que se condenó y ejecutó a otros comunistas que anteriormente habían rivalizado con Stalin por el poder. En el tercero de estos juicios, Bujarin y otros fueron acusados no solo de conspirar para asesinar a líderes del partido, sino además de trabajar en connivencia con el partido nazi y Japón para desmembrar la Unión Soviética.

Por más absurdas que fuesen las acusaciones, los acusados reconocieron los cargos en todos los casos. Algunos han especulado que estas confesiones reflejaban la disposición de las víctimas a sacrificarse por el bien del partido. El personaje principal de la novela de Arthur Koestler *El cero y el infinito* recuerda vagamente a Bujarin. Ha dedicado toda su vida al Partido Comunista, y no quiere ensuciar su nombre desafiando la Gran Purga. Tras pasar por extenuantes interrogatorios, confiesa finalmente los cargos falsos, a sabiendas de que será ejecutado de todos modos y con la esperanza de preservar el buen nombre del partido. Aunque puede que algunas víctimas siguieran esta lógica, la mayoría fue brutalmente forzada a confesar. La policía secreta amenazaba a los familiares de los detenidos y torturaba a los prisioneros para que confesasen. Las confesiones firmadas se regaban a menudo con la sangre de las víctimas después de que estas fueran salvajemente golpeadas por los interrogadores. En algunos casos se prometía a las víctimas que continuarían con vida si confesaban, aunque la gran mayoría era ejecutada de todos modos[63].

La Gran Purga se extendió rápidamente más allá de la élite política hasta alcanzar también a los líderes militares. Stalin y el Comisario de Defensa Voroshílov nunca habían confiado en los altos mandos del ejército que habían servido previamente en el ejército zarista. Desde los tiempos de la guerra civil, ambos habían discutido frecuentemente con

esos oficiales, y esas tensiones continuaron dándose durante los años treinta. Yezhov y otros oficiales de la policía secreta también sospechaban de la lealtad de los antiguos oficiales zaristas y pidieron que fuesen purgados[64]. En 1937, tres de los cinco comandantes más importantes fueron arrestados y ejecutados acusados de traición y espionaje para los alemanes. Entre ellos estaba el general en jefe del Ejército Rojo, Mijaíl Tujachevski. Tujachevski era un antiguo miembro de la nobleza rusa y había asistido a academias militares zaristas antes de servir en la Primera Guerra Mundial. Tras la revolución se había incorporado al Ejército Rojo, donde pronto despuntó como su más brillante comandante y teórico. La ejecución de Tujachevski privó por lo tanto al Ejército Rojo de uno de sus mejores líderes. Tras su arresto, varios miles de oficiales del ejército fueron también encarcelados y posteriormente ejecutados.

La Gran Purga no tardó en alcanzar a las élites económicas y culturales. Muchos burócratas de altos vuelos y directores de fábricas fueron purgados por supuesto sabotaje a la producción industrial. El ritmo frenético de la industrialización dio lugar a muchos accidentes, y en vez de cuestionar los objetivos irrealistas, Stalin acusó a los directores y los ingenieros de estar arruinando el empeño. En algunas plantas, los resultados del personal directivo fueron denunciados y estos arrestados[65]. Los escritores y artistas prominentes también fueron puestos en el punto de mira. Por recitar en privado un poema contra Stalin, Osip Mandelstam fue enviado al Gulag, donde murió. El escritor Isaac Babel fue ejecutado por ser supuestamente trotskista y espía extranjero. El director de teatro Vsévolod Meyerhold fue acusado de espiar para el Reino Unido y Japón; lo arrestaron, lo torturaron y lo fusilaron.

Los miembros de base del partido también cayeron en el torbellino de la Gran Purga. Una directiva del Comité Central de 1936 instruyó a las organizaciones locales del partido para que erradicasen a los trotskistas. Esta directiva desató una espiral de recriminaciones mutuas, de modo que algunos trataron de protegerse denunciando a otros. Cuando un miembro de una célula del partido era «desenmascarado» como trotskista, los asociados con él caían bajo la misma sospecha. Algunos comunistas optaron por autoinculparse, una vieja práctica del partido, y confesaron su culpa con la esperanza de que así podrían salvarse. El Partido Comunista tenía cierta tradición de expulsar aquellos miembros que se consideraba que no estaban a la altura, pero las purgas anteriores no habían sido sangrientas. Ahora, sin embargo, las denuncias y las expulsiones del partido eran seguidas rápidamente de arrestos e interrogatorios por parte de la policía secreta.

La policía secreta solía realizar sus arrestos en mitad de la noche. Ilia Slavin, un prominente miembro del partido y jurista de Leningrado, fue arrestado en noviembre de 1937. Su hija de dieciséis años Ida describe

cómo llegaron los agentes de la policía secreta a la una de la madrugada para registrar su apartamento y llevarse a su padre:

> Me despertó de pronto una luz brillante y una voz extraña que me decía que me vistiese rápidamente. Un agente del NKVD [la policía secreta] estaba frente a la puerta. Hizo como que se giraba mientras yo trataba de vestirme a toda prisa y luego me llevó al despacho de papá. Allí estaba él, sentado en una silla en mitad de la habitación, tan mayor, repentinamente… El registro de la casa siguió toda la noche. Del despacho pasaron al comedor y de ahí a la habitación de mi hermano. El suelo estaba cubierto de páginas arrancadas de los libros y manuscritos […] Se llevaron muchas de estas cosas. También una cámara, un par de binoculares (una prueba de «espionaje») y una máquina de escribir […] Era de día cuando terminó el registro; todo quedó clasificado y confiscado, y a papá se lo llevaron por el pasillo[66].

En ausencia de pruebas reales de traición, la policía secreta se apoyaba en las confesiones arrancadas para condenar a la gente. Eugenia Ginzburg fue miembro del Partido Comunista y trabajó como periodista y profesora en la ciudad de Kazán. Al haber tenido un compañero de trabajo arrestado por sus «ideas trotskistas», la propia Ginzburg fue arrestada e interrogada por pertenecer a una «organización contrarrevolucionaria trotskista». Como dice en sus memorias, «me pusieron en la cinta transportadora», siendo interrogada una y otra vez por un equipo cambiante de examinadores. Pasó siete días sin comer ni dormir, sin volver a su celda siquiera […] El objeto de la cinta transportadora es agotar los nervios, debilitar el cuerpo, quebrar toda resistencia y forzar al prisionero a firmar cualquier cosa que se le ponga por delante»[67]. Ginzburg se consideraba a sí misma afortunada por haber sido interrogada antes de que las palizas físicas a las víctimas de las purgas se convirtieran en la norma.

El gobierno soviético estableció tribunales especiales para procesar este enorme número de casos de traición. Los juicios a menudo no duraban más de quince minutos, pues los acusados eran condenados sumariamente y ejecutados. Los condenados a muerte solían ser fusilados el mismo día de su condena. Otros recibían penas de prisión y eran enviados a los campos de trabajo del Gulag. Un académico estima que 116.885 miembros del partido fueron ejecutados o encarcelados entre 1937 y 1938, mientras otro calcula que de los 767 miembros del Alto Comando del Ejército Rojo 412 fueron fusilados[68]. Los miembros de alto rango del partido, en especial los antiguos rivales de Stalin, eran un claro objetivo. Como se dijo, la mitad aproximadamente de los delegados del Séptimo Congreso del Partido fueron encarcelados o fusilados. La Gran Purga eliminó a casi todos los antiguos bolcheviques, los que habían sido miembros del partido desde antes de la revolución[69].

Stalin se sirvió de la Gran Purga para consolidar su control sobre el Partido Comunista. Ya a finales de los años veinte Stalin se había convertido en el incuestionado líder, pero las decisiones en el Politburó aún se tomaban colectivamente. Con la Gran Purga Stalin no solo eliminó a posibles rivales, sino que se aseguró que el resto de los miembros del Politburó no se opondría a sus decisiones. No se quiere decir con esto que Stalin actuase en solitario. Otros compañeros del partido —Mólotov, Voroshílov, Kaganóvich, Zhdánov y otros— tuvieron un papel activo en la implementación de las purgas. Pero fue Stalin quien orquestó la Gran Purga y acabó con las objeciones en el seno del partido. Ordzhonikidze trató de resistirse al arresto de sus diputados en el Comisariado de la Industria Pesada; cuando no pudo revertir las purgas estalinistas, desesperado, se suicidó[70]. Mientras antes podía hablarse de una oligarquía de dirigentes del partido, tras las purgas Stalin disfrutó de una dictadura personal sobre el partido y la nación entera.

Las operaciones masivas del NKVD

Mientras la Gran Puga afectó primordialmente a las élites del país, la violencia de Estado soviética de finales de los años treinta también golpeó a la gente común. De las ochocientas mil sentencias de muerte dictadas por los órganos extrajudiciales entre 1921 y 1953, 682 000 ocurrieron entre 1937 y 1938. El número de prisioneros del Gulag se incrementó de 965 000 en enero de 1935 a 1 930 000 en 1941, con un incremento de 7 000 000 solo en 1937[71]. La inmensa mayoría de estas víctimas era gente común que fue arrestada durante las operaciones masivas llevadas a cabo por el NKVD. Las operaciones masivas fueron un intento del partido y los dirigentes de la policía secreta de eliminar a quienes no eran considerados ciudadanos fieles, particularmente antiguos kulaks y criminales reincidentes, así como antiguos oficiales del Ejército Blanco, sacerdotes y otras personas consideradas indignas de confianza[72].

Este periodo de violencia estalinista suele ser incorrectamente denominado «Gran Terror», lo cual implicaría que el propósito de los arrestos y las ejecuciones era aterrorizar a la población[73]. De acuerdo con esta interpretación, el régimen soviético habría tratado de mantener a la población en un estado de miedo e incertidumbre a través de la aplicación aleatoria del terror. Por descontado, la violencia estalinista consiguió aterrorizar a las víctimas y a sus familias, y de hecho los líderes soviéticos no tuvieron escrúpulos a la hora de servirse de los instrumentos del terror, pues llevaban realizando ejecuciones públicas desde la guerra civil. Pero la violencia de Estado de finales de los años treinta no fue aleatoria, y su fin no fue aterrorizar a la población. Los

arrestos y ejecuciones fueron realizados en secreto, y su propósito fue eliminar enemigos, no asustar a la gente para que se sometiera. En otras palabras, estas acciones no fueron un ejemplo de violencia destinada a aterrorizar a la población, sino formas de violencias destinadas a eliminar a segmentos específicos de la población, los considerados potenciales traidores en caso de guerra.

¿Por qué creían los dirigentes estalinistas que había muchos potenciales quintacolumnistas y por qué emprendió acciones contra ellos? Antes que nada, la Unión Soviética tenía un extenso sistema de vigilancia cuyo principal propósito era detectar a los opositores políticos. Este sistema, basado en una red de agentes, informantes, violación del secreto postal e informes de inteligencia, fue establecido durante la guerra civil e institucionalizado como un aspecto permanente del gobierno soviético. Los órganos de la policía secreta generaron incontables informes sobre sentimientos antisoviéticos y advirtieron de multitud de conspiraciones contra el gobierno[74]. Como parte del sistema de vigilancia, la policía secreta catalogó a la población para tener controlados a los potenciales enemigos. Desde los años veinte, las fichas policiales fueron institucionalizadas en todo el país, recogiendo miles de nombres en los años treinta. Los archivistas, por ejemplo, han compilado una lista de más de seiscientos mil antiguos oficiales y administradores del Ejército Blanco que vivían todavía en el país. «Antiguos kulaks», «representantes de la administración zarista, nobles, terratenientes y comerciantes» y miembros de los «antiguos partidos políticos antisoviéticos» también fueron incluidos en fichas policiales, que en algunas localidades recogían hasta el diez por ciento de la población[75]. Esta catalogación de la población tanto propició una justificación para la violencia de Estado como fue un instrumento para aplicarla; las listas de elementos antisoviéticos parecían probar la existencia de enemigos internos y aportaban los nombres y las direcciones de los que debían ser arrestados una vez comenzasen las operaciones masivas.

En segundo lugar, había muchísima gente resentida contra el gobierno soviético, y ese hecho, para los responsables de la represión, la legitimaba. Las autoridades soviéticas habían desposeído y perseguido a los antiguos nobles, a los capitalistas, a los sacerdotes y a los kulaks. Incluso si estas víctimas de la opresión soviética no se oponían activamente al gobierno, no había razón para suponer que no lo harían. Con la colectivización y la creación de la economía dirigida por el Estado, los dirigentes comunistas creían que los enemigos de clase burgueses habían sido vencidos, pero ahora consideraban una nueva amenaza: el enemigo escondido, en particular los campesinos deskulakizados que estaban escondiendo sus orígenes de clase. Stalin advirtió de que antiguos kulaks se estaban infiltrando en las granjas colectivas, en las factorías e incluso en el Partido Comunista, en el que

se dedicaban al robo y el sabotaje. Aunque era injusto asumir que los campesinos deskulakizados eran criminales y traidores, muchos de ellos sí intentaron ocultar sus orígenes. Más de tres millones de campesinos habían sido desposeídos, pero no deportados durante la colectivización, y no tenían otra opción que ocultar su «pasado kulak» y buscar trabajo en las ciudades. Adicionalmente, del millón y medio de campesinos que sí fueron deportados por ser kulaks, cientos de miles habían escapado, mientras otros habían sido oficialmente liberados a mediados de los años treinta. Pero estas víctimas de la deskulakización siguieron siendo sospechosas y no fueron fácilmente reintegradas a la sociedad. La «liquidación de los kulaks como clase», lejos de resolver las tensiones sociales, había quebrado la vida de millones de personas. En su consternación ante esta potencial masa de antiguos kulaks traidores, los líderes del partido afrontaban una crisis social que ellos mismos habían creado.

En tercer lugar, los líderes del partido habían esperado que la consecución del socialismo sirviese para erradicar el crimen y otros problemas sociales. Durante los años veinte, los males sociales se habían atribuido al capitalismo de la NPE, pero la colectivización y la toma de control absoluta de la economía por parte del Estado en los años treinta trajeron consigo el final de la explotación capitalista y el desempleo. En teoría la conducta criminal debía desaparecer, pero lejos de hacerlo los hurtos realmente aumentaron durante los años treinta, a causa de la nefasta escasez que siguió a la industrialización. Los dirigentes comunistas sostenían que el robo y el comercio en el mercado negro eran una muestra de rechazo, por parte de algunos, a acatar el orden socialista. Para ellos, esta conducta desviada no era solo criminal, sino una muestra de oposición política. En el pleno del Comité Central de 1933, Stalin había afirmado que robar al Estado, por ejemplo, propiedades de las granjas colectivas, era equivalente a «socavar el sistema soviético»[76].

Finalmente, un núcleo duro de la policía secreta había empleado desde hacía mucho tiempo los arrestos y las ejecuciones masivas para desenmascarar a los considerados opositores internos durante los tiempos en que la amenaza externa era muy alta. Este grupo, que incluía a Efim Evdokimov, Mijaíl Frinovski y muchos otros, continuó abogando por la violencia de Estado para eliminar a los enemigos. Estos oficiales de la policía secreta fueron los primeros en llevar a cabo ejecuciones masivas durante la guerra civil. Posteriormente, durante la angustia bélica de 1927, Evdokimov organizó ejecuciones extrajudiciales de supuestos opositores internos, afirmando que era «muy importante destruirlos» antes de que se convirtieran «en una fuerza real en nuestra contra, en caso de conflicto internacional»[77]. Evdokimov y sus asociados llegaron a dominar el liderazgo operativo de la policía secreta cuando su aliado Yezhov fue nombrado jefe de la policía secreta en

1936 (de hecho, Frinovski fue su sustituto). Fue esta cohorte de la policía secreta la que llevó a cabo los arrestos y ejecuciones de las operaciones masivas[78].

Stalin y los demás miembros de Politburó lanzaron las operaciones masivas en 1937, impulsados tanto por las crecientes tensiones internacionales como por los informes de la policía secreta previos a las elecciones al Soviet Supremo —informes que revelaban una oposición política generalizada entre ciertos segmentos de la población—. En julio, el Politburó aprobó la orden 00447 de la policía secreta. Dicha orden citaba la presencia de «antiguos kulaks», «miembros del clero y sectarios», «dirigentes de partidos antisoviéticos», «miembros activos de bandas organizadas que promueven los tumultos, Blancos, miembros de grupos de castigo, repatriados» y «criminales», y llegaba incluso a decir que «todos estos elementos antisoviéticos constituyen una fuerza instigadora de todo tipo de crímenes y sabotajes antisoviéticos». La orden dictaba la ejecución de 75 950 personas y sentenciaba a 193 000 (los considerados «menos activos, pero aun así hostiles») a 8-10 años en los campos de trabajo. Asignaba cuotas de arresto y ejecución para cada región del país. La orden concluía que «los órganos de la seguridad del Estado se enfrentan a la tarea de aplastar sin piedad a toda esta caterva de elementos antisoviéticos […] y poner fin, de una vez por todas, a sus operaciones, que socavan los cimientos del Estado soviético»[79].

La expresión «de una vez por todas» indica que el partido y los responsables de la policía secreta veían las operaciones masivas como la lucha final para eliminar a los enemigos internos y a los criminales. De hecho, más tarde, ese mismo año, Stalin propuso el siguiente brindis en una fiesta privada: «Cualquiera que intente destruir la unidad del Estado socialista […] es un enemigo jurado del Estado y de los pueblos de la U.R.R.S. Y nosotros destruiremos a ese enemigo […] ¡Hasta la destrucción final de todos los enemigos!»[80]. Las operaciones masivas del NKVD dieron de hecho por resultado muchas más muertes que la colectivización. De los más de cinco millones de campesinos deskulakizados, menos de un uno por ciento (unos treinta mil) fueron ejecutados, mientras que, de las 767 400 personas condenadas durante las operaciones masivas, algo más de la mitad (386.800) fueron ejecutadas. El miedo de los dirigentes comunistas a una guerra inminente contribuyó al elevado número de sentencias de muerte, pero la letalidad de las operaciones masivas también se originó en su sensación de que quienes continuaban oponiéndose al sistema soviético, incluso tras la consecución del socialismo, eran inveterados enemigos que debían ser ajusticiados.

La mayoría de los estudios de la violencia de Estado estalinista se han concentrado en las motivaciones de Stalin para ordenar estos arrestos y ejecuciones. Pero hemos de considerar igualmente lo que hizo que las operaciones masivas fuesen posibles tanto en términos

conceptuales como prácticos. Los gobernantes han utilizado a los largo de la historia la violencia a gran escala para manejar a su gente. Pero solo en la era moderna han catalogado los gobiernos «científicamente» a sus poblaciones y eliminado a grupos sociales específicos. La violencia de Estado soviética no fue producto del atraso ruso. Se basó en cambio en la moderna concepción de la sociedad como un artefacto que debía ser categorizado y esculpido a través de la intervención estatal. Las tecnologías para extirpar violentamente a sectores de la población eran otra de las precondiciones necesarias para las operaciones masivas. Las fichas policiales, los sistemas de vigilancia, el aparato de la policía secreta y los campos de concentración proporcionaban los medios para identificar y eliminar a aquellos que eran considerados socialmente dañinos o políticamente desleales (véase la ilustración 3.5). Los administradores europeos desarrollaron en primera instancia estas tecnologías de extirpación social durante las contiendas coloniales y la Primera Guerra Mundial, y los dirigentes comunistas las institucionalizaron durante la Guerra civil rusa convirtiéndolas en un rasgo indeleble del sistema soviético.

Por supuesto, estos instrumentos de violencia de Estado solo aportaban la condición de posibilidad. La causa directa de las operaciones masivas fue una decisión tomada por Stalin y sus adeptos, que fueron quienes aprobaron los arrestos, las ejecuciones y las deportaciones. Su maniquea visión del mundo, su sensación de estar rodeados de capitalistas hostiles (agravada por las amenazas de Alemania y Japón) y su creencia en que la defensa del socialismo solo podía lograrse a través de la eliminación despiadada de los enemigos internos; todos estos aspectos de Stalin y su círculo más próximo contribuyeron al uso de la violencia de Estado a una escala masiva[81].

Ilustración 3.5 Campamento de prisioneros del Gulag en Siberia, década de 1930

Las operaciones nacionales

Junto a las operaciones masivas se desarrollaron las operaciones nacionales, acciones de la policía secreta que apuntaban a ciertas minorías que resultaron en deportaciones, arrestos y ejecuciones. Compuestas de varias acciones policiales discretas, las operaciones nacionales señalaron a las nacionalidades de la diáspora —nacionalidades cuya patria estaba fuera de la Unión Soviética—, siendo denominadas «operación polaca», «operación letona», etcétera. De acuerdo con las estadísticas oficiales, desde agosto de 1937 a noviembre de 1938 la policía secreta arrestó a 335 000 personas y ejecutó a 247 200 en el marco de estas operaciones nacionales[82]. De modo que su magnitud vino a ser la mitad de la de las operaciones masivas, aunque fue tanto más mortífera en términos del porcentaje de arrestados que fue ejecutado.

Los líderes del partido sospechaban que las nacionalidades de la diáspora eran más leales a su país de origen que a la Unión Soviética. El gobierno soviético no tenía el control completo de las culturas de las nacionalidades de la diáspora. La prescripción de Stalin para las culturas de estas minorías —«Nacional en la forma, socialista en el contenido»— podía ser rigurosamente forzada en el país. Pero en las naciones capitalistas, la cultura nacional podía expresar oposición al socialismo, y si eso calaba en las nacionalidades de la diáspora en el interior de la Unión Soviética; el «nacionalismo burgués» podía minar la lealtad debida al gobierno soviético. A juicio de Stalin, las falta de lealtad de estas minorías podía desencadenar hostilidades políticas, acciones de sabotaje y espionaje.

La creciente amenaza de la Alemania nazi hizo que el problema de las nacionalidades de la diáspora fuera todavía más apremiante. Tras la llegada al poder de Hitler en 1933, una campaña alemana para mandar comida y divisas, «Hermanos necesitados», parecía indicar que los gobiernos extranjeros hostiles podían ganarse el favor de las minorías nacionales soviéticas. En términos más generales, las tensiones internacionales en aumento en la segunda mitad de la década de 1930 hicieron que los dirigentes comunistas tuvieran cada vez más miedo de que estas minorías fuesen reclutadas como espías para sus países de origen. En el pleno del Comité Central de febrero-marzo de 1937, Stalin declaró que «en la medida en que estamos cercados por los capitalistas, hay que contar con que tendremos más agitadores, espías, saboteadores y asesinos enviados al interior de nuestro país por agentes de Estados extranjeros[83]».

En julio de 1937, Yezhov ordenó a la policía secreta que arrestase a

todas las personas de origen alemán que trabajaban en las plantas militares y en los ferrocarriles. En su orden advertía que «tenemos en nuestro poder pruebas recientes de que el Alto Mando Alemán y la Gestapo están organizando un espionaje a gran escala y acciones subversivas en nuestros puntos clave, sobre todo en lo relativo a nuestra defensa y las empresas industriales, sirviéndose de súbditos alemanes que se han establecido en nuestro suelo»[84]. Al mes siguiente el Politburó aprobó la orden de la policía secreta número 00485, titulada «Sobre la liquidación de los grupos subversivos polacos de espionaje y las organizaciones de la OMP [Organización Militar Polaca]». La orden llamaba al arresto de todos los emigrados y refugiados políticos polacos, y también de «la parte más activa de los elementos nacionalistas, antisoviéticos de los distritos nacionales polacos»[85]. La policía secreta local identificaba fácilmente a las minorías nacionales, puesto que los pasaportes soviéticos incluían la nacionalidad de cada cual, y una vez realizaba los arrestos la policía secreta preparaba listas de los acusados con sumarios de los cargos a los que se enfrentaban. Tribunales compuestos por dos personas, un jefe regional de la policía secreta y el procurador de la localidad, revisaban estas listas y emitían sentencias de encarcelamiento o muerte. Las sentencias eran más tarde aprobadas por Yezhov y Vyshinski antes de ser aplicadas.

La operación polaca se convirtió en un modelo para acciones similares dirigidas contra las nacionalidades de la diáspora. Una serie de operaciones de la policía secreta fue dirigida, además de contra los polacos y los alemanes, contra estas nacionalidades: rumanos, letones, estonios, fineses, griegos, afganos, iraníes, chinos, búlgaros y macedonios. Un gran número de miembros de estas minorías nacionales fue encarcelado o ejecutado. La policía secreta también deportó a más de doscientos mil coreanos que vivían en las regiones limítrofes de Asia Central, una medida justificada para impedir «que penetrase el espionaje japonés»[86]. Adicionalmente, la policía secreta condujo una operación especial contra los llamados harbinitas, trabajadores del ferrocarril China-Manchuria, cuya sede central estaba en Harbin, China, aunque operasen bajo las órdenes del gobiernos soviético. Estos trabajadores eran en su mayoría rusos étnicos, y retornaron a la Unión Soviética una vez que el ferrocarril fue vendido al gobierno de Manchuria, controlado por los japoneses en 1935. Yezhov declaró que la inmensa mayoría de los harbinitas «pertenecen al servicio secreto japonés, que los ha estado enviando a la Unión Soviética durante los últimos años» para que trabajasen como «espías, terroristas y saboteadores»[87].

Los documentos de la policía secreta se referían a las operaciones nacionales como dirigidas contra «las nacionalidades de los gobiernos extranjeros»[88]. Este lenguaje deja bien claro que, a pesar de que estas nacionalidades de la diáspora habían residido en el Imperio ruso durante décadas, si no siglos, la policía secreta los consideraba leales a su país de

origen antes que a la Unión Soviética. Al mismo tiempo, el hecho de que las operaciones nacionales también señalasen a los harbinitas —rusos étnicos que habían trabajado en la obra del ferrocarril entre China y Manchuria— indica que estas represiones no eran el producto del chovinismo ruso. De hecho, a finales de los años treinta la policía secreta ya apuntaba a cualquiera, incluyendo a muchas personas de etnia rusa, que tuviese conexiones con naciones extranjeras.

Las operaciones nacionales no buscaban exterminar nacionalidades enteras. Las autoridades soviéticas ejecutaron solo a los alemanes, polacos, etcétera que juzgaron (sumariamente) que se dedicaban al sabotaje y al espionaje. Para los líderes soviéticos, la unidad no significaba pureza racial u homogeneidad étnica. Como se discutió anteriormente, la política soviética sobre las nacionalidades llegó incluso a promover cierto desarrollo de las culturas de las minorías. Los funcionarios soviéticos también alabaron los matrimonios mixtos y la mezcolanza de los grupos étnicos, a diferencia de lo ocurrido en otros países (Alemania, Estados Unidos, Reino Unido, Francia, …) que alertaron contra el mestizaje. Frente al proyecto nazi, que solo era para los alemanes o arios, el proyecto soviético incluiría a todo el mundo[89]. Las víctimas de las operaciones nacionales no fueron señaladas por razones raciales o de índole nacionalista, sino porque, a ojos de Stalin, eran potenciales espías y saboteadores.

Las sospechas de los líderes soviéticos tenían cierta base. Alemania, Japón y Polonia, por ejemplo, espiaron a la Unión Soviética, igual que hubo espías soviéticos en estas naciones[90]. Los tres países también compartieron entre sí información de inteligencia sobre las capacidades militares soviéticas. Pero la escala del espionaje era bastante limitada y en modo alguno justificaba el arresto y la ejecución de cientos de miles de personas. Los archivos del ministro de Asuntos Exteriores alemán muestran que de los cerca de mil cien alemanes que fueron arrestados por la policía secreta soviética a finales de los años treinta solo dos se dedicaban al espionaje. Y de los casi cien mil polacos arrestados en las operaciones nacionales, pocos, si es que alguno era espía, porque por entonces las agencias de inteligencia polacas habían dejado incluso de intentar reclutar a polacos soviéticos[91]. La medida de Stalin y Yezhov era arrestar a un gran número de personas para coger a cualquier posible espía u opositor del régimen. Yezhov llegó a instruir a los agentes de la policía secreta para que se equivocasen por exceso al realizar los arrestos.

El ingente número de arrestos y ejecuciones de 1937-1938 perturbó el funcionamiento normal de la sociedad y la economía. El miedo y la desconfianza impidió que los miembros del partido trabajasen conjuntamente. Los directores de las industrias dejaron de tener iniciativas por miedo a que los denunciasen por sabotaje si algo salía mal. La disciplina laboral se deterioró y el crecimiento económico se

detuvo. Finalmente, Stalin ordenó detener la ola de violencia. En noviembre de 1938 una resolución del gobierno muy crítica con los excesos de la policía secreta abolió los juicios sumarios. A pesar de que Yezhov había actuado bajo la meticulosa supervisión de Stalin, Stalin lo tomó como chivo expiatorio y lo apartó del poder. Al año siguiente Yezhov fue arrestado, y en 1940 fue fusilado. Cientos de otros miembros del NKVD siguieron la misma suerte[92].

Stalin creía aparentemente que con el enorme número de arrestos y ejecuciones de finales de los años treinta había eliminado a los enemigos internos y reforzado al Estado soviético. En el 18 Congreso del Partido en 1939, Stalin proclamó «que, en caso de guerra, seremos mucho más fuertes que el resto de los países, gracias a la unidad y la uniformidad interna»[93]. Décadas después Mólotov haría unas declaraciones similares, usando «1937» como referencia abreviada a los arrestos y las ejecuciones de ese periodo: «El 37 fue necesario. Si consideráis que tras la revolución […] había enemigos de toda clase por todas partes, y que nos enfrentábamos al peligro de una agresión fascista, la unidad era necesaria. Le debemos al 37 que no tuviésemos que enfrentarnos a una quinta columna durante la guerra»[94]. Es cierto que los dirigentes estalinistas no tuvieron que luchar contra ninguna oposición interna seria durante la Segunda Guerra Mundial. No obstante, esto no se debió tanto a los arrestos preventivos como al auge del patriotismo generado por la arremetida nazi.

Lejos de preparar al país para la guerra, la Gran Purga, las operaciones masivas del NKVD y las operaciones nacionales lo debilitaron. Cerca de dos millones de ciudadanos languidecían en el Gulag. Miles de administradores del partido y gestores económicos capaces estaban encarcelados o habían sido ejecutados. Especialmente dañina fue la pérdida de liderazgo. Al inicio de la guerra, el Ejército Rojo sufrió horribles pérdidas porque muchos de sus comandantes apenas tenías experiencia. De hecho, el régimen estalinista estuvo a punto de no sobrevivir a la invasión nazi; el ejército alemán llegó a las puertas de Moscú, donde se detuvo a finales de 1941. Como veremos, la Unión Soviética ganó la Segunda Guerra Mundial a pesar de la violencia de Estado estalinista, no gracias a ella.

[1] XVII s"ezd VKP(b), 26 ianv.-10 fevr. 1934 g. Sten. Otchet. Moscow, 1934, p. 15.

[2] Golfo Alexopoulos, *Stalin's Outcasts: Aliens, Citizens, and the Soviet State, 1926–1936*. Ithaca, NY, 2002.

[3] Boris Groys, *The Total Art of Stalinism*. Princeton, NJ, 1992.

[4] Citado en Jeffrey Brooks, *Thank You, Comrade Stalin*. Princeton, NJ, 2000, p. 108.

[5] Ambos discursos aparecen publicados en H. G. Scott, ed. *Problems of Soviet Literature: Reports and Speeches at the First Soviet Writers' Congress*. Moscow, 1935.

[6] Para profundizar en el realismo en la literatura, véase Thomas Lahusen, *How Life Writes the Book: Real Socialism and Socialist Realism in Stalin's Russia*. Ithaca, NY, 1997; Evgeni Dobrenko, *Political Economy of Socialist Realism*. New Haven, CT, 2007.

[7] Jonathan Brooks Platt, *Greetings, Pushkin! Stalinist Cultural Politics and the Russian National Bard*. Pittsburgh, PA, 2016.

[8] Citado en Katerina Clark, *Petersburg, Crucible of Cultural Revolution*. Cambridge, MA, 1995, p. 157; Maurice Friedberg. *Russian Classics in Soviet Jackets*. New York, NY, 1962, p. 12.

[9] Karen Petrone, *Life Has Become More Joyous, Comrades: Celebrations in the Time of Stalin*. Bloomington, IN, 2000.

[10] Angela Brintlinger, *Writing a Usable Past: Russian Literary Culture, 1917–1937*. Evanston, IL, 2008.

[11] *Sovetskoe iskusstvo*, November 17, 1935, p. 2.

[12] Para profundizar en este asunto, véase Katerina Clark y Evgeny Dobrenko, eds. *Soviet Culture and Power: A History in Documents, 1917–1953*. New Haven, CT, 2007.

[13] *Pravda*, 6 de diciembre de 1935, p. 3.

[14] Evgeni Dobrenko. *Stalinist Cinema and the Production of History*. New Haven, CT, 2008

[15] Citado en D. L. Brandenberger y A. M. Dubrovsky, "The People Need a Tsar". *Europe-Asia Studies* 50: 5, p. 880. Véase también Kevin Platt y David Brandenberger, eds., *Epic Revisionism: Russian History and Literature as Stalinist Propaganda*. Madison, WI, 2006.

[16] Peter Blitstein, "Nation-Building or Russification? Obligatory Russian Instruction in the Soviet Non-Russian School, 1938–1953". En Ronald Grigor Suny y Terry Martin (eds.), *A State of Nations: Empire and Nation-State in the Age of Lenin and Stalin*. Oxford, UK, 2001.

[17] Serhy Yekelchyk, *Stalin's Empire of Memory: Russian-Ukrainian Relations in the Soviet Historical Imagination.* Toronto, 2004.

[18] Terry Martin, *The Affirmative Action Empire*, pp. 444–45.

[19] Nicholas Timasheff, *The Great Retreat: The Growth and Decline of Communism in Russia*. New York, NY, 1946.

[20] Citado en Sarah Davies, "The Leaders Cult: Propaganda and its Reception in Stalin's Russia". En John Channon (ed.), *Politics, Society and Stalinism in the USSR*, New York, NY, 1998, p. 117.

[21] Citado en Regine Robin, "Stalinism and Popular Culture". En Hans Gunther (ed.), *The Culture of the Stalin Period*. New York, NY, 1990, p. 29.

[22] RGASPI f. 17, op. 120, d. 146, l. 34.

[23] *Letchiki: Sbornik rasskazov*, Moscow, 1938, p. 567.

[24] *Pravda*, 15 de Agosto de 1936, p. 1.

[25] Jan Plamper, *The Stalin Cult*. New Haven, CT, 2012.

[26] Véase Sarah Davies, "Stalin and the Making of the Leader Cult in the 1930s". En B. Apor et al. (eds.) *The Leader Cult in Communist Dictatorships*. New York, NY, 2004, p. 122.

[27] GARF f. 5446, op. 18a, d. 2753, l. 15.

[28] Sarah Davies, *Popular Opinion in Stalin's Russia: Terror, Propaganda and Dissent,*

1934–1941. New York, NY, 1997, pp. 171, 173.

[29] Citado en Simon Sebag Montefiore, *Stalin: The Court of the Red Tsar*. London, UK, 2003, p. 4.

[30] RGASPI f. 85, op. 29, d. 640, ll. 3–7. Para un tratamiento completo del récord de Stajánov, véase Lewis Siegelbaum. *Stakhanovism and the Politics of Productivity in the USSR, 1935–1941*. New York, NY, 1988), pp. 67–74.

[31] Janucy K. Zawodny, "Twenty-six Interviews with Former Soviet Factory Workers". *Hoover Institution Archives*, 11/22.

[32] Para profundizar en el tema de la Nueva Persona, véase Peter Fritzsche y Jochen Hellbeck, "The New Man in Stalinist Russia and Nazi Germany" En Sheila Fitzpatrick y Michael Geyer (eds.), *Beyond Totalitarianism: Stalinism and Nazism Compared*. Cambridge, UK, 2009.

[33] *Labour in the Land of Socialism: Stakhanovites in Conference*. Moscow, 1936, p. 15.

[34] *Labour in the Land of Socialism*, pp. 126–27, 220 y 216–17, respectivamente.

[35] Citado en Siegelbaum, p. 231.

[36] Citado en Jochen Hellbeck, *Revolution on My Mind: Writing a Diary under Stalin*. Cambridge, MA, 2006, pp. 74–75.

[37] GARF f. 5446, op. 18a, d. 2753, l. 26.

[38] I. V. Stalin, *Sochineniia*. Vol. 1 [XIV], ed. Robert H. McNeal. Stanford, CA, 1967, pp. 89–90.

[39] Amy Randall. *The Soviet Dreamworld of Retail Trade and Consumption in the 1930s*. New York, NY, 2008.

[40] Davies, *Popular*, pp. 26–27.

[41] Julie Hessler, *A Social History of Soviet Trade*. Princeton, NJ, 2004, p. 198.

[42] Davies, *Popular*, pp. 35–39.

[43] Wendy Goldman, *Women at the Gates: Gender and Industry in Stalin's Russia*. New York, NY, 2002, pp. 1, 269; TsMAM f. 2872, op. 2, d. 220, ll. 61–63; A. A. Tverdokhleb, "Chislennost' i sostav rabochego klassa Moskvy v 1917–1937 gg.". *Vestnik Moskovskogo universiteta* ser. 9, 1970, no. 1.

[44] David L. Hoffmann, *Peasant Metropolis: Social Identities in Moscow, 1929–1941*. Ithaca, NY, 1994, pp. 42, 119.

[45] L. I. Kovalev. *Metro: Sbornik posviashchennyi pusku moskovskogo metropolitena*. Moscow, 1935, p. 209.

[46] Goldman, pp. 227–28.

[47] Véase Mary Buckley, *Mobilizing Soviet Peasants: Heroines and Heroes of Stalin's Fields*. Latham, MD, 2006.

[48] Melanie Ilic, *Women Workers in the Soviet Interwar Economy: From "Protection" to "Equality"*. London, UK, 1999, p. 109.

[49] *Komsomol'skaia pravda*, 5 de febrero de 1937, p. 2, Citado en Elena Shulman, *Stalinism on the Frontier of Empire: Women and State Formation in the Soviet Far East*. New York, NY, 2008, p. 1.

[50] Para profundizar en el tema, véase Choi Chatterjee, *Celebrating Women: Gender, Festival Culture and Bolshevik Ideology, 1910–1939*. Pittsburgh, PA, 2002; Barbara Evans Clements, Barbara Alpern Engel y Christine Worobec, eds., Russia's Women. Berkeley, CA, 1991; Elizabeth Wood, *The Baba and the Comrade: Gender and Politics in Revolutionary Russia*. Bloomington, IN, 1997.

[51] Timasheff, pp. 192–98.

[52] *Sobranie zakonov i rasporiazhenii*, no. 34 (21 de julio de 1936), 510–11; RGASPI f. 17, op. 3, d. 976, l. 4; RGASPI f. 17, op. 3, d. 980, l. 1; d. 982, ll. 126–30.

[53] *Martenovka*, 1 de mayo de1936, 5; Rabotnitsa i krest'ianka 1936, no. 15, 5; no. 2, 20.

[54] *Sobranie zakonov i rasporiazhenii raboche-krest'ianskogo pravitel'stva Soiuza*

Sovetskikh Sotsialisticheskikh Respublik, no. 34 (21 de julio de 1936), pp. 515–16.

[55] N. V. Krylenko, "Ob izmeneniiakh i dopolneniiakh kodeksov RSFSR," Sovetskaia iustitsiia 1936, no. 7, citado en Dan Healey, *Homosexual Desire in Revolutionary Russia*. Chicago, IL, 2001, p. 196.

[56] Para ahondar en este asunto, véase Frances Bernstein, *The Dictatorship of Sex: Lifestyle Advice for the Soviet Masses*. DeKalb, IL, 2007.

[57] *Rabotnitsa* 1936, no. 17, p. 5, Citado en Lynne Attwood, *Creating the New Soviet Woman: Women's Magazines as Engineers of Female Identity, 1922–1953*. New York, NY, 1999, p. 116; *Pravda*, 28 de mayo de 1936, p. 1.

[58] GARF f. 5446, op. 18a, d. 2753, ll. 15, 22, 26, 35; *Izvestiia* May 29, 1936, pp. 3–4; May 30, 1936, p. 3; June 2, 1936, p. 3.

[59] GARF f. 5446, op. 18a, d. 2753, l. 85; RGAE f. 1562 s.ch., op. 329, d. 407, ll. 22–25.

[60] *Sovetskaia iustitsiia* 1936, no. 34, p. 16; RGAE f. 1562 s.ch., op. 329, d. 407, l. 25; TsMAM f. 819, op. 2, d. 27, ll. 12–15.

[61] Frank Lorimer, *The Population of the Soviet Union*. Geneva, 1946), p. 134; Ansley Coale et al., *Human Fertility in Russia Since the Nineteenth Century*. Princeton, NJ, 1979, p. 16.

[62] Matthew Lenoe, *The Kirov Murder and Soviet History*. New Haven, CT, 2010.

[63] Karl Radek confesó todos los cargos y fue condenado a diez años de prisión, pero después lo asesinaron en el Gulag; Yuri Slezkine, *The House of Government*. Princeton, NJ, 2017, pp. 723–33.

[64] Véase Peter Whitewood, *The Red Army and the Great Terror*. Lawrence, KS, 2015.

[65] Wendy Goldman, *Inventing the Enemy: Denunciation and Terror in Stalin's Russia*. Cambridge, UK, 2011.

[66] Citado en Orlando Figes, *The Whisperers: Private Life in Stalin's Russia*, p. 246.

[67] Eugenia Ginzburg, *Journey into the Whirlwind*. New York, NY, 1967, p. 83 [*El vertigo*. Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2012].

[68] *V. Rogovin, Partiia rasstreliannykh*. Moscow, 1997, pp. 487–89; O. F. Suvenirov, *Tragediia R.K.K.A., 1937–1938*. Moscow, 1998, p. 315, citado en Figes, pp. 238–39.

[69] Para profundizar en el tema de los viejos bolcheviques y su destino, véase Slezkine, Véase también Karl Schlögel, *Terror und Traum: Moskau 1937*. Munich, 2008.

[70] Oleg Khlevniuk, *In Stalin's Shadow: The Career of Sergo Ordzhonikidze*. Armonk, NY, 1995.

[71] Nicolas Werth, "The Mechanism of a Mass Crime" En Robert Gellately et al. (eds.) *The Specter of Genocide*. Cambridge, UK, 2003, p. 217; Werth, "A State against its People" En Stephane Courtois (ed.), *The Black Book of Communism*. Cambridge, MA, 1999, p. 204. Werth apunta que estas cifras no incluyen «suplementos de ejecuciones no ratificadas» —quienes murieron durante las investigaciones preliminares o a causa de la tortura—; con esa adición la cifra estimada de muertes en el periodo 1937–38 ascendería a ochocientas mil.

[72] Mark Junge, Gennadii Bordiugov y Rolf Binner, *Vertikal' bol'shogo terrora: Istoriia operatsii po prikazu NKVD* no. 00447. Moscow, 2008.

[73] Robert Conquest, *The Great Terror*. New York, NY, 1968.

[74] Sarah Davies y James Harris, *Stalin's World: Dictating the Soviet Order.* New Haven, CT, 2014. Véase también Gabor Rittersporn, "The Omnipresent Conspiracy: On Soviet Imagery of Politics and Social Relations in the 1930s". En Nick Lampert y Gabor Rittersporn (eds.), *Stalinism: Its Nature and Aftermath.* Armonk, NY, 1992.

[75] Vladimir Khaustov, "Razvitie sovetskikh organov gosudarstvennoi bezopasnosti: 1917–1953 gg.". *Cahiers du monde russe* 42: 2–4 (Avril-Décembre 2001), pp. 369–70.

[76] I. V. Stalin, *Sochineniia*. Moscow, 1946–52, vol. 13, p. 209.

[77] Stephen Wheatcroft, "Agency and Terror". *Australian Journal of Politics and History* 53: 1 (2007), p. 30.

[78] Para profundizar en el papel de la policía secreta, véase David Shearer, *Policing Stalin's Socialism*. New Haven, CT, 2009; Paul Hagenloh, *Stalin's Police*. Washington, DC, 2009. Sobre el Sistema judicial, véase Peter H. Solomon, *Soviet Criminal Justice under Stalin*. Cambridge, UK, 1996.

[79] J. Arch Getty y Oleg Naumov, *The Road to Terror*. New Haven, CT, 1999, pp. 473–74.

[80] A. G. Latyshev, "Riadom so Stalinym". *Sovershenno sekretno*, no. 12 (1990), p.19, Citado en Kevin McDermott. *Stalin*. New York, NY, 2006, p. 88.

[81] Sobre la visión maniquea del mundo de los miembros del Partido Comunista, véase Igal Halfin, *Terror in My Soul: Communist Autobiographies on Trial*. Cambridge, MA, 2003.

[82] Oleg V. Khlevniuk, *A History of the Gulag*. New Haven, CT, 2004), p. 165; Martin, p. 338.

[83] Stalin, *Sochineniia*, vol. 1 [XIV], p. 197.

[84] Khlevniuk, *History of the Gulag*, pp. 144–45.

[85] Martin, p. 337.

[86] *Stalinskie deportatsii, 1928–1953*, comp. N. I. Povol' y M. Polian, Moscow, 2005, p. 83. Véase también Michael Gelb. "An Early Soviet Ethnic Deportation: The Far Eastern Koreans". *The Russian Review*, 54: 3 (1995).

[87] Citado en Barry McLoughlin, "Mass Operations of the NKVD, 1937–1939". En Barry McLoughlin y Kevin McDermott (eds.), *Stalin's Terror*. Basingstoke, UK, 2003), p. 122

[88] Martin, pp. 337–38.

[89] Para una aproximación que aplica el término «genocidio» al caso soviético, pero aun así apunta a diferencias entre el caso nazi y la violencia de Estado soviética, véase Norman M. Naimark, *Stalin's Genocides*. Princeton, NJ, 2010, pp. 122–28,

[90] Para ahondar en este asunto, véase Hiroaki Kuromiya, *The Voices of the Dead*. New Haven, CT, 2007, pp. 131–32, 256.

[91] Stephen Kotkin, *Stalin: Waiting for Hitler, 1929–1941*. New York, NY, 2017, pp. 485–87.

[92] Marc Jansen y Nikita Petrov, *Stalin's Loyal Executioner: People's Commissar Nikolai Ezhov, 1895–1940*. Stanford, CA, 2002.

[93] xviii s"ezd Vsesoiuznoi kommunisticheskoi partii (b): 10–21 marta 1939 g.: Stenograficheskii otchet. Moscow, 1939, pp. 26–27.

[94] Citado en Oleg V. Khlevniuk, *Master of the House: Stalin and His Inner Circle*. Trad. Nora Seligman Favorov. New Haven, CT, 2009, p. 174.

4. La Segunda Guerra Mundial (1939-1945)

PARA LA UNIÓN SOVIÉTICA, LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL representó un cataclismo de inmensas proporciones. La invasión de la Alemania nazi destruyó ciudades soviéticas, mató a millones de personas y casi termina con la conquista del país. Vastos territorios cayeron bajo la ocupación nazi, y sus poblaciones fueron objeto de un trato brutal: expropiaciones, esclavitud y masacres genocidas. En pocos meses, la invasión de junio de 1941 llevó a los nazis a las afueras de Moscú, donde el Ejército Rojo finalmente detuvo su avance y salvó la capital. Pero al año siguiente, las fuerzas alemanas alcanzaron el río Volga. Allí, en la ciudad de Stalingrado, se libró la mayor batalla de la historia de la humanidad. Aunque el Ejército Rojo terminó venciendo esa batalla y la guerra, la mayoría del país quedó en ruinas y veintisiete millones de ciudadanos soviéticos perdieron la vida.

En ciertos aspectos, el sistema soviético estaba bien preparado para la guerra. La economía estalinista planificada era esencialmente una economía de guerra incluso antes de la guerra. El gobierno soviético demostró ser efectivo a la hora de movilizar a la población, y la victoria en la guerra parecía ser un refrendo tanto del empeño de la industrialización como del propio sistema estalinista. La cifra de veintisiete millones de muertos sí ha llevado a los historiadores a plantearse la eficacia del sistema y en particular el liderazgo de Stalin. A Stalin se debieron las catastróficas pérdidas del principio de la guerra, cuando, a pesar de las advertencias de la inteligencia sobre la inminente invasión alemana, no consiguió poner a las tropas soviéticas en alerta. En el primer día de la guerra, la fuerza aérea soviética fue diezmada mientras el Ejército Rojo perdía a miles de soldados, capturados o muertos. Solo tras cuatro años de sufrimiento y derramamiento de sangre derrotó finalmente la Unión Soviética a la Alemania nazi, gracias sobre todo al heroísmo y los sacrificios de los soldados y los civiles soviéticos.

El análisis de la guerra debe empezar con la diplomacia prebélica que

configuró el curso de la contienda. En vez de concluir una alianza con el Reino Unido o Francia contra la Alemania nazi, los líderes del partido firmaron el Pacto de no agresión Germano-Soviético de 1939, un acuerdo que Alemania rompió con su invasión de la Unión Soviética en 1941. Cómo consiguió recuperarse el país de las calamitosas derrotas del principio de la guerra para frenar y finalmente vencer al ejército alemán es el tema de este capítulo. Los triunfos militares del Ejército Rojo en las batallas de Moscú, Stalingrado y Kursk fueron claves para ganar la guerra, pero las contribuciones de los civiles al esfuerzo bélico también resultaron decisivas. Las medidas que arrastró la brutal ocupación nazi provocaron la resistencia de los partisanos, que combatieron tras las líneas. Además, los esfuerzos hercúleos de los obreros industriales demostraron ser vitales para proveer los tanques, los aviones y las armas que la guerra requería. Los papeles desempeñados por ambos sexos durante la guerra cambiaron a medida que las mujeres pasaron a ser una mayoría en las factorías y las granjas colectivas, y un gran número de mujeres también se incorporó al ejército. La guerra afectó profundamente a la sociedad soviética, y la victoria en la guerra cambió el propio curso de la historia.

Diplomacia prebélica

La irrupción de los nazis en Alemania en los años treinta supuso una amenaza existencial para la Unión Soviética y otros países europeos. Hitler había sido muy explícito en cuanto a sus planes de conquistar los pueblos eslavos del este y establecer un imperio germano sobre territorios que incluían la Unión Soviética. Tras hacerse con el poder en 1933, empezó a construir una inmensa maquinaria de guerra, violando el Tratado de Versalles y provocando la alarma en Europa entera. Habría tenido desde luego sentido para la Unión Soviética formar una alianza con otros países amenazados por los nazis. Pero en vez de eso, el gobierno soviético sorprendió al mundo entero firmando un tratado de no agresión con los nazis, su archienemigo. El Pacto Germano-Soviético propició la invasión alemana de Polonia y el comienzo de la Segunda Guerra Mundial en Europa. ¿Por qué no llegó a fraguar la Unión Soviética alguna alianza antinazi? ¿Por qué escogió en cambio firmar un acuerdo con Alemania?

En primer lugar, debemos apuntar que los dirigentes soviéticos creían que la guerra contra los países capitalistas era inevitable. Aunque algunos comentaristas habían afirmado que Hitler había embaucado a Stalin haciéndole creer que podría evitar la guerra con un pacto nazi-soviético, ni Stalin ni ningún otro líder del partido se hacía ilusiones en cuanto a poder impedir el conflicto militar indefinidamente[1]. De hecho, sus preparativos para la guerra fueron evidentes en los años

treinta, en los que la producción soviética de defensa creció exponencialmente, mientras el tamaño del Ejército Rojo se triplicaba prácticamente a lo largo de la década[2]. Para conseguir más tiempo para estos preparativos, los líderes soviéticos firmaron el pacto con los nazis, con la esperanza de posponer la guerra al menos unos años. De acuerdo con las memorias de Mólotov, «Stalin estimaba antes de la guerra que solo en 1943 estaríamos preparados para enfrentarnos a Alemania de igual a igual»[3].

En segundo lugar, hemos de tener en cuenta la abrumadora situación geopolítica que los dirigentes comunistas afrontaban a finales de los años treinta. La Unión Soviética tenía que defender más kilómetros de frontera que ningún otro país en el mundo, y la Alemania nazi no era el único país que suponía una amenaza[4]. En el borde occidental, los países bálticos, Polonia y Rumanía albergaban sentimientos hostiles hacia la Unión Soviética. Al este, la agresión japonesa amenazaba Siberia, especialmente tras la invasión japonesa de Manchuria en 1931 y de la propia China en 1937. Las tropas japonesas pusieron a prueba una y otra vez las defensas fronterizas soviéticas, primero en la batalla del Lago Jasán y en la batalla de Jaljin Gol en el verano de 1939. Una decisiva victoria soviética en la segunda de estas batallas contribuyó a disuadir a los japoneses de intentar otras agresiones, aunque el ejército soviético se enfrentaba a una posibilidad real de tener que combatir en dos frentes. De hecho, Mólotov firmó el Pacto Germano-Soviético en agosto de 1939, durante la batalla de Jaljin Gol. Además de prevenir un enfrentamiento con los nazis, el pacto indujo a los japoneses a abandonar su idea de aliarse con los alemanes contra la Unión Soviética para hacerse con Siberia oriental. En vez de eso, Japón volvió la vista de sus ambiciones expansionistas hacia el sudeste de Asia, y la Unión Soviética evitó una guerra en dos frentes.

En tercer lugar, los dirigentes no confiaban en el Reino Unido, Francia o Polonia, a pesar de que la Alemania fuera su enemigo común. Por ser capitalistas, ingleses y franceses eran considerados rivales. Incluso a finales de los años treinta, cuando la Alemania nazi se convirtió claramente en una amenaza mayor, sospecharon que el Reino Unido y Francia trataban de empujar a Hitler hacia el este en vez de enfrentarse a él. La Conferencia de Múnich en 1938 parecía confirmar esta visión, pues tanto el Reino Único como Francia trataron de apaciguar a Hitler dejándole hacerse con parte de Checoslovaquia. Los dirigentes estalinistas tampoco confiaban en Polonia, a la que consideraban más una nación enemiga que una potencial aliada. Tras la Guerra polaco-soviética de 1920, las relaciones entre ambos países habían seguido siendo tensas. Durante la década de 1930, los líderes del partido tacharon a Polonia y su gobierno de derechas de «Estado fascista».

Por su parte, los dirigentes británicos, franceses y polacos tampoco

estaban dispuestos a aliarse con la Unión Soviética. Consideraban que el gobierno comunista les era hostil, y también dudaban de que el ejército soviético fuese de gran ayuda en una eventual guerra contra los alemanes. El ministro de Asuntos Exteriores soviético Maxim Litvínov, trató de procurar una seguridad colectiva para su país, pero las negociaciones trilaterales con el Reino Unido y Francia no llegaron a buen puerto. El Reino Unido y Francia querían que la Unión Soviética se les uniera en cuanto a garantizar la seguridad de Polonia frente a una eventual agresión alemana, pero no quisieron asegurar la seguridad de la Unión Soviética por su parte en caso de que tal agresión afectase al suelo soviético. En cualquier caso, Polonia no quería firmar acuerdo alguno con la Unión Soviética, ante todo para no provocar a los alemanes. Stalin abandonó finalmente el objetivo de la seguridad colectiva y remplazó a Litvínov con Mólotov, que era más partidario de cerrar un trato con Alemania (véase ilustración 4.1)[5].

Ilustración 4.1 Viacheslav Mólotov firmando el Pacto de no agresión Germano-Soviético de 1939. El ministro de Asuntos Exteriores alemán von Ribbentrop está de pie detrás de él (a la izquierda), al lado de Stalin

El Pacto Germano-Soviético dio a los líderes soviéticos la esperanza de que podrían posponer cualquier confrontación con Hitler, pues contaban con que Alemania se enzarzaría en primer lugar con Francia y el Reino Unido. El conflicto debilitaría a las tres naciones y ofrecería a la Unión Soviética un tiempo precioso para seguir industrializándose y

reforzándose militarmente. El pacto también contenía protocolos secretos que designaban «esferas de influencia», por los que Alemania conservaba el derecho a quedarse con la mayor parte de Polonia mientras la Unión Soviética se reservaba el control del este de Polonia, los países bálticos, parte de Finlandia y Besarabia, una región de Rumanía. Tras la rápida conquista de Polonia por parte de Alemania a principios de septiembre de 1939, la Unión Soviética invadió y ocupó el este de Polonia. Después forzó a Estonia, Letonia y Lituania a permitir que las tropas soviéticas se estacionaran en su suelo, tras lo cual, al siguiente verano, se produjo la anexión forzosa de las repúblicas bálticas. A finales de noviembre de 1939, el Ejército Rojo invadió Finlandia, donde sufrió grandes pérdidas contra el ejército finlandés, mucho más pequeño. Las debacles militares en la llamada Guerra de Invierno revelaron la endeblez del Ejército Rojo, aunque al final Finlandia fue obligada a ceder una parte de su territorio.

El Pacto Germano-Soviético dio pues por resultado la expansión de la Unión Soviética a lo largo de su frontera occidental. La adquisición del este de Polonia permitió a las autoridades soviéticas incorporar las poblaciones occidentales de Bielorrusia y Ucrania, eliminando así, aparentemente, el riesgo de agitaciones fronterizas. Tanto allí como en los países bálticos el ejército soviético empezó la construcción de nuevas defensas fronterizas, mientras la policía secreta llevaba a cabo arrestos masivos de nacionalistas y otras personas que se oponían a la sovietización[6]. La invasión alemana de Polonia, y la subsiguiente declaración de guerra a Alemania por parte del Reino Unido y Francia, también parecía servir a los intereses soviéticos. Stalin comentó al líder del Comintern, Georgi Dimitrov, que la eliminación de Polonia significaba «un Estado fascista menos contra el que luchar», y también aprobó que los países capitalistas «tengan que dejarse la piel en la pelea y debilitarse mutuamente»[7].

Viéndolo en retrospectiva, sin embargo, el Pacto Germano-Soviético fue una considerable metedura de pata. El fracaso de la Unión Soviética y otras naciones a la hora de forjar una alianza antinazi ofreció a Hitler una enorme ventaja estratégica. Al conquistar primero Polonia, después Francia, y solo posteriormente la Unión Soviética, Alemania pudo evitar una guerra en dos frentes. Y tampoco es que el pacto con los nazis concediera a los soviéticos demasiado tiempo. En vez de enfrentarse a un callejón sin salida en el frente occidental durante cuatro años como en la Primera Guerra Mundial, Alemania derrotó a Francia en solo seis semanas en 1940. Aunque el Reino Unido no se rindió, no pudo plantar cara a los nazis en el continente, dejando al ejército alemán las manos libres para volverse al este en 1941 e invadir la Unión Soviética. Al ejército soviético le faltó tiempo para construir barreras defensivas sólidas en la frontera, quedando de hecho más vulnerable que antes de hacerse con el este de Polonia, los países bálticos, parte de Finlandia y

Besarabia. Las poblaciones de estos lugares recrudecieron su sentimiento antisoviético, y algunos, como los finlandeses y los rumanos, se unieron a los nazis en su ataque contra la Unión Soviética. Finalmente, el Pacto Germano-Soviético dañó gravemente la reputación internacional de los soviéticos. Tras haberse mostrado con anterioridad duramente crítico con el fascismo, el gobierno soviético firmaba ahora un acuerdo con la Alemania nazi e invadía junto a ella un país pequeño. Los observadores de todo el mundo condenaron la agresión soviética, y muchos comunistas extranjeros rompieron sus carnés del partido en señal de repulsa.

Stalin cometió un error aún mayor al no conseguir poner sus tropas en alerta ante la inminente invasión nazi. Los oficiales de la inteligencia británica le habían advertido de que Hitler estaba preparando una ofensiva e incluso le dieron detalles precisos de las fechas en las que pensaba realizarla. Pero Stalin se negó a creerles, sospechando que Gran Bretaña trataba de arrastrar a la Unión Soviética a una guerra contra Alemania. Las inteligencia soviética también notificó a Stalin que el ataque alemán estaba cercano, pero Stalin también desoyó esas advertencias, creyendo que los alemanes nunca empezarían una guerra en el este antes de derrotar al Reino Unido en el oeste. Stalin se engañaba a sí mismo al pensar que Hitler usaría su reciente reagrupamiento de tropas para lanzar un ultimátum y solicitar territorios a los soviéticos, pero no para invadirlos. Aquí la hipercentralización del poder en el sistema estalinista demostró ser un lastre, porque los errores de juicio de Stalin no pudieron ser contrapesados y las fuerzas armadas soviéticas quedaron a merced del enemigo[8]. El error de Stalin costó millones de vidas soviéticas, y casi le cuesta al país su misma existencia.

La invasión alemana y la batalla de Moscú

Justo antes de que amaneciera la mañana del 22 de junio de 1941, Alemania realizó una invasión masiva de la Unión Soviética. Con más de tres millones de soldados, tres mil seiscientos tanques y dos mil setecientos aviones, el ejército alemán aplastó las defensas fronterizas soviéticas. La orientación ofensiva de la doctrina militar soviética se tradujo en que muchas tropas, aviones y tanques fuesen estacionados en posición al frente y quedasen pues a merced de un ataque sorpresa. Miles de soldados del Ejército Rojo fueron rodeados y capturados antes incluso de saber que la guerra había comenzado. Los bombarderos alemanes destruyeron buena parte de la fuerza aérea soviética sobre el suelo durante el primer día de la guerra. Incluso después de haber sido informados de la invasión, Stalin y el Comisario de Guerra Semión Timoshenko creyeron de inicio que se trataba solamente de una

provocación y ordenaron a las tropas soviéticas no disparar.

El general Iván Boldin, comandante de remplazo del Distrito Militar Oeste, narraría después una llamada telefónica que recibió del Kremlin durante las primeras horas de la guerra. Timoshenko le dijo: «Camarada Boldin, recuerde que no hay que emprender acción alguna contra los alemanes sin nuestro conocimiento […] El camarada Stalin ha prohibido que la artillería abra fuego contra los alemanes». Boldin expresó su incredulidad respondiéndole a gritos: «Nuestras tropas se retiran en desbandada. Pueblos enteros están en llamas y están matando a la gente en todas partes». Sin comprender todavía la situación, Timoshenko autorizó tan solo algunos reconocimientos aéreos limitados, a lo cual Boldin respondió que sería imposible de todos modos, «puesto que los nazis han destruido prácticamente toda nuestra fuerza aérea en primera línea»[9]. Cuando Stalin y Timoshenko reconocieron finalmente que se trataba de una invasión alemana en toda regla, ordenaron una contraofensiva que causó más bajas incluso en un momento en que el Ejército Rojo había emprendido una retirada estratégica.

A medida que la fuerza aérea alemana bombardeaba las localidades cercanas a la frontera, los civiles huían hacia el este. Los refugiados colapsaron las carreteras, convirtiéndose en un blanco fácil para los aviones alemanes, que los ametrallaban desde las alturas. También huyeron muchos soldados. El jefe del Partido Comunista Bielorruso informaba: «La retirada ha causado un pánico ciego […] al primer bombardeo, las formaciones colapsan, muchos sencillamente huyen hacia el bosque, todo el área boscosa del frente está repleta de refugiados. Muchos tiran sus armas y se van a casa. Contemplan la posibilidad de ser rodeados con extrema ansiedad»[10]. Los soldados del Ejército Rojo tenían buenas razones para temer ser rodeados, puesto que las tácticas alemanas de la Blitzkrieg empleaban columnas de tanques que rompían las líneas soviéticas y embolsaban a tropas muy numerosas. Cerca de dos millones de soldados del Ejército Rojo fueron capturados durante los primeros meses de la guerra.

Aprovechando el desbarajuste, el ejército nazi se adentró trescientos kilómetros en territorio soviético durante la primera semana. Para principios de agosto, ya había capturado Smolensk, y a principios de octubre ya se acercaba a Moscú. La Luftwaffe comenzó a realizar ataques aéreos nocturnos sobre la capital. Los residentes tenían que dormir en el metro de Moscú, que utilizaban como refugio antiaéreo. Cuando los alemanes renovaron su ofensiva, los líderes del partido empezaron a dudar si podrían conservar la capital. Ordenaron la evacuación de las oficinas gubernamentales, las embajadas, la universidad, los teatros, los museos y las factorías armamentísticas. Algunos edificios fueron rodeados de minas y muchos documentos del gobierno fueron quemados. Tras declarar que «Moscú estaba en peligro», el jefe del partido en Moscú, Alexander Shcherbakov, hizo un

llamamiento a los voluntarios civiles para que se unieran en la lucha al Ejército Rojo. Miles de personas engrosaron los batallones de voluntarios y fueron enviado a la batalla con escasa o ninguna preparación para ello[11].

Las evacuaciones hicieron cundir el pánico entre la población a mediados de octubre. Creyendo que la caída de Moscú sería inminente, miles de funcionarios y civiles huyeron. La gente atestaba las estaciones de tren, intentando tomar cualquiera que llevase hacia el este, mientras que los funcionarios que tenían coche huían por carretera, con o sin permiso del gobierno. Los que se quedaron en la ciudad empezaron a hacer acopio de víveres, y también se dieron algunos casos de saqueo. Pero el 17 de octubre, Shcherbakov anunció que Stalin todavía estaba en el Kremlin y que Moscú sería defendida hasta la última gota de sangre. Como explicaba la obrera Olga Sapozhnikova, el anuncio de que Stalin no había abandonado la ciudad «supuso una gran inyección de moral; parecía seguro que Moscú no se perdería»[12]. Los moscovitas se sumaron a la causa, cavando trincheras, construyendo fortificaciones, trabajando horas extras en las factorías y haciendo guardia sobre los tejados para sofocar las bombas incendiarias.

El 7 de noviembre de 1941, los líderes soviéticos celebraron el Día de la Revolución con un desfile en la Plaza Roja. Los cielos cubiertos disminuían la posibilidad de un ataque aéreo, y en desafío a las tropas alemanas que luchaban al oeste de la ciudad los miembros del Politburó visitaron el mausoleo de Lenin y pasaron revista a los soldados del Ejército Rojo que marcharon por la plaza. Con el sonido de la artillería atronando en la distancia, Stalin se dirigió a las tropas. Reconoció que estaban celebrando el aniversario de la Revolución de Octubre bajo «condiciones muy desfavorables», pero les recordó que a lo largo de la historia Rusia siempre se había defendido de las invasiones extranjeras. Concluyó su discurso con estas palabras: «¡Muerte a los invasores alemanes! ¡Larga vida a nuestro glorioso país, a su libertad y su independencia! ¡Bajo el estandarte de Lenin, hasta la victoria!»[13]. Las tropas del desfile marcharon directamente desde allí hacia el frente.

La batalla de Moscú se recrudeció durante varios meses, y a finales de noviembre las tropas alemanas ya estaban a las afueras de la ciudad. Pero en un enfrentamiento tan concentrado la superior mecanización y movilidad del ejército alemán ya no podían imponerse. Aunque los soldados soviéticos todavía sufrían por su gran escasez de tanques y aviones, lucharon ferozmente. Algunos llegaron a lanzarse, con varias granadas en las manos, bajo los tanques alemanes para destruirlos. Divisiones enteras de soldados fueron transferidas desde Siberia al frente moscovita, aportando al comandante Georgui Zhúkov tropas frescas que utilizar como refuerzos. A pesar de las horribles pérdidas, el Ejército Rojo logró detener el avance de los nazis. Hitler, que esperaba una victoria rápida, había desechado la opción de que sus tropas tuvieran

uniformes de invierno. Su línea de abastecimiento era muy estrecha, y cuando el extremo frío del invierno ruso hizo acto de presencia, la moral entre las tropas alemanas vaciló. Entonces, en diciembre, Zhúkov ordenó un contrataque. Las tropas soviéticas pasaron a la ofensiva e hicieron retirarse a los alemanes ciento cincuenta kilómetros. Moscú se había salvado[14].

Es difícil exagerar la importancia de la batalla de Moscú. Los alemanes estuvieron muy cerca de hacerse con la capital y tal vez de ganar la guerra. Pero la victoria soviética les negó la posibilidad de una victoria fulminante, y trajo consigo que la guerra continuase durante bastantes años. En un conflicto largo, la mayor población de la Unión Soviética demostraría ser decisiva contra Alemania. La batalla de Moscú también señaló la primera ocasión en la que el ejército alemán era derrotado en la Segunda Guerra Mundial. Hizo añicos el mito de la invencibilidad de los nazis, y disparó la confianza de los ciudadanos soviéticos en que la guerra podía ganarse. Quedaban años de sacrificio y sufrimiento, pero la victoria parecía ahora posible.

El sitio de Leningrado

Los planes bélicos de los nazis establecían la conquista de la Unión Soviética en unos cuantos meses. El territorio conquistado en Ucrania, Bielorrusia y la Rusia europea se convertiría en una vasta colonia germana, parte del imperio milenario que Hitler planeaba crear. En su visión, los judíos serían exterminados, los pueblos eslavos serían esclavizados o se los mataría de hambre, y una gran cantidad de nuevos territorios quedarían disponibles para que los alemanes se asentaran. Consecuentemente, los modos de la ocupación nazi fueron brutales e inmisericordes. El avance del ejército alemán a través de Ucrania y Bielorrusia dejó muchas poblaciones judías en sus manos. Los dirigentes nazis crearon fuerzas especiales dentro del ejército para llevar a cabo ejecuciones en masa de judíos. Al ocupar pueblos y aldeas, estas fuerzas especiales separaban rutinariamente a todos los miembros del Partido Comunista y a los judíos del resto de la población y los fusilaban. Tras la caída de Kiev en septiembre de 1941, la policía de seguridad nazi y las fuerzas especiales hicieron marchar a decenas de hombres, mujeres y niños judíos hasta Babi Yar, un barranco en las afueras de la ciudad, y los ametrallaron hasta matarlos a todos. De los cerca de seis millones de judíos asesinados en el Holocausto, al menos 1,3 millones fueron ciudadanos soviéticos[15].

Aunque los nazis no asesinaron sistemáticamente a los ciudadanos soviéticos que no eran judíos, directa o indirectamente mataron a millones de ellos. Cualquiera que se resistiese a la ocupación era ejecutado. Cuando los partisanos contratacaban en territorio ocupado,

las tropas alemanas, tras atraparlos, los colgaban públicamente y llevaban a cabo represalias, quemando casas y masacrando a toda la población de algunas localidades. Cuatro millones de ciudadanos soviéticos fueron deportados a Alemania para servir de mano de obra esclava; muchos de ellos trabajaron literalmente hasta morir. Siguiendo los planes nazis, el ejército alemán expropió toda la comida disponible. Los líderes nazis esperaban que unos treinta millones de soviéticos murieran de hambre durante el primer invierno de la guerra, una perspectiva que aprobaban como medio de despoblar una región que tendría que hacer sitio a los futuros colonos germanos. Muchos civiles efectivamente murieron, como murieron la mayoría de los soldados soviéticos cautivos; unos tres millones de ellos perdieron la vida en los campos de concentración alemanes durante la guerra.

El sitio de Leningrado encarnó el sufrimiento de la población soviética en manos de los alemanes. Leningrado, la segunda ciudad más grande del país, tenía algo más de tres millones de habitantes al comienzo de la guerra. A principios de septiembre de 1941, el ejército alemán, junto a sus aliados finlandeses, rodeó prácticamente toda la ciudad, cortando todas las rutas de suministro. Hitler ordenó a sus tropas que pusieran sitio a la ciudad y que matasen de hambre a su población. Para acelerar el proceso, la fuerza aérea alemana lanzó bombas incendiarias sobre los principales almacenes de alimentos y los hizo cenizas. Con las reservas de alimentos decreciendo y virtualmente ningún aporte externo, las autoridades de Leningrado tuvieron que reducir la ración de pan a doscientos cincuenta gramos diarios para cada trabajador de una fábrica, y la mitad de eso para el resto de las personas. Para estirar la ínfima cantidad de harina disponible, las panaderías hacían pan a partir de una mezcla de harina y serrín. La malnutrición se extendió por todas partes, y los residentes de la ciudad pronto empezaron a morir de hambre.

Ana Likhacheva, doctora en la clínica de una fábrica de Leningrado, describía en su diario el invierno de 1941-42:

> La oscuridad, el frío mortal, el hambre, la falta de fuerzas para permanecer las noches haciendo cola para recibir los vales de comida que supuestamente iban a darnos; todo ello me dejaba exhausta, también a mi familia, y pronto perdí a mi marido y a mi hijo. Las muertes empezaron en diciembre, cuando a la falta de comida se le unió el frío y la pérdida del transporte público. La gente, aterida, muerta de hambre, trataba de ser fiel a sus obligaciones con la ciudad sitiada, caminando fatigosamente decenas de kilómetros, sin nada en el cuerpo salvo ciento veinticinco gramos de sucedáneo de pan y algo de sopa de col o de levadura para la cena[16].

Los habitantes de Leningrado, famélicos, se obsesionaron con la comida; no podían pensar ni hablar de otra cosa. Comían todo lo que tenían al

alcance: gatos, perros, cuervos, papel y cuero hervido. También hubo casos de canibalismo.

Para añadir más sufrimiento, faltaba el combustible y la electricidad. Los edificios de apartamento carecían de calefacción, y algunos residentes murieron congelados. Los depósitos de agua estallaban, y la gente tenía que ir a recoger hielo del río Nevá para tener qué beber. Sin electricidad, los tranvías no funcionaban, y, como hemos visto, la gente tenía que recorrer a pie enormes distancias aterida de frío. Mucha gente se desplomaba y moría en medio de la calle. Otros murieron a causa de la artillería alemana y los bombardeos, que fueron continuos durante el sitio. Con las tasas de mortalidad desbocadas, incluso el enterramiento de las víctimas se volvió complicado. A falta de medios de transporte, algunas personas tuvieron que acarrear los cadáveres de sus familiares en trineos hasta el cementerio. Los obreros descargaban los cuerpos en fosas comunes (véase ilustración 4.2).

Ilustración 4.2 Cuerpos listos para ser enterrados en el cementerio Vólkovo durante el sitio de Leningrado, 1942

Los únicos suministros que llegaron a Leningrado durante el sitio fueron transportados por el Lago Ladoga, que está hacia el este. Cuando el lago se congeló en invierno, las autoridades hicieron una carretera sobre el hielo que fue conocida como «El Camino de la Vida». Los convoyes de camiones transportaban la ayuda para la ciudad y evacuaban a los niños y a otros civiles que no podían trabajar. Incluso esta ruta llegó a ser peligrosa, porque los alemanes bombardeaban repetidamente los convoyes, matando a personas y abriendo cráteres en el hielo. El sitio de

Leningrado duró casi novecientos días; solo fue levantado por completo en enero de 1944, cuando el ejército alemán ya se batía en retirada. Cerca de un millón de civiles murieron durante el sitio; un número de víctimas en una sola ciudad jamás igualado en la historia de la guerra[17].

El sitio de Leningrado y otras atrocidades expusieron el inhumano, genocida carácter del régimen nazi. A principios de la guerra, los ciudadanos soviéticos que habían sufrido bajo el estalinismo dieron la bienvenida en algunos casos al cambio de gobierno. Pero pronto se apercibieron de que la ocupación alemana sería aún peor. Las expropiaciones, el hambre, la esclavitud y la masacre de civiles transformaron la guerra en una lucha por la supervivencia nacional. La rendición significaba la esclavitud para la inmensa mayoría de la población. Y este sufrimiento añadido al pueblo soviético no hizo sino reforzar su resolución para la lucha. El movimiento partisano empezó como una resistencia a baja escala, llevado a cabo sobre todo por miembros del Partido Comunista atrapados entre las líneas enemigas. Pero a medida que la guerra avanzaba, un número cada vez mayor de civiles se unían a los partisanos en una guerra de guerrillas contra los alemanes. Incluso durante los días más oscuros del sitio, los trabajadores de Leningrado siguieron manufacturando armas para proveer al Ejército Rojo en su lucha contra los fascistas. La determinación del pueblo soviético a la supervivencia a pesar de las tremendas penalidades por las que pasaba demostró ser crucial para el esfuerzo bélico.

Propaganda, represión, movilización industrial

Antes incluso de que la brutalidad del régimen nazi se hiciese patente, una ola de patriotismo anegó la Unión Soviética. En el primer día de la invasión, miles de mujeres y hombres abarrotaron los centros de reclutamiento para unirse al ejército. Otros empezaron a trabajar turnos extra en las factorías para producir tanques y artillería. Los escritores se presentaban voluntarios para servir como corresponsales de guerra en el frente. A pesar de las conversaciones derrotistas que proliferaban en algunos barrios, la población soviética en conjunto dio un apoyo decidido al esfuerzo bélico[18]. Este apoyo nació precedido por la propaganda prebélica que machaconamente recordaba a los ciudadanos sus deberes patrióticos. No obstante, más allá de eso, la invasión germana motivó a la gente y despertó sus instintos defensivos más básicos, por encima de su mayor o menor lealtad hacia el gobierno.

La propaganda bélica soviética procuró espolear estos sentimientos patrióticos. Trabajando sobre temas que procedían de los años treinta, la propaganda invocaba a los zares rusos que habían conducido al país a sus victorias militares. Pedro el Grande era jaleado por su capacidad de

mando, y el épico filme de Serguéi Eisenstein *Iván el Terrible* (primera parte, 1944) glorificaba a Iván IV por haber hecho de Rusia un país poderoso. En su discurso del 7 de noviembre de 1941, Stalin apeló a la memoria de los dirigentes y generales rusos del pasado, diciendo: «¡Dejad que las grandes imágenes de nuestros ancestros —Alexander Nevski, Dmitri Donskói, Kuzmá Minin, Dmitri Pozharski, Alexander Suvórov, Mijaíl Kutúzov— os inspiren en esta guerra!»[19]. Los escritores soviéticos también hicieron llamamientos a defender la madre patria. El poeta Viktor Gusev escribió: «La patria rusa es inmortal. Inmortales son los interminables campos sobre los que se han cernido las tormentas y los infortunios. Inmortales son las torres. Inmortal es la fuerza de la nación rusa»[20].

Aparentemente conectado con estas proclamas nacionalistas se produjo cierto resurgimiento de la Iglesia Ortodoxa Rusa durante la guerra. Con anterioridad, el gobierno había estado cerrando iglesias y persiguiendo a los líderes religiosos. Pero en 1943, el gobierno relajó esta persecución y permitió que volviera a elegirse un patriarca, un puesto que llevaba vacante desde 1925. Después de que el recientemente elegido patriarca Serguéi muriese en 1944, se reunieron más de doscientos dignatarios de la Iglesia, incluidos otros líderes de la Iglesia ortodoxa de Europa del este, nombrando a Alekséi nuevo patriarca en 1945. La cronología de estos hechos nos hace dudar de que se debiesen a motivos exclusivamente patrióticos. El resurgir de la Iglesia no coincidió con la necesidad de movilizar el apoyo popular al principio de la guerra, sino que más bien ocurrió cuando el Ejército Rojo estaba recuperando terreno y avanzando hacia el este de Europa. Un académico ha mostrado que esta vuelta de la religión sirvió a otros dos objetivos. Permitió a las autoridades soviéticas poner a las iglesias que habían sido reabiertas en los territorios ocupados bajo el patriarcado de Moscú, reafirmando así el control central sobre Bielorrusia y Ucrania. También sirvió a los propósitos de la política exterior de construir vínculos con las comunidades cristianas ortodoxas del este de Europa y aplacar a los aliados americanos y británicos, que criticaban la falta de libertad religiosa en la Unión Soviética[21].

Otro de los principales temas de la propaganda de Stalin fue el odio hacia el enemigo. A medida que la guerra progresaba, los escritores empezaron a describir las atrocidades germanas y a caracterizar a los soldados enemigos como «bárbaros» y «hunos». Ilia Ehrenburg emergió como el más virulento de los propagandistas antinazis. Sus columnas en el periódico del Ejército Rojo incluían pasajes como este de 1942:

> El corazón de Rusia sangra. El enemigo se arrastra por los campos de Kuban […] Un sentimiento une a cada hombre y cada mujer de nuestro pueblo: el odio […] Hoy no importa nada salvo este solo pensamiento: matar a los alemanes. Matémoslos a todos, y enterrémoslos bajo tierra[22].

Extremadamente populares entre los soldados, las columnas de Ehrenburg contribuyeron a acrecentar la determinación de detener el avance de los alemanes. Dada la brutalidad de la ocupación nazi, su denigración de los alemanes resonó con gran amplitud en el Ejército Rojo. Un capitán dijo que sus soldados estaban «sedientos de venganza», y que le costaba horrores impedir que matasen a los prisioneros alemanes[23].

Los temas de la propaganda soviética replicaban los llamamientos bélicos que ya se habían hecho en otros países. En esta era de un masivo esfuerzo bélico, todos los países trataban de elevar la moral de sus militares y sus civiles. La guerra ya no era el coto de los militares profesionales; durante la Segunda Guerra Mundial la línea que demarca el frente de batalla y el de los hogares se difuminó como nunca. Había una necesidad perentoria de que los soldados estuviesen motivados y fuesen fieramente combativos. Pero casi tan importante como eso era que los civiles construyeran voluntariamente fortificaciones, y que los obreros de las factorías trabajasen horas extras para producir más municiones. La propaganda emocional, que hacía hincapié en el patriotismo y vilipendiaba al enemigo, fue empleada por todas las naciones en guerra. Las nuevas tecnologías, particularmente el cine y la radio, ayudaron a diseminar la propaganda. Las películas y los noticiarios cinematográficos se mostraban incluso a los soldados en el frente. Y Stalin, como sus homólogos en otros países, podía dirigirse a la nación entera mediante alocuciones radiofónicas. Junto a los esfuerzos propagandísticos se desarrolló la censura para silenciar los sentimientos derrotistas, otra técnica común a todos los países combatientes.

Lo que distinguía la propaganda soviética no eran sus temas ni sus tecnologías, sino más bien la prexistente propaganda del aparato del Partido Comunista. Desde antes de la revolución, los bolcheviques se habían dedicado a la propaganda para atraer a los obreros a su causa. Una vez en el poder, Lenin y los líderes del partido continuaron usando la propaganda para recabar apoyos a su régimen. Construyeron una vasta red de propagandistas, tanto en la organización del partido como en el Ejército Rojo. Cuando se produjo la invasión alemana, los líderes del partido se apoyaron en esta red para hacer sus llamamientos bélicos. Escritores, artistas y directores de cine también ayudaron a promover el patriotismo, subrayando que era crucial defender la madre patria y odiar a los nazis. Y la censura soviética, también un sistema amplio y establecido, revisó el contenido de todas las publicaciones y películas. Otros países tuvieron que crear durante la contienda este aparato censor y diversas agencias gubernamentales con parecidos fines; la Unión Soviética ya contaba con esa burocracia a su disposición.

La represión, otro aspecto central del sistema estalinista, también siguió siendo ampliamente utilizada. Como hemos visto, los dirigentes comunistas y los de la policía secreta siempre habían estado en guardia

contra los enemigos, reales o imaginarios, desde la guerra civil. Con la invasión nazi, incrementaron incluso su nivel de vigilancia contra posibles alzamientos internos. Por lo que parece, no hubo revueltas antisoviéticas durante la Segunda Guerra Mundial. Por el contrario, el patriotismo generalizado fue una muestra de que la gran mayoría de la población apoyaba al régimen, a pesar de los desastrosos reveses de 1941. Pero la policía secreta y su extensa red de vigilancia continuó detectando opositores y, siguiendo las órdenes del partido, actuando en consecuencia.

Ya el primer día de la invasión germana se movilizaron destacamentos especiales de la policía secreta para la guerra. Arrestaron a los sospechosos de espionaje, entre ellos a un buen número de personas de etnia germana. Además, comenzaron a patrullar las factorías armamentísticas y las estaciones de tren para protegerlas de los sabotajes. Estos destacamentos de la policía secreta también operaron en el interior del Ejército Rojo para asegurarse de que los soldados luchasen. Los líderes del partido consideraban que la gran cantidad de rendiciones al principio de la guerra era un signo de deslealtad por parte de los soldados. La mayoría de los que se rindieron estaban cercados y no cabe imputarles una falta por tal decisión. Pero, sospechando traiciones, los dirigentes comunistas ordenaron a las fuerzas de la policía secreta que se situaran en la retaguardia del Ejército Rojo para prevenir retiradas no autorizadas. Los soldados que desertaban de sus puestos podían ser fusilados sumariamente, aunque algunos fueron asignados a batallones de castigo. A estas unidades se les asignaban las misiones más peligrosas, como asaltos frontales y limpiar los campos de minas; las tasas de mortalidad en estos batallones eran extremadamente elevadas.

Por supuesto, otros países también tomaron difíciles medidas bélicas, incluida la ejecución de los desertores y el encarcelamiento de aquellos cuya lealtad era cuestionada. Pero ningún otro país reprimió a sus propios ciudadanos hasta ese punto, igual que ningún otro país (con la excepción de Alemania) había contado con semejante red de policía secreta y campos de concentración. Los líderes del partido creían aparentemente que la represión masiva era necesaria para asegurar la supervivencia del régimen en ese momento de la crisis. En cambio, lo que trajo fue un ulterior desperdicio de vidas en un momento en que el esfuerzo bélico requería de todo el empeño que la nación fuese capaz de reunir. La represión también quebró la iniciativa local, pues los oficiales de las regiones que estaban siendo atacadas, que necesitaban tomar decisiones, no las tomaban y esperaban a recibir órdenes de arriba, por miedo a ser arrestados. Y dado el apoyo de la población al esfuerzo bélico, la represión generalizada no era en modo alguno necesaria. Solo añadió sufrimiento al pueblo soviético durante la guerra.

Además de la represión, los líderes soviéticos contaban con otra de las marcas de fábrica del sistema soviético: la economía planificada.

Desde el comienzo de la industrialización a finales de los años veinte, el gobierno soviético había controlado los activos económicos a través de Gosplán, la agencia estatal de planificación. Incluso antes de la guerra, Gosplán había canalizado el trabajo y las materias primas a las industrias de defensa. Particularmente, a finales de los años treinta, había concentrado esos esfuerzos en la fabricación de armamento. Al empezar la guerra, el jefe de Gosplán, Nikolái Voznesenski, tomó el mando de la producción militar y priorizó la fabricación de fusiles, tanques y aviones. Los bienes de consumo, que ya eran una baja prioridad en la economía soviética, fueron limitados más si cabe y distribuidos mediante cartillas de racionamiento, siguiendo el sistema anterior a la guerra. Mientras otros países tenían que establecer controles estatales de la economía y empezar con el racionamiento, la Unión Soviética ya llevaba todo eso de la mano.

La primera tarea de Voznesenski fue planear la evacuación de la industria situada al oeste del país. El rápido avance alemán dejaría pronto cientos de factorías en sus manos. Ya en el tercer día de la guerra el partido creó un consejo de Gosplán cuya finalidad era supervisar la evacuación industrial. El equipamiento de más de dos mil quinientas factorías, junto a muchos obreros e ingenieros, fue enviado por ferrocarril hacia el este, a la región del Volga, los Urales, Siberia y Asia Central[24]. Allí, estructuras improvisadas albergaron las nuevas plantas que, a pesar de los enormes contratiempos, empezaron a producir armamentos. Las pérdidas de aviones y tanques al principio de la guerra hicieron que fuese absolutamente esencial que la industria rearmase al Ejército Rojo tan rápidamente como fuese posible. Además de supervisar la mudanza de las factorías, Voznesenski y los burócratas de Gosplán dirigieron la conversión de la industria no militar para que pasase a producir enseres de guerra. Las plantas automovilísticas fueron reconvertidas en productoras de tanques, las fábricas de maquinaria manufacturaban artillería, y las fábricas más pequeñas empezaron a hacer fusiles y municiones[25].

Durante el primer año y medio de la guerra, el Ejército rojo sufrió un agudo déficit de armamento en comparación con la Wehrmacht. De hecho, el espantoso número de bajas que se dio entre los soldados soviéticos fue en gran medida culpa de que tuvieran que enfrentarse con poco más que fusiles y granadas a los tanques y bombarderos nazis. Pero en 1943, la producción de la industria soviética ya superaba a la alemana. Solo ese año las factorías soviéticas construyeron treinta mil tanques, y al año siguiente estaban fabricando entre dos y tres mil aviones cada mes. La ayuda estadounidense, sancionada en la Ley de préstamo y arriendo, añadió camiones y munición al creciente arsenal soviético. En las batallas que se produjeron entre 1943 y 1945, el Ejército Rojo fue capaz primero de igualar y luego de apabullar al ejército alemán en cuanto a potencia de fuego. Dada la importancia del

combate mecanizado durante la Segunda Guerra Mundial, la producción industrial soviética fue crucial para ganar la contienda.

Por lo tanto, en ciertos aspectos, el sistema estalinista estaba bien preparado para la guerra. Como se dijo, el Estado soviético nació en un momento de guerra total. Un Estado con tal capacidad de movilización estaba bien dispuesto para conjuntar los esfuerzos de la nación. Además de un apreciable aparato de propaganda, los soviéticos contaban con una policía secreta y una organización centralizada de la economía mucho antes de que la guerra comenzara. Mientras otros países debieron crear o expandir las agencias gubernamentales o promulgar medidas, el gobierno soviético ya tenía todo ello preparado. Al mismo tiempo, la hipercentralizada burocracia soviética tenía sus lastres. La desconfianza de las autoridades hacia la población y el excesivo uso de la coerción obstaculizó la iniciativa local. La gente tenía que esperar órdenes o exponerse a ser arrestada. Particularmente al comienzo de la guerra, esta falta de iniciativa, enfrentada a la invasión nazi, fue desastrosa.

Los papeles de ambos sexos en tiempo de guerra

El reclutamiento de las mujeres para la industria pesada durante los años treinta ya había influido en el papel de ambos sexos en la sociedad soviética, aunque no hubiese generado desde luego una igualdad de la mujer. La guerra fue otro momento en que las mujeres asumieron nuevas responsabilidades, incluido el servicio militar, responsabilidades que podían haber acortado las diferencias de derechos entre ambos sexos. En cambio, la discriminación creció durante la guerra, pues se entendió que los soldados debían ser hombres y las mujeres fueron representadas como mártires o madres de soldados. Virtualmente todos los jóvenes tuvieron que servir en el ejército durante la guerra, y la masculinidad cada vez quedó más definida por la bravura en la batalla. A pesar de que más de ochocientas mil mujeres sirvieron en las fuerzas armadas, ciento veinte mil de ellas en posiciones de combate, la propaganda oficial bélica representó casi invariablemente a las mujeres como víctimas pasivas en lugar de como combatientes.

Los hombres jóvenes tenían que hacer el servicio militar, y en 1939 el gobierno soviético extendió de dos a tres años el tiempo de este servicio, además de restringir las exenciones. En aquel momento, el miembro del Politburó Mijaíl Kalinin describía el heroísmo militar como «la negación de la vida y la muerte en nombre de la vida, en nombre de la madre patria. En esto reside la grandeza de un hombre de veras»[26]. Definía pues la masculinidad en términos del servicio militar y de la disposición a morir por la patria. La propaganda que siguió a la invasión alemana subrayaba el deber de los soldados de defender a su patria y a sus familias. Un artículo describía cómo los alemanes le habían

reventado la cabeza a un niño frente a su madre y después la habían violado y asesinado, mientras otro artículo enumeraba las violaciones de las mujeres soviéticas y concluía: «El honor de vuestras mujeres, hermanas, madres e hijas; ¿hay algo más valioso para un hombre, para un defensor de la madre patria, de su familia?»[27]. La masculinidad quedó enlazada al deber del combatiente de proteger a mujeres y niños.

En tiempos de la invasión alemana, el Ejército Rojo tenía unas trescientas divisiones y cerca de siete millones de soldados. A pesar de la pérdida de cuarenta y seis divisiones y de los muchos soldados muertos o capturados durante el primer mes de la guerra, la movilización que siguió llevó el número de divisiones a casi cuatrocientas en agosto de 1941[28]. Las tasas de mortalidad en el Ejército Rojo continuaron siendo muy altas durante la guerra. En especial durante el primer año, en el que los comandantes soviéticos enviaron al frente a tropas no preparadas en un desesperado intento de detener el avance de los nazis. Oficialmente, 8,7 millones de soldados soviéticos murieron en el curso de la contienda, y eso sin contar a los partisanos y a los miembros de las milicias que perecieron. Las numerosas bajas exigían más reclutamientos, y, con la excepción de los especialistas que trabajaban en industrias de la defensa, todos los hombres con edades comprendidas entre los dieciocho y los cincuenta y un años fueron reclutados.

Puesto que cada vez más hombres se incorporaban a filas, las mujeres se convirtieron en la principal fuerza de trabajo en las factorías y en las granjas colectivas. El hecho de que ya en los años treinta muchas mujeres se hubiesen incorporado a la industria facilitó el trasvase. A diferencia de los Estados Unidos, por ejemplo, no hacía falta ninguna campaña como la norteamericana de «Rosita la remachadora»[29] para cambiar la definición de la feminidad de la esfera doméstica a la industrial. La salida de la industria en dirección al frente de muchos hombres dejó muchos puestos vacantes en la industria pesada, en la que produjeron acero y armamentos esenciales para la guerra. Las mujeres también pasaron a ser casi el total de la fuerza laboral en las granjas colectivas. Además, muchas se incorporaron a trabajos en las distintas organizaciones del país. Allí se encargaron de los suministros, se ocuparon de reflectores y puestos de observación, condujeron camiones y formaron parte de brigadas antincendios.

Las mujeres también desempeñaron un papel importante en el propio ejército soviético. Durante los años treinta, el gobierno no se había pronunciado definitivamente en cuanto a si las mujeres participarían en acciones de combate, aunque el Komsomol incluyó a las mujeres en el entrenamiento de combate, y en algunas películas bélicas había heroínas que luchaban. En contraste con la ideología nazi, que consignaba a la mujer a la esfera doméstica, la propaganda soviética siempre hizo hincapié en el papel público que las mujeres desempeñarían en la construcción y defensa del socialismo. En 1939, un decreto

gubernamental clarificó que solo los hombres podrían ser soldados y que el papel de las mujeres en el ejército sería auxiliar. Pero cuando llegó la invasión germana, miles de mujeres soviéticas se presentaron voluntarias para ir al frente. Los centros de reclutamiento, por lo general, las rechazaban o las mandaban a enfermería, pero algunas persistieron y se les permitió ir al frente. Rita Kogan, que sirvió en el Ejército Rojo como operadora de radio de primera línea, contó así cómo fue alistada:

> No tenía ni idea de cómo era la guerra, pero quería tomar parte en ella, porque eso era lo que los héroes hacían […] No pensé en ello como una muestra de «patriotismo», sino como parte de mi deber; pensaba que podía y debía hacer todo lo que estuviera en mi mano para derrotar al enemigo […] No pensaba en la muerte, que no me asustaba porque, como mis héroes soviéticos, estaba luchando por la madre patria[30].

Con el progreso de la guerra, el gobierno soviético se dio la vuelta y empezó a reclutar a mujeres para el combate. En octubre de 1941, autorizó la formación de tres regimientos de combate que alistaron a cerca de trescientas mujeres para entrenarlas como pilotos de cazas y bombarderos[31]. Posteriormente, en 1942, los líderes del partido aceptaron a miles de mujeres para puestos de combate y fuera de este. Más de trescientas mil voluntarias se incorporaron al Ejército Rojo directamente o a través de milicias civiles que luego se unieron al ejército. Cerca de medio millón de mujeres fueron reclutadas a través del Komsomol para el servicio militar. Las mujeres sirvieron como francotiradoras, ametralladoras y personal aéreo, y también como médicos, encargadas de suministros y operadoras de radio. Algunas llegaron a ser heroínas de guerra, como la francotiradora Liudmila Pavlichenko, que fue muy celebrada por lograr más de trescientas muertes (véase ilustración 4.3)[32].

Ilustración 4.3 La francotiradora del Ejército Rojo Liudmila Pavlichenko durante la Segunda Guerra Mundial

Las mujeres que sirvieron en el Ejército Rojo eran casi todas de etnia rusa y residentes en áreas urbanas. La mayoría eran obreras o estudiantes universitarias, y tenían entre dieciocho y veinticinco años. Mientras los reclutadores aceptaban a casi todos los voluntarios y a los reclutas (solo rechazaban a los que tenían serios problemas de salud), se mostraban mucho más selectivos en el caso de las mujeres. Estas solo eran aceptadas si tenían un alto nivel de estudios, y si sabían leer y escribir perfectamente en ruso, un requisito que limitaba seriamente la incorporación de ciertas minorías nacionales. Las mujeres también debían cumplir ciertos requisitos de salud y demostrar cierta fuerza física, y en casi todos los casos debían no estar casadas ni tener niños. Puesto que el Komsomol desempeñó un importante papel en el reclutamiento, la mayoría de las soldados eran miembros de esta organización[33].

A pesar del cada vez más importante papel desempeñado por las mujeres en el ejército, la propaganda militar soviética continuó describiendo el frente como un espacio masculinizado. Los artículos del periódico del Ejército Rojo subrayaban la camaradería existente entre los soldados y apenas mencionaba las contribuciones de las féminas. Las mujeres seguían siendo primordialmente representadas como víctimas. La mujer más publicitada durante la guerra fue Zoya Kosmodemiánskaya, una partisana que fue capturada cuando trataba de prender fuego a una aldea en la que los alemanes se habían acantonado. Torturada y colgada por sus captores germanos, la historia de Zoya fue ampliamente referida en los periódicos, y se hizo una película sobre ella. Pero no fue representada como una heroína que había contribuido a derrotar a los nazis con sus acciones. Los artículos contaban que Zoya

había fracasado en su misión de sabotaje, al tiempo que subrayaban que en sus palabras finales había apelado a la venganza. Se decía que su historia había llevado a una brigada de soldados a juramentarse para «destruir sin piedad al agresor alemán en venganza por el tormento de Zoya»[34]. De esta forma se la presentaba como una mártir, una mujer cuya muerte podía inspirar a los hombres soldado a derrotar a los alemanes.

La otra representación dominante de las mujeres en la propaganda soviética era como madres. Un artículo afirmaba que la mayor contribución de una madre al esfuerzo bélico era mandar a sus hijos al frente. «Deja que él luche por vosotros dos, con el doble de fuerza, con redoblado odio»[35]. Una vez más, a pesar del gran número de mujeres soldado en el Ejército Rojo, las mujeres eran pasadas por alto como combatientes y relegadas en cambio a un papel secundario. En 1944 se produjo otra gran campaña pronatalista en la que se incidió en las mujeres como madres. También se extendió la asistencia monetaria para las madres solteras y se doblaron las raciones alimentarias para las mujeres embarazadas y durante el periodo de lactancia[36]. Los periódicos soviéticos de la época glorificaban la maternidad en su contribución al esfuerzo de la guerra. Un artículo alababa a una mujer no solo por haber tenido una docena de hijos, sino por «haber aportado al Ejército Rojo ocho varoniles guerreros»[37].

En parte a causa de que el frente continuó contemplándose como un espacio masculinizado, las mujeres en el frente tuvieron dificultades para ser consideradas como soldados legítimos. Algunos oficiales se negaron a aceptar a mujeres en sus unidades. Un comandante de batallón trataba posteriormente de justificar su rechazo hacia dos mujeres que comandaban sendos batallones:

> Consideraba innecesario que las mujeres fuesen al frente. Ya había suficientes hombres para eso. Sabía también que su presencia causaría multitud de problemas con mis hombres [...] El mero hecho de darles órdenes les habría causado un montón de problemas, porque eran chicas[38].

Las soldados lucharon para superar el sexismo de los oficiales y los soldados. Como dijo Maria Kaliberda:

> Queríamos ser iguales; no queríamos a ningún hombre que nos dijera: «¡Vaya con las mujeres!» al hablar de nosotras. Nos esforzábamos más que los hombres. Aparte de todas las demás cosas que teníamos que hacer, teníamos que demostrar que éramos tan buenas como ellos. Durante mucho tiempo tuvimos que enfrentarnos a una actitud paternalista de superioridad por su parte[39].

Algunos hombres veían a las mujeres del frente no como combatientes, sino como objetos sexuales[40]. Circulaban historias de mujeres soldado y enfermeras militares que tenían relaciones sexuales con los oficiales. Los soldados se quejaban del trato preferente hacia las mujeres por parte de las oficiales, algunos de los cuales tomaron «esposas de campaña» en el frente. Tras la guerra, las veteranas insistieron en que habían mantenido un alto estándar moral durante la guerra. No obstante, la percepción popular y la memoria de las mujeres en el frente subrayó su sexualidad antes que sus logros en el combate. Muchas de esas mujeres fueron vilipendiadas antes que honradas por haber servido al Ejército Rojo. A pesar de la enorme contribución femenina al esfuerzo bélico soviético, tanto en el frente como en sus casas, no se produjo la igualdad de derechos entre ambos sexos. Mientras los hombres recibían homenajes por sus logros militares, los mujeres seguían siendo principalmente reconocidas como víctimas de la guerra y madres de los soldados.

La batalla de Stalingrado

En la primavera de 1942, Stalin y sus generales esperaban que el ejército alemán descargase otro golpe sobre Moscú. Así pues, concentraron muchas tropas para defender la capital. Pero Hitler y sus generales tenían otra idea en mente. Lanzaron en cambio una gran ofensiva sobre el sur, con el objetivo de hacerse con los campos petrolíferos del mar Caspio. Sorprendido, con la guardia baja, el Ejército Rojo sufrió otra serie de pérdidas catastróficas. Tanto Vorónezh como Rostov cayeron en poder de los alemanes, y las fuerzas soviéticas tuvieron que retirarse. Aunque algunas divisiones alemanas se adentraron más al sur hasta las montañas del Cáucaso y el mar Caspio, otras emprendieron el camino al este hasta el río Volga y Stalingrado. Allí se libraría una batalla decisiva, una que supuso un antes y un después para la guerra.

La batalla de Stalingrado fue la más grande que se ha librado en la historia de la humanidad. Un enfrentamiento épico que implicó a más de dos millones de combatientes y duró de finales de agosto de 1942 a febrero de 1943. El asalto alemán empezó con un intenso bombardeo que redujo la ciudad a escombros. Más de trescientos mil soldados alemanes respaldados por tanques y artillería invadieron la ciudad. El general Vasili Chuikov, comandante del 62 Ejército Soviético en Stalingrado, recordaba así el ataque:

> El principal embate tuvo lugar en la Estación Central [de Tren]. Fue un ataque de excepcional dureza. A pesar de sufrir enormes bajas, los alemanes lograron entrar. Columnas enteras de tanques e infantería motorizada estaban penetrando hasta el centro de la ciudad […] Nuestros

> soldados, francotiradores, fusileros antitanques, artilleros [estaban] esperándolos en las casas, en los sótanos y en cualquier lugar desde el que pudieran dispararles[41].

Los soldados del Ejército Rojo les respondieron desde los edificios destruidos por las bombas y lograron que el paso alemán se redujese a un gateo. La Estación Central de Tren y Mamáyev Kurgán (una colina estratégica en la ciudad) cambiaron de manos muchas veces, a medida que las tropas alemanas y soviéticas atacaban y contratacaban. Ambos bandos sufrieron innumerables bajas.

Los alemanes contaban con una considerable superioridad en tanques y aviones. La Luftwaffe, que dominaba a su antojo el espacio aéreo, bombardeó las posiciones soviéticas con regularidad inmisericorde. El Ejército Rojo tuvo que trasladar su artillería hacia la ribera oriental del Volga y desde allí continuó disparando para apoyar a sus tropas en la ribera occidental. Además, todas las municiones y los refuerzos tenían que llegar por el río, principalmente de noche debido a los constantes bombardeos alemanes durante el día. La superioridad aérea dio ventaja a los alemanes. Pero la táctica soviética de «abrazar al enemigo», atacándolo desde la menor distancia posible, limitó su efectividad. Los tanques alemanes también estaban varados, afectados por la maniobrabilidad limitada entre las pilas de escombros que cubrían la ciudad. La batalla se peleó calle a calle y edificio a edificio, con ametralladoras, granadas y combates cuerpo a cuerpo (véase ilustración 4.4). Hubo tiroteos en las alcantarillas de la ciudad y en el interior de los propios edificios, con los soldados soviéticos en una habitación y los alemanes en otra.

Ilustración 4.4 Tropas soviéticas durante la batalla de Stalingrado, 1942

A finales de septiembre los alemanes habían capturado la mayoría de la zona central de Stalingrado y habían iniciado una ofensiva sobre el distrito industrial que estaba justo al norte del centro. Aquí, varias factorías de gran tamaño se convirtieron en el foco de los enfrentamientos. A mediados de octubre los alemanes lanzaron lo que trataba de ser un ataque definitivo para llegar hasta el río. Chuikov describió el ataque como el más intenso de toda la batalla:

> Los aviones alemanes hicieron tres mil salidas aquel día. Bombardearon y cayeron sobre nuestras tropas sin darnos siquiera un respiro […] Fue un día soleado, pero debido al humo y el hollín la visibilidad se reducía a unos noventa metros. Nuestros búnkeres se agitaban y se desmoronaban como castillos de naipes […] Al llegar la medianoche quedó claro que los invasores habían rodeado la planta de tractores de la ciudad, y se luchaba en los talleres[42].

Los alemanes capturaron la planta de tractores y en un punto alcanzaron la ribera del río, dividiendo en dos las fuerzas soviéticas. Pero las tropas soviéticas se negaron a rendirse. Aferrándose a una exigua lengua de terreno a lo largo del Volga, siguieron luchando. Muchas unidades habían sido virtualmente aniquiladas, pero llegaron nuevos regimientos por el río para aportar refuerzos[43].

Con la ofensiva alemana estancada y sus líneas de abastecimiento demasiado estiradas, los generales soviéticos planearon una contraofensiva. Con el nombre en clave «Urano», esta operación concentró las tropas soviéticas al norte y al sur de la ciudad apuntando a las fuerzas rumanas y húngaras que guardaban los flancos del ejército alemán. Lanzada a mediados de noviembre, la operación Urano aplastó a las fuerzas del eje y rodeó al Sexto Ejército Alemán en Stalingrado. Las unidades alemanas trataron de romper el cerco para liberar a sus tropas, pero el Ejército Rojo repelió este ataque y apretó «el lazo» en torno al Sexto Ejército. Pudiendo recibir solamente suministros por el aire, los soldados alemanes atrapados se quedaron pronto sin combustible, municiones y comida. La batalla continuó durante el invierno; las tropas soviéticas siguieron estrechando el cerco sobre los alemanes amontonados en los edificios en ruinas. Hitler ordenó a sus soldados combatir hasta la muerte, pero en febrero los escasos noventa mil soldados supervivientes se rindieron.

La batalla de Stalingrado marcó un hito crucial de la Segunda Guerra Mundial. Las mejores unidades del ejército alemán se perdieron en Stalingrado, y Hitler ya no volvió a lanzar ninguna ofensiva a gran escala. Aunque el Ejército Rojo sufrió más de un millón de bajas en la batalla, obtuvo una victoria estruendosa. Quedaba aún año y medio para la invasión de Normandía por parte de las fuerza aliadas, pero el ejército soviético había vencido a las fuerzas del eje casi por sí sola. La confianza

del pueblo soviético creció enormemente, y a pesar de las muchas penalidades que todavía quedaban por vivir, fueron muchos los que empezaron a creer que la guerra podía ganarse. Los líderes nazis, por su parte, empezaron a ser pesimistas respecto a sus posibilidades, y el estado de ánimo en Alemania se desplomó.

De Kursk a Berlín

En el verano de 1943, se produjo otro encontronazo decisivo entre las tropas soviéticas y las germanas en la batalla de Kursk. En esta ocasión y por primera vez, el Ejército Rojo fue capaz de frustrar las tácticas de la Blitzkrieg alemana. Los asaltos previos de los alemanes usando columnas de tanques habían logrado penetrar las líneas de batalla y acorralar a las tropas enemigas. En esta batalla el general Zhúkov ordenó múltiples líneas de defensas soviéticas con un gran número de tanques, minas y artillería antitanque. Así, incluso cuando los tanques alemanes rompían la primera o la segunda línea de defensa debían enfrentarse todavía al fuego de las tropas soviéticas y no podían avanzar. La producción industrial soviética fue decisiva para el desenlace. Como las factorías habían producido ingentes cantidades de tanques y artillería, el Ejército Rojo era capaz finalmente de igualar a los Panzer en el campo de batalla. El aumento en la producción de aviones también aseguró que, por primera vez desde la invasión nazi, la fuerza aérea soviética podría contrarrestar el control alemán de los cielos.

Con un ejército soviético ahora bien pertrechado de aviones y tanques, la guerra se volvió más mecanizada. El choque de los tanques duró semanas, y los campos de batalla en los alrededores de Kursk pronto quedaron cubiertos de la chatarra ardiente de ambos bandos. Una médico de combate, Olga Omelchenko describía el constante atronar de la artillería con estas palabras: «El cielo palpita, el suelo palpita, tu corazón parece a punto de reventar, sientes la piel a punto de resquebrajarse […] Todo cruje, todo retumba […] El suelo vomita»[44]. Ambos bandos sufrieron fuertes bajas, pero su mayor acceso a los refuerzos permitía a los comandantes del Ejército Rojo reponer sus filas. Los partisanos, cada vez más activos tras las líneas alemanas, dificultaban también la ofensiva nazi al perturbar sus suministros y sus comunicaciones[45]. Una vez desactivado el asalto alemán, el Ejército Rojo lanzó su propia ofensiva. Desplegando sus tanques apoyados por la infantería, el ejército soviético recuperó la iniciativa e hizo retroceder a los nazis. El ejército alemán, que por entonces luchaba también contra los aliados en Italia, carecía de las suficientes tropas y tuvo que retirarse. Durante el resto de la guerra estuvieron a la defensiva.

En 1944, los soldados soviéticos continuaron avanzando, rompiendo el bloqueo en torno a Leningrado, liberando Bielorrusia y el resto de

Ucrania, y avanzando finalmente hasta los países bálticos, Rumanía, Polonia, Checoslovaquia e Hungría[46]. La invasión de Normandía en junio de ese año significó que Alemania tuvo que desviar más tropas del frente oriental, dejando al ejército soviético con una ventaja numérica todavía más manifiesta. Ante la inminente llegada del ejército Rojo a Varsovia, la resistencia polaca organizó un levantamiento contra las tropas alemanas de ocupación. Las tropas soviéticas, sin embargo, no se dieron prisa en ayudar a los polacos, dando tiempo a los alemanes para que aplastasen la rebelión y destruyesen buena parte de la ciudad. El comandante de las fuerzas soviéticas en las afueras de Varsovia, Konstantín Rokossovski, diría después que sus tropas se tomaron una pausa para eludir el contrataque germano, pero los polacos pensaron que los soviéticos los habían abandonado a su suerte para no permitirles que ellos mismos liberasen su capital[47]. El Ejército Rojo continuó posteriormente su avance, sacando a los alemanes de Polonia y, tras un cruento enfrentamiento, consiguieron hacerse con Praga y Budapest también.

A principio de 1945 las tropas soviéticas atravesaban Alemania. Allí se dedicaron al pillaje y cometieron innumerables atrocidades, incluida una agresión sexual generalizada. En algunos casos, las tropas quemaron edificios o hasta pueblos enteros, solo por ser alemanes. Otros soldados soviéticos robaron a los civiles y cometieron actos de violencia indiscriminados. Miles de mujeres alemanas fueron repetidamente violadas. Una oficial de comunicaciones en el Ejército Rojo explicó que, al entrar en los pueblos, los soldados sedientos de venganza asaltaban las casas, se bebían todo el alcohol que podían incautar y violaban en grupo a las mujeres y las niñas alemanas[48]. Los soldados podían ser juzgados e incluso fusilados por estos actos, pero en la práctica los oficiales generalmente miraban hacia otro lado cuando del pillaje y la violencia sexual se trataba.

Los soldados soviéticos cometieron los actos de violencia contra los civiles como forma de revancha. Habían sido testigos de la brutalidad alemana en suelo soviético: masacres, violaciones, ayuno forzado, destrucción de ciudades y aldeas. Además, la propaganda bélica había incidido en las atrocidades germanas, incluidas las violaciones de las mujeres soviéticas. Incluso cuando ya el Ejército Rojo entraba en Alemania, el propagandista soviético Ilia Ehrenburg continuó publicando sus diatribas antialemanas, proclamando: «¡La hora de la venganza ha llegado!»[49]. Los soldados se tomaron los anteriores crímenes alemanes como una licencia para sus propias barbaridades, incluida la violencia sexual que perpetraron contra las mujeres alemanas. Demasiado tarde, los dirigentes políticos y militares soviéticos trataron de poner coto a estas conductas. Dejaron de publicar la propaganda del odio de Ehrenburg, y el periódico del Ejército Rojo declaró que «si los alemanes saquearon, y violaron públicamente a

nuestras mujeres, no significa que nosotros tengamos que hacer lo mismo [...] Nuestros soldados no dejarán que algo así ocurra; no porque sientan piedad por el enemigo, sino porque tienen una dignidad propia de la que cuidarse»[50]. Con todo, muchos soldados soviéticos continuaron cometiendo atrocidades[51].

A mediados de abril, el ejército soviético dio comienzo a su asalto final a Berlín (véase ilustración 4.5). Bajo el mando de Zhúkov, unos dos millones y medio de soldados del Ejército Rojo se congregaron en las afueras de la capital alemana. Tras un devastador bombardeo de la artillería, los soldados soviéticos se adentraron en la ciudad en un combate de casa en casa que recordaba a Stalingrado. Las bajas fueron pavorosas: en torno a trescientos mil soviéticos y doscientos mil alemanes perdieron la vida. Cuando el Ejército Rojo ya se aproximaba al centro de Berlín, el 30 de abril, Hitler se suicidó en su búnker. Ocho días después, el Alto Mando del Ejército Alemán se rindió incondicionalmente, y la guerra en Europa llegó a su fin[52].

Ilustración 4.5 Soldados del Ejército Rojo plantan la bandera soviética en el edificio del Reichstag en Berlín, 1945

El legado de la guerra

Las noticias de la victoria llegaron a Moscú el 9 de mayo de 1945, y dieron paso a una celebración eufórica. La gente inundó las calles para celebrar que la guerra por fin se había acabado. El periodista británico Alexander Werth escribió:

> La alegría espontánea de las dos o tres millones de personas que atestaron la Plaza Roja aquella tarde […] fue de una índole y de una profundidad que yo nunca había visto en Moscú antes. Bailaban y cantaban en las calles; cada soldado y cada oficial fue abrazado y besado […] Estaban tan felices que ni siquiera tenían que emborracharse[53].

Aquella noche, unos fuegos artificiales espectaculares fueron la guinda de la celebración. Y en junio, el gobierno soviético organizó un desfile de la victoria en le Plaza Roja en el que los soldados apilaron los estandartes alemanes capturados a los pies de Stalin y otros dirigentes comunistas. El pueblo soviético había combatido en el conflicto armado más largo de la historia, y tras años de sufrimiento y sacrificio, había vencido.

No obstante, la triunfante conmemoración no pudo enmascarar el terrible precio que el país había pagado. Los veintisiete millones de soldados y civiles soviéticos muertos empequeñecían los siete millones de alemanes muertos en la guerra. A modo de comparación, cerca de cuatrocientos cincuenta mil británicos y cuatrocientos mil americanos murieron en la guerra. Regiones enteras de la Unión Soviética habían sido destruidas, ciudades enteras habían sido reducidas a escombros, y unos veinte millones de personas se habían quedado sin hogar. La destrucción de la guerra había hecho retroceder económicamente al país años, si no décadas. La producción de armamentos era el único sector económico que había crecido, pero no aportaba nada a elevar las condiciones de vida. La mayoría de los soviéticos esperaban que viniese un tiempo tras la guerra en el que podrían disfrutar de la vida, pero lo que tenían delante era la necesidad de reconstruir el país, que exigiría más sacrificios. Y las horribles bajas de la guerra —los millones de incapacitados, además de los muertos— significaban que habría menos manos para acometer la tarea de la reconstrucción.

En cierto sentido la lucha de la guerra contra un enemigo común había sido una experiencia unificadora para la Unión Soviética. Incluso quienes eran hostiles al gobierno sintieron que por una vez compartían las ideas de los dirigentes comunistas. Se dispararon las solicitudes para pertenecer al Partido Comunista, sobre todo por parte de los soldados. Y las antiguas diferencias de clase se evaporaron, porque incluso algunos antiguos kulaks se convirtieron en héroes de guerra[54]. Pero la unidad no llegó a todos; los que se habían rendido fueron dados de lado tras la guerra. Muchos prisioneros de guerra soviéticos volvieron de los campos de trabajo alemanes solo para ser arrestados y enviados al Gulag,

sospechosos de haber desistido en la lucha. Las personas que durante la ocupación colaboró con los alemanes también eran susceptibles de ser denunciadas y arrestadas.

De un modo similar, la guerra había sido un momento o de unidad o de ostracismo para las nacionalidades soviéticas. Stalin había tratado de movilizar a todos los grupos nacionales y étnicos para que luchasen «como hermanos» conjuntamente para derrotar al invasor fascista[55]. La proporción de minorías nacionales en el Ejército Rojo había ido creciendo con el desarrollo de la guerra, particularmente a causa de las enormes bajas entre los soldados soviéticos y de la movilización de reclutas del Cáucaso y Asia Central. Al final de la guerra, cuando el ejército soviético fue liberando a la parte occidental del país, tropas adicionales de Bielorrusia y Ucrania se fueron uniendo al Ejército Rojo. Pero los líderes del partido tildaron de traidoras a ciertas nacionalidades. Los tártaros de Crimea, los calmucos, los chechenos, los ingusetios, los balkarios, los karacháis y los turcos mesjetianos fueron acusados de haber colaborado con los alemanes en la Crimea ocupada y el norte del Cáucaso. Aunque se dieron sin duda casos de colaboración, como en cualquier otra de las regiones ocupadas por los nazis, hubo miembros de esas nacionalidades que sirvieron lealmente en el Ejército Rojo. Sin embargo, a instancias del jefe de la policía secreta, Lavrenti Beria, Stalin ordenó la deportación en bloque de estos pueblos en 1944. Cerca de doscientos mil tártaros de Crimea, el más nutrido de estos grupos nacionales, fueron sacados a la fuerza de sus casas y transportados en camiones de ganado a Asia Central[56].

Los pueblos bálticos —estonios, letones y lituanos— también fueron perseguidos al final de la guerra, y sus países fueron de nuevo incorporados a la fuerza a la Unión Soviética[57]. Aquellos que se resistieron, junto a los sospechosos de haber ayudado a los alemanes, fueron encarcelados en el Gulag. Miembros del Ejército Insurgente Ucraniano también fueron arrestados o ejecutados al final de la guerra. Los miembros de esta organización nacionalista ucraniana lucharon al principio como partisanos contra el dominio nazi, pero después combatieron contra el Ejército Rojo por la independencia de su pueblo cuando el ejército soviético recuperó el territorio ucraniano. Las autoridades soviéticas arrestaron no solo a los miembros de dicho Ejército Insurgente Ucraniano, sino también a sus familiares y seguidores, varios cientos de miles en total[58]. Así es que, a pesar de que la propaganda de guerra conmemoraba la lucha colectiva de las nacionalidades soviéticas, la guerra no fue necesariamente un catalizador de la unidad étnica. Para algunas nacionalidades, se convirtió en cambio en un tiempo de exclusión y persecución.

Otro importante legado de la guerra fue su efecto perdurable en quienes lucharon. Especialmente para los soldados que habían ido directamente de la escuela al ejército, sus únicas experiencias adultas

habían tenido lugar en el regimiento o en la brutalidad de la guerra. Millones de veteranos se sintieron alienados cuando volvieron a una vida civil que apenas reconocían. Además, muchos sufrieron estrés postraumático y las secuelas de un duelo no elaborado por los camaradas que murieron durante la guerra. En contraste con el anterior ideal del Nuevo Hombre Soviético —un trabajador productivo y cultivado— estos veteranos no eran obreros, sino guerreros. Los estajanovistas, la personificación del Nuevo Hombre en los años treinta, se habían distinguido por su trabajo heroico. Pero durante la Segunda Guerra mundial, el heroísmo pasó a asociarse con matar alemanes. Zhdánov alabó incluso a quienes exterminaron a los «reptiles fascistas» llamándolos «los estajanovistas del frente militar»[59]. Se suponía que el Nuevo Hombre Soviético construiría un mundo armonioso bajo el socialismo, pero los héroes de guerra soviéticos habían sido condecorados por sus asesinatos.

Finalmente, la guerra reivindicó e incluso reforzó el sistema estalinista. A todos los elementos represivos del estalinismo —la colectivización, la economía planificada, la violencia de Estado— se les reconoció su papel en la gran victoria. El control estatal de la tierra, las factorías y los materiales parecía justificado por la movilización de la guerra. La censura y la represión eran vistos como necesarios para mantener un frente unificado. Incluso la Gran Purga fue excusada por algunos por el hecho de que eliminó a potenciales traidores en el país. En realidad, las ejecuciones masivas de inocentes habían debilitado en gran medida la nación en la víspera de la guerra. La purga de mandos militares en particular dejó al ejército en un estado precario e incapaz de enfrentarse a la ofensiva inicial nazi. Pero en los fastos de la victoria, todo esto fue ignorado. La propaganda reconocía a Stalin personalmente el haber sabido conducir al país durante la guerra, y el culto a Stalin alcanzó nuevas y desproporcionadas cotas. El patriotismo se asimiló sin más a la lealtad hacia Stalin y el gobierno soviético. El prestigio de Stalin se disparó y su autoridad y la del sistema estalinista ya no pudo en modo alguno ser desafiada.

[1] Silvio Pons, *Stalin and the Inevitable War: 1936–1941*. London, UK, 2002.

[2] R. W. Davies y Mark Harrison, "Defence Spending and Defence Industry in the 1930s". En John Barber y Mark Harrison (eds.), *The Soviet Defence-Industry Complex from Stalin to Khrushchev*. London, UK, 2000; Lennart Samuelson, "Wartime Perspectives and Economic Planning: Tukhachevsky and the Military-Industrial Complex, 1925–1937". En Silvio Pons y Andrea Romano (eds.), *Russia in the Age of Wars, 1914–1945*. Milan, 2000; David Stone, *Hammer and Rifle: The Militarization of the Soviet Union, 1926–1933*. Lawrence, KS, 2000.

[3] *Molotov Remembers: Inside Kremlin Politics, Conversations with Felix Chuev*. Ed. Albert Resis, Chicago, IL, 1993, p. 22.

[4] Alfred Rieber, *Stalin and the Struggle for Supremacy in Eurasia*. Cambridge, UK, 2015.

[5] Para un análisis detallado de la diplomacia soviética prebélica, véase Gabriel Gorodetsky, *Grand Delusion: Stalin and the German Invasion of Russia*. New Haven, CT, 1999.

[6] Jan Gross, *Revolution from Abroad: The Soviet Conquest of Poland's Western Ukraine and Western Belorussia*. Princeton, NJ, 1988.

[7] Ivo Banac, ed., *The Diary of Georgi Dimitrov, 1933–1949*. New Haven, CT, 2003, pp. 115–16.

[8] En las primeras horas del 22 de junio de 1941, Timoshenko y Zhúkov convencieron finalmente a Stalin de que pusiera a las tropas en alerta máxima, aunque siguió ordenando al ejército que evitase la guerra y no respondiese a las provocaciones. A solo un par de horas de la invasion germana, no dio tiempo a que la directiva de alerta máxima llegase a los oficiales del frente hasta que ya fue demasiado tarde. Véase Stephen Kotkin, *Stalin: Waiting for Hitler*. New York, NY, 2017, pp. 899–901.

[9] Citado en Alexander Werth, *Russia at War*. London, UK, 1964, p. 151.

[10] O. V. Druzhba, *Velikaia otechestvennaia voina v soznanii sovetskogo i postsovetskogo obshchestva*. Rostov, 2000, p. 20, Citado en Catherine Merridale, *Ivan's War: Life and Death in the Red Army, 1939–1945*. New York, NY, 2006, p. 111

[11] Werth, *Russia at War*, p. 235.

[12] Citado en Werth, *Russia at War*, p. 240.

[13] Joseph Stalin, *The Great Patriotic War of the Soviet Union*. New York, NY, 1945, pp. 37–38.

[14] Para saber más sobre el relato de la batalla del propio Zhukov, véase Georgii Zhukov, *The Memoirs of Marshal Zhukov*. London, UK, 1971.

[15] Para saber más, véase Yitzhak Arad, *The Holocaust in the Soviet Union*. Lincoln, NE, 2009.

[16] Cynthia Simmons y Nina Perlina, eds. *Writing the Siege of Leningrad: Women's Diaries, Memoirs, and Documentary Prose*. Pittsburgh, PA, 2002, pp. 59–60.

[17] Richard Bidlack y Nikita Lomagin calculan que entre 1,6 y 2 millones de ciudadanos soviéticos murieron en la ciudad y en las batallas de las afueras durante el asedio, incluidos novecientos mil civiles que murieron por el hambre, el frío y los bombardeos; Bidlack y Lomagin, eds, *The Leningrad Blockade, 1941–1944*. Trad. Marion Schwatz, New Haven, CT, 2012, pp. 1, 270–75.

[18] Véase John Barber, "Popular Reactions in Moscow to the German Invasion of June 22, 1941". *Soviet Union*, 18: 1–3 (1991).

[19] Stalin, p. 38.

[20] Citado en Walter Kolarz, "Soviet Patriotism and the War". *Fortnightly Review* 44 (1943), p. 379. Para profundizar, véase Richard Stites, ed. *Culture and Entertainment in Wartime Russia*. Bloomington, IN, 1995.

[21] Steven Miner, *Stalin's Holy War: Religion, Nationalism, and Alliance Politics, 1941–1945*. Chapel Hill, NC, 2003.

[22] Citado en Alexander Werth, *The Year of Stalingrad*. New York, NY, 1947, p. 172.

[23] Werth, *Russia at War*, p. 194.

[24] Rebecca Manley, *To the Tashkent Station: Evacuation and Survival in the Soviet Union at War*. Ithaca, NY, 2009.

[25] Véase John Barber y Mark Harrison, *The Soviet Home Front, 1941–1945*. London, UK, 1991.

[26] Citado en Steven George Jug, "All Stalin's Men? Soldierly Masculinities in the Soviet War Effort, 1938–1945". Tesis doctoral, University of Illinois, 2013, pp. 35–36.

[27] *Krasnaia zvezda*, April 7, 1942, p. 3; April 10, 1942, p. 1, Citado en Jug, pp. 102, 104

[28] David M. Glantz, *Stumbling Colossus: The Red Army on the Eve of World War II*. Lawrence, KS, 1998, p. 15.

[29] «Rosie the Riveter» protagonizó un celebérrimo cartel (mil veces versionado) en el que una mujer vestida para la faena sacaba músculo mientras afirmaba: «We can do it» (N. del t.).

[30] Orlando Figes, *The Whisperers: Private Life in Stalin's Russia*. New York, NY, 2007, p. 419 [*Los que susurran*. Madrid, Edhasa, 2017].

[31] Véase Reina Pennington, *Wings, Women, and War: Soviet Airwomen in World War II Combat*. Lawrence, KS, 2002.

[32] Anna Krylova, *Soviet Women in Combat: A History of Violence on the Eastern Front*. New York, NY, 2010, pp. 121–23, 145–59.

[33] Roger Reese, "Soviet Women at War". *Military History* 28: 1 (May 2011).

[34] Sobre esta cita y para profundizar en el asunto de las mujeres partisanas, véase Roger D. Markwick y Euridice *Charon CARDONA,* Soviet Women on the Frontline in the Second World War. New York, NY, 2012, Capítulo 5.

[35] *Krasnaia zvezda*, March 10, 1942, p. 3, Citado en Jug, p. 111.

[36] Rudolf Schlesinger, ed., *The Family in the* USSR. London, UK, 1949, pp. 367–72.

[37] *Krasnaia zvezda*, October 28, 1944, p. 1, Citado en Jug, p. 210.

[38] Reese, p. 51.

[39] Reese, p. 52.

[40] Para profundizar en las relaciones entre las mujeres y los hombres en el ejército, véase Oleg Budnitskii, "Muzhchini i zhenshchiny v Krasnoi armii (1941–1945)". *Cahiers du monde russe* 52: 2/3 (2011).

[41] Citado en Werth, *Russia at War*, p. 453. Para los relatos de otros testigos, véase Jochen Hellbeck, *Stalingrad: The City that Defeated the Third Reich*. New York, NY, 2015 [*Stalingrado: La ciudad que derrotó al Tercer Reich*. Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2018].

[42] Citado en Werth, *Russia at War*, p. 464.

[43] Para profundizar, véase Roger Reese, *Why Stalin's Soldiers Fought: The Red Army's Military Effectiveness in World War II*. Lawrence, KS, 2011.

[44] Svetlana Alexievich, *The Unwomanly Face of War: An Oral History of Women in World War II*. New York, NY, 2017, p. 134 [*La Guerra no tiene rostro de mujer*. Debolsillo, Barcelona, 2016].

[45] Para saber más sobre el movimiento partisano, véase Kenneth Slepyan, *Stalin's Guerrillas: Soviet Partisans in World War II*. Lawrence, KS, 2006.

[46] John Erickson, *The Road to Berlin*. Boulder, CO, 1983.

[47] Norman Davies, *Rising '44: The Battle for Warsaw*. New York, NY, 2004, p. 444; Werth, *Russia at War*, pp. 876–77.

[48] Alexievich, p. 307.

[49] Werth, *Russia at War*, p. 965.

[50] Citado en Werth, *Russia at War*, p. 966.

[51] Norman Naimark, *The Russians in Germany*. Cambridge, MA, 1995, pp. 108–15.

[52] Antony Beevor, *Berlin: The Downfall 1945*. New York, NY, 2002 [*Berlín: La caída: 1945*. Crítica, Barcelona, 2015].

[53] Werth, *Russia at War*, p. 969

[54] Véase Amir Weiner, *Making Sense of the War*. Princeton, NJ, 2002.

[55] Para saber más sobre la propaganda bélica respecto a las nacionalidades soviéticas, véase David Brandenberger, *National Bolshevism: Stalinist Mass Culture and the Formation of Modern Russian National Identity, 1931–1956*. Cambridge, MA, 2002, pp. 168–80.

[56] Para profundizar en el tema de las deportaciones durante la guerra, véase Pavel Polian, *Against Their Will: The History and Geography of Forced Migrations in the USSR*. Budapest, 2004.

[57] John Hiden y Patrick Salmon, *The Baltic Nations and Europe: Estonia, Latvia, and Lithuania in the Twentieth Century*. New York, NY, 1994.

[58] William Taubman, Khrushchev: *The Man and His Era*. New York, NY, 2004, p. 195.

[59] RGASPI f. 77, op. 1, d. 938, l. 5, Citado en Jug, p. 111.

5. Los años de la posguerra (1946-1953)

TRAS LA GUERRA, LA UNIÓN SOVIÉTICA hubo de enfrentarse a muchos de los asuntos que también acuciaron a otros países: la desmovilización de los soldados, la reconstrucción de las ciudades, la transición a una economía de paz y hacer las paces con su pasado bélico. En algunas áreas el caso soviético fue muy similar al de otras naciones europeas. Millones de soldados fueron desmovilizados y, aunque fueran recibidos como héroes, debieron encarar la difícil transición a una vida civil. Cientos de ciudades y pueblos habían sido arrasados durante la guerra y había que reconstruirlos. Pero en otras esferas el caso soviético fue distintivo. En particular, la economía estalinista siempre había sido una economía de guerra, y no había una orientación al consumidor a la que retornar. Y aunque los colaboracionistas fuesen castigados tras la guerra, hacer las paces con el pasado de una manera completa implicaba reconocer los errores de Stalin, algo que no sucedió hasta la muerte de este en 1953.

El elemento principal que configuró las políticas domésticas y foráneas soviéticas durante toda la posguerra fue la Guerra Fría. La alianza bélica entre Estados Unidos y la Unión Soviética dio paso enseguida a una agria disputa por el dominio del mundo. En Europa del este, el estalinismo instaló gobiernos socialistas bajo su control, mientras al oeste de Europa los Estados Unidos trataron de potenciar el capitalismo y la democracia liberal. Esta rivalidad de la Guerra Fría pronto se extendió a Asia, con la Revolución Comunista China y el Guerra de Corea. La Unión Soviética ya no era el único Estado socialista rodeado de capitalismo. Ahora era una superpotencia, el líder de un bloque enteramente socialista que parecía estar en ascenso.

Este liderazgo socialista, junto al prestigio ganado por haber derrotado a la Alemania nazi, dio a la Unión Soviética una nueva prominencia en el escenario mundial. Pero no fue un ascenso incontestado. Los Estados Unidos y sus aliados contemplaban la expansión del comunismo como un grave peligro y trataron de contener

el poder soviético. La elevación de la tensión llevó a ambos bandos a mantenerse en guardia y a sofocar el disenso interno. Y ambos países se enfrascaron en una carrera armamentística que, en los decenios siguientes, costaría varios trillones de dólares. En el caso soviético, las enormes sumas gastadas en armas detrajeron recursos que podían haber sido empleados en otros sectores de la economía. Los niveles de vida de la población siguieron siendo bajos, y los planificadores de la economía soviética siguieron priorizando la producción militar.

Los orígenes de la Guerra Fría

Las semillas de la Guerra Fría pueden hallarse en las relaciones anteriores entre soviéticos y norteamericanos. En 1917, los Estados Unidos habían renunciado a reconocer la legitimidad del gobierno soviético, hasta el punto de enviar un contingente de soldados para ayudar a las fuerzas anticomunistas en la Guerra civil rusa. No fue hasta 1933 cuando el gobierno norteamericano estableció finalmente relaciones con la Unión Soviética. Tras la invasión alemana de la Unión Soviética en 1941, los Estados Unidos solo apoyaron a los soviéticos de mala gana. El Departamento de Estado de los Estados Unidos consideraba al Partido Comunista una dictadura tan intolerable como la de los nazis, aunque se posicionara favorablemente a ayudar a los soviéticos por constituir los nazis una amenaza aún mayor. Harry Truman, senador por aquel entonces, declaraba: «Si vemos que Alemania está ganando la guerra, hemos de ayudar a Rusia, y si es Rusia la que pasa a ir ganando hemos de ayudar a Alemania, para así conseguir que se maten entre ellos tanto como sea posible»[1].

Cuando los Estados Unidos entraron en la guerra seis meses más tarde, tras el bombardeo japonés de Pearl Harbor, se convirtieron en aliados de la Unión Soviética. Se trató, no obstante, de una alianza no basada en valores compartidos y ni siquiera en un tratado formal, sino en el hecho de que la Alemania nazi era su enemigo común. La sospecha mutua entre ambas naciones fue una constante durante la guerra. Aunque los Estados Unidos enviaron grandes cantidades de recursos para ayudar a los soviéticos a luchar contra los nazis, lo que Stalin y Mólotov querían es que se abriera urgentemente un segundo frente en Francia (los diplomáticos alemanes apuntaron que Mólotov parecía conocer solo cuatro palabras en inglés: «yes», «no» y «second front»). Una invasión británico-norteamericana de la Francia ocupada en 1942 habría retirado a las tropas germanas de Stalingrado, en donde la suerte del Ejército Rojo pendía de un hilo. El presidente Franklin D. Roosevelt prometió al principio abrir un segundo frente en 1942, y luego en 1943. Pero no fue hasta junio de 1944 que la invasión de Normandía ocurrió finalmente, y entre tanto la Unión Soviética había sufrido horribles

bajas. Aunque la falta de condiciones para un desembarco plausible retrasó varias veces la invasión de Normandía, a los dirigentes comunistas les pareció que Roosevelt y Churchill estaban dejando en realidad que los alemanes y los soviéticos se matasen entre ellos tanto como fuese posible.

En febrero de 1945, cuando la guerra se acercaba a su fin, Stalin se encontró con Roosevelt y Churchill en la Conferencia de Yalta para discutir los planes para la Europa de la posguerra (véase ilustración 5.1). Se produjeron vehementes discusiones entre ellos acerca del futuro de los países europeos del este, en particular sobre Polonia. Roosevelt y Churchill querían que el gobierno polaco, por entonces afincado en Londres, asumiera el poder tras la guerra. Stalin consideraba que esos líderes polacos eran antisoviéticos y postuló para el gobierno a un grupo de polacos izquierdistas. Con el Ejército Rojo ocupando Polonia, Stalin tenía la sartén por el mango en estas negociaciones, y solo permitió que los polacos de Londres tuviesen una representación en el nuevo gabinete. Roosevelt consiguió que Stalin aceptara la vagamente redactada Declaración sobre la Europa Liberada que prometía que los países gozarían de un derecho a la autodeterminación. Pero esta declaración no impediría que seguidamente los soviéticos organizasen elecciones amañadas en los países de Europa del este, donde se instalaron gobiernos comunistas.

Roosevelt murió en abril de 1945, así es que fue su sucesor Harry Truman quien se reunió con Stalin y Churchill (y con el sucesor de este, Clement Atlee) en la Conferencia de Postdam tras el final de la guerra. Las tensiones entre los aliados nominales continuaron subiendo de tono con las conversaciones sobre el destino de Alemania y el este de Europa. Alemania estaba dividida en cuatro zonas de ocupación, con las zonas americana, británica y francesa en el oeste y la soviética en el este. Los líderes no planeaban dividir Alemania permanentemente, pero no se ponían de acuerdo sobre el futuro del país. Los dirigentes soviéticos querían una Alemania debilitada y desindustrializada que no supusiera una amenaza para ellos. Los americanos y los británicos veían la necesidad de revitalizar la economía germana, creyendo que el capitalismo y el comercio con otros países era la mejor garantía contra un regreso del fascismo o un viraje al comunismo.

En 1946, la Guerra Fría que se estaba gestando se convirtió en un hecho público cuando, a instancias de Truman, Churchill pronunció su discurso sobre el Telón de Acero en Fulton, Misuri. Churchill advirtió de que los partidos comunistas respaldados por los soviéticos en los países de Europa del este estaban buscando un «control totalitario». Declaraba:

> Desde Stettin, en el Báltico, a Trieste, en el Adriático, ha caído sobre el continente un telón de acero. Tras esta línea quedan todas las capitales de los antiguos Estados de Europa central y del este […] todas estas célebres

ciudades y las poblaciones que viven en ellas caen en la esfera soviética y están todas sujetas, de un modo u otro, no solo a la influencia soviética, sino en gran y creciente medida al control desde Moscú[2].

Ilustración 5.1 La Conferencia de Yalta, 1945

Al año siguiente, en lo que se conoció como la Doctrina Truman, el presidente Truman declaró que los Estados Unidos debían ayudar a Grecia y Turquía a resistir el avance del comunismo. La «contención» del expansionismo soviético —el término lo acuñó el diplomático norteamericano George Kennan— se convirtió en el espíritu que guiaba la política exterior norteamericana.

¿Se pudo haber evitado la Guerra Fría? Si la alianza entre soviéticos y norteamericanos hubiese continuado, el mundo se podría haber ahorrado la división de Europa, conflictos internacionales como la Guerra de Corea y una carrera armamentística sumamente costosa que duró muchos decenios. Pero tal alianza había sido una necesidad bélica antes que una colaboración estable. Los Estados Unidos y la Unión Soviética tenían ideologías e intereses radicalmente distintos. Ambos buscaban la seguridad tras la guerra, pero tenían ideas opuestas sobre cómo alcanzarla. Los líderes norteamericanos querían una Europa autodeterminada, democracia liberal, capitalismo y mercados libres. Los soviéticos querían que cundiera la economía socialista y sus sistemas políticos, y como mínimo querían que los países con los que lindaban no fueran antagonistas. Ambos bandos terminaron considerándose mutuamente enemigos mortales, virtualmente equivalentes a la Alemania nazi en cuanto a la amenaza que suponían. Con esta mentalidad, y el destino del mundo aparentemente en juego, los

dirigentes soviéticos y norteamericanos fueron incapaces de evitar la confrontación que duró decenios y conocemos como Guerra Fría[3].

La dominación soviética de Europa del Este

Aunque Stalin aseguró las conquistas territoriales y concibió gobiernos en Europa del este que fuesen «amigos» de la Unión Soviética, carecía de un plan maestro para imponer el sistema estalinista en el este de Europa. Tras una guerra devastadora, su principal preocupación era la seguridad de su propio país, que veía indisolublemente ligada al futuro del socialismo. Los comentaristas occidentales que vieron el expansionismo soviético impulsado por una ideología revolucionaria no entendieron los motivos de Stalin. En cualquier caso, con las crecientes tensiones de la Guerra Fría, Stalin procuró tener un control todavía mayor del este de Europa. Lo que comenzó siendo una coalición izquierdista de gobiernos en el este de Europa pronto se convirtió en un monopolio del Partido Comunista. La dominación soviética de Europa del este agravó a su vez la Guerra Fría, pues tales movimientos fueron un motivo de enfrentamiento constante con los Estados Unidos y sus aliados.

Al final de la Segunda Guerra Mundial, el gobierno soviético reincorporó los territorios que había conquistado en 1939-1940, junto a otros más. Los países bálticos (Estonia, Letonia, Lituania), el este de Polonia, Besarabia y Bukovina en Rumanía, la Rutenia subcarpática de Checoslovaquia, parte de Carelia al este de Finlandia y Königsberg al este de Prusia se convirtieron todas en parte de la Unión Soviética. La transferencia de territorio fue acompañada por la de la población, incluida la deportación de polacos de lo que ahora era Ucrania occidental y Bielorrusia, y la deportación de varios millones de alemanes del este de Prusia, donde la frontera polaco-alemana se había trasladado al oeste. Estos movimientos de poblaciones resolvieron, de una manera brutal, las disputas territoriales que Hitler había usado para justificar la invasión de Polonia a comienzos de la guerra. También forzaron la homogeneidad étnica en las fronteras occidentales de la Unión Soviética, eliminando así la preocupación de Stalin en cuanto a la presencia de minorías polacas en su país[4].

Más allá de ganar territorio, el gobierno soviético ejerció un control sobre los países de Europa del este ocupados por el Ejército Rojo. Formó partidos comunistas en Polonia, Hungría, Rumanía y Bulgaria, y también en Checoslovaquia, en donde el partido comunista ya era fuerte. Inicialmente instauró gobiernos comunistas locales en coalición con los partidos democráticos y socialistas. Desde 1947 en adelante, sin embargo, el gobierno soviético se sirvió de tácticas de mano dura para eliminar los gobiernos de coalición. Las elecciones amañadas, combinadas con el arresto de los políticos opositores, aseguraron que los

partidos comunistas monopolizasen el poder. Aparte de elevar protestas, poco pudieron hacer los dirigentes británicos y norteamericanos al respecto. La mayoría de los países del este de Europa seguían ocupados por unidades del Ejército Rojo, y a falta de acciones militares, nada podía desafiar el control soviético. Bajo la dirección de Moscú, los gobiernos comunistas de los países del este de Europa impusieron el modelo estalinista en sus sociedades: la abolición del capitalismo, la agricultura colectivizada (con la excepción de Polonia) y las economías dirigidas por el Estado[5].

Yugoslavia era un caso distinto, porque los partisanos comunistas de allí, bajo el mando de Josip Broz Tito, había liberado al país de las fuerzas de ocupación italianas y alemanas sin la ayuda del Ejército Rojo. Tras la guerra, siguieron voluntariamente el modelo estalinista, colectivizando la agricultura y promulgado una constitución que calcaba la soviética. Pero Tito demostró una independencia que no era del gusto de Stalin. Entre otras cosas, ayudó a los comunistas griegos en su lucha por obtener el poder. Stalin había acordado con Churchill que Grecia permanecería en la esfera de influencia anglo-norteamericana, y así pues renunció a apoyar a los insurgentes comunistas (que fueron en consecuencia aplastados por el gobierno griego con la ayuda británica y norteamericana). Stalin castigó a Tito por su independencia expulsando a Yugoslavia del Kominform, la Oficina de Información de los Partidos Comunistas y Obreros, organización que desde Moscú coordinaba la actividad internacional comunista[6]. Los observadores occidentales habían asumido que el bloque comunista en Europa del este era monolítico, como el gobierno soviético hubiese preferido, pero la división entre soviéticos y yugoslavos demostraba que no era así en todos los casos.

Los líderes soviéticos veían los regímenes comunistas del este de Europa como un colchón amortiguador entre su país y Alemania. Temían que en una generación Alemania reviviese y lanzase otra invasión, tal vez apoyada por Hungría, Rumanía y Bulgaria, países que lucharon del lado alemán durante la Segunda Guerra Mundial. Visto desde nuestros días está claro que no era posible un resurgimiento del militarismo alemán, pero en aquel tiempo temían que, como ocurrió tras la Primera Guerra Mundial, Alemania volviese pronto a crear problemas a los países vecinos. Los soviéticos no estaban solos en este temor a un revanchismo germano; los políticos franceses temían lo mismo. De hecho, Checoslovaquia y Polonia parecían querer contar con el apoyo soviético para asegurarse de que Alemania no les arrebatase territorios de nuevo en el futuro.

Puesto que el Ejército Rojo solo ocupaba la parte oriental de Alemania, los dirigentes soviéticos no pudieron imponer su voluntad en todo el país. Ellos preferían una Alemania unida pero débil. Como parte de las reparaciones de la guerra, se llevaron ingentes cantidades de

equipamiento industrial alemán a la Unión Soviética. Los dirigentes norteamericanos, británicos y franceses controlaban la parte occidental de Alemania y la parte occidental de Berlín (que estaba localizada en la zona oriental). Opuestos al diseño que los soviéticos querían para Alemania, anunciaron en junio de 1948 que crearían una Estado alemán occidental separado. A finales de ese mes introdujeron una nueva moneda que empezó a circular en Alemania Occidental.

La Unión Soviética llevó a cabo medidas agresivas para intentar bloquear la nueva moneda y el nuevo Estado. Introdujo su propia divisa en el este y cortó las carreteras y vías ferroviarias entre Alemania Occidental y Berlín Occidental, tratando de hacer que la población de allí fuese económicamente dependiente de Alemania Oriental. Amenazando incorporar Berlín Occidental a Alemania Oriental, los dirigentes soviéticos trataron de forzar a los británicos y los norteamericanos a abandonar sus planes para Berlín Occidental o para la creación de un Estado en el oeste. Pero estos no hicieron ni lo uno ni lo otro, desbaratando el bloqueo terrestre con el Puente Aéreo de Berlín, una masiva operación de suministro a Berlín Occidental por el aire. Con más de mil quinientos vuelos diarios, los aviones de mercancías británicos y norteamericanos transportaron varios miles de toneladas de comida, carbón y otros suministros para proveer las necesidades diarias de la población (véase ilustración 5.2). El puente aéreo fue un éxito, y tras once meses los soviéticos recularon y reabrieron las rutas terrestres hacia Berlín Occidental.

Tras los sucesos del Puente Aéreo, se establecieron formalmente dos Estados alemanes: la República Federal Alemana al oeste y la República Democrática Alemana en el este. En 1949, Berlín, Alemania y la propia Europa estaban claramente divididos en dos bloques, el occidental y el soviético. Los dirigentes soviéticos tenían el control de la mayoría del este de Europa, incluida Alemania Oriental, y habían instalado regímenes comunistas y economías socialistas dirigidas desde el Estado en esos países. Simultáneamente, la presencia norteamericana en Europa occidental se había fortalecido. A través del Plan Marshal, los Estados Unidos estaban aportando billones de dólares en ayuda y préstamos para reconstruir las economías capitalistas de Europa occidental. La división de Europa en esferas antagonistas, socialista la una y capitalista la otra, fue la plasmación de la rivalidad entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, la consecuencia de la Guerra Fría.

Ilustración 5.2 Residentes de Berlín Occidental observan un avión de transporte de mercancías llegar durante el bloqueo de Berlín de 1948

Reconstrucción económica

La Guerra Fría también tuvo importantes dimensiones nucleares y medioambientales. Los bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki, por parte de Estados Unidos al final de la Segunda Guerra Mundial, conmocionaron al mundo, también a los dirigentes soviéticos. La posesión de armas atómicas por parte de Estados Unidos alteraba radicalmente el equilibrio militar de fuerzas en detrimento de la Unión Soviética. Aunque el Ejército Rojo todavía era el ejército convencional más poderoso del mundo, no tenía nada que pudiera igualar la capacidad destructiva de una bomba atómica. Stalin declaró en privado que «sin duda Washington y Londres esperan que no seamos capaces de desarrollar la bomba nosotros mismos algún día. Y entretanto, haciendo uso de su monopolio, Norteamérica […] quiere forzarnos a aceptar sus planes sobre cuestiones que afectan a Europa y el mundo. Pues bien, eso no va a pasar»[7].

A pesar de este rotundo posicionamiento de Stalin, tanto él como otros líderes soviéticos sabían que el país era vulnerable a un ataque norteamericano. Truman les dijo de hecho a sus consejeros que estaba preparado para soltar la bomba sobre Moscú si se estimaba necesario. Cuando tuvo lugar el Puente Aéreo sobre Berlín en 1948, Truman transfirió bombarderos B-49 al Reino Unido, y el ejército

norteamericano trazó planes de contingencia para soltar bombas atómicas sobre las ciudades soviéticas[8]. Al año siguiente, los Estados unidos crearon la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte), una alianza militar para contrarrestar la amenaza soviética sobre Europa occidental. La entonces permanente presencia norteamericana en Europa, junto a su creciente arsenal de armas, suponían una creciente amenaza para los dirigentes soviéticos. En los primeros años de la Guerra Fría asignaron la máxima prioridad a desarrollar su propia bomba atómica.

En un discurso de 1946 en el teatro Bolshói de Moscú, Stalin predijo que, «con la asistencia adecuada», los científicos podrían pronto «no solo alcanzar, sino superar los logros científicos obtenidos más allá de las fronteras de nuestro país[9]». El jefe de la policía secreta, Beria, estaba a cargo del proyecto soviético de la bomba. Destinó inmensos recursos a dicho proyecto bajo la dirección del físico Ígor Kurtáchov. Kurtáchov reunión un grupo de físicos e ingenieros soviéticos de élite en Arzamas-16, unas instalaciones secretas para el desarrollo de armas atómicas cerca de la ciudad de Gorki. También consiguió construir un reactor en la recién fundada ciudad de Ozersk en los Montes Urales, que en 1948 ya producía plutonio. Con la ayuda de los científicos británicos y norteamericanos que espiaban para los soviéticos, Kurtáchov y su equipo pudieron completar el trabajo al año siguiente. En agosto de 1949, la Unión Soviética detonó con éxito una bomba atómica en un terreno de pruebas en Kazajistán[10].

El final del monopolio norteamericano no acabó con la carrera armamentística; por el contrario, la aceleró. En un esfuerzo para conseguir una ventaja estratégica, ambos países se empeñaron en construir más bombas, cada vez más potentes. En 1952, los Estados Unidos hicieron explotar una bomba de hidrógeno, un arma termonuclear mucho más poderosa que una bomba atómica. La Unión Soviética tenía su propio programa en armas termonucleares, dirigido por el físico Andréi Sájarov, y probó con éxito una bomba de hidrógeno a escala reducida en 1953 y un modelo mayor dos años después. Los físicos soviéticos estaban entregados en cuerpo y alma al desarrollo de armas nucleares. Sentían que era su deber patriótico crear bombas atómicas y termonucleares para la defensa nacional dado el monopolio nuclear norteamericano. Sájarov escribió posteriormente que se sentía «comprometido con el objetivo que asumía que era el mismo de Stalin: fortalecer al país lo suficientemente para asegurar la paz[11]».

Enfrascados en esta carrera por producir armas atómicas y nucleares, ni los Estados Unidos ni la Unión Soviética prestaron la atención adecuada a los peligros de la contaminación radioactiva. Cuando el reactor de Ozersk empezó a producir plutonio, sus barras de combustible de uranio se sobrecalentaron y se estropearon, liberando isótopos radioactivos. Tras una breve parada, Kurchátov volvió a poner en

funcionamiento la planta, exponiéndose y exponiendo a los trabajadores a altos niveles de radiación. Una vez los científicos produjeron suficiente plutonio para una bomba, cerraron el reactor para ser reparado. Pero en vez del año que hacía falta, Beria les dio solo dos meses para volver a arrancar el reactor. Con las prisas por remplazar las barras de combustible averiadas, los técnicos entraron en el centro del reactor y extrajeron uranio con las manos. En lugar de enfriar por completo el uranio para reducir los isótopos radioactivos, pasaron a procesarlo de inmediato, liberando gases radioactivos a la atmósfera. Para empeorar las cosas, posteriores accidentes filtraron más material radioactivo en los lagos y fuentes circundantes[12].

Con el tiempo, cientos de kilómetros cuadrados en torno a la planta de plutonio quedaron contaminados. A los residentes de la región no se les dijo nada sobre estos peligros, porque todo el proyecto era secreto. Los trabajadores de la planta, en particular, aunque también otros residentes de los Urales, sufrieron posteriormente tasas extremadamente altas de cáncer debido a la exposición radioactiva. En Estados Unidos se produjo simultáneamente otro desastre similar para la salud y el medioambiente. Tras la exitosa prueba de la Unión Soviética en 1949, científicos norteamericanos en la planta nuclear cercana a Richland, Washington, experimentaron con el reprocesamiento rápido de uranio. Esta técnica descargaba una pluma radioactiva que se extendió a lo largo de la cuenca del río Columbia. En las cuatro décadas siguientes, la planta de Richland y la planta de Ozersk liberaron entre ambas al menos doscientos millones de curíes de radioactividad al medio ambiente[13]. En el contexto de la Guerra Fría, ambos países enterraron bajo la alfombra las preocupaciones sobre la seguridad para seguir produciendo armas atómicas tan rápidamente como fuera posible.

La contaminación radioactiva fue solo una parte de la degradación medioambiental que causó el régimen estalinista. Ya durante los años treinta la industrialización rápida había producido destructivas actividades de minería y tala, y las nuevas factorías habían incrementado la polución en el aire y el agua. Contrariamente a lo que pudiera pensarse, la idea soviética de empleo de los recursos no era crudamente utilitarista. Los científicos conservacionistas soviéticos promovieron tanto el uso eficiente de los recursos como la importancia de preservar los recursos naturales del país. Las últimas investigaciones han señalado que estas ideas influyeron sobre los líderes soviéticos y sus políticas[14]. Pero durante la industrialización, la urgencia por completar los planes económicos se llevó por delante las preocupaciones medioambientales. Y con el transcurso de la guerra, Gosplán volvió a volcarse en construir una poderosa industria pesada a cualquier precio, lo cual resultó muchas veces en una ingente cantidad de residuos, polución y devastación medioambiental[15].

La Guerra Fría aportó el contexto tanto para la contaminación

nuclear como para la medioambiental durante la posguerra. La carrera para construir poderío militar superó las preocupaciones sobre la conservación de los recursos y la salud pública. Los líderes políticos soviéticos y los científicos hablaban de la urgente necesidad de construir un «escudo nuclear», las armas nucleares soviéticas que detuviesen el ataque norteamericano. Estas preocupaciones de seguridad predominaron sobre el ambientalismo, especialmente con la escalada de la tensión que trajo la Guerra Fría. Como se ha dicho, la misma mentalidad llevó a los líderes norteamericanos a poner en peligro la salud de sus ciudadanos y la pureza de su medio ambiente en aras de reforzar su poder militar. El mutuo miedo y la hostilidad recíproca empujó a ambos países a desarrollar armas nucleares rápidamente, a un coste medioambiental horrible.

La Guerra Fría en Asia

La Guerra Fría se extendió pronto por Asia. Durante la Segunda Guerra Mundial, los comunistas chinos liderados por Mao Zedong habían luchado tanto contra el ejército japonés como contra los nacionalistas chinos de Chiang Kai-shek. Tras la derrota japonesa, Stalin aconsejó a Mao que negociase con Chiang en vez de luchar por el poder. Aquí, de nuevo, Stalin ponía la seguridad soviética por delante de la revolución comunista en el extranjero, pues se esforzó por mantener buenas relaciones con los nacionalistas evitando así la posible intervención norteamericana en China. Además, Stalin no se fiaba de Mao, al que consideraba un marxista no ortodoxo que se apoyaba más en el campesinado que en la clase obrera. También temía que, como Tito en Yugoslavia, Mao no acatase las órdenes de Moscú.

Pese a la falta del apoyo de los soviéticos, los comunistas chinos derrotaron a los nacionalistas en 1949 y establecieron la República Popular China. Después Mao viajo a Moscú, donde se encontró con Stalin y otros líderes soviéticos. Sus conversaciones estuvieron presididas por una persistente desconfianza, pero a principios de 1950 firmaron el Tratado de Amistad, Alianza y Asistencia Mutua Sino-Soviético. Una alianza militar, este tratado también proveía ayuda financiera al gobierno chino. Los líderes políticos norteamericanos, ya alarmados por la toma de poder de los comunistas en China, vieron esta alianza sino-soviética como la evidencia de que el bloque soviético se expandía por Asia. Con el comunismo internacional aparentemente en marcha, redoblaron su determinación a resistir este avance en todas las partes del globo.

Dicha resolución fue pronto puesta a prueba durante la Guerra de Corea. Cuando Corea fue liberada de Japón en la Segunda Guerra Mundial, las tropas soviéticas ocuparon el norte del país, mientras las

fuerzas americanas ocupaban el sur. En 1948, los comunistas establecieron un gobierno en Corea del Norte, y las fuerzas norteamericanos se retiraron en consecuencia. Pero el líder norcoreano Kim Il-Sung esperaba unificar toda la península bajo el régimen comunista, pensando que la invasión norcoreana sería bienvenida también por la población del sur. Stalin dudaba si aprobar tal invasión. Finalmente dio su visto bueno en la primavera de 1950, pero sin prometer apoyo militar alguno, diciéndole a Kim que tendría que apoyarse en las tropas chinas[16].

En junio de 1950, el ejército norcoreano invadió Corea del Sur. Equipado con tanques y artillería pesada soviéticos barrió rápidamente a las tropas surcoreanas y en unos días capturó Seúl, la capital surcoreana. Ansioso por detener el avance del comunismo, la Administración Truman obtuvo de las Naciones Unidas una resolución que primero condenó al ataque y luego se comprometió a aportar fuerzas para repelerlo. Las tropas norcoreanas ocuparon la mayoría de Corea del Sur, pero una fuerza militar norteamericana bajo el auspicio de las Naciones Unidas intervino e hizo retroceder al ejército norcoreano. Tras recuperar Corea del Sur, las tropas norteamericanas avanzaron hacia Corea del Norte hasta llegar casi a la frontera con China.

Stalin estaba alarmado por la intervención de los Estados Unidos, y trató con cuidado de evitar cualquier enfrentamiento militar directo con ellos[17]. Aportando solamente apoyo aéreo, instó a Mao a que aportase tropas chinas al conflicto. Una vez Mao estuvo de acuerdo, doscientos mil soldados chinos entraron en la contienda y revertieron la tendencia. Tras sacar a los norteamericanos de Corea del Norte, el ejército chino siguió avanzando hasta Corea del Sur. La contraofensiva norteamericana llevó el conflicto a un punto muerto alrededor del paralelo 38, la frontera original entre Corea del Norte y Corea del Sur. Aunque no se firmó ningún tratado de paz, las negociaciones dieron lugar a un armisticio en 1953, y la guerra llegó a su fin. En términos territoriales, la guerra no produjo efecto alguno, pero entretanto dos millones de personas, entre soldados y civiles, habían perdido la vida[18].

La Guerra de Corea tuvo otras repercusiones que fueron más allá de Asia, aumentando las tensiones de la Guerra Fría en todo el mundo. A primera vista, la Unión Soviética se benefició de los daños de largo alcance producidos en la relación entre Estados Unidos y China. Dado su antagonismo con los norteamericanos, los líderes chinos tuvieron que permanecer en la esfera soviética por la seguridad de su propio país. Pero en privado, su desconfianza hacia los soviéticos creció, pues había sido Stalin el que los había empujado a luchar, pero sin comprometer sus propias tropas. Por su parte, los líderes estadounidenses veían la invasión de Corea del Sur como el preludio de una invasión de Alemania Occidental. Junto a sus aliados de la OTAN, incrementaron dramáticamente su presupuesto de defensa para combatir la amenaza

comunista. Los líderes soviéticos estaban muy atentos a estos movimientos de la OTAN, por su propia aprensión a que los Estados Unidos atacasen Europa del Este. La Guerra de Corea hizo que ambos bandos se volviesen más miedosos y beligerantes.

Dentro de la Unión Soviética, la Guerra Fría reforzó la militarización de la sociedad que había comenzado con la Segunda Guerra Mundial. A medida que las tensiones con los Estados Unidos se recrudecían en Europa y Asia, no solo Stalin, sino los funcionarios soviéticos a todos los niveles sintieron la necesidad de mantener un elevado estado de alerta militar. Nunca olvidaron lo cerca que estuvo su país de perder la Segunda Guerra Mundial, y estaban determinados a seguir vigilantes en caso de un ataque estadounidense. Las autoridades soviéticas sacrificaron la mejora de las condiciones de vida en aras de aumentar la producción militar. Perpetuaron el servicio militar obligatorio para los jóvenes y el entrenamiento en defensa civil para los estudiantes y las estudiantes. También aumentaron sus medidas de vigilancia y contraespionaje realizando más arrestos e intensificando las represiones. Debido a la Guerra Fría, el sistema estalinista continuó haciendo hincapié en la preparación militar y el control estatal incluso en tiempo de paz.

Reconstrucción económica

Tras años de privaciones, el pueblo soviético esperaba poder vivir bien tras la guerra. Tenía a esperanza de que la escasez y el racionamiento fueran cosa del pasado, y que la victoria abriese un periodo brillante para la sociedad. Pero la magnitud de la devastación bélica, junto a la Guerra Fría, quebró esas esperanzas. La escasez de alimentos continuó e incluso empeoró. Una mala cosecha en 1946 causó un hambruna que costó la vida a unos dos millones de personas. Las ciudades de Kiev a Stalingrado eran puro escombro. La reconstrucción fue lenta y priorizó las necesidades industriales sobre la construcción de viviendas. Millones vivían hacinados en barracones, chabolas y refugios. No había ropa en las tiendas, y mucha gente se vestía con harapos.

Otros países europeos también necesitaban una reconstrucción tras la guerra. Los que cayeron bajo el ámbito de la economía planificada soviética se concentraron en la industria pesada, y las condiciones de vida siguieron siendo malas. Por el contrario, los países de Europa occidental disfrutaron de la ayuda del Plan Marshal y recibieron billones de dólares. Los primeros años de la posguerra fueron igualmente duros en términos materiales, pero las economías capitalistas de estos países se orientaron al consumo, y las condiciones de vida pronto empezaron a mejorar. Además, el masivo esfuerzo constructor en Alemania occidental, Italia, Francia y el Reino Unido alivió el hacinamiento en las

edificaciones precarias. En la Unión Soviética, los esfuerzos para incrementar el número de viviendas y bienes de consumo no fructificaron hasta los años sesenta. La economía planificada estalinista, en la que no cabía el libre mercado, no estaba preparada para satisfacer la demanda. Durante la guerra ya se había vinculado todavía más a la producción de defensa, que los soviéticos siguieron priorizando posteriormente con la Guerra Fría.

La historia de una familia puede ayudarnos a ilustrar las penurias que la gente debió pasar en la posguerra. Zinaida Busheva y sus tres hijos vivían en unos apartamentos comunales en la ciudad de Perm. Compartían una habitación con la madre y el hermano de Zinaida, y con la mujer de este y sus dos hijos; nueve personas para una pequeña habitación, con tres o cuatro personas por cama. Perm, bastante al este de Moscú, apenas había sido bombardeada durante la guerra, pero aun así sus edificios estaban destartalados. El bloque de apartamentos de Zinaida no había sido reparado desde principios de la guerra; no tenía agua corriente o electricidad y el tejado estaba parcialmente agujereado. Zinaida no tenía con qué alimentar a sus hijos, pues solo tenía una cartilla de racionamiento, así es que su hija de doce años tuvo que ponerse a trabajar también. Zinaida parcheaba la ropa de segunda mano que sus hijos debían vestir; como diría una de sus hijas más adelante: «No podíamos ir al teatro, de la vergüenza que nos daba. Todo lo que tenía para ponerme era un par de sandalias de esparto de tres rublos»[19].

En todo el país el nivel de vida seguía siendo abismalmente bajo. En las regiones más castigadas por la guerra, muchas personas vivían en apartamentos semiderruidos por las bombas o incluso en chozas debajo de los puentes. Algunos obreros protestaron por sus miserables condiciones de vida. En una carta enviada a las autoridades, un obrero escribía:

> ¡Así es que hasta esto hemos llegado! ¡A esto es a lo que llaman la preocupación del Estado por las necesidades materiales de la clase trabajadora en el Cuarto Plan Quinquenal Estalinista! Ahora entendemos por qué no hay asambleas para discutir estos asuntos; podrían convertirse en revueltas y alzamientos. Los trabajadores dirán: «¿Para qué hemos luchado?»[20]

En varias fábricas de los Urales y Siberia, los trabajadores realizaron huelgas y manifestaciones, demandando mejores condiciones de vida y, en el caso de los evacuados durante la guerra, el derecho a volver a sus localidades de origen[21]. Allá donde se dieron las protestas, por lo general los líderes huelguistas fueron arrestados, al tiempo que, por lo menos temporalmente, se mejoraban los suministros alimentarios para apaciguar a los trabajadores.

Las condiciones en el campo también eran nefastas. Habían muerto tantos soldados y tantos otros habían quedado incapacitados que las granjas colectivas perdieron casi un tercio de sus recursos humanos. En algunas aldeas no volvió ni un solo joven; o habían caído en la guerra o se habían establecido en la ciudad tras esta. La mayoría de los animales también se habían perdido, especialmente los caballos, usados como medio de transporte en la guerra. Apenas quedaban tractores, pues habían dejado de fabricarse en favor de los tanques. Las campesinas se habían quedado a cargo de la práctica totalidad de labores del campo, que tenían que llevar a cabo manualmente. El rendimiento de las cosechas, como es natural, descendió, y además el gobierno dirigió la mayoría del grano a las ciudades o lo destinó a la exportación. Los campesinos volvieron a pasar hambre, sobre todo entre 1946 y 1947, pero también en años posteriores. Un campesino se quejaba: «Trabajamos en las granjas colectivas como solíamos hacerlo para los terratenientes en los tiempos de la servidumbre. Nos matan a trabajar y ni nos alimentan ni nos pagan»[22].

El reparto de la población entre ambos sexos, especialmente severo en el campo, afectó a la sociedad entera. Tres cuartas partes de las personas que perdieron la vida en la guerra eran hombres entre los dieciocho y los cuarenta y cinco años. Tras la guerra había el doble de mujeres que de hombres en este tramo de edad. Por lo tanto, las mujeres siguieron ocupando la mayoría de los puestos en la industria. A diferencia de lo ocurrido en la posguerra en Estados Unidos, no hubo propaganda que dijese que «el lugar de las mujeres está en el hogar». No era ya que se tratase de un eslogan contrario a los ideales soviéticos sobre el papel de ambos sexos; es que muchísimos hombres no volvieron de la guerra y las mujeres eran esenciales para la industria. Esta alta proporción de mujeres también conllevó que un elevado porcentaje de ellas se quedasen viudas o nunca tuviesen la ocasión de casarse. Las madres solteras se hicieron comunes, lo cual añadía más cargas a las mujeres. Dada la escasez económica de aquellos días, las instalaciones para el cuidado de los niños y las cenas comunitarias siguieron sin tener los recursos suficientes, y fueron de poca ayuda para las mujeres soviéticas[23].

Las estrecheces económicas soviéticas no eran bien conocidas internacionalmente. Los censores ocultaron hasta qué punto la guerra había devastado el país, con la intención de no revelar debilidad alguna durante la Guerra Fría. Tampoco es que las deficiencias de la economía planificada respecto al sector del consumo fuesen evidentes de un modo inmediato. El *boom* económico de la posguerra en Europa occidental no se produjo hasta finales de los años cincuenta, y solo entonces quedó clara la mayor prosperidad de Occidente en términos comparativos. Lo que los observadores internacionales sabían era que la economía planificada había modernizado la Unión Soviética y equipado al mayor

ejército del mundo. Para muchas naciones que por entonces se desarrollaban, el sistema soviético ofrecía un modelo atractivo de industrialización rápida. Reivindicado ante el mundo por su victoria en la guerra, el socialismo soviético podría haber recabado más adeptos si sus líderes hubiesen llevado a cabo las reformas liberalizadoras que su gente anhelaba.

La represión política y la ausencia de reformas

Muchos ciudadanos soviéticos esperaban no solo ganar cierto bienestar material, sino también disfrutar de un ambiente político más libre. Dados los inmensos sacrificios de la guerra, creían tener derecho a la confianza del gobierno. Pensaban que seguramente Stalin y el partido los recompensarían por su victoria. En vez de eso, durante la posguerra el estalinismo se dedicó a torpedear todo intento de reforma y continuó con la represión política. Stalin defenestró o purgó a altos cargos militares y del partido. La policía secreta puso cerco a los sospechosos de colaboracionismo y disidencia. El control del partido y la censura se recrudecieron. En vez de compartir la gloria de la victoria, Stalin y el Partido Comunista se la adjudicaron en solitario, y el sistema soviético se volvió más autoritario que nunca.

Una de las razones por las que la gente se equivocó en sus expectativas fue que durante la guerra se acostumbraron a asumir un papel civil más importante. Los soldados, los partisanos, los médicos, los voluntarios del servicio civil, los trabajadores de la industria armamentística, todos habían contribuido activamente al esfuerzo bélico. Estaban defendiendo su patria, y por una vez sentían que el país les pertenecía. En su poema «1941», Julia Neiman recordaría más tarde lo que la guerra significó para su generación:

> Aquellos días en Moscú… La avalancha de la guerra…
> ¡Incontables pérdidas! ¡Reveses y derrotas!
> Con todo, camaradas de aquellos años, digamos la verdad completa:
> ¡Refulgente como una antorcha en llamas, aquel luminoso año!
> La dudosa vara de medir con la que lo calibramos
> —archivos, cuestionarios, el largo servicio, el rango y la jerarquía—
> ya la hemos desechado y ahora medimos de veras:
> aquel año se midió y se pesó en valor, en fe…
> Al menos entonces parecía real
> nuestro orgullo de ciudadanos, nuestro puro y reluciente orgullo[24].

Tras la guerra, este orgullo siguió vivo, y los ciudadanos albergaron la esperanza de tener voz y voto en el futuro de su país.

Los veteranos eran los que más creían merecer entre todos. Se habían

ganado un enorme prestigio gracias a su victoria militar, y también habían ganado en experiencia y capacidades (véase ilustración 5.3). En el fragor de la batalla, se habían visto obligados a tomar la iniciativa. A su regreso estaban más preparados para cuestionar el sistema existente. Un oficial que había visto los campos de concentración nazis escribió a los dirigentes del partido para pedir el fin de los arrestos arbitrarios y las encarcelaciones en la Unión Soviética[25]. Otros veteranos hicieron un llamamiento para que se desmontaran las granjas colectivas. Un informe del gobierno explicaba que los soldados desmovilizados estaban difundiendo sentimientos anticolectivistas basados en lo que habían visto en el extranjero. «Muchos camaradas han estado en Rumanía, Hungría, Austria y los países bálticos, y han visto el sistema de la agricultura y la ganadería privada»[26]. En términos más generales, los veteranos habían tenido acceso a las mejores condiciones de vida en esos sitios, a hechos que contradecían la propaganda soviética y les hacían cuestionarse el sistema estalinista.

Ilustración 5.3 Soldados del Ejército Rojo son recibidos en su patria como héroes tras la Segunda Guerra Mundial

Los líderes soviéticos temían que el retorno de los veteranos fuese desestabilizante, tal vez incluso revolucionario. No obstante, por varias razones, este desafío al régimen se disipó enseguida. En primer lugar, los veteranos fueron incorporados al gobierno. Recibieron prebendas, medallas y, en el caso de los que habían quedado incapacitados,

pensiones[27]. Durante la guerra, muchos soldados habían sido reclutados para el Partido Comunista, y siguieron manteniendo ese estatus tras la guerra. Algunos fueron nombrados para puestos de responsabilidad, como directores de institutos, factorías y granjas colectivas. No todos los veteranos tenían las capacidades o la experiencia para merecer esos puestos, pero el servicio durante la guerra pesaba más que el resto de los factores[28]. Por supuesto, la transición a la vida civil no fue sencilla. El retorno de 8,5 millones de soldados desmovilizados conllevó que muchos tuviesen al inicio dificultades para encontrar trabajo y reintegrarse a la sociedad. Cierto número de ellos se refugió en las tabernas en las que podían beber junto a sus viejos compañeros y rememorar la guerra. En cualquier caso, en comparación con el grueso de la población los veteranos gozaron de una posición privilegiada.

En segundo lugar, como ya se dijo, la victoria en la guerra pareció reivindicar el sistema estalinista. Por más quejas que tuviesen los veteranos y otros ciudadanos, eran reacios a desafiar a un régimen que los había guiado hacia la victoria. Conectado con este sentimiento existió un tercer factor, la Guerra Fría y la amenaza de un nuevo conflicto que representaba Estados Unidos, amenaza que no permitía bajar la guardia. Circulaban rumores de que la guerra era inminente. En 1946, funcionarios del partido en la provincia de Novosibirsk informaban de que «en unas cuantas granjas colectivas, tras el discurso de Churchill en Fulton [Misuri], la gente empezaba a hablar de movimientos de tropas británicas y norteamericanas contra la U.R.S.S. en cualquier momento»[29]. Con el comienzo de la Guerra de Corea, los residentes en el extremo oriental soviético empezaron a acumular sal, jabón y queroseno anticipándose a la posibilidad de que la contienda alcanzase suelo soviético. Con esta mentalidad de acoso, la mayoría de la gente pospuso sus ansias de reforma.

Viacheslav Kondratiev recordaba posteriormente el malestar que se apoderó de él y de otros veteranos tras la guerra:

> Hemos vencido a los fascistas y hemos liberado Europa, pero no volvimos sintiéndonos vencedores, o, dicho de otro modo, nos sentimos así durante muy poco tiempo, aunque aún teníamos la esperanza de que se produjera cierto cambio. Cuando nuestras esperanzas se vieron frustradas, el desencanto y la apatía, que al principio nos dijimos que se debían a estar físicamente exhaustos por la guerra, se apoderaron de nosotros por completo[30].

A pesar del prestigio conquistado por los soldados, a su vuelta no emergieron como una fuerza política que desafiase al régimen estalinista de la posguerra.

Los que no habían luchado se vieron a menudo subordinados a los

veteranos tras la guerra. Dentro del Komsomol, por ejemplo, los líderes civiles fueron remplazados por los veteranos retornados. Aunque la cohorte de jóvenes veteranos era escasa merced a las bajas de la guerra, este grupo se hizo el amo y señor de la generación que se hizo adulta tras la guerra. La juventud de la posguerra vivía a la sombra de los veteranos, recibiendo continuas exhortaciones a que los imitasen, pero sin oportunidad alguna de replicar sus logros heroicos. Consecuentemente, algunos jóvenes quedaron desafectos del sistema soviético. Continuaron desfilando y repitiendo los eslóganes oficiales, pero estas conductas de cara a la galería escondían una creciente alienación y resentimiento. Muchos de ellos persiguieron sus propios intereses personales en vez de sacrificarse por el colectivo. Algunos jóvenes urbanitas también se enamoraron de la cultura popular de Occidente y en privado se burlaban del realismo socialista[31].

Por su parte, los dirigentes estalinistas seguían protocolos de actuación bien definidos —vigilancia por parte de la policía secreta y represión de potenciales rivales— para asegurarse de que no había rebeliones[32]. Los altos mandos militares fueron los primeros en ser defenestrados o purgados. Zhúkov, que gozaba de una enorme popularidad, fue denunciado por miembros del Politburó y dejó de ser el comandante en jefe del Ejército Rojo en 1946. Junto a otros generales, como Rokossovski y Alekséi Antónov, fueron transferidos a posiciones menores y fuera de Moscú. Sus nombres fueron también eliminados de las crónicas oficiales de la guerra. Por consiguiente, los libros de texto dieron todo el reconocimiento a Stalin y el Partido Comunista por haber conducido al ejército y liderado el país[33].

En 1949, el llamado Caso Leningrado concluyó con el arresto de unos dos mil miembros del partido. Zhdánov, responsable del partido en Leningrado, había muerto el año anterior, y sus protegidos se sentían ahora víctimas de una purga dirigida por sus rivales en el Politburó. Georgui Malenkov, apoyado por Beria, dirigió esta purga que incluyó la ejecución del director de Gosplán, Nikolái Voznesenski y su compañero de Leningrado Alekséi Kuznetsov. Además de eliminar a rivales políticos, el Caso Leningrado sirvió para poner freno a la autonomía de la segunda ciudad más importante para la economía soviética, la cual había funcionado por necesidad autónomamente durante su asedio. Algunas figuras prominentes de la técnica y la cultura de Leningrado, además de funcionarios del partido, fueron víctimas de la purga y fueron arrestados. De esta forma, los líderes de partido en el Kremlin reafirmaban su control centralizado[34].

El tamaño del Gulag se infló hasta alcanzar un volumen incluso superior al alcanzado a finales de los años treinta. La cifra total de prisioneros llegó a los dos millones y medio a principios de los años cincuenta[35]. Además de las víctimas de las purgas políticas, estaban los represaliados por colaboracionismo y los antiguos prisioneros de

guerra soviéticos sospechosos de haberse rendido demasiado pronto durante la guerra. Además, estaban los miembros de las nacionalidades minoritarias, en particular multitud de estonios, letones, lituanos y ucranianos occidentales que se habían resistido a que sus países se incorporasen a la fuerza a la Unión Soviética al final de la guerra. Los campos de trabajo soviéticos tuvieron a prisioneros de guerra alemanes hasta 1956. El número total de prisioneros del Gulag ni siquiera cuenta a aquellas minorías nacionales de Crimea y el norte del Cáucaso (tártaros de Crimea, calmucos, chechenos, ingusetios, balkarios, karacháis y turcos mesjetianos) que fueron deportados a Asia Central. Estos deportados no fueron recluidos en campos de trabajo formales, aunque tampoco se les permitía volver a casa. El Estado soviético, por lo tanto, continuó usando los encarcelamientos en masa para reprimir cualquier clase de oposición.

Un reducido número de prisioneros del Gulag fue liberado al final de la guerra. Maria Ilina, antigua directora de una fábrica en Kiev, había sido arrestada durante las purgas de 1937. Pasó ocho años en un campo de trabajo del Gulag y fue liberada en 1945. Después se dedicó a buscar a su hija, Marina, que solo tenía dos años cuando ella fue arrestada. Marina narró su incómodo reencuentro:

> «Alguien ha venido a verte», me decía todo el mundo […] Salí. Había una extraña allí plantada. No sabía qué hacer […] Nadie me había dicho que aquella mujer era mi madre. Y yo no sabía que era ella, porque nunca la había visto, ni siquiera en una fotografía. Ya no era joven […] No tenía el aspecto de una madre, no al menos como me la había imaginado[36].

A causa de la prohibición del gobierno de que los antiguos prisioneros del Gulag viviesen en las grandes ciudades, Maria y Marina no pudieron volver a Kiev. En vez de eso se fueron a la ciudad ucraniana de Cherkasy, donde encontraron una pequeña habitación en un motel. Vivieron allí juntas durante los doce años siguientes, pero nunca pudieron sentirse cercanas. Su historia ilustra las heridas emocionales que la coerción estalinista dejó en aquellos que sobrevivieron al Gulag.

Junto a la coerción, el culto a Stalin continuó ganando enteros no solo en cuanto a la autoridad personal de Stalin, sino respecto al poder amasado por su régimen. La adulación a Stalin dificultó que se cuestionase cualquier aspecto del sistema. El culto asumió proporciones incluso mayores durante la posguerra. Las películas de la Segunda Guerra Mundial de este periodo, como *La caída de Berlín* (1950) representaban a Stalin como un líder que conducía al país sin ayuda de nadie hacia la victoria. La propaganda soviética alababa a Stalin no solo como un gran líder político, sino como un genio militar, un brillante filósofo y una benevolente figura paternal para el pueblo soviético. En 1949, los dirigentes comunistas extranjeros, incluido Mao Zedong,

agasajaron a Stalin en la celebración de su setenta cumpleaños en el Teatro Bolshói de Moscú.

No todos los ciudadanos soviéticos se creían la propaganda que glorificaba a Stalin, pero las pruebas dicen que la mayoría sí. La gente estaba más dispuesta a culpar de la escasez a los funcionarios locales que a Stalin. Según los informes secretos, las quejas sobre el racionamiento solían ir seguidas del comentario «Stalin no tiene ni idea de esto». La gente afirmaba que los funcionarios «trabajaban para sí mismos, se llenan la panza y se las ingenian para engañar a Stalin»[37]. Los que seguían pensando en Stalin como un padre pensaban que de haber sabido él sobre su sufrimiento, les habría ayudado. La ira popular se dirigía hacia los funcionarios locales que implementaban las políticas de Stalin. De modo que, a pesar de las penalidades y el descontento de los años de la posguerra, no surgió ninguna amenaza seria para el régimen estalinista.

El zhdánovismo en la cultura

Los líderes del partido también emplearon medidas represivas en la esfera cultural. Durante la guerra, los censores habían relajado sus restricciones, permitiendo, por ejemplo, la publicación de poesía que no se ajustaba a las reglas estrictas del realismo socialista, siempre y cuando fueran piezas patrióticas. Pero en la posguerra, los funcionarios soviéticos ejercieron un control férreo sobre la cultura y condenaron a los artistas y a los intelectuales considerados «burgueses» o prooccidentales. Como ideólogo prominente de Politburó, Zhdánov impuso esta línea prohibicionista, que continuó incluso tras su muerte en 1948. Fue conocida como zhdánovismo, una política cultural que obligaba a seguir unas normas ideológicamente rígidas y antioccidentales en las artes, incluidas la literatura, el teatro, el cine y la música, así como en el ámbito académico.

Zhdánov inició esta política denunciando a dos destacados escritores, la poetisa Anna Ajmátova y el escritor de sátiras Mijaíl Zóschenko. Criticó los escritos de ambos tachándolos de burgueses y apolíticos, llegando a descalificar a Ajmátova diciendo que era una «ramera-monja cuyo pecado se mezcla con rezos»[38]. Ajmátova y Zóschenko fueron expulsados de la Unión de Escritores Soviéticos, y dos revistas literarias que habían publicado sus obras fueron cerradas. Zhdánov tomó a ambos escritores como ejemplos de escritores artísticamente brillantes que no tenían una postura política de apoyo al régimen estalinista. Los dirigentes del partido interpretaron la condena de Zhdánov como un aviso para todos los intelectuales de que las obras apolíticas se tenían por inadmisibles y que de nuevo tocaba plegarse a la línea del partido. Para los artistas y los escritores esto significaba que había que adherirse

sin fisuras al realismo socialista, y que sus obras debían ilustrar la superioridad del socialismo soviético.

Incluso Alexander Fadéyev, director de la Unión de Escritores Soviéticos, fue duramente criticado por el zhdánovismo. Su novela de 1945, *La joven guardia*, contaba la historia de un grupo de jóvenes partisanos que lucharon contra los alemanes tras las líneas durante la Segunda Guerra Mundial. Basada en una historia real, la novela se hizo enormemente popular y ganó el Premio Stalin. Pero posteriormente, en 1947, los críticos literarios (siguiendo las consignas del partido) atacaron de pronto la obra por no subrayar el papel desempeñado por el Partido Comunista en la dirección de la resistencia de los partisanos. Fadéyev tuvo que rescribir la novela para añadir personajes que eran miembros del partido, personajes que pasaron a ser retratados como los verdaderos héroes de la guerra[39].

Zhdánov también atacó otros campos. Criticó a los compositores más destacados, entre ellos Dmitri Shostakóvich, por escribir música disonante que le recordaba a uno a «una cámara de gas musical». Afirmaba que esta música «formalista» no reflejaba «nuestras gloriosas victorias» ni expresaba la pujanza de la sociedad soviética[40]. Los principales cineastas como Serguéi Eisenstein y Vsévolod Pudovkin también fueron sometidos a escrutinio, y los directores teatrales fueron igualmente censurados por programar demasiadas obras occidentales. El zhdánovismo se extendió también al ámbito académico. Los científicos socialistas estaban obligados a adherirse a la versión dogmática del marxismo-leninismo en sus obras. Toda investigación agronómica tenía que conformarse a las teorías de Trofim Lysenko sobre la no heredabilidad de los rasgos adquiridos, en la medida en que el campo de la genética quedó ilegalizado por ser una muestra de ciencia burguesa[41].

El zhdánovismo tenía una orientación fuertemente antioccidental. Tras la llegada de la Guerra Fría, cualquier trabajo intelectual o artístico que pareciese alabar o emular la cultura occidental fue visto como desleal al régimen. Los críticos literarios que había señalado influencias positivas de escritores occidentales fueron denunciados por «postrarse ante Occidente». El Museo Estatal de Arte Moderno Occidental fue clausurado. Los artistas e intelectuales soviéticos con conexiones en el extranjero fueron condenados por «cosmopolitismo», y su patriotismo fue cuestionado. La ciencia y las artes rusas fueron proclamadas como infinitamente superiores a nada que se produjese en Europa occidental o Estados Unidos. De acuerdo con la lógica del zhdánovismo, la preeminencia de la cultura rusa y soviética confirmaba la supremacía del socialismo soviético. Cualquiera que quedase prendado de la cultura burguesa occidental era un traidor.

En cierto sentido, el zhdánovismo corrió en paralelo al macartismo de los Estados Unidos. En ambos países, las tensiones de la Guerra Fría

llevaron a implantar medidas ideológicas severas. La caza de brujas conducida por el senador Joseph McCarthy y otros trataba de erradicar el comunismo en suelo norteamericano, tanto en el ámbito político como en la élite intelectual y cultural. En el caso norteamericano, las acusaciones de traición se dirigieron específicamente a los supuestos miembros del Partido Comunista y sus simpatizantes. El zhdánovismo, en cambio, echó unas redes más amplias, atacando cualquier influencia occidental en la obra de escritores, artistas y otros miembros de la *intelligentsia*. En ambos países, las medidas afectaron a la libertad intelectual y cultural, aunque mucho más en el caso soviético, en el que tanto las restricciones como los castigos fueron mucho mayores.

Otro efecto del zhdánovismo fue que la Unión Soviética quedó aún más aislada del mundo exterior. Los censores soviéticos ya habían limitado severamente el flujo de información proveniente de otros países. Ahora los contactos con Occidente o los viajes exponían a los intelectuales a ser acusados de cosmopolitismo y de traición política. La prensa soviética advertía de que «ahora, al desarrollar una actividad subversiva contra la Unión Soviética, los depredadores imperialistas están tratando de hacer uso de grupos antisoviéticos específicos, gente moralmente corrupta que se ha convertido en portadora de la ideología y la moralidad capitalistas»[42]. Los ciudadanos soviéticos interesados en la cultura extranjera podían ser considerados agentes del imperialismo estadounidense. El Europa occidental, durante la posguerra, la cultura popular norteamericana y sus prácticas comerciales ejercieron una enorme influencia, pero no en la Unión Soviética. Aunque a algunos jóvenes en las ciudades soviéticas les encantaba la moda y la música de jazz que venía de Estados Unidos, sus intereses formaron parte de una subcultura *underground* que además fue reprimida en la era estalinista[43].

En cuestiones culturales la posguerra supuso un agravamiento de la persecución ideológica que revirtió la relativa tolerancia de los años de la guerra. El gobierno soviético terminó con su política conciliatoria con la Iglesia ortodoxa, cerrando muchas iglesias y monasterios[44]. Zhdánov y otros dirigentes reimpusieron la línea estricta del partido y condenaron duramente a los artistas e intelectuales que tenían relaciones con Occidente. La ciencia y la literatura rusa y soviética fueron consideradas superiores, y cualquier emulación o alabanza de lo occidental fue considerada antipatriótica. Aunque el zhdánovismo afectó sobre todo a la élite cultural e intelectual, contribuyó en general a la atmósfera represiva del periodo estalinista. El público lector dejó de tener acceso a los clásicos de la literatura occidental, y dejaron de poder verse películas u obras de teatro occidentales en la Unión Soviética. Hasta cierto punto, la xenofobia del zhdánovismo fue una respuesta a la amenaza planteada por Estados Unidos en la Guerra Fría; cualquier amenaza externa era además especialmente sentida tras la invasión nazi

en la guerra. El resultado fue un endurecimiento del sistema estalinista, un sistema de control que exigía una lealtad a ultranza por parte de sus ciudadanos.

El Complot de los Médicos y la muerte de Stalin

El antisemitismo popular había existido desde hacía mucho en el Imperio ruso y en la Unión Soviética, y durante la guerra se intensificó incluso en las regiones ocupadas que se sometieron a la propaganda nazi. Sin embargo, oficialmente el gobierno soviético se había opuesto siempre al antisemitismo. Y por haber derrotado a Alemania y haber liberado los campos de la muerte nazis en Polonia, la Unión Soviética se presentó como una especie de protector de los judíos. Tras la guerra, no obstante, los dirigentes soviéticos rehusaron reconocer las bajas judías durante el Holocausto como distintivas frente a las bajas sufridas por el país en su conjunto. Además, el gobierno soviético disolvió el Comité Judío Antifascista, y la policía secreta asesinó al jefe de este comité, Salomón Mijoels, en 1948. Al mismo tiempo, la campaña anticosmopolita del zhdánovismo apuntó a muchos intelectuales judíos por sus vínculos con Occidente.

Uno de los hitos del auge antisemita del estalinismo fue la fundación del Estado de Israel en 1948. El gobierno soviético no se opuso en principio a la formación de Israel, que contemplaba como un modo de disminuir el control británico de Oriente Medio. Pero cuando quedó claro que Israel se alinearía más con los Estados Unidos que con la Unión Soviética los dirigentes estalinistas empezaron a ver a Israel como un enemigo en la Guerra Fría. Ahora que existía una patria judía fuera de la Unión Soviética, los líderes del partido se cuestionaron la lealtad de los judíos soviéticos. De modo similar a lo ocurrido con los ciudadanos de etnia alemana, polaca y letona, y a lo vivido antes de la Segunda Guerra Mundial, los judíos, como nacionalidad de la diáspora, fueron considerados potenciales traidores, porque su lealtad podría ir antes hacia Israel que hacia el gobierno soviético[45].

Las sospechas de los dirigentes comunistas se vieron exacerbadas por la llegada de Golda Meir en otoño de 1948 como primera embajadora en Moscú. Meir tuvo una recepción entusiasta por parte de los judíos soviéticos, y fueron miles los que le dieron la bienvenida en la sinagoga de Moscú en Rosh Hashaná (véase ilustración 5.4). Para Stalin lo ocurrido era una demostración de la deslealtad de los judíos, de modo que ordenó medidas represivas. Aquel año el gobierno soviético cerró el Teatro Estatal Judío de Moscú. Cerró periódicos en yidis, y también escuelas y bibliotecas. Muchos escritores y críticos judíos fueron tachados de antipatriotas; la mayoría perdió sus trabajos, y varios fueron incluso arrestados. En 1949, las instituciones estatales, entre ellas la

policía secreta, empezaron a purgar a los judíos de sus filas. Los judíos fueron también expulsados de muchas instituciones científicas y consejos editoriales[46].

El clímax del antisemitismo estalinista se alcanzó en el llamado Complot de los Médicos. En enero de 1953, el principal periódico soviético (*Pravda*) anunció el arresto de nueve «médicos saboteadores», seis de los cuales eran judíos. Los médicos arrestados estaban entre los mejores del país y trabajaban en el hospital del Kremlin. El artículo los acusaba de conspirar para envenenar a los dirigentes militares y del partido, culpándolos de las muertes de Zhdánov, Shcherbakov y otros. También afirmaba que trabajaban para una «organización burguesa-nacionalista judía» (también denominada «organización espía sionista») formada por agencias de inteligencia estadounidenses. Agitando el miedo de la Guerra Fría, el artículo concluía que los Estados Unidos y el Reino Unido estaban preparándose para una nueva guerra mundial enviando espías al país y tratando de crear una quinta columna subversiva. Y hacía un llamamiento a los ciudadanos soviéticos para que elevasen su nivel de vigilancia.

Ilustración 5.4 Miles de judíos soviéticos dan la bienvenida a la embajadora israelí Golda Meir en las afueras de una sinagoga de Moscú en Rosh Hashaná, 1948

El anuncio de este supuesto complot levantó una ola de antisemitismo popular que anegó el país. Un residente de Novocherkask, por ejemplo, escribió a *Pravda* diciendo: «Tras oír la noticia en la radio, maldigo a los viles asesinos de Zhdánov y Shcherbakov. El gusano debe

ser aplastado». Un trabajador de Moscú escribió: «Hace mucho tiempo que es necesario sacar a los judíos de las instituciones médicas, de las farmacias y de los hospitales [...] Esos lugares están controlados por los judíos»[47]. Se empezaron a difundir rumores de que los médicos estaban matando a bebés y envenenando a los pacientes. Las visitas a las clínicas y las farmacias cayeron en picado. Pronto más médicos fueron acusados de crímenes y arrestados. Uno de estos arrestados, el prominente patólogo Yakov Rapoport, contaría más tarde que este episodio abrió un periodo pavoroso[48]. No obstante, el Complot de los Médicos tuvo un final abrupto cuando Stalin murió en marzo de 1953. Un decreto exoneró a los doctores que habían sido arrestados, y estos quedaron en libertad.

Puede que la persecución a la que sometió Stalin a los médicos acelerase su fallecimiento. El 1 de marzo sufrió un ataque cardíaco. Sus guardaespaldas se lo encontraron en suelo de su dacha aquella tarde, consciente pero incapaz de hablar. Llamaron a Malenkov y a Beria, que se personaron allí para ver cómo estaba. Pero Beria dictaminó que nada iba mal y que debían dejarle descansar. Puede que él y Malenkov temiesen haber pedido ayuda médica, por si luego les hacían responsables de cualquier tratamiento aplicado por uno de esos médicos que no eran fiables. O tal vez Beria deseaba la muerte de Stalin, pues tanto él como otros dirigentes temían que una nueva purga acabase con ellos. Solo a la tarde siguiente, tras una larga demora, se llamó a los doctores para que lo examinaran. Diagnosticaron que había sufrido una hemorragia cerebral, pero para entonces ya no podían hacer nada para salvar su vida. Murió el 5 de marzo de 1953; la era de Stalin había terminado.

En resumen, los años de la posguerra vieron el refuerzo del sistema estalinista. A pesar de las pérdidas de la guerra y de las esperanzas de la población de que se produjera una liberalización, el estalinismo apretó aún más las tuercas y priorizó la industria pesada en el proceso de la reconstrucción. La victoria en la guerra pareció reivindicar el sistema estalinista y jugó en contra de las reformas. También elevó el prestigio internacional de la Unión Soviética, que se hizo con el control de Europa del este instalando en sus países gobiernos comunistas. Tras la Revolución comunista de China, la Unión Soviética se convirtió en líder de una coalición de países comunistas que desafiaron el orden liberal democrático. Pero este desafío desató también la Guerra Fría, la rivalidad entre la Unión Soviética y los Estados Unidos por el dominio mundial. La perspectiva de una guerra con los Estados Unidos dio pie a que el régimen estalinista demandase una continua vigilancia y más sacrificios por parte de la población. Para los soviéticos, la era estalinista terminó en la misma atmósfera represiva en la que había nacido.

[1] Citado en Ronald Grigor Suny, *The Soviet Experiment*. Oxford, UK, 2011, p. 367.

[2] Véase el sitio web de la International Churchill Society, www.winstonchurchill.org

[3] Para profundizar en este asunto, véase Walter LaFeber, *America, Russia, and the Cold War, 1945–2006*. 10º ed., New York, NY, 2012.

[4] Alfred Rieber, *Stalin and the Struggle for Supremacy in Eurasia*. Cambridge, UK, 2015, pp. 324–25.

[5] Para ahondar en el tema, véase Tony Judt, *Postwar: A History of Europe Since 1945*. New York, NY, 2005, Capítulos 5–6 [*Postguerra: Una historia de Europa desde 1945*. Taurus, Madrid, 2016].

[6] El Kominform reemplazó al Comintern, que había sido desmontado durante la guerra; véase Kevin McDermott y Jeremy Agnew, *The Comintern: A History of International Communism from Lenin to Stalin*. Basingstoke, UK, 1996.

[7] Citado en Suny, p. 371.

[8] Jonathan Haslam, *Russia's Cold War*. New Haven, CT, 2011, p. 108.

[9] http://digitalarchive.wilsoncenter.org/document116179 Véase también Alexei Kojevnikov, *Stalin's Great Science: The Times and Adventures of Soviet Physicists*. London, UK, 2004.

[10] Para saber más sobre el programa nuclear soviético, véase David Holloway, *Stalin and the Bomb*. New Haven, CT, 1994.

[11] Citado en Gerald J. DeGroot, *The Bomb: A Life*. Cambridge, MA, 2005, p. 141.

[12] Kate Brown, *Plutopia: Nuclear Families, Atomic Cities, and the Great Soviet and American Plutonium Disasters*. Oxford, UK, 2013, pp. 115–23.

[13] Brown, pp. 3, 165–69.

[14] Véase Andy Bruno, *The Nature of Soviet Power: An Arctic Environmental History*. Cambridge, UK, 2017; Stephen Brain, *Song of the Forest: Russian Forestry and Stalinist Environmentalism, 1905–1953*. Pittsburgh, PA, 2011.

[15] Para ampliar este asunto, véase Douglas Weiner, *Models of Nature: Ecology, Conservation, and Cultural Revolution in Soviet Russia*. Pittsburgh, PA, 2000.

[16] Haslam, pp. 126–28.

[17] Kathryn Weathersby, "Soviet Aims in Korea and the Origins of the Korean War, 1945–1950: New Evidence from the Russian Archives". *Cold War International History Project*, Working Paper No. 8 (1993), pp. 31–32.

[18] Para ahondar sobre este tema, véase Bruce Cumings, *The Korean War: A History*. New York, NY, 2011.

[19] Orlando Figes, *The Whisperers: Private Life in Stalin's Russia*. New York, NY, 2007, pp. 455–58 [*Los que susurran.* Madrid, Edhasa, 2017].

[20] Citado en Figes, p. 459.

[21] Véase Elena Zubkova, *Russia after the War: Hopes, Illusions, and Disappointments, 1945–1957*. Trad. Hugh Ragsdale, Armonk, NY, 1998, p. 37.

[22] Citado en Zubkova, p. 60.

[23] Para profundizar, véase Greta Bucher, *Women, the Bureaucracy, and Daily Life in Postwar Moscow, 1945–1953*. Boulder, CO, 2006.

[24] Citado en Figes, pp. 433–34.

[25] Figes, p. 442.

[26] Citado en Zubkova, p. 63.

[27] Dada la pobreza vivida en los años de posguerra, esta ayuda fue a menudo insuficiente, y los veteranos tuvieron subsiguientemente que trabajar para obtener un mayor reconocimiento y ciertos beneficios; véase Mark Edele, *Soviet Veterans of World War II: A Popular Movement in an Authoritarian Society, 1941–1991*. Oxford, UK, 2008.

[28] Para profundizar, véase Amir Weiner, *Making Sense of the War: The Second World War and the Fate of the Bolshevik Revolution*. Princeton, NJ, 2002.

[29] Citado en Zubkova, pp. 83–84.

[30] Citado en Figes, p. 448.

[31] Véase Juliane Fürst, *Stalin's Last Generation: Soviet Post-War Youth and the Emergence of Mature Socialism*. Oxford, UK, 2010.

[32] Yoram Gorlizki y Oleg Khlevniuk, *Cold Peace: Stalin and the Soviet Ruling Circle, 1945–1953*. Oxford, UK, 2004.

[33] Para saber más, véase Richard Overy, *Russia's War*. London, UK, 1997, pp. 304–07.

[34] Blair A. Ruble, "The Leningrad Affair and the Provincialization of Leningrad". *The Russian Review*, 42: 3 (July 1983).

[35] Galina Mikhailovna Ivanova, *Labor Camp Socialism: The Gulag in the Soviet Totalitarian System*. Armonk, NY, 2000, p. 98.

[36] Figes, p. 453.

[37] Citado en Zubkova, p. 77.

[38] Citado en Figes, p. 489.

[39] Katerina Clark, *The Soviet Novel: History as Ritual*. 3ª ed., Bloomington, IN, 2000, pp. 160–61.

[40] Citado en Suny, p. 396.

[41] Véase Ethan Pollock, *Stalin and Soviet Science Wars*. Princeton, NJ, 2008.

[42] L. Smirnov, "Material for Talks". Bloknot agitatora, 3 (January 30, 1953), pp. 10–22, accessible en http://soviethistory.msu.edu/1947–2/xenophobia/xenophobia-texts/spies-saboteurs-embezzlers-and-swindlers

[43] Mark Edele, "Strange Young Men in Stalin's Moscow: The Birth and Life of the Stiliagi, 1945–1953". *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas,* 50: 1 (2002).

[44] Para ahondar en este asunto, véase Zubkova, pp. 72–73.

[45] Jeffrey Veidlinger, "Soviet Jewry as a Diaspora Nationality". *East European Jewish Affairs* 33: 1 (2003).

[46] Para ampliar esta cuestión, véase Benjamin Pinkus, *The Jews of the Soviet Union*. Cambridge, UK, 1990.

[47] Citado en Zubkova, p. 137.

[48] Yakov Rapoport, *The Doctor's Plot of 1953: A Survivor's Memoir of Stalin's Last Act of Terror against Jews and Science*. Cambridge, MA, 1991.

Conclusión

LOS MEDIOS SOVIÉTICOS NO INFORMARON inmediatamente de la muerte de Stalin. Para preparar a la población, Radio Moscú estuvo emitiendo música clásica solemne durante horas. Finalmente, el 6 de marzo por la mañana temprano, el locutor Yuri Levitan anunció que el líder de la nación había muerto. Cuando el pueblo soviético supo de la muerte de Stalin, miles de personas lloraron. Fueron muchos los que quedaron consternados, incluso algunos que habían perdido a miembros de su familia durante la deskulakización y las purgas. Todo el país parecía estar de luto. ¿Cómo es posible que a la gente le apenase la muerte de Stalin? ¿Por qué vertieron lágrimas por uno de los dictadores más sanguinarios de la historia de la humanidad?

Para empezar, hemos de dejar constancia de que no todo el mundo lamentó su muerte. De hecho, muchos la celebraron en secreto. Entendían que Stalin había sido responsable de incontables arrestos y ejecuciones, y, aunque no se atreviesen a decirlo públicamente, estaban encantados con su desaparición. En segundo lugar, fueron muchos los que lloraron no de pena, sino por estar en *shock*. Durante décadas la propaganda soviética se había dedicado a deificar a Stalin, de modo que cuando este murió se hizo difícil para muchos creer que era mortal después de todo. Como el poeta Yevgueni Yevtushenko recordaría más tarde, «me resultaba casi imposible imaginármelo muerto, pues se había convertido en una parte indispensable de mi vida». En tercer lugar, además de sufrir un *shock* mucha gente se vio invadida por el miedo. Tras un evento de aquella magnitud, sencillamente desconocían quien se encargaría de sacar adelante el país y qué sería lo siguiente que sucediese. Yevtushenko dijo también: «Entrenadas para pensar que estaban todas al cuidado de Stalin, las personas se sentían perdidas y desconcertadas sin él. Rusia entera rompió en llanto. También yo. Lloramos sinceramente, lágrimas de pena, y también, tal vez, lágrimas de aprensión ante el futuro»[1].

Algunos sentían un pesar genuino ante la muerte de Stalin. La

propaganda soviética lo había retratado como una figura paternal, el protector de su pueblo. Esta imagen se vio reforzada por el hecho de que Stalin había conducido al país durante la guerra. En los más oscuros días de la invasión y la ocupación nazi, Stalin había sido su líder y les había guiado hacia la victoria. El público en general no sabía que las purgas de Stalin habían debilitado al Ejército Rojo enormemente, ni que sus errores al comienzo de la guerra habían dejado al país en una situación de extrema vulnerabilidad ante el ataque sorpresa. Tampoco estaban suficientemente al tanto de la muerte y el sufrimiento causados por la colectivización, las hambrunas, las operaciones masivas del NKVD, la deportación de ciertas nacionalidades, etcétera. Solo posteriormente supieron hasta dónde llegó la brutalidad de Stalin.

En el 12.º Congreso del Partido en 1956, el nuevo líder del país, Nikita Kruschev, sacó a la palestra los crímenes de Stalin. En un giro dramático durante el último día del congreso, Kruschev hizo volver a los delegados a la sala a medianoche y pronunció el llamado «discurso secreto». Empezó criticando el culto a Stalin, apuntando que la glorificación de un individuo iba en contra de los principios marxistas-leninistas. Después acusó a Stalin de encarcelar y ejecutar a miles de comunistas inocentes durante la Gran Purga. Siguió citando otras numerosas violaciones de la legalidad soviética. También habló mal del liderazgo de Stalin durante la Segunda Guerra Mundial. Señaló que no puso a las tropas en alerta a pesar de los numerosos avisos de que la invasión era inminente, añadiendo que los muchos oficiales del ejército purgados supusieron un gran lastre durante la contienda. Cuando Kruschev terminó su discurso una hora más tarde los delegados estaban atónitos. Tras años de no escuchar otra cosa que halagos hacia Stalin, la dura condena que Kruschev hizo del «gran líder» los dejó estupefactos.

El discurso de Kruschev fue secreto solamente en el sentido de que no se publicó en la Unión Soviética. Pero a los miembros del partido de todo el país se les requirió para que lo leyeran y debatieran. Una vez fueron conocidas las fechorías de Stalin, el relato corrió de boca en boca hasta llegar a la población misma. Además, Kruschev tomó otras medidas para degradar el legado de Stalin. Ordenó derribar estatuas de Stalin y que Stalingrado pasase a llamarse Volgogrado. Retiró el cuerpo de Stalin del mausoleo de Lenin y lo enterró bajo el muro del Kremlin. También autorizó la publicación de la novela de Alexander Solzhenitsyn *Un día en la vida de Iván Denisovich*, que describe el sufrimiento de un prisionero en el Gulag. Su campaña de desestalinización, sin embargo, se topó con la resistencia de algunos miembros del partido. Inicialmente pudo vencer esa oposición, pero tras varios patinazos controvertidos en la política doméstica y exterior fue expulsado del poder en 1964. Su sucesor, Leonid Brézhnev, guardó silencio sobre los crímenes de Stalin, y la campaña de desestalinización tocó a su fin. A pesar de su caída, Kruschev logró poner fin al culto a Stalin y a la práctica de utilizar a la

policía secreta para arrestar a miembros del partido. Brézhnev y los líderes soviéticos posteriores no volvieron a recurrir a los métodos estalinistas de la violencia de Estado. En este sentido, la campaña de desestalinización de Kruschev fue un éxito.

No obstante, fueron igualmente significativos los aspectos del estalinismo que Kruschev no criticó. No condenó la violencia de la deskulakización, que él había apoyado. No mencionó la horrenda hambruna de 1932-1933 que resultó en la colectivización, y reforzó el sistema de las granjas colectivas en vez de desmontarlo. Tampoco criticó la economía planificada estalinista ni su modelo de industrialización, aspectos de los que él, como otros dirigentes, se enorgullecía. La economía soviética siguió siendo enteramente controlada desde el gobierno, sin mercados libres ni propiedad privada. Y aunque Kruschev liberó a más de la mitad de los prisioneros del Gulag, no cerró los campos de trabajo. La policía secreta siguió funcionando y suprimiendo el disenso, aunque ya no arrestase a miembros del partido. Todos estos elementos del estalinismo, por lo tanto, sobrevivieron a Stalin y continuaron siendo elementos esenciales del sistema soviético. Estas continuidades resaltan los caminos por los que el estalinismo perduró más allá del propio Stalin. El estalinismo fue algo más que la dictadura personal de Stalin; fue un sistema completo de control centralizado y modernización coercitiva.

Al explicar el estalinismo, he hecho hincapié en tres factores: la necesidad de modernizar; las prácticas de intervención social y la violencia de Estado; y la cosmovisión ideológica del liderazgo estalinista. A principios del siglo XX, Rusia era una nación subdesarrollada que no podía competir con los países industrializados. Carente de las factorías necesarias para fabricar masivamente los fusiles, la artillería y los buques necesarios, Rusia era incapaz de igualar el poder militar de los países de Europa occidental o Japón, que la derrotó en la Guerra ruso-japonesa. Las catastróficas bajas de Rusia a manos del ejército alemán en la Primera Guerra Mundial desacreditaron aún más al gobierno zarista, acelerando su derrocamiento en 1917. No es coincidencia que el grupo que finalmente tomó el poder —los bolcheviques/comunistas— se volcase en la modernización del país. El hecho de que prometiesen llevar a cabo la industrialización en nombre de la clase trabajadora (en vez de a través de su explotación) les brindó su apoyo.

Para los intelectuales rusos, la modernización no solo conllevaba industrializar el país, sino además elevar el nivel cultural del pueblo. En tiempos de la Revolución de Octubre, el Imperio ruso todavía era una sociedad desproporcionadamente campesina con altas tasas de analfabetismo, enfermedades infecciosas y mortalidad infantil. Los rusos cultivados se avergonzaban del atraso de su país y esperaban que mejorasen las condiciones de vida de los campesinos y los obreros.

Muchos abrazaron el marxismo en tanto ideología que prometía la transformación revolucionaria y una alternativa al antagonismo de clase de la industrialización capitalista. Pero incluso los profesionales no marxistas creían que era su deber modernizar el país y elevar a las masas. Fueron muchos los profesores, doctores, agrónomos e ingenieros que ayudaron a desarrollar programas soviéticos para la educación, la higiene y el avance económico. Como en otros países de desarrollo tardío, estos profesionales estaban dispuestos a trabajar con el Estado, dada la ausencia de organizaciones cívicas de peso.

Las prácticas de intervención social proporcionaron los medios para que esta transformación se produjese. Dichas prácticas no se originaron en la Unión Soviética, sino más bien en la Europa occidental del siglo XIX, en la que los reformadores empezaron a introducir el trabajo social, las inspecciones de habitabilidad, los cuidados a las madres y otros programas de bienestar para rehacer y mejorar la sociedad. Durante la Primera Guerra Mundial, los funcionarios del Estado cada vez se involucraron más en estos programas para salvaguardar los «recursos humanos materiales» de sus países. La guerra también dio paso a más intervenciones coercitivas por parte del Estado. Los países combatientes de toda Europa establecieron controles estatales de la economía, sistemas de vigilancia y campos de internamiento. En Rusia, el gobierno zarista empleó medios similares, incluidos los internamientos y las deportaciones para contrarrestar los riesgos a la seguridad que percibía.

El Estado soviético nació en este momento de la guerra, y estas prácticas intervencionistas fueron las piezas con las que se construyó el sistema soviético. Siguiendo el modelo del Gobierno Provisional, el nuevo gobierno soviético estableció comisariados de salud, trabajo y bienestar social. Las agencias estatales dirigían la economía, nacionalizando fábricas y controlando los suministros de grano. Los sistemas de vigilancia que nacieron en la Primera Guerra Mundial se convirtieron en permanentes de la mano de los dirigentes comunistas, y quedaron a cargo de la recién creada policía secreta. Los campos de concentración, empleados por ambos bandos durante la guerra civil, también fueron un elemento fijo del sistema en la administración del Gulag. Las que llamamos formas «estalinistas» de intervención y violencia de Estado no derivaron de Stalin o de la ideología socialista, sino que ya existían como prácticas bélicas. Mientras otros países dejaron de realizar estas prácticas en tiempos de paz, el gobierno soviético las institucionalizó como rasgos permanentes de su actuación.

Los líderes soviéticos emplearon en consecuencia estos medios para perseguir sus fines ideológicos. Aquí la ideología marxista desempeñó un papel, al moldear los objetivos y la cosmovisión de los líderes comunistas. Los comunistas trataron de impulsar a su país por cierta senda cronológica cuyo destino era el socialismo y el comunismo. El marxismo no les proporcionó ningún mapa preciso sobre cómo crear una

sociedad socialista. Cuando Stalin emergió como líder en 1928, emprendió una campaña de estilo militar para la colectivización y la industrialización del país. Usando un sistema de catalogación social, los dirigentes estalinistas deportaron a los kulaks y establecieron granjas colectivas. Al mismo tiempo crearon el equivalente a una economía de guerra, con un control estatal de los recursos y el énfasis puesto en la industria pesada. Así pues, el liderazgo estalinista empleó prácticas propias de la guerra para perseguir sus fines ideológicos.

En 1934, los líderes del partido afirmaron que ya habían puesto los cimientos del socialismo. Su versión del socialismo se basaba en el control y la coerción, antítesis de ideales socialistas como la liberación y la igualdad. Pero para ellos, el socialismo implicaba la eliminación de los enemigos de clase y la creación de una economía no capitalista. A su juicio, la colectivización y la economía planificada los llevaban hacia una nueva fase de la historia de la humanidad. Su sentido del progreso se veía reforzado por el rápido incremento de la producción industrial, que permitía a la Unión Soviética acercarse a países más avanzados. La nueva base económica dictaba cambios también en la superestructura: una nueva constitución, el realismo socialista en la cultura, y un cambio en las políticas familiares. Paradójicamente, la supuesta consecución del socialismo también vino acompañada de más violencia de Estado. Una vez desvanecidos los enemigos de clase, Stalin trató de acabar con los enemigos ocultos y con potenciales quintacolumnistas mientras se preparaba para la guerra, cada vez más cercana dadas las agresiones alemanas y japonesas de finales de los años treinta. Las purgas estalinistas, las operaciones masivas del NKVD y las operaciones nacionales llevaron al arresto de un millón y medio de personas, de las cuales casi la mitad fue ejecutada.

En vez de preparar al país para la Segunda Guerra Mundial, la violencia estalinista de Estado lo debilitó en gran medida. Entre los encarcelados y los ejecutados había miles de administradores del partido y mandos militares. Sin comandantes experimentados, el Ejército Rojo sufrió desastrosas derrotas al inicio de la guerra. Solo gracias a enormes sacrificios por parte de los soldados y ciudadanos soviéticos pudo el país recuperarse y ganar la guerra a la Alemania nazi. Aunque estuvo a punto de no sobrevivir, el régimen estalinista se afianzó aún más tras la guerra. Por muy injusto que fuera, la victoria militar pareció reivindicar el sistema estalinista. Y a pesar de las esperanzas de la población, Stalin y su gobierno no acometieron liberalización alguna. De hecho, dadas las tensiones de la Guerra Fría con los Estados Unidos, los dirigentes comunistas demandaron más vigilancia y sacrificios.

Como se mencionó anteriormente, los aspecto más fundamentales del estalinismo sobrevivieron a Stalin. Aunque las purgas sangrientas se acabaron con la llegada de Kruschev, la economía planificada, las granjas colectivas, la policía secreta, el Gulag y el monopolio del poder

partido continuaron. A lo largo de la Guerra Fría, este sistema de control estatal centralizado siguió movilizando recursos para la defensa nacional. Pero demostró estar mal preparada para la producción de bienes de consumo y para la innovación tecnológica. La primera mitad del siglo XX —el momento de la historia en que el sistema estalinista se conformó— había sido una era de producción armamentística en masa e industria pesada. Pero el mundo cambió mucho en la segunda mitad del siglo. El poderío militar pasó a depender de los misiles nucleares más que de la cantidad de otras armas. El crecimiento económico cambió del hierro y el acero a la tecnología y el sector servicios. La rigidez de la economía planificada y el secretismo del sistema estalinista no permitieron a la economía soviética adaptarse a la era posindustrial.

A partir de 1985, Mijaíl Gorbachov intentó reformar el sistema soviético a través de la descentralización económica, la democratización y el levantamiento de la censura. Esta liberalización permitió que se discutiera abiertamente la era estalinista en la Unión Soviética. Inicialmente, la gente se limitó a criticar el culto a Stalin, como ocurrió en el periodo de Kruschev. Sin embargo, los historiadores y los comentaristas políticos pronto revelaron el alcance completo de la violencia de Estado estalinista, desde la deskulakización a las operaciones masivas del NKVD y las deportaciones de las nacionalidades. Muy rápidamente estas revelaciones socavaron la legitimidad del Partido Comunista y del sistema soviético en su conjunto. Junto al creciente descontento económico y la agitación en las distintas nacionalidades, el descrédito del sistema llevó a la población a rechazarlo, y en 1991 colapsó por completo.

La Unión Soviética nunca se libró del estigma del estalinismo. Hoy en día los rusos siguen debatiendo su significado. En años recientes, la popularidad de Stalin entre los rusos ha crecido, al ritmo al que crece la nostalgia por un tiempo en que el país era más poderoso[2]. Otros ciudadanos rusos, en cambio, condenan vehementemente el estalinismo y se esfuerzan por mantener viva la conciencia del sufrimiento que produjo. Décadas después de que Kruschev propusiese por primera vez un monumento a las víctimas del estalinismo, el Muro del Dolor fue inaugurado en Moscú en 2017. En la ceremonia, Vladimir Putin, evitando nombrar a Stalin por su nombre, dijo que la represión política era «una tragedia para todo nuestro pueblo», añadiendo: «Es deber nuestro no dejar que caiga en el olvido»[3]. La era estalinista fue un periodo decisivo para la Unión Soviética. En el espacio de veinticinco años, este país subdesarrollado y agrario fue transformado en una superpotencia industrial que derrotó a la Alemania nazi y rivalizó con Estados Unidos por el dominio mundial. Pero el liderazgo de Stalin logró esta transformación al precio de millones de vidas destrozadas y perdidas. Solo recordando este coste humano podremos entender completamente el doloroso legado del estalinismo.

[1] Citado en Ronald Grigor Suny, *The Soviet Experiment*. Oxford, UK, 2011, p. 413.

[2] Véase Alec Luhn, "Stalin, Russia's New Hero". *The New York Times*, March 11, 2016; David L. Hoffmann, "Stalin Rises from the Ashes in Putin's Russia". *The Moscow Times*, April 14, 2015.

[3] http://en.kremlin.ru/events/president/news/55948

LISTA DE ILUSTRACIONES

1.1 El zar Nicholas II, ca. 1900 (Hulton Royals Collection/Getty Images)

1.2 Grigori Rasputin, 1916 (ITAR-TASS News Agency/Alamy Stock Photo)

1.3 Iósif Stalin y Vladimir Lenin, 1919 (Heritage Images/Hulton Archive/Getty Images)

1.4 Huérfanos hambrientos en Samara, 1921 (Everett Collection Historical/Alamy Stock Photo)

2.1 Activistas de la colectivización hablando con campesinos en Ucrania, 1929 (SPUTNIK/Alamy Stock Photo)

2.2 Expansión de la Metalurgia de Leningrado a finales de la década de 1920 (SPUTNIK/Alamy Stock Photo)

2.3 Demolición de la Catedral de Cristo Salvador en Moscú, 1931 (ITAR-TASS News Agency/Alamy Stock Photo)

2.4 Cartel de propaganda de las nacionalidades soviéticas de Vladimir Serov, 1934 (Print Collector/Hulton Archive/Getty Images)

3.1 Pavel Filónov, Composición, 1930 (Heritage Image Partnership Ltd./ Alamy Stock Photo)

3.2 Sergey Gerasimov, *Un Festival Agrícola Colectivo,* 1937 (Universal History Archive/Getty Images)

3.3 Cartel de propaganda de Stalin y Kliment Voroshilov pasando revista a las tropas en la Plaza Roja, de Gustav Klutsis, 1935 (Penrodas Collection/Alamy Stock Photo)

3.4 Mujeres trabajando como operadores de torno en una factoría

soviética, 1940 (Universal History Archive/Getty Images)

3.5 Campamento de prisioneros del Gulag en Siberia, década de 1930 (SPUTNIK/Alamy Stock Photo)

4.1 Viacheslav Mólotov firmando el Pacto de no agresión Germano-Soviético de 1939 (Bettmann/Getty Images)

4.2 Cuerpos listos para ser enterrados en el cementerio Vólkovo durante el sitio de Leningrado, 1942 (Sovfoto/Universal Images Group/Getty Images)

4.3 La francotiradora del Ejército Rojo Liudmila Pavlichenko durante la Segunda Guerra Mundial (Heritage Images/Hulton Archive/Getty Images)

4.4 Tropas soviéticas durante la batalla de Stalingrado, 1942 (akg-images/Alamy Stock Photo)

4.5 Soldados del Ejército Rojo plantan la bandera soviética en el edificio del Reichstag en Berlín, 1945 (Universal History Archive/Getty Images)

5.1 La Conferencia de Yalta, 1945 (Corbis Historical/Getty Images)

5.2 Residentes de Berlín Occidental observan un avión de transporte de mercancías llegar durante el bloqueo de Berlín de 1948 (Bettmann/Getty Images)

5.3 Soldados del Ejército Rojo son recibidos en su patria como héroes tras la Segunda Guerra Mundial (TASS/Getty Images)

5.4 Miles de judíos soviéticos dan la bienvenida a la embajadora israelí Golda Meir en las afueras de una sinagoga de Moscú en Rosh Hashaná, 1948 (Paul Fearn/Alamy Stock Photo)

AGRADECIMIENTOS

ESCRIBÍ ESTE LIBRO EN UNAS CIRCUNSTANCIAS personales muy difíciles. Poco después de cerrar el acuerdo para escribirlo, a mi mujer, Patricia Weitsman, le diagnosticaron síndrome mielodisplástico, una condición previa a la leucemia. Tuvo que pasar por un trasplante de células madre, que salió inicialmente bien gracias al doctor William Blum y su equipo del James Cancer Hospital. Este trasplante no hubiera sido posible sin Yaakov Brisman, el único donante cien por cien compatible de una base de datos de diecisiete mil potenciales donantes de células madre. Estaré eternamente agradecido a Yaakov y a su mujer Miriam por su generosidad, que salvó su vida. Patricia se recuperó del trasplante y nuestra familia disfrutó de tres maravillosos años antes de su recaída en 2014, que la llevó a la muerte.

Mi trabajo en este libro debió pues retrasarse unos años; agradezco de corazón la comprensión mostrada por Michael Watson, editor ejecutivo del área de historia en Cambridge University Press. Mantuvo su entusiasmo por el proyecto mucho después de que la fecha de entrega hubiese expirado, y gracias a su paciencia fui capaz de completarlo. También quisiera agradecer a Liz Friend-Smith, la editora en Cambridge que se ocupa de la serie Nuevas Aproximaciones a la Historia Europea, por toda la ayuda que me prestó para preparar la publicación de este libro. Estoy igualmente agradecido a otras personas que participaron en su producción, entre ellas Allan Alphonse, Ian McIver, Abigail Walkington, Matthew La Fontaine y David Cox. También agradezco su labor a todos los revisores anónimos del proyecto; en un tiempo récord se volcaron sobre el libro y aportaron valiosas sugerencias para mejorarlo.

Mis colegas de The Ohio State University me brindaron un incondicional apoyo durante este difícil periodo de mi vida. Cristopher Otter dio un curso entero en mi lugar para que yo tuviera tiempo para cuidar a mi familia. Mis colegas de Historia Rusa, Historia de Europa del Este e Historia de Eurasia —Nicholas Breyfogle, Theodora Dragostinova,

Scott Levi y Jennifer Siegel— también asumieron parte de mis responsabilidades académicas. Otros compañeros de Ohio State también fueron de ayuda, tanto en términos morales como prácticos; mi agradecimiento a Angela Brintlinger, Alice Conklin, Steven Conn, Jane Hathaway, Ted Hopf, Robin Judd, Margaret Newell, Geoffrey Parker, Nathan Rosenstein, Tina Sessa, Birgitte Soland y Judy Wu.

Muchos otros amigos echaron una mano. En particular, quisiera agradecer su apoyo a Adam Baker y Linda Zionkowski, Ly Burnier, Jean y David Comer, Lois Doxey, Lori Dunlap, Jillian Gustin, Vince Jungkunz, Danielle Leshaw, Ginger Moodie, Kristen y Nathan Peters, David Rader y Terre Vandervoort, Renee y John Reilly, Mary Travis, Michael y Wendy Travis y a Susan Varisco. Debo un agradecimiento especial a Jody y Paul Baxter, Vivian Moore y a Madge y Peter Vail por su ayuda durante todos estos años.

Por encima de todo, querría agradecer a mis parientes el amor y el apoyo que me han dado. Durante la enfermedad de Patricia, muchos de ellos se desplazaron a Ohio y me ayudaron de incontables maneras. En particular, agradezco a mis padres, George e Irene Hoffmann; mis hermanas, Jill y Karen Hoffmann; mis cuñados, Gordon Strain y Jeffrey Schang; mi suegro y su mujer. Allen Weitsman y Wei Cui; mi suegra, Judith Evans; la tía de Patricia, Carol Franco; y especialmente a mis cuñadas, Stacy Young, Susan Huter y Deborah Ogawa. Tras la muerte de Patricia, mi madre ayudó a que tanto mis hijos como yo sobrellevásemos el duelo. Durante décadas ha trabajado como voluntaria en hospitales ayudando en procesos de duelo, y tanto sus comprensivas palabras como los libros que me envió fueron de incalculable valor. Tristemente, solo un año después de que muriese Patricia, mi madre contrajo ELA y murió al año siguiente. Durante este tiempo mis hermanas Jill y Karen fueron un apoyo emocional decisivo, como ha sucedido durante toda mi vida. A ellas está dedicado este libro.

Finalmente, quisiera agradecer a mis hijos, Sarah y Jonah. Cuando empecé este libro aún estaban en primaria, y ahora son adolescentes que tienen sus propias ideas, intereses y opiniones. Me encanta pasar tiempo con ellos, también asistir a sus representaciones y a los eventos deportivos en los que participan. Hemos realizado viajes familiares a cuatro continentes; son los mejores compañeros de viaje que uno pueda imaginarse. Más allá de eso, nunca dejan de sorprenderme con su inteligencia, sus talentos y su fortaleza. Estoy muy orgulloso de los dos, y sé que su madre también lo estaría.

DAVID L. HOFFMANN es doctor en Historia por la Universidad de Columbia y profesor de Historia de Rusia en la Universidad de Ohio. Es especialista en la época soviética, y ha centrado su investigación en la historia política, social y cultural de ese período.